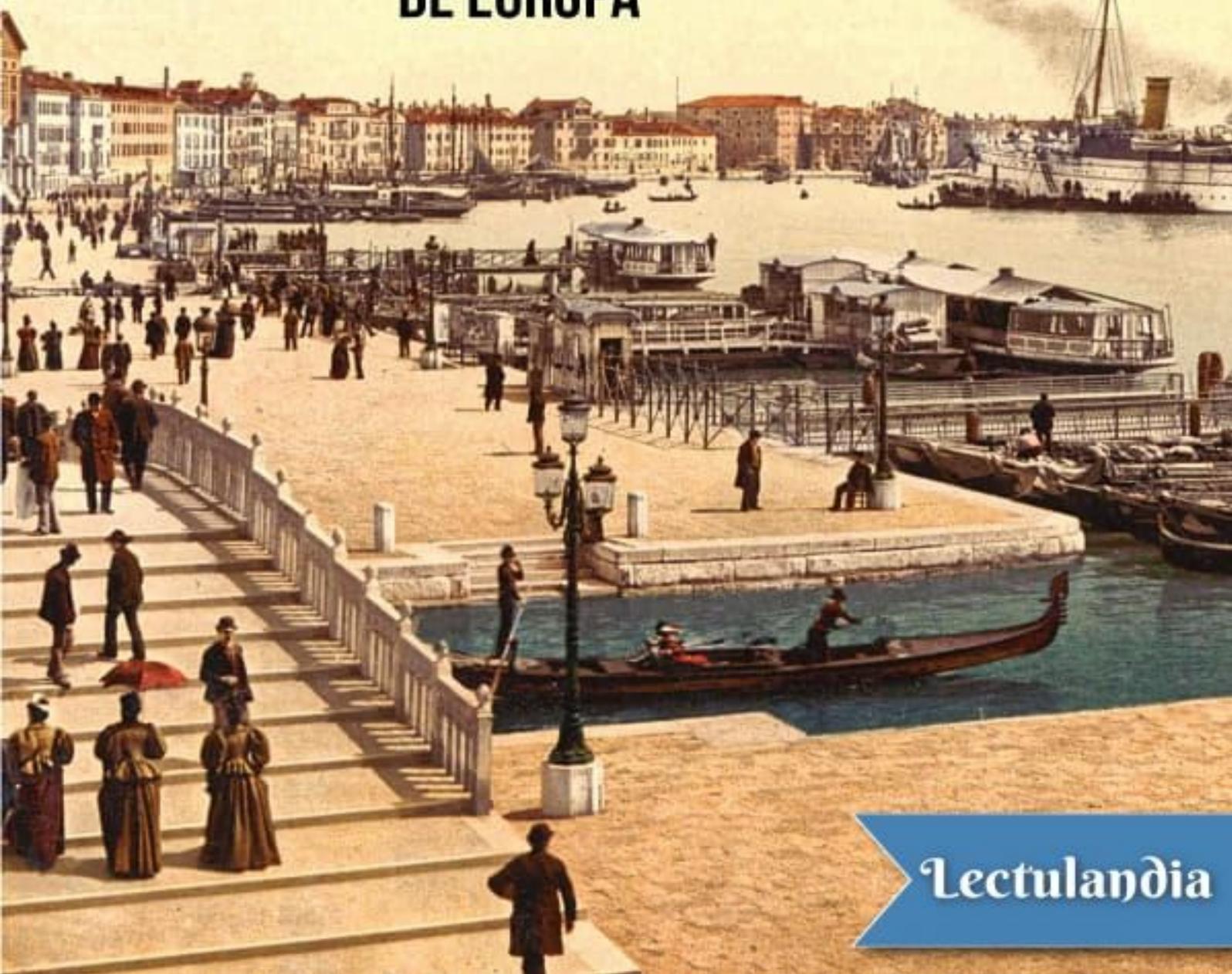


ROBERT D. KAPLAN ADRIÁTICO

CLAVES
GEOPOLÍTICAS
DEL PASADO
Y EL FUTURO
DE EUROPA



Lectulandia

Durante siglos, los territorios bañados por el mar Adriático han sido punto de encuentro de un efervescente intercambio comercial y cultural. Allí se entrecruzan constantemente los caminos de Occidente y Oriente, conviven católicos, ortodoxos y musulmanes, y comparten mirada los universos latino y balcánico. Ahora, cuando el mapa geopolítico de Europa se ha desplazado hacia el sur, hacia un Mediterráneo fronterizo con África y el Oriente Próximo, la región adriática está a punto de alcanzar una nueva relevancia, no ya continental, sino global. Es una zona donde se viven en primer plano los nuevos populismos, las batallas energéticas, las crisis de los refugiados y el renovado poder de Rusia y China.

En este revelador libro, Robert D. Kaplan ofrece una sorprendente combinación de literatura de viajes, ensayo histórico y, sobre todo, certero análisis geopolítico, para conocer el pasado europeo reciente y el futuro mundial a medio plazo.

Robert D. Kaplan

Adriático: Claves geopolíticas del pasado y el futuro de Europa

ePub r1.0

Titivillus 02.07.2023

Título original: *Adriatic: A Concert of Civilizations at the End of the Modern Age*
Robert D. Kaplan, 2022
Traducción: Isabel Murillo Fort

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Adriático: Claves geopolíticas del pasado y el futuro de Europa](#)

[Citas](#)

[Mapa1](#)

[Mapa2](#)

[Prólogo](#)

[El planeta en miniatura](#)

1

[Rimini](#)

[Europa en piedra caliza](#)

2

[Rávena](#)

[De cómo Teodorico y Dante dieron forma a Occidente](#)

3

[Venecia](#)

[La rama dorada de Frazer y la derrota del destino](#)

4

[Trieste](#)

[La complejidad geográfica de Italia](#)

5

[Piran, Köper, Liubliana y Rijeka](#)

[Los inicios del mundo moderno nos contemplan](#)

6

[Zagreb, Split, Korčula y Dubrovnik](#)

[«Las naciones no están inscritas en la naturaleza de las cosas»](#)

7

[Kotor, Podgorica, Tirana y Durrës](#)

[¿El corazón de Europa?](#)

8

[Corfú](#)

[La experiencia arquetípica del refugiado](#)

[Nota del autor](#)

[Bibliografía](#)

[Sobre el autor](#)

[Notas](#)

*Para David Leeming y el
fallecido Charles Boer.*

Aquí estoy en la estación de la que me marché la primera vez, que ha permanecido igual que entonces, sin ningún cambio. Todas las vidas que podría haber tenido comienzan aquí.

ITALO CALVINO, *Si una noche de invierno un viajero* (1979)

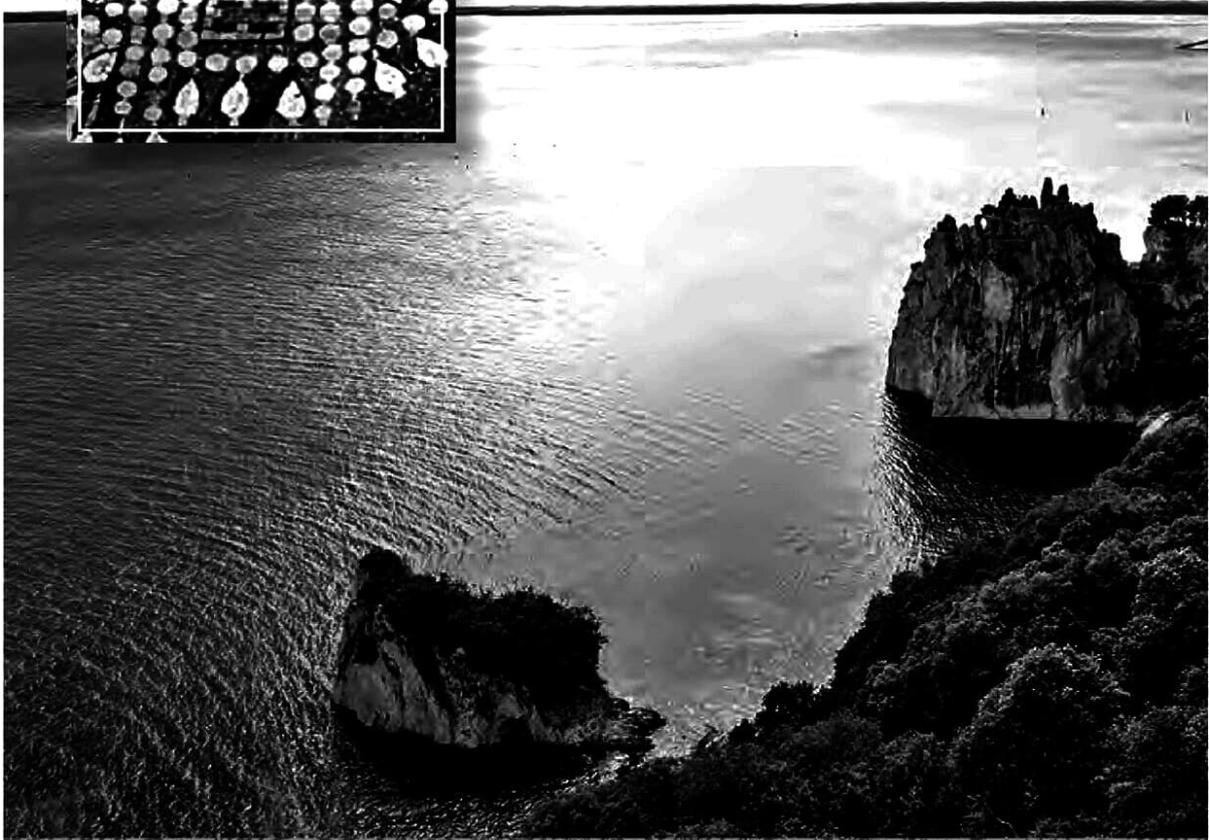
¿Pero cómo se hace para mirar una cosa dejando de lado el yo? ¿De quién son los ojos que miran?

ITALO CALVINO, *Palomar* (1983)

«Europa» es un concepto demasiado amplio y demasiado nebuloso para forjar en torno a él una comunidad humana convincente. Y no es psicológicamente realista proponer, en la línea del escritor alemán Jürgen Habermas, una dualidad local y supranacional de comunidades en torno a la cual construir unas lealtades prudentemente desprovistas del peligroso énfasis en la «identidad» asociada a la unidad nacional histórica. Eso no funciona. [...] «Europa» es más un concepto geográfico que una respuesta.

TONY JUDT, *¿Una gran ilusión?: un ensayo sobre Europa* (1996)





Prólogo

El planeta en miniatura

La verdadera aventura de los viajes es la intelectual, porque los viajes más profundos son interiores por naturaleza. Es por eso por lo que viajar, desde su punto de vista más útil, genera una bibliografía. Porque los paisajes más conmovedores invitan a investigar su historia y su material cultural, hasta el punto de que el resultado de un viaje son los libros que acaban amontonándose en nuestra biblioteca: todo, desde historia hasta filosofía, pasando por geopolítica y los legados de imperios y civilizaciones. Porque todo esto (y mucho más) fluye conjuntamente. Y debido a que una bibliografía así no conoce categorías, acaba convirtiéndose en un reproche a la especialización académica, aun cuando los más grandes especialistas académicos descubran sus universos a partir de bases muy concretas. Los libros que me guían son precisamente los de estos especialistas: son tan protagonistas de este viaje como lo son los paisajes que me encuentro. Porque lo que forma una autobiografía son tanto los libros que hemos leído como las personas que hemos conocido.

Viajar es un periplo mental y, por ello, el alcance del viaje es ilimitado, abarca cualquier tipo de introspección y se ocupa de los grandes debates y problemas de nuestra época. Las revistas ilustradas de viajes, que suelen vender fantasía pura —con fotografías de sublimes modelos sobre un fondo de paisajes que muestran el Tercer Mundo con todo su esplendor—, no reflejan más que un profundo aburrimiento. Y esto no tiene nada que ver con viajar.

El viaje es un ejercicio de psicoanálisis que empieza en un momento concreto del tiempo y el espacio. Y todo lo relativo a ese momento es tanto único como sagrado, todo. Tal y como Borges escribe: «La luna de Bengala no es igual a la luna del Yemen».^[1] Dado que podemos estar plenamente conscientes contemplando una luna y un cielo que no son exactamente iguales a como son la luna y el cielo en cualquier otro lugar y en cualquier otro momento, viajar es una forma intensificada de conciencia y, por lo tanto, una afirmación de la existencia individual: de que tenemos una identidad que va

incluso más allá de la que el mundo, la familia y los amigos nos han dado. Y puesto que nadie tiene derecho a conocernos más de lo que nosotros mismos nos conocemos, debemos intentar conocernos mejor exponiéndonos a tierras distintas y a la historia y la arquitectura que las acompañan.

¡Y debemos hacerlo solos! Nadie debería interponerse entre nosotros y una playa lejana, ni siquiera un ser querido. La originalidad surge de la soledad, de dejar vagar los pensamientos por terreno desconocido. Hace medio siglo, subí a bordo de un trasbordador que hacía la ruta entre Pescara y Split para sentirme vivo. Y por esta razón estoy ahora solo en una iglesia de Rímini en pleno invierno. Cuanto más solitario sea el escenario, cuanto más cruel sea el clima, más posibilidades hay de belleza, me digo. La gran poesía no rebosa de florituras; es austera.

Por supuesto, la búsqueda de lo extraño y lo desconocido no otorga por sí misma la sabiduría. No es lo mismo ver las diferencias entre pueblos y culturas que encontrar algunos de ellos, como muchos dicen, «exóticos», una palabra que debería ser expulsada de nuestro vocabulario. El exotismo surgió como una vía de escape de la sociedad de masas, donde la vida diaria rebosa de banalidad y aburrimiento. Pero a medida que la industrialización y la posindustrialización van calando en todos los rincones del planeta, las diferencias entre lugares y pueblos deben extraerse a partir de una familiaridad adquirida, no de una ausencia de familiaridad. El misterio de viajar tiene mucho que ver con las capas de uno mismo que van revelándose a medida que devoramos estos conocimientos. Por consiguiente, viajar debe generar dudas sobre uno mismo. Y yo estoy lleno de dudas. Cuantos más elogios recibo por parte de determinados círculos, más fallos encuentro en gran parte de lo que he hecho. Y con las dudas llegan el sentimiento de culpa y las recriminaciones. Ahora que soy mayor, me doy cuenta de que las diferencias entre los grupos y los pueblos sobre los que informé en su día —en lugares específicos, en momentos específicos— se transforman y evaporan ante mis propios ojos a medida que la humanidad se esfuerza por lograr una síntesis.

Pero todo esto son cosas que he descubierto a lo largo de este viaje: un viaje que nació del deseo de soledad e introspección, pero que acabó siendo —etapa tras etapa, y a medida que iba recorriendo kilómetros y me dirigía hacia un terreno políticamente más frágil— un trabajo periodístico en el que, finalmente, hablé con todo tipo de pensadores eslovenos y croatas y con

montenegrinos y albaneses fornidos. Rompí mi voto de silencio en algún punto geográfico de allí donde Italia se funde con el mundo eslavo, al descubrir que mis preguntas sobre Europa al final de la Edad Moderna traían de vuelta la relevancia del primer modernismo (entre el Renacimiento y la Revolución Industrial) a nuestros propios tiempos, en el que las identidades vuelven a ser fluidas y múltiples. El Adriático era el lugar evidente donde buscar respuestas: aunque pasado por alto por periodistas y estrategas profesionales, el Adriático define Europa central y oriental tanto como la definen el Báltico y el mar Negro.

Y cuanto más avanzaba en mi viaje, más evidente me resultaba lo siguiente:

La dicotomía entre Occidente y Oriente, siempre frágil en estas costas, siempre entrelazada, se observa cada vez menos: más que un «choque», lo que hay es un «concierto». Cristianismo católico y cristianismo ortodoxo, cristianismo ortodoxo e islamismo, el Imperio romano de Oriente y el Imperio romano de Occidente, el Mediterráneo y los Balcanes, logran una estimulante fusión en el Adriático. Toda Europa se encuentra destilada aquí, en un espacio geográfico susceptible de ser comprendido y, por lo tanto, asimilado. Es el planeta en miniatura. De hecho, las sutilezas de las civilizaciones del Adriático abarcan ahora el mundo entero. La era del populismo que los medios de comunicación proclaman es simplemente un epifenómeno: un canto del cisne de la era de los nacionalismos. El Adriático, en consecuencia, constituye una elegía a una categoría de desemejanzas que he observado durante toda mi vida. De lo único que estoy seguro es de mi ausencia de certidumbre. Y es en este sentido que me deconstruyo: en el transcurso de un viaje, obviamente.

Mi periplo culmina en Corfú, donde afronto, a través del propio pasado de Grecia, el último drama humano e histórico, el de la experiencia de los refugiados. Las migraciones son la historia de la humanidad. Y seguirán definiendo Europa en el siglo XXI; la afluencia de árabes y africanos que hemos visto hasta el momento no constituye más que el principio. Y pocas migraciones han sido tan desgarradoras e instructivas como la de más de un millón de personas de etnia griega desde Asia Menor hacia Grecia a principios de la década de 1920. Hablaré más adelante sobre eso. Porque, en primer lugar, hay mucho terreno que recorrer y mucho sobre lo que construir.

Finalmente, escribo al borde del precipicio. Un paisaje marino precioso y ecléctico que abarca Europa entera —incluyendo sus aspectos ortodoxos y musulmanes— está a punto de convertirse en planetario, puesto que el nuevo y vasto imperio marítimo de China amenaza con superar todas las asociaciones europeas que he esbozado aquí, convirtiendo este viaje en una mera pieza de colección, un «final de gira» según la jerga de los antiguos corresponsales extranjeros. Porque el Adriático está a punto de unirse con el mar de la China Meridional y el océano Índico como elementos clave de un floreciente comercio mundial que va desde Hong Kong hasta Trieste pasando por Hambantota, Gwadar y otros puertos del Índico.

Luego está el conflicto por los nuevos descubrimientos de gas natural en el Mediterráneo oriental y la lucha por el petróleo en Libia, un lugar devastado por la guerra. Más de media docena de países costeros están implicados tanto en intensas negociaciones como en posicionamientos militares para ver qué consorcio controla los futuros gaseoductos y oleoductos, algunos de los cuales podrían llegar a Europa a través del Adriático. La verdad es que este mar se está convirtiendo en un cuello de botella para el comercio internacional y los intereses geopolíticos.

¿Y cómo lidiar con una visión tan abrumadora?

Pues con un punto de vista local en vez de global. Profundizando en las peculiaridades históricas y estéticas de cada lugar en vez de perder su textura a través de un enfoque insípido, abstracto y estereotipado. Durante los primeros años del siglo XXI, viajé por la región del océano Índico y anticipé que el Pentágono acabaría bautizándola como región «indo-pacífica». A principios de la segunda década del siglo XXI, viajé por el mar de la China Meridional y anticipé el futuro de esa región en los titulares de la prensa. Y a mediados de esa segunda década, en 2016, empecé a viajar por el Adriático y anticipé su posible destino como terminal marítima occidental de la iniciativa de la Franja y la Ruta de China.

Pero mi objetivo no ha sido teorizar sobre geopolítica global en vista del regreso de China y Rusia a la categoría de grandes potencias. Más bien lo contrario: para obtener una visión macro es necesaria una base de conocimientos de alta resolución. Y así, justo cuando el Adriático está a punto de alcanzar una nueva relevancia global, he decidido emplearlo a modo de metáfora geográfica de una época que estamos viviendo: la Edad Moderna en Europa. Solo entendiendo lo que está pasando podremos analizar mejor lo que está por llegar.

Empiezo aquí, en esta iglesia italiana, un refugio del viento y del azote de la lluvia, consciente del latido de mis pulsaciones. ¿Existe acaso una manera mejor de medir el tiempo?

Empiezo, como he dicho, en soledad y, en este caso, con la contemplación de un poeta modernista fracasado. Pero viajes como este, por grandioso que sea su proyecto, comienzan a menudo en la más profunda oscuridad.

Rimini

Europa en piedra caliza

El mapa geopolítico de Europa se ha desplazado hacia el sur, de vuelta al Mediterráneo, allí donde Europa hace frontera con África y Oriente Próximo. El Mediterráneo está empezando a alcanzar una fluida coherencia clásica, uniendo continentes. Pero explicar esto lleva su tiempo. Porque hay que tratar sobre filosofía, poesía y paisajes antes de pasar a las relaciones internacionales.

Así pues, le ruego que tenga paciencia conmigo.

Nunca la herencia pagana de Europa me ha parecido tan segura de sí misma como en la entrada de esta iglesia cristiana. La *piazza*, brillante y solitaria bajo el aguacero, queda dramáticamente reducida por una línea de edificios que se extiende a mis espaldas. Cuanto más la miro, más extraordinaria me parece la iglesia. Entre las impresionantes columnas montadas sobre un estilóbato elevado hay arcadas ciegas que custodian, a su vez, un frontón triangular que afirma con confianza su profundidad. Y en el interior de ese frontón triangular hay un dintel que ancla toda la fachada. La forma y la proporción se apoderan del espacio. En la arquitectura clásica, la belleza es matemática y equivale a perfección.

Al cruzar la puerta, en lugar de la oscuridad cálida y envolvente del resplandor de las velas, me encuentro con un silencio estremecedor y palpitante y con la luz perpetua de un día encapotado al caer la tarde. Tengo la sensación de estar sumergiéndome en las nubes. El potente eco de otro par de pisadas muy de vez en cuando refuerza mi soledad. Un extenso suelo de

mármol domina las escuálidas filas de bancos a medida que me aproximo al ábside (reconstruido después del bombardeo sufrido durante la Segunda Guerra Mundial). Cuanto más tiempo permanezco aquí sentado, más inmenso y sobrio se vuelve el mármol. Un frío férreo inicia su asalto.

En vez de experimentar el esplendor de las pinturas al temple de huevo y al óleo, me concentro en la claridad de la piedra caliza blanca de unas ruinas arqueológicas que fueron reconstruidas en los inicios del Renacimiento. Más que color, lo que emana de los bajorrelieves planos y comprimidos es fuerza y volumen. El festival de esculturas de piedra caliza que llena las capillas laterales se apodera de mí. Y es gracias a la piedra caliza que esas figuras apiñadas e intrincadas, a pesar de su energía, su expresividad y su fluidez de movimientos, alcanzan una intensidad abstracta y teórica. Es un arte que te hace pensar, además de sentir. No solo estoy viendo arte, sino también un camino que me devuelve a la Antigüedad a través de las ciudades-Estado de la Baja Edad Media, en las que la supervivencia comunitaria dejaba poco espacio a la moralidad convencional. Porque la belleza puede surgir a menudo a partir de la celebración del poder, convirtiéndola en un registro del pasado, el presente y el futuro de Europa.

Los rollizos *putti* están inmersos en una actividad frenética y sin que se les adivine un objetivo claro: celebran el impulso primigenio de la vida. El escultor los ha representado como la encarnación de la sexualidad. Los relieves emergen de la penumbra, tanto más extraordinarios por la iluminación deficiente que reina en las capillas laterales. Aunque las figuras están adheridas a la pared, su musculatura parcialmente vestida estalla en tres dimensiones con solo un mínimo trabajo de talla por parte del escultor, como poemas que revelan universos enteros con unas pocas palabras. Entre las pilastras, acompañan a los ángeles los dioses romanos, los signos del zodiaco y los exaltados símbolos humanizados de las artes: filosofía, historia, retórica y música. Aquí, el cristianismo no es más que el elemento final de una civilización en auge y vibrante.

Nada mejor que la penumbra y el frío para concentrar la mente. Este entorno monástico estimula mi mente y me trae el recuerdo de muchos libros que debo tener en cuenta antes de iniciar mi viaje en serio. En el exterior, el cielo permanece cerrado a cal y canto, la lluvia sigue martilleando la costa y las nubes casi acarician el agua, como la tinta que se desliza por un lienzo.

Mi camino hasta esta iglesia —hasta este templo, mejor dicho— ha sido laberíntico, un camino en el que paisajes memorables me han conducido hasta diversos historiadores y autores, y estos historiadores y autores hasta otros muchos más. Debo mencionarlos a todos porque forman parte de la historia, además de ser bellos por derecho propio.

Todo comenzó hace más de cuatro décadas en Mistrá, una ciudad medieval en ruinas ubicada en Grecia, al sur del Peloponeso, en las estribaciones del monte Taigeto, allí donde termina el valle del Eurotas. Fue en Mistrá donde Bizancio acabó expirando. Constantino XI Dragases Paleólogo, de origen serbo-griego, fue coronado en 1449 en Mistrá debido al malestar político que se vivía en la lejana Constantinopla, y fue tanto el último de los ochenta y ocho emperadores bizantinos como el último heredero del César Augusto en Roma.

Mistrá, durante la primera visita que realicé a la ciudad en 1978, parecía confinada a finales de otoño, a pesar de ser ya primavera, y sus murallas derruidas y su vegetación la reducían a todas las tonalidades de marrón y de ocre. Los paisajes más exquisitos son los más sutiles: te exprimen, te fatigan por completo, más que abrumarte. Y fue así como acabé obsesionándome por las ruinas de Mistrá y su historia. Su belleza era tal que pensé que merecía la pena conocerlo todo sobre aquel lugar.

Mi obsesión con Mistrá me despertó un interés imperecedero por su figura más importante, Jorge Gemisto Pletón, un filósofo neoplatónico que vivió durante los siglos XIV y XV. Pletón fue uno de los iniciadores del Renacimiento italiano gracias a su dedicación intelectual a la Antigüedad clásica, algo que queda evidenciado con la larga visita que realizó a Florencia en 1439, en el transcurso de la cual impresionó nada más y nada menos que a Cosme de Médicis. Tal y como explica el fallecido filósofo y traductor británico Philip Sherrard, mientras que Aristóteles ya había sido asimilado como (o al menos neutralizado por) una «consciencia universal cristiana», las creencias de Platón quedaban fuera del *establishment* cristiano ortodoxo de la época y, en consecuencia, Platón estaba considerado por Pletón y otros eruditos como el más pagano de los dos filósofos. Y mientras el mundo bizantino agonizaba, Pletón comprendió que el «único gran activo» de Bizancio, en palabras de otro británico ya fallecido, el medievalista Steven Runciman, era el modo en que «había conservado sin adulteraciones los aprendizajes y la literatura de la antigua Grecia». Pletón viajó a Italia llevando

consigo aquella sabiduría conservada. Y así fue como Pletón ayudó a fomentar un resurgimiento nacional griego, construido sobre este legado clásico de panteísmo incrustado en Bizancio, frente al asalto político y religioso del Occidente latino. La incorporación de Platón, como la quintaesencia de la Grecia antigua, al mundo de la Iglesia ortodoxa griega facilitó este proceso.^[1]

Todo esto había permanecido profundamente grabado en mi memoria durante décadas cuando en 2002, casi un cuarto de siglo después de mi primera visita a Mistrá, me encontré en otra parte del Peloponeso, en la villa propiedad del escritor británico especializado en literatura de viajes Patrick Leigh Fermor, contemplando a través de las ventanas con arco de medio punto el emocionante paisaje del golfo de Mesenia y las plantaciones de nudosos olivos. Era un día frío de primavera y la ropa de Leigh Fermor olía deliciosamente a humo de leña. Llevaríamos ya bebido cerca de un litro de *retsina* de fabricación artesanal cuando mencioné por casualidad a Gemisto Pletón. Los ojos de Leigh Fermor se iluminaron y me obsequió con una disquisición en voz baja, con su tono elevándose apenas por encima del murmullo, durante la cual me explicó que los restos mortales de Pletón habían sido exhumados en 1465, trece años después de su fallecimiento, cuando Segismundo Malatesta, el legendario gobernador de Rímini y comandante mercenario de una fuerza expedicionaria veneciana, ostentaba el control de la ciudad baja de Mistrá y se negó a retirarse ante el avance de un ejército otomano sin antes hacerse con el cuerpo de su filósofo favorito. La voz de Leigh Fermor estaba a punto de expirar cuando me explicó que Malatesta, un cultivado mecenas de las artes y la filosofía, enterró de nuevo a Pletón en un sarcófago que instaló en la pared exterior del Templo Malatestiano de Rímini, el templo en el que ahora me encuentro sentado.^[2]

Segismundo Pandolfo Malatesta (1417-1468) era el vástago de una familia feudal que gobernó la ciudad-Estado de Rímini desde finales del siglo XIII hasta inicios del XVI. Malatesta era un *condottiere*, es decir, un capitán mercenario que operaba bajo los términos de un contrato, una *condotta*. Prototipo del hombre de acción, vivió literalmente y durante años bajo todo tipo de sentencias de muerte mientras vendía sus notables dotes militares de una ciudad-Estado a otra, hasta que acabó perdiendo, con esos tratos, la práctica totalidad de Rímini, su propia ciudad-Estado. Su imagen fue quemada públicamente en Roma. Los papas fueron a por sus tierras, el Banco Medici a por su dinero; pero, a pesar de sus cambios constantes de alianzas y su debilidad con respecto a los grandes poderes representados por el papado,

Venecia y Milán —y a pesar de las derrotas, las desgracias y las traiciones (y también de los triunfos)—, Malatesta consiguió transformar esta iglesia franciscana de estilo gótico en uno de los templos más impresionantes del Renacimiento, repleto de bajorrelieves de dioses paganos, con el único objetivo de glorificarse a sí mismo y a su eterna amante y última esposa, Isotta degli Atti. Malatesta era una explosión de vida en su forma más elemental y primitiva; alguien que, como diversos historiadores han sugerido, carecía de ética convencional pero estaba armado con un arsenal ilimitado de energía y heroísmo.^[3] Pienso en el retrato de Malatesta realizado por Piero della Francesca en 1450, expuesto actualmente en el Louvre, con su asombrosa nariz aguileña, sus labios escuetos y una mirada implacable y desdeñosa.

No fueron solo Mistrá y Patrick Leigh Fermor los que me llevaron hasta el Templo Malatestiano, sino también los *Cantos* de Ezra Pound. La poesía de Pound, gran parte de la cual no es notable, es como un túnel oscuro que conduce hacia la luz para ofrecernos nada menos que una contemplación más amplia de Europa.

Para Ezra Pound, Segismundo Malatesta era la personalidad «táctica» perfecta, entendiéndolo por ello un símbolo de la virilidad en su totalidad, una figura a la vez brutal y traicionera, aun siendo un hombre extremadamente cultivado en el campo de las artes. Malatesta, en la recreación que Pound hace de él, representa un todo armonioso creado a partir de elementos disidentes: una personalidad «que deja huella en su tiempo, cuya marca sobrevive toda expropiación», escribe Hugh Kenner, el difunto erudito especialista en Pound e intérprete de su poesía. En la representación que Pound hace de él, Malatesta es un hombre de *virtù* —virtud varonil—, mucho menos por sus hazañas de capa y espada que por el hecho de haber restaurado y decorado este templo, convirtiéndolo en una obra de arte perfecta. (Bernard Berenson, tal vez el mayor experto en arte del siglo XX, se muestra completamente de acuerdo con Pound y escribe que la construcción de este monumento otorgó a Malatesta la reputación que «deseaba que la posteridad creyera» que merecía).

¿Por qué algunas figuras son siempre recordadas y otras caen en el olvido? Porque es precisamente el Templo Malatestiano —una epopeya por derecho propio— y un acto de pura fuerza de voluntad lo que eleva a Malatesta por encima de todos los demás canallas y guerreros de su época.

Las proezas militares de Malatesta habrían sido inútiles y sin sentido de no haber sido por la obra de arte que surgió de ellas: el Templo. El imperialismo y la guerra, bajo el punto de vista de Pound, solo pueden quedar justificados por el arte. Porque es la épica artística lo que permite que la civilización sobreviva y empiece de nuevo.^[4]

Pound dedica varios de sus primeros y más conocidos *Cantos* a Segismundo Malatesta, a quien idealiza con tanto detalle biográfico que los poemas (y esto es un problema grave de los *Cantos* en general) «decaen hasta parecer un catálogo» en determinados momentos, en opinión de otro biógrafo de Pound. En el «Canto IX», Pound califica a Malatesta de «*POLUMETIS*», un adjetivo homérico que significa «sagaz», una clara referencia a la adaptabilidad y al ingenio de Odiseo. Pound está locamente enamorado de Malatesta, el duro guerrero al que critica y con el que, a la vez, se identifica. Del mismo modo que Malatesta fue un mecenas de las artes y la filosofía, Pound, tomando conscientemente como modelo a su héroe, ejerció también de filántropo con otros escritores y artistas durante el periodo de su vida que pasó en Europa. Las iniciativas de Pound estuvieron claramente inspiradas en la gallardía de Malatesta. Como es bien sabido, Pound intentó ayudar a James Joyce a encontrar un editor para *Dublineses* y *Retrato del artista adolescente*, y posteriormente a hallar una revista dispuesta a publicar *Ulises* por entregas. Era un momento en el que Joyce vivía exiliado en Trieste, sumido en la pobreza. Pound ayudó también a T. S. Eliot a publicar «Canción de amor de J. Alfred Prufrock». De hecho, fue Pound quien ayudó a descubrir a Eliot y quien, como todos sabemos, editó *La tierra baldía*. Pound captó muy pronto tanto el potencial artístico como la naturaleza épica de la obra de ambos autores. Para Pound, el riesgo varonil era casi inseparable de la creación de la obra maestra artística, de modo que la imagen de la desbordada violencia de Malatesta, que ayudó a producir esta obra maestra en forma de templo en el que en estos momentos estoy helándome de frío, se convertiría irónicamente en un punto fundamental del incipiente fascismo de Pound. De hecho, el enamoramiento de Pound por la figura de Mussolini, otro hombre de acción italiano, puede relacionarse directamente con su enamoramiento de Malatesta.^[5]

La escritura que Pound utiliza en los *Cantos* dedicados a Malatesta resulta superficialmente pegadiza. Es tan despiadadamente oscura y panorámica que envía sin cesar al lector a consultar la enciclopedia. Nunca olvidaré cuando de joven leí por primera vez el «Canto IX» y cómo he ido releuyéndolo de vez en

cuando con el paso de los años. Empieza con un medio galope digno de la gran pantalla:

Cierto año hubo crecidas de agua.
Certo año pelearon en las nieves. [...]
Y se quedó con el agua al cuello
para escapar de los sabuesos, [...]
Y se peleó en Fano, una gresca callejera,
y ese casi fue su fin; [...]
Y derrotó en debate al antiheleno,
Y hubo un heredero varón del *signor*,
Y Madame Ginevra murió,
Y él, Segismundo, fue capitán para los venecianos.
Y había vendido los castillos más pequeños
y construyó la gran Rocca según su propio plan.
Y luchó como diez demonios en Monteluro
y no obtuvo sino la victoria
Y el viejo Sforza nos jodió en Pésaro; [...]
Y él, Segismundo, le cantó las cuarenta a Francesco
y los expulsamos de las Marcas.^[6]

Cito simplemente fragmentos de un *Canto* que se prolonga durante ocho páginas enteras, asaltando al lector con una avalancha de minucias factuales que, pese a haber sido admirablemente investigadas, a veces lindan con lo ininteligible (al menos para el profano) porque a menudo carecen del contexto adecuado; no obstante, resultan a la vez aromáticas y cinematográficas, incluso cuando expresan dentro de la propia persona de Malatesta las fuerzas malévolas y excesivas de toda una época.^[7] No estoy seguro, sin embargo, de si esto constituye buena poesía, es decir, disciplinada. Todo está envuelto por cierto aire de diletantismo. Hugh Kenner sale en defensa de Pound: «Era una poética de hechos, no de estado de ánimo ni de respuestas, tampoco de Preguntas Abrumadoras incorpóreas».^[8]

A lo largo de la vida me he ido desprendiendo de muchas cosas, pero en ningún caso de la que considero la mejor de la en ocasiones muy mala poesía de Ezra Pound, que se encuentra evidentemente en sus primeros *Cantos*, escritos antes de que perdiera el rumbo. Esta es la justificación del propio Pound:

La única manera de escapar de la retórica y de las guirnaldas de papel decorativas es a través de la belleza. [...] Quiero decir con eso que hay que llamar a las cosas por su nombre, hacerlo de un modo exactamente preciso, con una métrica que resulte por sí misma seductora, para que la declaración no aburra al oyente. [...] Hay pocas falacias más comunes que la opinión de que la poesía debería imitar el habla cotidiana. [...] La poesía coloquial es al verdadero arte como el muñeco de cera del barbero es a la escultura.^[9]

De hecho, encontramos por todas partes el enamoramiento del poeta con el detalle del mundo preindustrial, atestiguando con ello lo que James Laughlin, fundador de la editorial New Directions, denomina método «ideogramático» de Pound,^[10] en el que el poeta, según sus propias palabras, «embotella» la historia, pasando de una imagen a la siguiente, «capa sobre capa». En el «Canto III» nos encontramos con el Cid en Burgos. En el «Canto IV» estamos en Troya, que es «apenas el rescoldo de un montón de piedras liminares». Están los Plantagenet en el «Canto VI» y Dante en el «Canto Vil», seguidos por Malatesta y todo lo referente a su época en los siguientes *Cantos*, junto con referencias a Classe, Rávena y San Vital, lugares a los que iré después de Rímimi, después de dejar atrás a Pound como nudo temático de mis viajes.

En el interior del Tempio Malatestiano, mi mente viaja hacia el paisaje chino del «Canto LII»:

Este mes los árboles están llenos de savia
La lluvia ha empapado toda la tierra
las malezas muertas la enriquecen, como
hervidas en un caldo.^[11]

Y luego al famoso —o tristemente famoso, de hecho— «Canto XLV»:

Usura es un miasma, usura
embota la aguja en la mano de la doncella
y entorpece la pericia de la hilandera. Pietro Lombardo
no surgió por la usura [...]
ni Piero della Francesca...^[12]

La obsesión por todo lo antiguo tenía un objetivo ingenuo, ideológico y, por lo tanto, peligroso. La usura, el préstamo de dinero, estaba asociada con los judíos y, sin la menor duda, el «Canto LII» exhibe un antisemitismo

manifiesto, del mismo modo que en este «Canto XLV» el antisemitismo queda encubierto. El antisemitismo manifiesto del «Canto LIII» hace referencia a una frase de Benjamin Franklin acerca de mantener a los judíos alejados del Nuevo Mundo, una frase que en realidad era falsa; por lo tanto, se puede afirmar que la historia de Pound es a veces —a menudo, según sus críticos— historia de muy mala calidad. Para Pound, la usura es nada más y nada menos el pecado original que impide que el hombre pueda crear un paraíso en la tierra. Pound, dicho de otro modo, alberga una vena utópica, lo cual casi siempre resulta peligroso. El fascismo y el antisemitismo de Pound son conocidos por todos y constituyen uno de los primeros principios organizadores que se descubren en él. Y esto, por lo tanto, socaba su poesía. No existen, por ejemplo, circunstancias atenuantes para las emisiones de radio que Pound realizó durante la Segunda Guerra Mundial defendiendo a Mussolini. De hecho, incluso elogió el *Mein Kampf*. Aun así, tal y como William Carlos Williams dijo en una ocasión hablando sobre la obra de Pound: «¡Es el mejor oído que haya nacido jamás para escuchar ese lenguaje!». O, tal y como Kenner escribe al principio de su libro, *The Poetry of Ezra Pound*, haciendo claramente referencia al descrédito moral de Pound: «He tenido que elegir, y he elegido revelar la obra antes que presentar al hombre».[13]

Pero la demolición de Pound ha continuado. Personajes literarios e intelectuales como George Orwell, Robert Graves, Randall Jarrell, Joseph Brodsky, Clive James y otros —muy en especial Robert Conquest— han despellejado a Pound tanto como persona como poeta y, en algunos casos, refutan de manera convincente la insinuación de Kenner de que ambos aspectos pueden separarse. Los *Cantos* de Pound resultan con frecuencia ilegibles y carentes de sentido, dicen estos poetas y críticos, e incluso algunas de sus traducciones son malas: Pound, como dijo un crítico, es como un bloguero incoherente que escribió muchas décadas antes de su época. Y luego está su omnipresente odio.

Pound odiaba más cosas, además de odiar a los judíos. Se sentía profundamente distanciado de Estados Unidos y de cualquier lugar, de hecho, al que «su familia pertenecía y con el que [él] tenía una historia personal», escribe su biógrafo Humphrey Carpenter. Lo cual está muy en línea con lo que el profesor de Yale Langdon Hammer observa con respecto a T. S. Eliot, amigo de Pound y modernista contemporáneo suyo:

Para Eliot, el modernismo significaba desnaturalización: solo una serie de distanciamientos íntimos —de su lugar de origen, de su

familia, de su idioma «materno», de su yo temprano— podrían haber hecho de Eliot el poeta tan especial que fue. En este sentido, Eliot no cambió nunca de nacionalidad, sino que renunció a la nacionalidad para sumarse a una comunidad internacional, una comunidad unificada no por la utilización de un idioma concreto, sino por su relación con el idioma como tal.^[14]

De hecho, tanto Eliot como Pound van bastante más lejos que la simple incorporación de palabras en idiomas extranjeros, nombres de lugares extranjeros y fragmentos enteros en otras lenguas a sus poemas escritos en inglés. Inspirados por la literatura europea y mundial más que por la literatura norteamericana, pretenden enriquecer el idioma inglés con otras tradiciones, dejándolo inconmensurablemente alterado (*La tierra baldía*, por ejemplo, que Eliot dedica a Pound, contiene fragmentos en seis idiomas extranjeros, incluyendo entre ellos el sánscrito).^[15] Claro está que estos autores no son en realidad poetas norteamericanos y considerarlos como tales es disminuirlos. El hecho de que fueran expatriados no es casualidad, evidentemente. Son poetas cosmopolitas que borran las diferencias entre Oriente y Occidente. El poeta Charles Olson reflexiona y defiende que Pound, con su nostalgia por las antiguas civilizaciones y su decadencia filosófica y moral, podría haberse convertido en «la imagen definitiva del fin de Occidente», algo que advierte de la llegada de nuestros tiempos.^[16]

Siga teniendo paciencia conmigo.

Pound, igual que Eliot y Joyce —como bien sabemos todos—, ayudó a definir el modernismo literario. Y el modernismo literario, según el crítico Edmund Wilson, surgió en parte del movimiento simbolista francés, y aquí es donde el túnel oscuro que he mencionado anteriormente empieza a abrirse hacia la luz. Tal y como Wilson explica, el punto de partida del simbolismo es el siguiente: «Cada sentimiento o sensación, cada momento de conciencia, es distinto el uno del otro» y, en consecuencia, es «imposible reproducir nuestras sensaciones tal y como en realidad las experimentamos por medio [...] de la literatura corriente». Por lo tanto, todo poeta o escritor debe inventar un lenguaje propio con el que, en vez de servirse de afirmaciones directas y descripciones, transmita imágenes y metáforas que sugieran al lector su experiencia personal de conciencia. Pound, junto con Eliot y Joyce, escribe con símbolos, y para Pound, estos símbolos tienen su esencia en oscuros hechos históricos. Si bien tanto Pound como Eliot son formalmente

norteamericanos y escriben en inglés, basan su obra en una revolución que tuvo lugar fuera del ámbito de la literatura inglesa: en la literatura francesa y europea. Se trata de una capa más de su cosmopolitismo y, por asociación, del choque de Oriente contra Occidente, del cual su poesía es un presagio y que, en última instancia, forma parte de la crisis europea actual.^[17]

Más aún, con Pound existe esa aura seductora, ardiente como si estuviera cubierta de lava, que acompaña sus referencias históricas y que en su día atrajo mi sensibilidad juvenil: el elemento embriagador de su atención minuciosa a épocas remotas tanto en Europa como en Asia. Y, a medida que fui madurando y sintiendo más interés por las cuestiones abstractas que por las atmosféricas —en la filosofía confuciana en sí misma más que en el simple escenario en el que se desarrollaba, en la geopolítica de las ciudades-Estado italianas más que en el arte que producían—, las evocadoras alusiones de Pound a dichas cuestiones, por idiosincrásicas que pudieran ser, y podría decirse que incluso locas y chifladas durante periodos de tiempo significativos, me impidieron apartarme por completo de él.

¿Pero qué fue lo que despertó mi interés hacia él? Es lo que me pregunto mientras el frío de enero subyuga esta iglesia.

Todo empezó al principio con el «Canto I», publicado en 1925. Todavía recuerdo cuando lo leí por primera vez, con diecinueve años de edad.

Y entonces descendimos a la nave.
Enfilamos la quilla a la rompiente, a la mar divina, y
Erguimos el mástil e izamos la vela en la nave prieta,
Embarcamos ovejas y nuestros propios cuerpos
Agobiados de llanto, y los vientos en popa
Nos impulsaban con velas panzudas.
De Circe esta nave, la diosa del peinado minucioso.
Nos sentamos en el sollado, el viento trababa el timón. [...]
El sol a su modorra, sombras cubren el océano,
Llegamos a los confines de las más altas aguas,
A las tierras cimerias, y ciudades pobladas
Cubiertas de niebla de apretada trama [...]
Llegamos entonces al sitio
que Circe predijo.
Aquí Perimedes y Euríloco realizaron los ritos [...]
Derramamos libaciones para cada muerto. [...]
Oscura sangre fluyó a la fosa.
Almas del Érebo [...] de doncellas muertas [...]

De jóvenes y ancianos que mucho soportaron [...]
«Un hombre sin ventura, y su nombre por venir» [...] ^[18]

Es la aventura definitiva, en la que el héroe Odiseo se fortalece con el recuerdo de la Guerra de Troya, igual que el poeta Pound se fortalece con el recuerdo de la Primera Guerra Mundial. Los preparativos para zarpar del Inframundo, el comienzo de un viaje épico, la dramática sensación de descubrimiento en la oscura, neblinosa y remota orilla del mar Negro, donde vivían los bárbaros cimerios; el hecho de partir una vez más, sin concederse una tregua, rumbo a lo desconocido; la sabiduría que la guerra y la desolación pueden aportar, y el triunfo que podría llegar a continuación en el transcurso de una vida larga y dolorosa. Maldito Pound. Sí, sus peores críticos tienen buenos argumentos. Los *Cantos* son en gran medida un fracaso incoherente, un «batiburrillo que falsea lo extraordinario», utilizando palabras del fallecido Robert Conquest.^[19] Pero, aun así, hay algunos *Cantos*, además de fragmentos de otros, que perduran bellamente en el oído.

La atracción que sentí originalmente hacia el poema fue narcisista. Era joven e imaginaba la vida heroica que tenía por delante. Pero a medida que he ido acumulando decepciones y mis cargas profesionales y personales han llegado en ocasiones a dejarme prácticamente paralizado, las profundidades del poema que antes había leído simplemente por encima empezaron a relucir. Y, en consecuencia, llevo toda la vida con él.

Round encontró la versión medieval de la *Odisea*, traducida al latín por Andreas Divus, en un puesto de libros de la *Rive Gauche*. De inmediato se sintió atraído por la *nekyia*, considerada a menudo como la parte más «omnipresentemente arcaica» de la *Odisea*, que trata sobre el viaje de Odiseo al Inframundo siguiendo las instrucciones de la diosa Circe.^[20] Y del mismo modo que Divus tradujo la *Odisea* del griego antiguo al latín medieval, Round tradujo el latín medieval al inglés, empleando el ritmo del «Seafarer», el poema escrito en inglés antiguo. Esa fue la base de lo que acabaría convirtiéndose en el «Canto I». Conquest denigra los conocimientos de Round tildándolos de «adventicios».^[21] ¿Pero acaso no se explican y se descubren de esta manera gran parte de los conocimientos más útiles y satisfactorios? ¿No era el trapero del filósofo Walter Benjamín, de hecho, un buscador de cosas útiles en el transcurso de búsquedas fortuitas?^[22]

Los viajes llevan a los libros, y los buenos libros nos llevan a otros buenos libros. Y así es como me he convertido en un lector obsesivo de bibliografías. Fue un método similar a este el que guio a Pound en su viaje intelectual y

artístico hasta los *Cantos*, que evocan con audacia historia y paisajes de tal manera que ni siquiera Robert Conquest, con toda su erudición clásica y toda su mordacidad, consigue alejarse de ellos.

Un joven inglés, Adrian Stokes, descubrió la belleza de los *Cantos* de Pound sobre Malatesta en 1926. La consecuencia fue un libro que el mismo Stokes escribió en 1934, *Stones of Rimini* [Piedras de Rímini], sobre la pasión estética que despertó en él el Tempio Malatestiano.^[t1] Sentado en el Tempio, sostengo en mi regazo un amarillento y sobado ejemplar de bolsillo del libro de Stokes editado en 1969.

«Escribo sobre piedra. Escribo sobre Italia», empieza Stokes. Más en concreto, la totalidad de las doscientas sesenta y cuatro páginas del libro son una oda a la piedra caliza. «De toda la erosión, la de la piedra caliza [...] es la más vivida. Es la piedra caliza la que se combina con los gases del aire, la que queda esculpida por el aliento que exhalamos. Es la piedra caliza la que forma nuevas pieles y floración poética; y, por encima de todo, la piedra caliza es sensible al agente escultórico más evidente de todos: la lluvia». La atmósfera mediterránea, prosigue Stokes, se basa en la piedra caliza. «Sus enseñadas y puertos, amados por el comercio, son en su mayoría formaciones calizas. [...] Vides, olivos e higueras crecen sobre suelos calcáreos. [...] En los relieves del Tempio, la vida mediterránea muestra su plena expresión: allí, el agua es piedra».

Muchos relieves del Tempio, continúa Stokes, «tienen la apariencia de miembros de mármol vistos bajo el agua», incluso cuando se produce «la deliciosa tortura que un viento invisible y evocador ejerce sobre cabello y ropajes». Hay tal fermento de movimiento por todas partes que es casi como si «las figuras hubieran sido concebidas con volumen y luego presionadas para transformarse en bajorrelieve». El escultor responsable de todo esto —y el héroe del libro de Stokes, de hecho— fue un tal Agostino di Duccio, de Florencia, que estaba al servicio de Malatesta y vivió en Rímini entre 1449 y 1457.^[t3]

Este impecable y oscuro libro ha sido la guía que me ha conducido hasta aquí. Patrick Leigh Fermor, Ezra Pound, Edmund Wilson, Bernard Berenson, las críticas enfrentadas de Hugh Kenner y Robert Conquest, las ricas y complejas historias sobre la ortodoxia oriental y Gemisto Pletón de Philip Sherrard, Steven Runciman y C.M. Woodhouse, y tantos otros libros dispares, me condujeron hasta la obra de Adrian Stokes. En este sentido,

viajar es la reprimenda definitiva a la servidumbre de lo que el filósofo español José Ortega y Gasset denomina el «hombre-masa», que en esta era tecnológica de especialización cada vez más intensa no conoce nada que vaya más allá de su estrecho cubículo existencial.^[24] Es mi propia forma de rebelión como individuo. Porque la bibliografía que he empezado a compilar debe ser de amplio alcance... y solo estoy en el principio. Mi objetivo es utilizar un viaje geográfico lineal como método de orientación para mis lecturas, de modo que cada lugar y cada libro se construyan sobre la base de los anteriores, y en el que los autores y las voces contemporáneos entren también en escena. Y todo debe empezar y terminar con Grecia, la puerta trasera de Europa: con Mistrá y con Corfú. Solo de esta forma Europa —lo que ha sido y lo que podría todavía ser— conseguirá revelárseme.

La tercera capilla a mi izquierda es donde Agostino di Duccio esculpió los dioses paganos y los signos del zodiaco —Diana, Saturno, Mercurio, Ganímedes, etc.—, como si, igual que Ezra Pound, Agostino estuviera obsesionado por catalogar a través de su arte la totalidad del conocimiento clásico. Estando la Navidad tan reciente, la capilla paganizada sigue invadida por una escena de la Natividad, con el suelo cubierto de paja que emula un pesebre y un conjunto de figuras de mal gusto que representan a los Reyes Magos adorando a un Niño Jesús de plástico. Dirijo por un momento la mirada hacia el ábside restaurado, donde cuelga un magnífico crucifijo del siglo XIV obra de Giotto. Aquí, en esta penumbra, está Europa, donde el mundo griego y romano dio origen a la cristiandad. Y la cristiandad, en forma diluida y conmovedoramente ingenua y chabacana —tal y como demuestra esta escena de la Natividad—, sostiene todavía estas sociedades laicas tremendamente inseguras. El laicismo, más que contradecir una herencia cristiana, ofrece resistencia contra los inmigrantes musulmanes que abierta y comprensiblemente practican su religión. Es decir, la propia decadencia moral de Round —su dedicación a la estética a menudo sin ningún propósito elevado— no necesita señalar el final de los valores religiosos en la tierra de su exilio. Europa, azotada por los vientos demográficos y culturales que llegan desde África y Eurasia, de los que el cosmopolitismo de las vanguardias literarias fue un precursor, podría aún requerir una creencia en la que sostenerse que fuera menos restrictiva que el anticuado nacionalismo.

Encuentro otro libro en mi mochila, también sobado y con medio siglo de existencia. *Europe: The Emergence of an Idea* es un largo ensayo escrito por Denys Hay, un intelectual británico de la Universidad de Edimburgo que falleció a mediados de la década de 1990. Fue publicado originalmente en 1957. Teniendo en cuenta que la comparación es el indicador de toda erudición seria, la única forma de escapar de la monotonía ensordecedora de los comentaristas consiste en comparar y contrastar la obra con los escritos de aquellos que se formularon preguntas similares en una coyuntura histórica anterior. Es por eso por lo que encuentro fresca en lo que es viejo y ha quedado olvidado, por mucho que generaciones posteriores de académicos hayan modificado útilmente y, en algunos casos, desaprobado algunas de estas ideas. Al fin y al cabo, las ruinas son mucho más interesantes que lo que está sobre el suelo y es obvio. Solo las ruinas pueden poner en perspectiva lo que está sobre el suelo. Y por eso releo partes de esta pequeña joya de Hay mientras estoy sentado en la iglesia.

La unidad europea (es decir, el concepto de identificarse como «europeo»), escribe Hay, tuvo sus rudimentarios comienzos en el concepto de la cristiandad medieval, encarnada por *El cantar de Roldan*, que se situaba en «inevitable oposición» al islam y que pronto culminaría con las cruzadas. Aquello fue un presagio de las tensiones religiosas y culturales que se viven hoy en día en Europa y muy especialmente en Francia. La cristiandad, pese a indicar una «totalidad», una civilización casi completa y, por lo tanto, una unidad psicológica, era también una idea muy «insegura», puesto que dejaba clara la diferencia —y la percepción de peligro— con un cercano mundo musulmán. (Y así nació el concepto de orientalismo de Edward Said).

Más adelante, explica Hay, y como consecuencia de los cismas de la Iglesia —políticos y de todo tipo—, esa unidad religiosa acabaría perdiéndose. Aunque en realidad no importaba, puesto que, en un sentido más amplio, la idea de ser cristiano ya había quedado identificada geográficamente con el subcontinente europeo, sobre todo después de que el imperio cristiano ortodoxo de Bizancio perdiera Asia Menor a manos de los musulmanes turcos en los siglos XIV y XV, acercando todavía más la llamada amenaza islámica. El Imperio otomano seguiría adelante conquistando gran parte de los Balcanes, situados en el interior del subcontinente europeo. Pero esto no hizo más que adelantar el concepto de identidad europea, puesto que el avance otomano contribuyó a generar un sentimiento de asedio y miedo entre los europeos.^[t2] una palabra que empezó a utilizarse indistintamente a la par que *cristianos*, puesto que ser lo uno significaba también ser lo otro, incluso sin la

unidad religiosa en su día asociada con los papas de los inicios de la Edad Media. El contraste con sus vecinos del este hizo que el continente viera todas las cosas que tenía en común. «El papado podía contemporizar con el turco otomano, Francisco I podía buscar en el sultán un aliado —escribe Hay—, pero el grito universal de desesperación por la pérdida de Rodas en 1522 y el regocijo generalizado por la victoria de Don Juan de Austria en Lepanto en 1571 [contra el sultanato otomano] indican una profunda conciencia de la unidad y la función de la cristiandad».^[25]

Más allá del miedo a los turcos y los sarracenos, el Renacimiento traería consigo una mayor conciencia de otros continentes (en especial de Asia y África, tal y como demuestra la poesía de Ronsard y la gran novela de Cervantes), que en virtud de la comparación vigorizó la idea de Europa. Y mientras que la «vitalidad de la cristiandad [...] se extendió hasta entrado el siglo XVII», continúa Hay, y entraría después lentamente en «el limbo de las palabras arcaicas», en cambio, Europa emergería como «el símbolo indiscutible de la mayor lealtad humana». Es decir, que el laicismo de las repúblicas de finales del Renacimiento y principios de la Edad Moderna sería una excusa para que filósofos como Maquiavelo, Montesquieu y Voltaire ensalzaran la superioridad de Europa sobre otros continentes en aquel momento. Europa acabaría siendo vista también como el bastión contra el despotismo, cuyo mejor ejemplo podía encontrarse en Rusia.^[26]

La cristiandad, se esperaba, se extendería por todo el mundo, mientras que Europa, geográficamente circunscrita, acabaría significando «una región más que un programa», escribe Hay.^[27] Y, sin embargo, cuando la Edad Moderna temprana dio paso a la modernidad —a pesar del cataclismo que supuso la Larga Guerra Europea de 1914-1989—, Europa emergería a principios del siglo XXI como el ejemplo de los derechos humanos y «la buena vida», alcanzando por un breve periodo en la historia una deferencia universal que la cristiandad nunca tuvo ni pudo haber tenido.

El libro de Hay plantea la siguiente cuestión:

Europa evolucionó del cristianismo al laicismo sin perder nunca su propio sentimiento de superioridad. Pero con la intensificación de la crisis europea —deuda, migrantes, pandemia— en la era posmoderna en que vivimos y con la consiguiente amenaza a esa autoestima, es posible que los europeos tengan que enfrentarse a la inercia e incluso al declive en relación con otros continentes. ¿Podría la búsqueda espiritual e introspectiva que emanará de ese declive llevarlos de regreso, con el paso del tiempo, a una ferviente creencia en el cristianismo, una fe que es decididamente la herencia recibida de Grecia

y de Roma? ¿Podría el arte que contiene el Tempio Malatestiano representar tanto el futuro como el pasado?

Son grandes preguntas que exigirán capas y más capas de lecturas, que a su vez conducirán hacia consideraciones cada vez más profundas. Para que adquiriera significado, un viaje que es horizontal, de una ciudad a otra, debe ser también vertical, de una idea a otra. Las exploraciones que realicemos nos hablarán no solo del pasado —y del futuro, que emerge del pasado—, sino también de nosotros mismos. En este sentido, la soledad puede ser una revelación.

El sobado ejemplar de bolsillo de la obra de Hay me produce una sensación agradable en las manos. Es casi como un talismán. Lo oscuro representa el autodescubrimiento, algo a lo que las masas aún no le han echado el guante. Sin embargo, el orgullo de descubrir un libro antiguo conlleva vanidad. Porque aceptar a Hay como la última versión sobre el tema equivale a rechazar décadas de estudios más recientes que han sumado complejidad a la visión de Hay al demostrar, por ejemplo, que los prodigiosos vínculos comerciales entre musulmanes y cristianos siguieron existiendo e incluso se incrementaron después de la conquista islámica del norte de África, por lo cual la separación entre cristianismo e islam no fue ni mucho menos tan definitiva como Hay sugiere, sin prejuicio de sus propios matices y reservas.

Mi mochila está llena hasta los topes; contiene también las notas de otros libros que he leído y que podrían ser relevantes para mis pensamientos y para el lugar donde me encuentro en este momento. Y, así pues, antes de abandonar esta iglesia, reflexiono sobre otro libro y consulto las notas que tomé a partir de la lectura de *Mahoma y Carlomagno*, de Henri Pirenne, la obra del gran historiador belga que se publicó en 1937, dos años después de su fallecimiento. Pirenne relata una historia paralela a la de Hay, que sin duda estuvo influido por él. «De todas las características de esa admirable construcción humana que fue el Imperio romano —dice Pirenne, empezando así su grandiosa tesis—, la más sorprendente [...] es su carácter mediterráneo». Y, como Pirenne continúa exponiendo, incluso después de la caída de Roma en Occidente, Roma en Oriente (Bizancio) siguió dominando el Mediterráneo hasta principios del siglo VII. Pero la conquista árabe, que sustituiría el latín por el árabe en el norte de África —con la costa sur del Mediterráneo gravitando con el paso del tiempo hacia Bagdad—, supuso el fin de este mundo clásico. El germanismo y el imperio de Carlomagno

surgirían en el norte de Europa como consecuencia de la división del Mediterráneo, incluso cuando la «creciente prosperidad de los países musulmanes [...] beneficiara a las ciudades marítimas de Italia», e incluso cuando comunidades de griegos, cristianos coptos, nestorianos y judíos sobrevivieran y prosperaran en esta nueva civilización musulmana.^[28] «Europa», en resumen, no solo se creó a sí misma, sino que fue creada por otros pueblos además de por migraciones históricas.

Pirenne relata, con deliciosa profundidad, no solo el debilitamiento del poder marítimo bizantino, sino también las excepciones a la división del Mediterráneo, que son el tema de su libro, como sucedió cuando los venecianos vendieron esclavos de habla eslava a los árabes como parte de su comercio. Igual que sucede con todas las teorías audaces de la historia y las ciencias sociales, las de Hay y Pirenne han sido blanco de los ataques de estudiosos posteriores durante el proceso de elaboración de sus propias teorías; así es como avanza siempre el conocimiento. Resulta que las visiones de Hay y de Pirenne eran demasiado extremas, muy en especial si se tiene en cuenta que fue la civilización musulmana la que ayudó a mantener con vida la herencia clásica de griegos y romanos durante la Edad Media, otro ejemplo del entretrejo de civilizaciones que borra la barrera entre Oriente y Occidente. Y, aun así, la calidad literaria y un tanto excéntrica de estos académicos de tiempos pasados, que no hace más que acentuar su brillantez, sigue siendo digna de ser contemplada. Tal vez estén más próximos en espíritu a la literatura de viajes consumadamente erudita de Patrick Leigh Fermor en *Maní* (1958) y *Roumeli* (1966) que a la clase generalmente especializada de la mayoría de académicos de la actualidad.

Salgo de la iglesia y echó a andar hacia la izquierda, rodeando el edificio. Y ahí está, justo donde Leigh Fermor me dijo que estaría, completamente expuesto a la calle y bajo un arco del muro de contención exterior: el sarcófago del filósofo griego neoplatónico Jorge Gemisto Pletón. Pasa un autobús a escasos metros de este fragmento de historia lejana. Las tonalidades lúgubres de los adoquines brillan bajo la lluvia. Al otro lado de la estrecha calle, delante de la iglesia y el sarcófago, hay tiendas de ropa y accesorios cuyos escaparates parecen un museo de arte, con maniqués ataviados con fulares de seda y botas de piel. Pasan hombres y mujeres con paraguas. Llevan ceñidos abrigos de invierno en suntuosos tonos tierra que se abren en cuellos de solapas anchas que me recuerdan las figuras de los cuadros de la

Venecia de principios de la década de 1880 de John Singer Sargent, cuyo atuendo, lindando incluso con la pobreza, evoca a los cortesanos del Renacimiento. Cuando vienes a Italia, y sobre todo fuera de temporada, hay que vestirse con seriedad.

Entro en un sencillo café. Hay grandes cantidades de botellas de licor que la iluminación refleja en la pared de espejo que sirve como telón de fondo de relucientes estantes de madera. Más allá de la barra de mármol hay unas cuantas mesitas redondas cubiertas con manteles bordados. Sugerentes fotografías en blanco y negro de películas de la posguerra decoran las paredes. El aroma intenso y vigorizante a café y repostería proclaman civilización tanto como cualquier museo. Se levantan dos ancianas con bastón y se acercan a la barra para pagar su consumición. Llevan pantalones negros ceñidos, cubren la cabeza con sombreros negros y se ven bellísimas. Entra una pareja. Son muy mayores. La mujer lleva un abrigo de piel sobre el vestido y el hombre una elegante americana gris con corbata rosa y pañuelo. Piden dos expresos dobles y empiezan a leer tranquilamente los periódicos. Se han acicalado para hacer esto. Se trata de una cultura que ha evolucionado profundamente a lo largo de la historia y que emerge de la misma raíz que la piedra caliza esculpida del interior de la iglesia. Salir del Tempio no implica perder el hilo de mi historia.

Me alojo en el Grand Hotel. Siendo enero, está casi vacío y, por lo tanto, es de lo más revelador (y no resulta caro, además). Construido en 1908, el brillo de sus lámparas de araña se refleja en el mármol blanco, en las columnas de color carne y en la tapicería en tonos naranja quemada. La decoración de la habitación sugiere perfume a raudales. El estrecho ascensor y su botonera oxidada no hacen más que incrementar la ilusión de vivir inmerso en el lujo del Viejo Mundo. «Rimini —dice la guía Baedeker de 1909—, la antigua *Ariminum*, una ciudad de los umbros, se convirtió en colonia romana en 268 a. C. y fue la fortaleza fronteriza de Italia en dirección a la Galla, además del punto final de la Vía Flaminia. La ciudad fue ampliada y embellecida por Julio César y Augusto. Durante el exarcado [bizantino] fue la más septentrional de las “cinco ciudades marítimas” [...] y en 359 albergó un concilio contra el arrianismo».^[29] Rimini, un cruce de carreteras entre el norte y el sur de Italia, fue una encrucijada de ejércitos desde la antigua Roma hasta las guerras góticas e, incluso, hasta la Segunda Guerra Mundial. El director de cine Federico Fellini nació en este enclave turístico del Adriático y las paredes del vestíbulo del hotel están decoradas con fotografías suyas.^[t3] Al nordeste de la ciudad se elevan los Alpes Julianos, por cuyos numerosos

pasos llegaron los visigodos, los hunos y los lombardos, mientras que el Levante ejercía su atracción desde el mar. Rímini fue disputada por los Estados Pontificios del sur y las ciudades germanas del norte. Es lo más similar al corazón de Europa que existe, un lugar lógico desde el cual iniciar mi viaje.

Ahora, al otro lado de las puertas francesas del vestíbulo, las olas emergen entre la niebla y, cuando rompen, su estallido puede oírse desde las mesas de café que aguantan estoicamente bajo la lluvia. Nada evoca mejor la desolación y despierta los recuerdos que las mesas de café vacías fuera de temporada.

Hoy hace exactamente cuarenta años, caigo de repente en la cuenta, el 2 de enero de 1976, estaba en Sfax, viajando hacia el sur siguiendo la costa de Túnez rumbo hacia la frontera del desierto del Sáhara, paseando por el mercado local situado dentro de las murallas medievales aglabíes. Recuerdo a partir de mi diario grupos numerosos y compactos de chicos con «ojos hambrientos» y «bigotillos sudorosos», abriéndose paso a codazos entre la gente y abarrotando los cafés, con nada que hacer durante las horas de trabajo y sin una sola mujer de su edad a la vista. En aquel momento me sentía muy lejos de Europa, en una sociedad sexualmente reprimida, devastada por el desempleo y acallada por el sometimiento a un dictador. En la actualidad, el puño del dictador ha desaparecido y Europa es un destino para la juventud del norte de África y el Levante. Sfax, una ciudad a mil kilómetros al sur de Rímini, ya no parece un lugar tan remoto. El Mediterráneo ha empezado a alcanzar una coherencia clásica fluida a expensas de Europa.

Hace cuarenta años estaba viendo el futuro de Europa, aunque no lo sabía. En aquel momento, con poco más de veinte años, era incapaz de procesar lo que estaba viendo y experimentando. Aquellos jóvenes, vestidos con ropa occidental andrajosa, que buscaban cortar lazos con una cultura pero eran incapaces de sumergirse en otra —y, en consecuencia, estaban forjados por la rabia y la frustración—, no encajaban en ninguna categoría establecida que yo pudiera identificar basándome en la historia, la ciencia política y la literatura de viajes. Y, por lo tanto, me dije entonces, lo que estaba viendo no era importante, sino el simple resultado de mi hipersensibilidad, por mucho que aquellos jóvenes estuvieran preparando el destino de un tumultuoso Oriente Próximo que, a su vez, se reintegraría con Europa a través de la migración y el terrorismo perpetrado por extremistas. Pero como que no disfruté nunca del beneficio que ofrece una enseñanza profesional, y carente del condicionamiento que aporta la escuela de posgrado, tendría que buscarme mi

propio camino en esos asuntos, compilando esas y otras imágenes, una tras otra, a lo largo de los años. Cuanto más fui aprendiendo, más consciente fui de mi ignorancia y mi autodidactismo. Y no fue hasta bien entrada la edad madura que empecé a encontrarme intelectualmente cómodo en mi propia piel y seguro de que las percepciones más sinceras y reveladoras implican a menudo ver lo que tienes ante tus ojos cuando viajas. Con el tiempo he aprendido que, a menudo, el futuro se prepara con cosas que no pueden ni mencionarse ni reconocerse en buena compañía. El futuro está en el interior de los silencios.

Veo en Rímini grandes reservas de riqueza por todas partes y, sin embargo, los titulares sobre la crisis económica y política de Europa presagian malos tiempos, que se verán muy pronto acentuados por el coronavirus. Pero incluso los titulares, además, oscurecen una difícil verdad histórica que pocos están dispuestos a admitir, pero que conozco bien gracias a mis recuerdos de Sfax y del resto del sur de Túnez.

Lo que los titulares no dirán nunca es que la estabilidad de Europa y la consecuente prosperidad que ha vivido durante los casi tres cuartos de siglo transcurridos desde el final de la Segunda Guerra Mundial requirieron, en parte, el aislamiento de los países extranjeros más próximos. La puerta que abre paso a Europa desde Oriente Próximo ha permanecido virtualmente cerrada durante décadas por Estados prisión cuyos dictadores-carceleros se encargaban de imponer disciplina a su pueblo. En particular, los gobiernos de diversos hombres fuertes iraquíes, culminando con el de Saddam Hussein, el de la familia Assad en Siria (muy especialmente Assad padre) y el de Muamar el Gadafi en Libia guardan estrecha correlación con las décadas felices de Europa. Fernand Braudel, el gran geógrafo francés del siglo XX, escribió que el Mediterráneo no era la frontera sur de Europa; bajo su punto de vista, la frontera sur se sitúa en los límites del desierto del Sáhara, donde caravanas de migrantes se congregan hoy en día para iniciar el flujo demográfico a largo plazo hacia Europa propiamente dicho y donde hace cuarenta años vi tantos grupos de jóvenes, como el de los chicos de Sfax que he mencionado.

Sí, todo aquí en Rímini —la cafetería, las tiendas de ropa y accesorios, la opulencia generalizada, desde los omnipresentes abrigos de piel y las gafas de diseño a la última moda que lucían tantas mujeres hasta los lujosos abriguitos de cuadros escoceses que envolvían a sus perros— era, en algún sentido, un producto de la relativa separación cultural y demográfica de Europa del

adyacente Oriente Próximo musulmán; algo que, a su vez, se remontaba a la emergencia de la cristiandad y que a través de un tortuoso proceso histórico de siglos de duración, con todas sus contradicciones y sutilezas, alcanzó una base geopolítica formal durante la Guerra Fría y sus postrimerías. Sí, estuvieron los trabajadores extranjeros temporales, de Argelia y Turquía mayormente, y las tensiones sociales difícilmente manejables que causaron. Pero el cercano norte de África y el Levante estaban aún más lejanos de lo que lo están ahora.

A lo largo de la historia, la coherencia de la Europa cristiana fue en parte un producto de su oposición al mundo islámico, por muy hipócrita que fuera esa oposición en vista de los contactos comerciales continuados y de su falso sentido de superioridad. Pero junto con esa oposición llegó la relativa separación física de Europa de las sociedades musulmanas, una distancia que lleva años diluyéndose a través de la globalización y del colapso de los Estados.

¿Se habría producido el Renacimiento tal y como lo conocemos si el islam hubiera llegado más al norte de España y Sicilia? La civilización medieval musulmana, aunque brillante más allá de lo imaginable, habría cambiado de manera irrevocable el curso del desarrollo cultural y político de Europa, tal vez incluso para mejor. Y todo podría haber sido distinto. *El príncipe* de Maquiavelo, que proclamaba la invención de la política laica desligada del fatalismo de la Iglesia católica romana —y que fue un elemento fundacional de la *raison d'état* de Richelieu—, no podría haber sido concebido en otro escenario que no fuese el de una Europa que avanzaba para alejarse del feudalismo y redescubría en plenitud los valores paganos y laicos de Grecia y Roma. De hecho, las ciudades-Estado italianas fueron en sí mismas implacables incubadoras de excelencia —política, militar y artística—, tal y como ilustran personajes como el propio Maquiavelo, Segismundo Malatesta y Agostino di Duccio.

Naturalmente, hubo muchos otros factores que cabe considerar además del desarrollo y la articulación de la cristiandad en oposición al islam. A lo largo de la Guerra Fría, por ejemplo, Estados Unidos pagó la factura de la seguridad para que las sociedades europeas pudieran permitirse generosos Estados del bienestar. Estados Unidos protegió además a Europa de la Unión Soviética, cuyo caos interno durante la década posterior a su defunción no afectó tampoco demasiado a Europa. Pero ahora, junto con los millones de migrantes procedentes de Oriente Próximo y África, la Rusia cuasiasiática

amenaza con socavar lentamente Europa, tal y como algunos de los primeros filósofos modernos temían.

Todo lo que estoy viendo aquí es bellissimo, me doy cuenta... erótico, incluso. Es como el paraíso.

Pero hay cierto sentimiento de turbación, incluso antes del estallido de la COVID-19. Es como si lo que estoy viendo en las calles y los cafés hubiera quedado ya relegado al pasado.

¿Qué es Europa?, me pregunto. ¿Dónde empieza y dónde termina? ¿Y en qué acabará convirtiéndose?

Las preguntas están cada vez más claras. Rímini me ha iniciado en un viaje interior cuyo final aún no puedo prever.

Rávena

De cómo Teodorico y Dante dieron forma a Occidente

Después de partir de Rímíni, y poniendo rumbo hacia el norte, contemplo a través de la ventanilla del tren una serie de pueblos costeros insulsos y vulgares que se fusionan entre ellos y que, al ser temporada baja, están parcialmente desiertos. Sigue lloviendo con fuerza. Como sucede con la penumbra de las iglesias, esta climatología concede interioridad a los pensamientos. Es un paisaje tendente a la abstracción, como si incluso el cielo se hubiera trasladado adentro y estuviera bajo la luz del museo. Gran parte del mundo posmoderno no es ni urbano ni rural, sino una supresión de ambas cosas.

El tren es el símbolo de las masas europeas, como el «mar» lo es para los ingleses y el «bosque andante» para los alemanes, por citar a Elias Canetti.^[1] El tren es el modernismo magnificado: completa la unidad logística del continente que comenzó con el ir y venir del ejército napoleónico. El tren es la cafetería en movimiento, y durante mis viajes de joven estaba definido por los viejos compartimentos que se sacudían continuamente y donde se apiñaban seis desconocidos: tres sentados enfrente de los otros tres, con las rodillas casi rozándose, como en las películas antiguas. Los viajeros procedían de distintos países, de distintas ciudades, pertenecían a distintos grupos de edad y tenían circunstancias distintas. En la época anterior a los teléfonos inteligentes, aquella intimidad pasajera forzaba la conversación pausada y atemporal. El tren, al conquistar la distancia, crea la ilusión de posibilidades. Las sofocantes estaciones, con sus estructuras de hierro y su ambiente cargado de partículas, han sido el telón de fondo arquetípico para

citadas secretas y separaciones entre ríos de vapor que emergen de debajo de los vagones. Los trenes han sido testigos de la historia. Los judíos fueron enviados en trenes a los campos de concentración. ¿Acaso no son las vías de ferrocarril que convergen hacia la entrada de un campo un símbolo del Holocausto? Los ejércitos europeos viajaban al frente en trenes; Lenin regresó del exilio a bordo de uno. El tren es el punto de convergencia tanto de los horrores más inimaginables como de la buena vida. El tren ha unido el sistema estatal europeo y ha sido utilizado incluso por migrantes musulmanes en sus viajes desesperados. El tren sigue siendo el icono del poder del Estado, del mismo modo que en Estados Unidos el coche es reflejo de la autonomía y la soledad del individuo. Las prisas, el ajetreo y las ansiedades de la partida se desvanecen en el instante en que las ruedas se ponen en movimiento. El tren es el lugar perfecto para pensar y leer.

Aunque sea un solo día de viaje, es un momento de lucidez que rompe con los engranajes de la rutina diaria, por lo que mentirse a uno mismo se vuelve un poco más difícil. Viajo para no ser engañado. Escribe Albert Camus: «Comprendí [...] que un hombre que no hubiera vivido más que un solo día podía vivir fácilmente cien años en una cárcel. Tendría bastantes recuerdos para no aburrirse».^[2] Muy exagerado, quizás, aunque no si ese día fuera un día de viaje.

¿Qué es, en realidad, la vida humana? ¿Años de trabajo y producción, ensombrecidos por algunos accidentes o actos que no pretendíamos pero cuya responsabilidad moral, sin embargo, debemos asumir y que nos definen? Y si es así, dichos accidentes nos definen porque nos sorprenden en un momento del tiempo que revela nuestras peores o al menos nuestras más desafortunadas inclinaciones. Pienso en la sutil y elegante valoración que Henri Pirenne hace de Boecio:

Boecio, nacido en Roma en el 480, pertenecía a la gran familia de los Anicios. Cónsul en 510, después fue canciller de Teodorico, que le confió el encargo de organizar el sistema monetario. Fue ejecutado en 525 por tramar una conspiración con Bizancio. Tradujo a Aristóteles y sus comentarios influyeron en la Edad Media; tradujo también la *Isagoge* de Porfirio, así como obras de músicos y matemáticos griegos. Después, en la prisión, escribió *De consolazione philosophiae*, en el que el cristianismo se mezcla con la moral estoico-romana. Es también un espíritu selecto y un pensador.^[3]

Pero, aun así, por un solo caso de conducta errónea, Boecio fue torturado y ejecutado y su vida acabó en desgracia. Gibbon le dedica profusamente varios miles de palabras, exaltando su erudición y sus dotes literarias, y lo utiliza como ejemplo para demostrar que la palabra *feliz*, aplicada a la vida de un hombre, resulta un «epíteto precario» a menos que se sepa cómo terminará todo.^[4]

«¿Qué es el pecado?», me pregunto. (Cuando te asaltan preguntas de este tipo intuyes que la experiencia de viajar es similar a la de permanecer despierto a oscuras). Vivir siendo fiel a nuestros propios valores no puede ser pecado. Si no nos sentimos cómodos y realizados hasta alcanzar la vejez, podría deberse a que nos arrepentimos de nuestra juventud y nuestra madurez; no necesariamente de todos esos años, ni siquiera de la mayoría, pero sí de una parte. Nos arrepentimos de haber sido la persona que fuimos. Sin duda alguna, hemos logrado cosas y hemos defendido nuestras creencias, por impopulares que fueran, pero a pesar de ello nos sentimos fracasados. No hay solución; no hay redención. Queremos lo que quiere todo el mundo, haber sido antes tan sabios y tan maduros como creemos que somos ahora. Queremos ser como Chéjov, que como escritor de veintinueve años de edad era capaz de imaginar con tremenda intensidad la nostalgia que podía sentir un anciano próximo a la muerte al observar a su esposa «flácida», «torpe» y «taciturna», y darse cuenta, en un momento de revelación, de todas las transiciones que su esposa había ido teniendo desde la joven esbelta y apasionada de la que se había enamorado.^[5] Pero no fue hasta superados con creces los sesenta que descubrí ese aspecto de ser anciano que Chéjov ya conocía con solo veintinueve años (por mucho que su arte siga resultándome inalcanzable). Y, dado que la redención es imposible, solo queda la confesión.

«No hay que darse opio, sino poner vinagre y sal en la herida del alma» para alcanzar un nivel más elevado de conciencia, escribe Miguel de Unamuno, un filósofo español de principios del siglo XX. De hecho, «el sufrimiento es la sustancia de la vida y la raíz de la personalidad».^[6]

Viajar debería servir para cultivar una conciencia que nos hiciera mejores personas y, en mi caso, también mejor escritor: quizás un escritor capaz de hacer algo por los demás, intentando mostrar un camino que seguir para salir de una oscuridad aparentemente intratable. Madurez significa desconfiar de nosotros mismos, sin dejar a la vez de aferrarnos a nuestras creencias fundamentales, que son el producto de décadas de experiencia.

A unas cuantas manzanas de la estación de tren, el hechizo de esta ciudad cae sobre ti como el aroma potente del incienso. Rávena, el sonido de su nombre —tres sílabas fluidas y sutiles— evoca un rubí cubierto de polvo. Rávena, quizás como ninguna otra ciudad, constituye un ideograma de la Antigüedad tardía. Aquí, entre el 400 a.C. y el 750 d.C., la ciudad pasó de los emperadores romanos a los reyes ostrogodos y los gobernantes bizantinos. La palabra *Rávena* es como el sonido de uno de los *Cantos* más aromáticos de Ezra Pound. T. S. Eliot escribió un poema en francés sobre ella, «Lune de Miel». Habla de dos viajeros del Medio Oeste que son devorados por los chinches mientras pasan la noche en vela en un hotel de la ciudad, sufriendo el calor del verano e ignorando por completo una joya bizantina tan «precisa» como San Apolinar en Classe, a poco más de un kilómetro de distancia, una basílica conocida por «sus columnas de acanto que el viento agita».^[7] Pienso en el guerrero lombardo del relato de Jorge Luis Borges que desertó de su ejército para defender Rávena, la ciudad que había estado asediando, porque había visto «cipreses y mármol», además de «estatuas, templos, jardines [...] capiteles y frontones», todo lo cual para él manifestaba orden, una ciudad, un organismo, la revelación de algo superior a cualquier cosa que antes hubiera experimentado; porque el triunfo de la civilización conlleva espiritualidad.^[8]

En Bagdad, en Teherán, en Calcuta, en Hanoi, en lugares desde los que a lo largo de los años y las décadas estuve informando como periodista, provistos todos ellos de su propio encanto, siempre soñé con que un día visitaría Rávena; los escritos del historiador de Princeton Peter Brown fueron los que, en primer lugar, inspiraron mi afán por saborear la fusión de arte y misticismo antes de que me viera totalmente devorado por la edad.

Rávena, que en el siglo ^{viii} gobernó Venecia durante unos breves años, se encuentra hoy en día a escasos kilómetros del Adriático; pero en tiempos romanos y bizantinos estaba en la costa, en el extremo sur del delta del Po. De hecho, era una «laguna tachonada de islas siguiendo el patrón veneciano», lo que la hacía «virtualmente inexpugnable», según palabras del historiador John Julius Norwich.^[9] Rávena fue fundada oficialmente en el siglo i a. C. por el emperador Augusto, que amplió el puerto para crear una base a partir de la cual combatir la piratería. Julio César estuvo en la zona la noche antes de cruzar el Rubicon e iniciar la guerra civil. Rávena avanza por etapas hacia un punto clave de la historia, cuando el Imperio romano de Occidente colapsa y el bárbaro Odoacro —y muy en especial el ostrogodo Teodorico— impone cierto orden. Pero la fecha clave es marzo de 540, cuando el ejército bizantino de Belisario capturó la ciudad, que estaba en manos de los ostrogodos, aunque

el pretexto de esta expansión hacia el oeste fuera el asesinato de la hija de Teodorico, Amalasunta, que había pedido ayuda al emperador bizantino Justiniano. Los bizantinos — griegos que se hacían llamar romanos— tomaron una ciudad que nunca había conocido la peste y la devastación que la Guerra Gótica había estado causando en gran parte de la península Italiana. Y esto sentó las bases para la construcción y la elaboración de los grandes monumentos de Rávena, el objetivo de mi viaje.

Rávena es una joya bizantina repleta de bóvedas de cañón construidas en ladrillo y que contienen las infinitas tonalidades, sutiles y complejas, de una moribunda hoja de otoño. Con sus tiendas elegantes, sus columnas de piedra y de mármol finas como lápices que sustentan arcadas, sus paredes interiores de ladrillo amarillento, con sus teselas de arcilla de color hueso oscuro, sus campanarios fosilizados con cúpulas redondas de escasa altura, sus sarcófagos salpicados de musgo a la sombra de los cipreses, Rávena es un gran consuelo por su forma de exhibir el refinamiento que producen el tiempo y la decoloración.

Las calles, bajo la lluvia invernal, están vacías. Inducen a la meditación. Rávena es lo más parecido a un monasterio. Los mausoleos y las iglesias bizantinos son como una versión concentrada de Atenas o de Estambul, pero ubicados en un entorno cuidado e italianizado, ajustado a la escala, en vez de estar perdidos en una ciénaga urbana ruidosa e inmensa. Me siento también como si estuviera en el corazón de Sofía, que durante la edad de hielo comunista fue otra joya bizantina con inquietantes silencios.

A través de la ventana del hotel observo un tejado de tejas cónicas de arcilla de color rojo óxido, embellecido por el tiempo y el moho. Por encima del tejado sobresale una pequeña chimenea oblonga de ladrillo muy fino que culmina con tres arcos y está coronada por su propio tejadillo triangular, construido con idénticas tejas de arcilla envejecida. La arquitectura moderna, con su utilización de metales y plásticos que vienen de todas y de ninguna parte, no indica ni localidad ni identidad. Pero cuando contemplo esta pequeña chimenea, sé dónde estoy. Esta chimenea es la marca distintiva tanto de Bizancio como del Mediterráneo. Chimeneas como esta, un elemento habitual en Rávena, deducen el proceso de la historia.

Estudio el mapa de la Europa del 69 d. C. que presenta *The Oxford Anthology of Roman Literature*.^[10] Con su representación de un litoral unificador y la sugerencia implícita de paz, es un mapa inspirador. Italia y Dalmacia forman

parte del mismo mundo político que Cartago y Cirenaica; igual que, siguiendo el sentido de las agujas del reloj, las islas del Egeo, Fenicia y el delta del Nilo. Porque el Imperio romano en esta coyuntura histórica abarca la totalidad de la cuenca mediterránea, así como Yugoslavia, Francia, los Países Bajos, Inglaterra e Iberia; es decir, toda Europa, con la excepción de la Europa centrooriental y Escandinavia, que en consecuencia se revelan, al menos desde un punto de vista espacial, como parte de las penumbras bárbaras de la Eurasia profunda. El Mediterráneo, bajo el dominio romano, vuelve a aparecer como lo que el gran geógrafo francés del siglo XX Fernand Braudel insinuó que siempre fue: un conector más que un divisor, con el desierto del Sáhara actuando como la verdadera frontera sur de Europa. El concepto de Braudel, como he indicado previamente, es a la vez antiguo y posmoderno, dada la crisis de migrantes desplazados por mar que vivimos en la segunda década del siglo XXI. Durante demasiado tiempo Europa se engañó a sí misma creyendo que estaba protegida de las turbulencias del mundo en desarrollo por la supuesta barrera del Mediterráneo.

La Pax Romana, que este mapa clarifica, fue un periodo de calma y estabilidad relativas en todo el Mediterráneo. Incluso en un momento tan tardío como el 200 d. C., el Imperio romano seguía existiendo bajo la generosa sombra del recientemente fallecido emperador y filósofo Marco Aurelio, y fue una época en la que, según el historiador Peter Brown, «un encantador círculo de conservadores incondicionales» daba orden al mundo. [11] Pero en el transcurso de los quinientos años siguientes, todo cambiaría.

Hacia el 700 d. C., el Imperio romano había desaparecido del mapa de Occidente, el Imperio persa sasánida había desaparecido de Oriente Próximo, Europa era cristiana y Oriente Próximo y la mayor parte del norte de África eran musulmanes. Herejes y sectarios cristianos pobres, incultos y extremistas —donatistas, pelagianos, maniqueos, monjes agitadores, etc.— se habían dispersado por el Mediterráneo, incendiando y aterrorizando sinagogas y templos paganos, antes de acabar siendo dominados en el norte de África por ejércitos árabes que hacían proselitismo de una fe nueva y austera.^[11] Entretanto, las tribus godas devastaban Europa y Asia Menor estaba al borde de un conflicto épico entre cristianos que veneraban iconos y cristianos que glorificaban su destrucción. Brown, a lo largo de toda una vida de trabajo académico, ha dado un nombre a esta áspera época en la que el mundo fue dando gradualmente un vuelco completo y los conservadores quedaron desarmados por los radicales: Antigüedad tardía.

La «Antigüedad tardía», una época que se sitúa entre el 150 y el 750 d. C., estuvo dominada por inmensos cambios de civilizaciones, pese a que muchos de ellos no quedaron anotados y ni siquiera se percibieron en su momento.^[12] Escribiendo también sobre la subsiguiente Edad Media, el difunto historiador de Oxford R. W. Southern apunta: «Este silencio sobre los grandes cambios de la historia es algo que nos encontramos por todas partes».^[12] En este periodo, el Adriático es tanto un emblema como una reducción concentrada de esta inmensa, aunque silenciosa, transición histórica: vive en tumulto constante, aunque para observar los cambios fundamentales es necesario retroceder un par de pasos. El Adriático en toda su extensión ofrece, en una palabra, una versión a escala reducida de un mundo clásico que se desmorona, rebosante de riquezas para que tanto el anticuario como el analista geopolítico puedan reflexionar, y está embebido de significado para una Europa del siglo XXI que se está fracturando por dentro y desintegrando por fuera para dar lugar a la mucho más extensa y cosmopolita civilización de Afro-Eurasia, con la superposición de China.

Por esta razón, enfocándome en el Adriático, puedo apreciar mejor lo que ha estado sucediendo en Europa en su conjunto, sin abrumarme en exceso. Mi viaje es como un seminario ampliado en el que los libros y el paisaje son el maestro. (Lo que más lamento es no haber podido beneficiarme de la exhaustiva obra de Judith Herrin, *Ravenna: Capital of Empire, Crucible of Europe*, puesto que fue publicada vahos años después de mi viaje).

Sigo mirando mapas en la habitación de mi hotel en Rávena, los del Adriático en toda su extensión. Roma queda finalmente sustituida por el Imperio romano de Oriente y el Imperio romano de Occidente; después por los visigodos, los ostrogodos, el reino de Odoacro y el Imperio romano de Oriente, que guerrean entre ellos para ganar territorio; luego, por los arrianos y el papado, aunque en el siglo VI el Adriático pertenece en su totalidad al Imperio romano de Oriente. A principios del siglo VIII, la división es entre los lombardos y el Imperio romano de Oriente; a principios del siglo IX, entre los francos y Bizancio. En la Edad Media, los normandos, los húngaros y los serbios, además del Imperio germánico, Salerno, Nápoles y Venecia adquieren protagonismo; hasta finales del siglo XV, cuando el Renacimiento alcanza su máximo esplendor, es Venecia quien se enfrenta al Imperio otomano, mientras que el norte de Italia está dividido entre Saboya, Milán, Génova, Mantua, Florencia y Siena, y el sur entre los Estados Pontificios y el reino de Nápoles.

Posteriormente, todas estas entidades políticas acabarían también convirtiéndose en sombras y perdiéndose, literalmente, en el pasado. Voltaire decía que Roma cayó «porque todas las cosas caen».^[13] De hecho, los imperios no son ilegítimos por el simple hecho de que acaben derrumbándose: lo asombroso es que tantos de ellos hayan durado tanto tiempo. La civilización universal de Roma, con su paganismo defendido por aquel «encantador círculo de conservadores», cruel aunque racional, se volvió finalmente imposible de sostener en las regiones del interior; y la debacle de Roma dio lugar a las migraciones panorámicas, que sumadas a las pasiones y los particularismos religiosos, asociamos con la Antigüedad tardía, los Años Oscuros y la Edad Media, con toda su complejidad político-territorial. Aun así, la extensión geográfica de Roma, que se prolongó tantos siglos, sigue resultando asombrosa: un dominio imperial imposible de imaginar reunificado de cualquier forma. Solo la gobernanza del mundo entero podría igualarlo o sobrepasarlo.

En resumen, el paso de la Antigüedad a la Antigüedad tardía registra un mapa étnico y territorial confuso, repleto de grandes cambios que merecen capítulos aparte en los libros de historia, por mucho que en su momento apenas fueran advertidos. Por ejemplo, la destitución en 476 d. C. de Rómulo Augústulo por el bárbaro Odoacro —un soldado cristiano arriano de difusa ascendencia germánica y hunna— se señala comúnmente como el punto final del Imperio romano de Occidente, aunque el evento suscitó escasas menciones por parte de los cronistas de la época; su relevancia se evidencia mucho más tarde, cuando se considera en retrospectiva. Al fin y al cabo, Odoacro, más que eviscerar lo que quedaba del imperio, le lavó un poco la cara otorgándole un mínimo aspecto de orden y estabilidad, y reconquistó en 477 incluso Sicilia, que estaba en manos de los vándalos, y se anexionó luego Dalmacia en 480. La auténtica ruptura con el pasado clásico se produce más tarde, con la Guerra Gótica, que se extendió desde 535 hasta 554 y que devastó prácticamente toda Italia sembrando la hambruna y el caos, y que fue rápidamente seguida por la invasión lombarda, por lo cual Italia estuvo en guerra aproximadamente setenta años, hasta el 605. Italia no volvería a reunificarse hasta tiempos modernos. Los lombardos, una confederación germánica con un potente elemento arriano y que incluía sajones, gépidos, búlgaros, suevos y otros —una horda fascinante de la que habla por primera vez Tácito—, supusieron el paso de la Antigüedad tardía a los llamados «años oscuros».

Para entonces, el drama se había trasladado de Roma a Rávena, el puerto marítimo del Adriático protegido por marismas que, en los inicios del siglo V, había sustituido a Milán como centro de la administración civil romana. Roma y Rávena acabarían representando la Antigüedad y la Antigüedad tardía respectivamente: el régimen pragmático y secular encarnado por el águila romana y la fe sobrenatural y envuelta en humo de incienso encarnada por el icono bizantino, es decir, el pasado y el presente; la autoridad oficial y el poder real emergente; una ciudad y una época histórica en oposición a la otra, incluso cuando la cultura y los valores de una época estuvieran cediendo silenciosamente el paso —además de influir profundamente— a los de la otra. Gobernar desde Rávena era resistir conscientemente al Senado y a los papas de Roma; y construir monumentos en Rávena era desafiar la autoridad simbólica de Roma.

Pero fue la Guerra Gótica lo que atrajo de forma simultánea mi interés mientras estaba planificando este viaje, con esos volúmenes conmovedoramente pequeños y con deliciosas cubiertas verdes de la Loeb Classical Library que contienen las páginas del relato del historiador Procopio, testigo presencial de los hechos, junto con sus crónicas de las campañas persas y vándalas. El arte y la arquitectura neblinosos de Rávena me condujeron al principio hasta los cimientos bizantinos de la ciudad y, en consecuencia, hasta el milagro del considerable asentamiento de Bizancio en este lugar, tan al oeste de Constantinopla, en el Adriático. Y Rávena, a su vez, me condujo hasta la Antigüedad tardía en Italia en un sentido más amplio y, finalmente, hasta la Guerra Gótica tal y como quedó registrada por el recuerdo de Procopio, testigo presencial de los hechos como asesor del general bizantino Belisario. Los siglos y las épocas fueron cayendo literalmente a medida que fui sumergiéndome en la intensa claridad narrativa y en la sensibilidad casi moderna de largas partes del texto de Procopio. Y a pesar de que las diferencias entre entonces y ahora son inmensas, las similitudes resultan cautivadoras. Recuerdo haberme quedado mirando la imagen de una cruz de oro del siglo iv cuya parte central muestra el retrato de tres miembros de una familia cuya expresión y postura son sorprendentemente contemporáneas, intemporales.^[14] Sus ojos y sus facciones cobran vida. Casi puedo imaginarme hablando con ellos. Cuando leía a Procopio, era como si estuviera mirando a esa familia.

Procopio documenta la captura de Nápoles en 536 citando el lamento de Belisario por la crueldad sufrida por los civiles en una guerra, algo en lo que prácticamente todos podemos vernos reflejados:

Muchas veces he sido testigo de la toma de ciudades [...]. Porque matan a hombres de todas las edades, y en lo que a las mujeres se refiere, aunque supliquen morir, no se les concede el favor de la muerte, sino que son secuestradas para ser sometidas a ultraje y hacerles sufrir un trato abominable y sumamente lamentable. Y los niños, privados de su debido mantenimiento y educación, son forzados a la esclavitud por parte, además, de los hombres más odiosos de todos, aquellos cuyas manos se han visto manchadas con la sangre de sus padres.^[15]

Y hay una advertencia sobre el exceso de confianza después de que los ostrogodos abandonaran Rímini en 537:

Porque aquellos que, considerándose victoriosos, se enaltecen con sus logros, acaban destruidos más fácilmente que aquellos que han sufrido un revés inesperado y a partir de entonces actúan con temor y profundo respeto hacia el enemigo.^[16]

Reflexiona también sobre el destino, sobre cómo, a pesar de la «sabiduría» y la «excelencia» de los hombres, «existe un poder divino que siempre tuerce sus propósitos».^[17] Hasta el día de hoy, las cuestiones sobre el destino, el determinismo y la capacidad humana para la toma de decisiones dominan las discusiones militares y de política exterior. Las lecciones de la Guerra Gótica serán relevantes para siempre. Porque, a pesar de que los bizantinos triunfaron en las batallas de mediados del siglo vi, también perdieron dinero y vidas, así como el control estratégico sobre Italia, teniendo que resignarse a la presencia de los lombardos allí hasta el amanecer del siglo vil. ¡Cuántos ejemplos hay de casos similares en la historia moderna de una victoria táctica y operativa que potencia una derrota estratégica!

Naturalmente, en el corazón del drama de Procopio están los godos o, más concretamente, los ostrogodos, es decir, los godos orientales, cuyos orígenes se encuentran en la región situada al norte del mar Negro, en la Ucrania actual, que fue o había sido un punto de encuentro bien desarrollado de diversos pueblos, incluyendo entre ellos los escitas, los sármatas y los cimerios del «Canto I» de Ezra Pound.

El gobierno ostrogodo durante el largo reinado de Teodorico (471-526) fue testigo del último florecimiento de la literatura romana secular en Occidente. El respeto de Teodorico por la ley y la propiedad de la tierra, junto con su apoyo a las artes, generó un nivel de libertad único en aquella época

que atrajo exiliados religiosos cristianos y paganos procedentes de Oriente, así como judíos de Nápoles y Génova. Teodorico, un hombre de creencias arrianas moderadas, escribió a los judíos de Génova: «No puedo gobernar sobre vuestra fe, puesto que nadie está obligado a creer en contra de su voluntad». Y, en consecuencia, impuso severos castigos al antisemitismo.^[18]

El gobierno de Teodorico sirvió para que Rávena y el mar Adriático quedaran establecidos firmemente como eje político-cultural de Italia. Construyó ciudades y fortalezas entre Rávena y los Alpes, sin descuidar por ello la restauración de la ciudad de Roma. Teodorico reparó y erigió una gran cantidad de estructuras de nueva planta en Rávena, incluyendo entre ellas iglesias tanto para cristianos arrianos como ortodoxos. A pesar de la paranoia de sus últimos años, la figura de Teodorico es una prueba fehaciente de que el fin oficial del Imperio romano de Occidente en el año 476 tuvo poca relevancia práctica, puesto que el nivel de orden y cultura bajo su gobierno fue superior al que hubo con los últimos emperadores romanos. La caída de Roma en Occidente fue un proceso gradual sutil, un indicador solamente arbitrario.

Teodorico, nacido en Panonia y probablemente instruido en griego y latín en Constantinopla, tomó el poder de un modo típicamente brutal. Después de firmar un tratado de paz con Odoacro en 493, Teodorico lo invitó a un banquete, en el transcurso del cual desenvainó su espada, se la clavó en la clavícula y acabó con su vida. A continuación fue nombrado *rex*, el título al que los bárbaros estaban acostumbrados. «Teodorico era un usurpador, aunque de hecho fue un emperador tan auténtico como cualquiera que fuera distinguido con este cargo desde el principio; y el amor que por él sintieron tanto godos como italianos llegó a ser muy grande», dice Procopio, el cronista bizantino.^[19] Maquiavelo, en su *Historia de Florencia*, nos cuenta que Teodorico fue uno de esos raros gobernantes cuyo talento fue excepcional tanto en tiempos de guerra como de paz. «Ningún otro gobernante germánico, estableciendo su trono sobre las ruinas del Imperio de Occidente, poseyó ni siquiera una fracción de su capacidad como estadista», escribe el historiador John Julius Norwich.^[20] Y aquí está Gibbon: «La reputación de Teodorico estriba con más fundamento en la paz y la prosperidad visibles de un reinado de treinta y tres años, el aprecio unánime de su propio tiempo, y el recuerdo de su tino y denuedo, de su humanidad justiciera, estampada hondamente en el ánimo de godos e italianos». Gibbon consagra a Teodorico muchas páginas de su *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, afirmando que

«se habría merecido una estatua entre los mejores y más valientes antiguos romanos».^[21]

El mausoleo de Teodorico, construido con sillares de piedra caliza mientras él aún vivía, se asienta solitario y erosionado por el paso de los siglos entre inmensos campos de hierba de crecimiento atrofiado y oscura como las algas. El monumento hipnotiza por fases. Me siento amarrado al lugar a pesar de la lluvia. No es un edificio especialmente alto, pero, igual que sucede con una persona bajita que irradia carisma, su efecto es el de un gigante. Si Rávena es la ciudad que mejor representa la Antigüedad tardía, la tumba de Teodorico reúne todos los elementos de la civilización de ese maravilloso periodo de transición en un solo y robusto monumento. El nivel inferior, con sus arcos pesados y carentes de gracia, representa la Roma tardía. El nivel superior, con su cúpula asombrosamente aplastada y oscurecida por el moho, rodeada por una banda circular con un motivo geométrico de tenazas en bajorrelieve —y que sustenta el monolito que lo corona con lo que parecen horribles abrazaderas—, habla a gritos de *gótico* y de *medieval*. El interior del mausoleo, con su sarcófago de pórfido agrietado y abierto —donde es posible que en su día descansaran los restos de Teodorico—, contiene los fantasmas de los gritos y las voces de soldados moribundos. Con el frío invernal y la llovizna, con el débil rumor de las emisiones de lignito, sabes que el pasado, por lejano que sea, es real y está definido por transformaciones tan sutiles, y a la vez tan sustanciales, que no pueden ser abarcadas por una simple vida humana.

Ese singular tejado esconde en su crudo diseño todos los siglos transcurridos entre la Antigüedad y el Renacimiento: un periodo en su día tosco y aterrador, pero que contiene en sus flexibles obligaciones feudales el débil germen del Occidente moderno que está por llegar. En ningún claustro he sentido el mundo medieval tan condensado y tan germánico —tan brutal y tan romántico— como lo siento aquí: tanto más potente porque se asienta sobre una base romana. Los vínculos se vuelven perfectamente manifiestos en la arquitectura: desde Roma hasta los diversos ritos, sectas y herejías que originaron una primitiva cristiandad monolítica. Historia significa narración, y la narración exige transiciones y revelaciones que se asimilan en un nanosegundo, mientras que el ojo se desplaza de forma inconsciente desde el nivel inferior hasta el nivel superior de este mausoleo.

Teodorico era un cristiano arriano, miembro de una secta fundada por un sacerdote alejandrino, Arrio, que vivió entre el 256 y el 336. El arrianismo negaba la plena divinidad de Cristo y defendía que Jesús era únicamente el Hijo de Dios y, en consecuencia, estaba subordinado a Él, siendo, eso sí, un gran hombre y un hombre santo, pero poco más. Teodorico mandó construir el baptisterio arriano de Rávena, que se edificó entre finales del siglo V y principios del VI, y que visitaré a continuación. En el interior de este monumento pequeño e inmortal, hundido en el suelo y construido en ladrillo, contemplo con asombro la cúpula decorada con mosaicos, una versión de un viaje en el tiempo, una ventana abierta al cristianismo de la Rávena ostrogoda de la Antigüedad tardía. En el centro, un Jesucristo con rasgos infantiles, rollizo y desnudo, está siendo bautizado por Juan el Bautista, que está situado sobre un saliente rocoso y se apoya en un cayado de pastor. Al otro lado de Jesús, tenemos la personificación del río Jordán en forma de anciano con barba y cuernos. El fondo está completamente cubierto con resplandecientes teselas de oro. El medallón central está rodeado por los doce apóstoles vestidos con túnicas blancas, *clavi*, y cubiertos con mantos, también sobre fondo dorado. Deborah Mauskopf Deliyannis, de la Universidad de Indiana, formada en arqueología, arquitectura e historia medieval, señala que no está del todo claro qué es lo que separa esta iconografía de la que podemos encontrar en las iglesias ortodoxas tradicionales de Rávena y que, en cualquier caso, estos mosaicos no fueron destruidos después de que el baptisterio fuera consagrado más adelante como iglesia ortodoxa, lo que da a entender que el arte que lo decoraba era aceptable para la fe cristiana predominante.^[22] Pero lo que más me conmueve de esta iconografía es su aparente ingenuidad, el reflejo de una creencia primitiva, apenas articulada y sin tradición previa, ya que los arrianos habían rechazado conscientemente el paganismo. Las figuras carecen de la elaboración seria e imponente de la iconografía ortodoxa tradicional. Pensé al contemplar las imágenes en la conmovedora escena de la Natividad del Templo Malatestiano de Rímimi, también barata e ingenua. En ambos casos, los espectadores debieron de sentirse profundamente interpelados, aunque sus valores artísticos fueran nulos o escasamente desarrollados. Al fin y al cabo, la fe profunda y el buen gusto estético no suelen ir de la mano.

El arrianismo, fundado en Egipto por un nombre que nació en Libia y murió en Constantinopla, formó parte del proceso por el cual Oriente dio forma a Europa. Posteriormente quedaría engullido por una ortodoxia bizantina con base en la frontera de Asia Menor y que desafiaba al papado de

Roma. El desarrollo político inicial del cristianismo europeo, aun constituyéndose como un bastión contra el islam, estuvo influido por raíces orientales. El arrianismo, el donatismo, el monofisismo y otras tendencias formaron parte del turbulento tapiz de disputas doctrinales que definieron la cuenca mediterránea cuando tanto su costa sur como la norte formaban todavía parte de un mundo unificado bajo la sombra debilitada de Roma. El mausoleo de Teodorico y el baptisterio arriano son, aunque contruidos para perdurar en el tiempo, ejemplos de una Europa tumultuosa y en evolución constante: desde la Antigüedad hasta la Antigüedad tardía; desde una península Italiana que evolucionó a través de los primeros papas, a través de diversas sectas de guerreros y a través del desafío de Bizancio hasta una cristiandad unificada, para quedar transformada hasta quedar prácticamente irreconocible. El único elemento estable de todo esto fue la barrera parcial erigida por el avance musulmán en el Levante y el norte de África.^[t3] ¿Por qué no deberían continuar estas transformaciones, me pregunto, con la Unión Europea siendo un simple interregno, sobre todo teniendo en cuenta que el Mediterráneo actúa cada vez menos a modo de barrera?

En mi opinión, el aspecto más maravilloso de la Antigüedad tardía y los años oscuros en Italia es la propia Bizancio, para la que Rávena no es simplemente una avanzadilla en la costa occidental del Adriático, sino una segunda Constantinopla por derecho propio, a pesar de estar geográficamente separada de las principales tierras bizantinas de Asia Menor y la península Balcánica. Bizancio era la heredera de Roma y, por lo tanto, del mundo clásico y de su *oikumene* mediterránea, la parte habitada o civilizada de la tierra. Bizancio, además, seguiría siendo un protagonista destacado en la Edad Media gracias a su gran capacidad para la regeneración política en Constantinopla. A pesar de la división provocada entre Oriente y Occidente por las invasiones ávaras y eslavas de los Balcanes y por la pérdida gradual de la lengua griega en Occidente, la Rávena bizantina sobrevivió hasta mediados del siglo VIII como un reducto espiritual y cultural de la Antigua Roma, más que la misma Roma en aquel momento.

Bizancio fue fundamental para la emergencia, supervivencia y definición del mundo occidental. En el apogeo de la expansión islámica, fue Constantinopla la que más hizo por bloquear el avance musulmán, incluso cuando el poder marítimo bizantino preservaba Italia. John Darwin, académico de Oxford, observa que «los modelos bizantinos de gobierno

centralizado y autocrático y de organización militar y naval inspiraron los Estados posromanos del Occidente europeo».^[23] El auge de Venecia estuvo integralmente conectado con la continua vitalidad económica de Constantinopla y con el comercio entre Oriente y Occidente que generaba. Y cuando los musulmanes otomanos capturaron finalmente Constantinopla en 1453, el equilibrio de poder en Europa ya se había inclinado hacia el Occidente latino.

Además, fue el ascetismo de Oriente Próximo —un logro cultural bizantino—, con su «simplicidad y su popularidad entre las masas» y la valiente supervivencia contra las invasiones árabes, lo que ayudó a dar forma a las prácticas religiosas de la Europa occidental medieval.^[24] Así es como el edificio físico que alberga la iglesia era menos esencial que las instituciones humanas. Peter Brown, académico de Princeton, destaca que «la emergencia del hombre santo a expensas del templo marca el final del mundo clásico».^[25] El hombre santo era el anacoreta ortodoxo del desierto de Oriente Próximo, así como el monje que vivía menos aislado y el devoto hombre puro que tal vez residía en lo alto de una columna, que dispensaba sabiduría y consejos a todo aquel que se acercara a visitarlo. El templo, por otro lado, aun siendo un lugar de culto pagano, era el símbolo del poder secular del Estado romano. El hombre santo representaba la búsqueda de la negación individual y de la perfección (lo que era, en gran medida, la Edad Media), mientras que el templo representaba el compromiso con el mundo material, la esencia del pasado clásico. Bizancio constituía ambas cosas: el hombre santo de la mística Iglesia oriental y el carácter físico del edificio de la iglesia en sí mismo, un descendiente arquitectónico del templo pagano romano. El Renacimiento italiano unió estos dos mundos ayudando a recuperar el saber de los antiguos griegos y romanos y haciéndolo fermentar junto con el objetivo moral de la Iglesia medieval, un paso hacia la emergencia del Occidente moderno tal y como lo conocemos ahora. El filósofo Gemisto Pletón, cuyo sarcófago vi en Rímimi, una de las últimas flores intelectuales de Bizancio, agitó el Renacimiento italiano aportando sus conocimientos de la Antigüedad clásica a la Florencia del siglo XV. Bizancio, por lo tanto, fue un canal esencial de conocimiento y tradición, puesto que abarcó el viaje desde la antigua Grecia hasta el Occidente europeo.

Las grandes obras de arte deberían afectarnos físicamente, deberían «afinarnos como instrumentos», porque la pintura es una intensificación más

que una distorsión del mundo material. «Debemos mirar y mirar y mirar hasta que vivamos la pintura y, por un momento efímero, nos identifiquemos con ella —escribe Bernard Berenson—. Una prueba fácil consiste en ver si sentimos que nos está reconciliando con la vida». Berenson, en otro libro de bolsillo viejo y sobado de mi colección, lo denomina «el momento estético», y lo define como «ese instante fugaz, tan breve hasta ser casi sin tiempo, en el que el espectador es un todo con la obra de arte», hasta el punto de que «deja de ser la persona que es».

Con el arte bizantino siento esto: un arte que Berenson denominó, para ser exactos, «arte helenístico medieval», es decir, un remanente de la antigua Grecia. Para él, este arte es «precioso, refulgente, monótono» y finaliza en torno al 1200 «como el bello sarcófago de una momia».^[26] A mí no me importa la monotonía, y sí, tiene ese toque de la belleza de la muerte. Pero, para mí, el arte bizantino, tal y como Berenson sugiere, siempre ha sido clásico, en el sentido de que evoca a sus antepasados de la antigua Grecia. Es, por lo tanto, una fusión de Oriente con Occidente, y eso es justo lo que es el Adriático: un poste indicador en mi viaje. Tengo en mente los pensamientos de Berenson cuando entro en San Vital.

La construcción de San Vital, que se inició en el 540 d. C., estableció a san Vidal, el esclavo de san Agrícola, como mártir principal de Rávena. Es posible que esto tuviera algo que ver con la rivalidad entre Rávena y otras ciudades italianas (Milán, Bolonia y Florencia) que albergaban las reliquias de esos dos santos que habían muerto a principios del siglo IV en el transcurso de las persecuciones de Diocleciano. Hacía años que conocía la fama de los mosaicos de San Vital, pero no fue hasta que leí el libro de Deborah Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, que los entendí como la encarnación y el resumen de la estética bizantina. Es la explosión de iconografía que debió de embellecer Santa Sofía de Constantinopla antes de que los invasores turcos la destruyeran a mediados del siglo XV.

Pero empecemos con la arquitectura. San Vital, escribe Deliyannis, «es un octógono de doble capa, es decir, un edificio con un núcleo octogonal con cúpula rodeado por un deambulatorio». Describe a continuación que ese octógono y ese deambulatorio — coronados por una galería en el segundo piso— se abren en un lado a un presbiterio de bóveda alta y un ábside poligonal. Las cámaras que flanquean el ábside tienen bóvedas de cañón, cúpulas y cúpulas semiesféricas de ladrillo. Las columnas veteadas con

capiteles de hojas de loto y acanto adquieren un aspecto más formidable si cabe gracias a las impostas piramidales colocadas entre los capiteles y los arcos, que elevan de manera efectiva la altura de los arcos y del edificio en general.^[27] Es un mundo de curvas y esferas que evoca la belleza matemática del universo, un mundo que avanzaría aún más en las grandes mezquitas de los primeros siglos del islamismo. Qué certidumbre más bien articulada y evolucionada, pensé, que manifiesta a la vez fuerza y belleza, poder político y generosos presupuestos imperiales.^[4] La iconografía bizantina de Constantinopla y los Balcanes gira en torno al culto de Dios a través de imágenes pintadas y en mosaico; y esta iconografía en Rávena, tan al oeste en términos geográficos, gira también en torno al imperio.

Pero rara vez he visto una iconografía ortodoxa más intensa que la que contemplo en el presbiterio y el ábside de San Vital, con sus mosaicos de teselas de piedra y vidrio que representan figuras imperiales, personajes relacionados con la Iglesia y santos del Antiguo y el Nuevo Testamento atrapados en una imagen congelada, en un momento imperecedero del tiempo. Las imágenes resultan turbadoras precisamente por su falta de expresión, por estar rodeadas de oro y de verdes acuáticos y terrosos. Aquí, el arte es un documento histórico y geopolítico. Está el emperador Justiniano con su actitud más impresionante, ataviado con túnica blanca, clámide púrpura y corona de piedras preciosas dentro de un halo; se muestra decidido, eterno, enigmático. Este retrato del emperador en San Vital está reproducido en todos los libros de arte y de historia. Pero no presenta un tamaño mayor que el de los demás personajes que lo flanquean en la pared del ábside norte. Hay tal cantidad de imágenes que Justiniano puede pasar casi desapercibido si el espectador no sabe dónde mirar.

Justiniano intentó expandir el Imperio de Oriente hacia Occidente. Sin él, Rávena no habría tenido el papel en la historia que conocemos. Justiniano nunca visitó Rávena, pero el exarcado (virreinato) bizantino de Rávena fue establecido en su nombre. El emperador es famoso por ordenar la construcción de Santa Sofía de Constantinopla y por dar nombre a un código civil que sigue siendo relevante en Occidente. Justiniano fue un gigante político y su persona representa la influencia de Oriente en la Europa occidental de la Antigüedad tardía, un hombre que se eleva sobre San Vital, aunque su retrato apenas alcanza el tamaño natural.

En el lado opuesto a Justiniano, en la pared del ábside sur, está Teodora, coronada también con un halo, la emperatriz y esposa de Justiniano, una mujer con enorme poder político. Antigua actriz, bailarina y madre soltera,

está cubierta de joyas, entre las que destacan los pendientes de esmeraldas que le llegan hasta los hombros. Sus facciones, afiladas y angulosas, evidencian una belleza aterradora y sobrenatural. Igual que sucede con el emperador, es también una figura más entre su numeroso séquito. El trabajo del mosaico es tan exquisito que desde lejos parece una bella alfombra oriental. En la corona de la emperatriz, cerca de sus manos y en otras partes, el color más vivo es el ocre —el color de Rávena, en realidad—, ese pigmento marrón rojizo con una pizca de mineral de hierro que se equipara con la tierra. El vínculo entre Justiniano, Teodora, el Cristo imberbe flanqueado por ángeles y San Vital, en la bóveda del ábside, es tan intenso que existe prácticamente una continuidad. Rara vez ha habido una fusión tan grande entre el poder celestial y el terrenal.

Es arte religioso y, por lo tanto, el realismo se evita. Los rasgos faciales son bidimensionales y están distorsionados. Los ojos son demasiado grandes, las narices demasiado largas, de manera que incluso el emperador y la emperatriz en la tierra quedan representados como santos. Desmaterializados, se presentan como símbolos abstractos para ser venerados. Los miramos y vemos a Dios.

Un imperio, para tener éxito, requiere una legitimidad moral que no esté cuestionada por nadie. América ha fracasado en este sentido, y esto es algo que la emergente China debería tener presente. En Bizancio (Imperio romano de Oriente) esa legitimidad moral descansaba en el seno de la Iglesia porque la Iglesia y el Estado eran prácticamente lo mismo. Jesucristo estaba cerca de ser tanto el Estado como la ideología imperial. Por lo tanto, la cristiandad, como concepto político, era percibido más profundamente en Oriente que en Occidente. Y cuando Bizancio cayó en manos del sultanato otomano, Europa quedó aún más expuesta al islam, a pesar de todos los conflictos sangrientos que se habían vivido entre las dos ramas del cristianismo.

Prolongo durante horas mi visita a San Vital y caigo en la cuenta de que, si bien los bizantinos no dejaron a su paso ningún logro moral universal que fuera más allá del cristianismo, sí nos dejaron una belleza deliberadamente completa y espiritualmente garantizada que unía a la perfección la religión con la estética: un mundo acabado, en otras palabras, lo que Berenson denigró como «el bello sarcófago de una momia». Y es posible que nosotros, en los tiempos modernos y posmodernos, no lleguemos a hacer tal cosa. Milan Kundera, en *La insoportable levedad del ser*, aborda así este tema:

La belleza europea siempre ha tenido un cariz intencional. Había un propósito estético y un plan a largo plazo según el cual la gente edificaba durante decenios una catedral gótica o una ciudad

renacentista. La belleza de Nueva York tiene una base completamente distinta. Es una belleza no intencional. Surgió sin una intención humana, algo así como una gruta con estalactitas. [...] También podría decirse: la belleza como error. Antes de que la belleza desaparezca por completo del mundo, existirá aún durante un tiempo como error [...] la última fase de la historia de la belleza.^[28]

San Vital, como la antigua Rávena, es belleza intencional, como la catedral gótica o la ciudad renacentista que menciona Kundera. No es belleza como error. Y, en consecuencia, su efecto continúa.

Eliot tenía razón en su descripción. San Apolinar en Classe es una «precisa» joya bizantina construida con ladrillo juliano y mármol de Mármara, con columnas con capiteles en forma de hojas de acanto agitadas por el viento. La nave es tan inmensa que evoca las grandes catedrales góticas del norte de Europa, aunque aquí hay una sensación de *plein air* debido al alto techo de madera, y es como si toda la estructura estuviese realmente abierta al cielo, creando de este modo la grandeza y la solemnidad de un lugar de peregrinaje que sería un pecado no ver. Andreas Agnellus, historiador del siglo IX con quien estamos en deuda por los muchos conocimientos sobre la Rávena de la Antigüedad tardía que nos ha aportado, escribe sobre este edificio del siglo VI y sobre la luz que incide en las columnas de mármol: «Ninguna iglesia en ninguna parte de Italia es similar a esta en cuanto a sus piedras preciosas, puesto que brillan de noche casi tanto como lo hacen durante el día».^[29] Los mosaicos que cubren la bóveda del ábside y el arco triunfal —que representan una cruz de oro y piedras preciosas y un Jesucristo con barba y con halo, vestido en color púrpura, como un emperador— son, con sus intensos toques de oro y otros colores, como un agujero abierto en la pared de una cárcel que revela los cielos en su máxima turbulencia. Son escenas que liberan y abruman, sin que el espectador sea en ningún momento consciente de la técnica artística que se esconde tras ellas.

Una vez más, y como me sucedió en el baptisterio arriano, me sorprende la fluidez de la geografía y la geopolítica de Europa, el norte de África y el Levante que produjo esta obra de arte: arte que se origina en Oriente y encuentra su expresión en Occidente, razón por la cual los términos *Oriente* y *Occidente* —y la dicotomía que representan— podrían ser menos seguros de lo que a menudo nos hemos sentido inclinados a creer. Porque podemos encontrar variaciones de esta iconografía no solo alrededor del litoral

mediterráneo, sino también en el valle del Nilo y Abisinia, y en lugares tan al este como el Cáucaso, en Georgia y Armenia, lugares donde la ortodoxia, en una u otra forma, acabó arraigando. En las iglesias católicas romanas de Polonia, entre la intimidad ensangrentada de los crucifijos y los bosques de velas parpadeantes, sientes —entre cuerpos frenéticos y apremiantes y ostentosas filigranas de metal— que estás en una falla geológica en la que el cristianismo occidental debe ser defendido mediante magia compasiva contra las arremetidas de Oriente. Pero aquí, sin embargo, Oriente es dominante y encaja con precisión con la elegancia del diseñador de una de las grandes culturas de cafetería de la Europa occidental.

Rávena nos conduce al pensamiento contrafactual. Rávena muestra el concepto de Europa, tanto político como estético, como algo a la vez más grande y más pequeño que el subcontinente europeo, con todas las posibilidades de las distintas interacciones que podrían haberse producido en el Mediterráneo si los árabes, ondeando la bandera del islam, hubieran exhibido menos vigor marcial del que exhibieron en el norte de África, o si los imperios bizantino y persa sasánida no se hubieran enfrentado como lo hicieron, un hecho que los debilitó a ambos y permitió la conquista árabe de gran parte de la cuenca mediterránea. (Los piratas musulmanes, de hecho, saquearon Classe a mediados del siglo IX). El futuro, igual que el pasado, depende en gran medida no solo de fuerzas culturales y geográficas abrumadoras, sino también de circunstancias individuales más simples. Y, a pesar de su carácter momificado, este arte está preñado de posibilidades. Rávena, aun siendo una cápsula del tiempo, habla a gritos de cambio. Por lo tanto, es un telón de fondo perfecto para observar la penetración de China en el Mediterráneo y el consiguiente debilitamiento de Estados Unidos, ya que China está desarrollando puertos en Italia y Grecia, además de estar convirtiéndose en un mastodonte comercial regional.

Por desgracia, Bizancio fue perdiendo gradualmente el interés por su colonia italiana. Como sabemos, las invasiones de eslavos, ávaros, búlgaros y persas de los Balcanes y Oriente Próximo no solo cortaron las rutas terrestres hacia el oeste y redujeron el número de barcos que navegaban por el Mediterráneo, sino que provocaron además una crisis financiera en Constantinopla. Luego se produjo la agresión no solo de los persas, sino también de los árabes, de tal modo que las migraciones y los movimientos militares que se originaron prácticamente en Asia central tuvieron un efecto directo sobre Europa. Pero fue Bizancio, durante las muchas décadas previas a Carlomagno, cuando Occidente era débil militarmente, la que ayudó a

Europa (al norte del Mediterráneo) a aislarse de los invasores árabes de los siglos VII y VIII.^[30] Rávena habla también de estos vínculos.

Y nadie organiza este concepto —el de que el destino de Europa está entrettejido con el de Eurasia— mejor que Edward Gibbon. Su *Historia de la caída y decadencia del Imperio romano* es principalmente conocida por sus tres primeros volúmenes, que concluyen con el fin del Imperio romano de Occidente en el 476 d. C. Pero es en los últimos tres tomos —en los que continúa el relato hasta que el Imperio romano de Oriente cae en manos de los turcos otomanos en 1453— donde Gibbon despliega de forma majestuosa su narración, revelando, entre muchas cosas más, cómo el islam se erigió sobre las ruinas del Imperio sasánida y de Roma, cómo las cruzadas aligeraron la carga del feudalismo, cómo Bulgaria debe sus orígenes a la región del Volga en Rusia, y cómo los mongoles y los turcos, originarios de las profundidades del Asia central, dieron forma tanto a las fronteras orientales de Europa como a las fronteras occidentales de China. El difunto Hugh Trevor-Roper, citando al historiador chino C. S. Ch'ien, escribe que «desde la altura del Pisgah de su conocimiento universal, Gibbon pudo ver con claridad cómo Oriente y Occidente se influyen mutuamente y se correlacionan de un modo causal con eventos aparentemente no relacionados».^[31]

Es una mañana lluviosa de invierno, la tumba de Dante Alighieri en Rávena acaba de abrir y me adentro en la preciosa luz de un espacioso recinto de mármol clásico. Una lámpara que cuelga del techo abovedado quema aceite de oliva producido en las colinas de la Toscana. En un bajorrelieve realizado en 1483 por Pietro Lombardo, el poeta, que murió la noche del 13 al 14 de septiembre de 1321, aparece representado leyendo un libro. Está sumido tanto en la concentración como en la contemplación y emana una formidable y sufrida elegancia. En el exterior, más allá del mármol blanco y rosado, crecen laureles y cipreses.

Cierro los ojos y recito las tres primeras estrofas de *Infierno*, el primer volumen de *La divina comedia*:

A la mitad del camino de la vida,
me encontré en una selva oscura,
por haberme apartado del camino recto.

¡Cuán penoso me sería decir lo

salvaje, áspera y tupida que era esa selva
cuyo recuerdo remueve mi temor!

Temor tan triste que la muerte no lo es tanto;
pero antes de hablar del bien que allí encontré,
revelaré las demás cosas que he visto.^[32]

¡Cuánta gente, a lo largo de los siglos, se habrá sentido profundamente relacionada con estos versos —y se habrá sentido inmensamente ayudada por ellos—, versos tan sencillos y a la vez tan exuberantes y comprimidos, escritos en los primeros años del siglo XIV! Encontrarse «en una selva oscura», inmerso de repente en una crisis profunda y dolorosa —independientemente de que sea moral, espiritual, psicológica, profesional, política o, incluso, una combinación de varios de esos factores—, afrontándola como «un hombre solo»,^[33] nada menos, cuando ya no tienes la resiliencia de la juventud y llevas encima la carga de los compromisos y las malas decisiones tomadas por el camino, hasta el punto de que todo ello constituye un destino aparentemente inalterable; y, aun así, a pesar de todo eso, descender voluntariamente al temible abismo y reconocer la debilidad más humillante —la más personal— para, según dice Dante al final del poema, «ver una vez más las estrellas»:^[34] ese es el viaje y la épica definitivos.

Dante, en verdad, me ha hablado. Sigo de rodillas delante de la tumba del poeta, que fue desterrado a Rávena desde su Florencia natal porque la facción de los güelfos blancos, a la que él pertenecía, cayó en desgracia; intrigas y complicaciones, hoy en día virtualmente olvidadas, pero que en su momento dominaban la vida. Dante nos ofrece un camino para salir de la «selva oscura», incluso cuando todos sus personajes han sido juzgados y han tenido que rendir cuentas ante Dios en el más allá. Porque el reconocimiento del pecado puede ser el maestro más grande y más necesario. La introspección culpable es dura para uno mismo, muy en especial si se prolonga durante meses y años, como debe suceder a veces. Pero, al final, si hay suerte, puede existir el consuelo cuando aún quedan años por vivir. (Puedo dar fe de ello). Y así como la verdad sobre el carácter de una persona puede ser conocida y juzgada (por uno mismo y por Dios), el destino implacable con respecto al cual no podemos hacer nada no existe. A todos se nos ha concedido el libre albedrío para forjar en la vida resultados mejores y peores, a partir de los cuales nuestra verdadera naturaleza queda al descubierto. Dante exige rendir cuentas a aquellos que en la política han conducido a la Italia medieval hasta

un abismo moral, y lo hace precisamente porque cree que incluso un poema es capaz de volver a poner el mundo por el buen camino y cambiar con ello el destino de las personas.

La divina comedia siempre ha sido para mí mucho más que una obra filosófica: ha sido también una aventura histórica y geográfica, similar a una epopeya. Porque, en el fondo, una epopeya trata sobre el hambre de conocimiento que se desarrolla en un paisaje concreto.

En el primer Canto, Virgilio aparece como guía del peregrino por el Infierno, y descubrimos que el mundo pagano de la *Eneida* de Virgilio y la Ciudad de Dios que ofrece la Iglesia católica romana de san Agustín no están realmente en conflicto, sino que existen en paralelo y se entrelazan para buscar una forma de perfección moral y espiritual que pueda guiar las políticas de la ciudad-Estado de Dante hacia un resultado mejor. En el Canto IV, en el reino del Limbo, nos encontramos con Homero, Horacio y Ovidio, y luego con Avicena y Averroes, puesto que, tal y como Jacob Burckhardt escribió, Dante puso de nuevo la Antigüedad clásica (y la Edad de Oro del islam) «en el primer plano» de la cultura europea medieval, el lugar al que pertenecía.^[35] Además, en palabras de Walter Pater, ayudó a «restablecer una continuidad» con la «Iglesia primitiva» original.^[36] Con Dante, el pasado siempre funciona en el presente. Y, teniendo en cuenta las referencias clásicas constantes que encontramos en *La divina comedia*, es evidente que ni la poesía de Eliot ni la de Pound habrían sido posibles sin Dante, que, con todas sus alusiones literarias, es sin la menor duda el más europeo de todos los poetas. Eliot, en un pequeño libro sobre Dante, sugiere incluso que, en general, el verso moderno exige conocer a Homero, Dante y Shakespeare. «Amo a Dante casi tanto como a la Biblia —dijo Joyce—. Es mi alimento espiritual, el resto es un lastre».^[37]

Todos los personajes de Dante están anclados a un territorio físico. El Infierno, según el relato de Dante, es un espacio geográfico asombroso y táctil que posee la enormidad y las complejidades de un continente. Habla sobre la «sucia mezcla de sombras y de lluvia», las ciénagas, los manantiales de agua hirviente, las torres en llamas, las arenas abrasadoras y las zanjas y los sarcófagos, inmersos en un «gran hedor». Están los hoyos donde se entierra de cabeza a los clérigos malvados; «las multitudinarias e innumerables mutilaciones»; la multitud de almas atrapadas en el hielo, con sus dientes castañeteando por el frío «como los picos de las cigüeñas cerrándose de golpe».^[38] Y descendiendo por el hielo a lo largo del peludo cuerpo de tres

cabezas de Lucifer, el peregrino, como sabemos, encuentra un camino que lo conduce de nuevo hacia la superficie donde brillan las estrellas.

Y con lo peor dejado atrás, hay esperanza:

Ahora la navecilla de mi ingenio,
que deja en pos de sí un mar tan cruel,
desplegará las velas para navegar por aguas mejores.

Y cantaré a aquel segundo reino,
donde se purifica el espíritu humano,
y se hace digno de subir al Cielo.^[39]

No hay tiempo que perder, porque, tal y como Virgilio le dice al peregrino, «al que mejor conoce el valor del tiempo, más desagradable le resulta perderlo». Luchamos y nos esforzamos a lo largo de la vida, incluso cuando nos desesperamos, pero, tal y como Dante aconseja, «agradable siempre es contemplar lo andado».^[40]

Entretanto,

¡Sígueme y deja que hable la gente!
Sé firme como una torre cuya cúspide
no se doblega jamás al embate de los vientos.^[41]

Es decir, no te distraigas nunca, pues esa es la maldición de nuestra época y del tiempo que pasamos sobre la tierra. Porque «si el mundo se aparta de su verdadero camino, vuestra y solo vuestra es la culpa». Por lo tanto, no debemos ceder jamás al destino, sino que, en todo momento, procurar juzgarlo todo y a todos por su verdad, no por su reputación.^[42]

La aventura se acerca a su clímax. Dante invoca a Apolo para que lo guíe por el Cielo cristiano.^[43] Y así:

El agua en que me adentro nunca fue surcada;
Minerva hincha mis velas, Apolo me guía,
y las nueve musas me muestran las Osas.^[44]

En el *Paraíso*, igual que en el *Purgatorio* y en el *Infierno*, en todos los reinos que Dante explora, las combinaciones indispensables no cesan en ningún momento, bien sea de lo pagano con lo cristiano, bien de lo griego con lo romano o lo bizantino; puesto que la verdadera sabiduría fluye

conjuntamente, puesto que la sabiduría consiste precisamente en saber ver las similitudes y los paralelismos entre todas las cosas, todas las culturas y todas las religiones. (Estoy pensando en la totalidad del Canto VI del *Paraíso*, reservado al sabio consejo de Justiniano). El Cielo de Dante, con sus diversos círculos y «elevadas esferas» donde tanto se admira el trabajo de «ese gran artista», me hace pensar nada más y nada menos que en la famosa descripción que hizo Einstein del Dios de Spinoza, que se revela en la armonía de todo lo que existe. Es la «fusión de todas las cosas» lo que nos aturde, como cuando Neptuno contempla la quilla del *Argo*.^[45]

Dante, como Gemisto Pletón, ayudó a reintroducir las riquezas filosóficas y estéticas de la Grecia y la Roma clásicas a la Europa de finales del Medioevo, lo que le permitió evolucionar más allá de la cristiandad y la Edad Media. Y así invocó la civilización universal celebrada por Segismundo Malatesta y Agostino di Duccio en la iglesia de Rímini, la misma civilización que inspiró a los poetas y los escritores modernistas de principios del siglo XX. Y mientras Europa lucha ahora por encontrar su camino, Dante sigue teniendo aún más vidas por vivir.

Venecia

La rama dorada de Frazer y la derrota del destino

Los golpes de suerte se suelen asociar con gente que conocemos y que, a partir de un momento dado, nos cambian la vida. Y yo asocio también este fenómeno con los libros con los que me he topado. Hace un tiempo, en la tienda de regalos del Clark Art Institute, en Williamstown, Massachusetts, me fijé en el tercer volumen de una trilogía titulada *The Emergence of Western Political Thought in the Latin Middle Ages*. Era un texto académico escrito por un profesor jubilado del Williams College, Francis Oakley, y, a pesar de su reducido tamaño, el precio de venta estaba por encima de los setenta dólares debido, a buen seguro, a que se trataba de una tirada limitada.

Acabé comprándolo y leyendo tanto aquel como los dos primeros volúmenes. Los libros no son de lectura fácil debido al carácter marcadamente abstracto del tema y al intrincado y sustancial nivel de detalle académico. Pero, como sucede con los mejores textos académicos, descubro que, si puedo concentrarme de verdad y leer despacio unas pocas páginas a la vez, la riqueza que obtengo es inconmensurable. Porque, si bien el grueso de la producción en el campo de las humanidades se halla notablemente perjudicado por el uso de la jerga, el rasgo distintivo de los trabajos académicos de primera categoría (que Oakley representa) es su sutileza exquisita, la precisión literaria y una extensa documentación. Sentado en el tren que me lleva de Rávena a Venecia, en un frío día de enero, creo encontrarme en la coyuntura perfecta para repasar las páginas de notas que he ido tomando a partir de la lectura de los tres libros de Oakley: porque estos libros ayudan a restaurar el edificio de la comprensión del origen de Europa y

Occidente, del cual, en Rímini y Rávena, solo fui capaz de reunir unos fragmentos.

Oakley, formado en Oxford y Yale, empieza el primer volumen en la antigua Grecia y finaliza el tercero en la primitiva Europa moderna; y en el proceso, Occidente, como concepto, se va inventando imperceptiblemente. Comienza citando al fallecido intelectual rumano Mircea Eliade, que destacó que los filósofos griegos fueron en realidad la recapitulación de la mentalidad primitiva. Y esto es debido a que, en tiempos arcaicos, la naturaleza se percibía como algo vivo y el individuo era inseparable de ella, incluso siendo el rey o gobernante un ser casi divino y, por lo tanto, un intermediario entre el hombre y la naturaleza. Y no solo en Grecia, sino también en el antiguo Egipto, en Persia y en Mesopotamia, el espacio entre dioses y hombres era tan estrecho que apenas podemos percibirlo. El reino no era más que una «analogía» del universo divino, y esto era así incluso en las ciudades-Estado griegas «más conscientemente filosóficas», así como, posteriormente, en la Roma imperial. Sin embargo, el cristianismo, como sucesor más sofisticado del judaísmo, desestabilizaría toda la estructura de lo que Oakley denomina «monarquía sacra», es decir, una monarquía dependiente de ritos sagrados.^[1]

La concepción hebrea de Dios fue lo primero que socavó la relación transaccional entre el hombre arcaico y la naturaleza. Pero cuando Jesucristo dijo a sus discípulos que su reino «no era de este mundo», dejó implícita una «separación totalmente novedosa entre lo “religioso” y las lealtades “políticas”», la idea precursora de la separación entre Iglesia y Estado. Oakley cita al historiador francés del siglo XIX Numa Denis Fustel de Coulanges para explicar que el cristianismo «separa lo que la Antigüedad confundió» o embrolló. Y, aun así, puesto que esta historia tiene muchos más giros, vuelcos y sutilezas de lo que mis breves notas alcanzan a sugerir, el cristianismo, por medio de Bizancio, se acomodaría a la monarquía sacra, con la autoridad imperial en armonía con el sacerdocio clerical: un concepto que he podido apreciar personalmente en los mosaicos de San Vital, donde figuras bíblicas como David y Melquisedec se representan con atavíos imperiales. San Agustín, por supuesto, después del saqueo visigodo de Roma, deslegitimizaría este concepto con sus escritos y vería la autoridad política como algo real, aunque separado de su «Ciudad de Dios», cuya existencia se debe solamente a un «castigo» que hay que soportar como consecuencia de la caída en desgracia de Adán.^[2]

Las tribus celtas y germánicas cristianizadas del norte, por otro lado, evolucionaron también hacia un modelo de monarquía sacra, pero limitada y

restringida por formas rudimentarias de consentimiento tribal. De hecho, el rey y su pueblo, en la época merovingia y carolingia que se extiende desde finales del siglo V hasta el siglo X, constituían algo equiparable a una «unión de reino e Iglesia» en la cual una red de relaciones entre el rey y sus nobles definía el gobierno. Esas relaciones, junto con las presiones de las invasiones desde el exterior —vikingas, magiares, árabes— y la desintegración del Imperio carolingio desde el interior, por no mencionar el legado de un tempestuoso pasado germánico, actuaron sin duda contra el absolutismo. El feudalismo, por lo tanto —un término comodín, tal y como Oakley demuestra, y que abarca tanto la «fragmentación del poder político» como el paso del «poder público en manos privadas» y las unidades armadas garantizadas en parte a través de «acuerdos individuales y privados»—, se convirtió en un elemento orgánico en el desarrollo del constitucionalismo occidental; al fin y al cabo, la Carta Magna fue «esencialmente un documento feudal».[3]

Occidente fue una creación extremadamente gradual y contingente, es decir, en la que los siglos medievales desempeñaron un papel tan grande y considerable como Grecia, Roma y el Renacimiento (por no mencionar el papel jugado por el choque de imperios en Oriente Próximo y norte de África, que trasladó «Europa» hacia el norte, alejándola de la cuenca mediterránea). Como Oakley señala, el término *Edad Media* fue inventado por humanistas renacentistas para denigrar el largo interregno entre ellos y las glorias de la época clásica que tanto reverenciaban. Pero esta «periodización» de la historia europea (que la divide en antigua, medieval y moderna) es, a todas luces, errónea. Es decir, la filosofía de gobierno de la Ilustración de Locke estaba «basada en una ley feudal» que se desarrolló en la Edad Media y fueron los carolingios del Medievo los que preservaron gran parte de la literatura clásica de la Antigüedad.[1]

En resumen, Europa no se limitó a dar un rodeo de mil años entre la Antigüedad tardía y el Renacimiento. El Renacimiento no continuó simplemente allí donde lo dejó Roma, sino que fue mucho más complicado que eso. Sin los siglos del Medievo, «Occidente» no habría existido tal y como ahora lo conocemos.

En el segundo volumen, Oakley profundiza en la transición desde la monarquía sacra hacia la oligarquía y el consensualismo, y finalmente hacia la monarquía nacional y el individualismo; una transición que, en su mayor parte, se produjo en el transcurso de la Edad Media y, una vez más, en el norte de Europa. En el siglo XI, las disputas entre la autoridad papal y el

Sacro Imperio Romano Germánico, es decir, entre rey y clero, «pueden entenderse mejor con la analogía de las distintas ramas del gobierno de un sistema político moderno comprometido constitucionalmente con la separación de poderes». A finales del siglo XII, el papa estaba «obligado “por las normas de la fe y el orden” que emanaban del consenso de la comunidad cristiana». Al mismo tiempo, la cultura jurídica «estaba cultivando, entre sus muchas otras plántulas, la noción de los derechos subjetivos naturales de los individuos», que encontraría su florecimiento pleno con los primeros filósofos modernos. Es una historia que, en un sentido más amplio, gira en torno al desafío del papado al carácter sacro de los reyes, aun cuando los poderes del papa se vean con ello más limitados; de modo que puede decirse que la saga escrita por Oakley sobre el desarrollo de Europa y Occidente trata en realidad sobre la fragmentación de la autoridad.^[4]

Mientras que, desde mediados del siglo XI hasta principios del siglo XIV, las «fuerzas [históricas] impulsoras» fueron el conflicto entre los poderes papal y temporal y «la renovada familiaridad con el legado de la cultura griega y romana», a partir de finales del siglo XIV y el siglo XV el poder del Vaticano se vio parcialmente deslegitimizado por la rivalidad de los aspirantes al papado, con la consiguiente división de la cristiandad latina en facciones en disputa constante. Y luego, a principios del siglo XVI, surge el desafío que Martín Lutero plantea a toda la estructura eclesiástica. Esta ruptura de la cristiandad, que forzó un reconocimiento público de ideales y puntos de vista distintos, conduciría en última instancia, y no sin cierta ironía, a la tolerancia y al consecuente traspaso de las preocupaciones religiosas del dominio público a la «conciencia privada». Oakley termina el tercer volumen con la ejecución del rey Luis XVI de Francia en 1793, que, debido al vínculo sacro que existía aún con la monarquía, constituyó un ataque directo a la cristiandad, simbolizando, en palabras de Albert Camus, «la secularización de nuestra historia y la desencarnación del Dios cristiano».^[5] Por lo tanto, el Occidente secular inicia básicamente su existencia en el norte de Europa y a partir de oscuros principios feudales.

Cuánto me arrepiento de no haber continuado mi formación reglada más allá de la graduación y no haber cursado un doctorado. Estoy ahora en esa edad en la que es habitual fantasear sobre haber vivido otras vidas. Me habría especializado, por ejemplo, en la China medieval y habría escrito sobre las rutas comerciales del Asia central de la dinastía Tang; o en estudios rumanos y los conflictos imperiales en los Balcanes; o en la Edad Media latina, como Francis Oakley. En vez de leer detenidamente gramáticas y familiarizarme

con tantos idiomas, muchos de los cuales he ido poco a poco olvidando, habría perfeccionado uno o quizás dos de ellos. Habría querido excavar con la intensidad y la concentración de un arqueólogo para sacar a la luz algo que fuera a la vez profundo y panorámico. Creo, pues, que lo mejor que puedo hacer en estos momentos es seguir adelante como escritor y dedicarme a informar sobre toda esta erudición, haciéndola accesible, de este modo, a un público más amplio.

En realidad, viajo para poder leer. No puedo hacer lo uno sin lo otro. El peso de la ropa en mi equipaje es restrictivo, el peso de los libros resulta liberador.

Pienso que, si vives el tiempo suficiente, el proceso de la memoria condensa despiadadamente tus experiencias, condenando muchas de ellas al olvido. Mis recuerdos de los pocos días que pasé en Venecia hace casi medio siglo consisten en destellos ocasionales, segundos de memoria en realidad, y poco más: grandes galerías de soportales ennegrecidas por el paso del tiempo, donde al otro lado de los cristales se vislumbran suntuosos interiores de tiendas, cafeterías y restaurantes llenos de hombres y mujeres cuya vestimenta me intimidaba por su elegancia; el lujo que otorga la ausencia de automóviles en medio de una gran ciudad, mientras recorría un canal tras otro; entrar en la gigantesca y cavernosa maravilla de San Marcos, donde me encontré frente a frente con mi ignorancia sobre arte y sobre historia. Venecia era una ofensa deliciosa y sigue siéndolo.

Cuanto más mayor me hago, más lejos de mi alcance me parece, aunque por motivos distintos. Y, sin embargo, aunque mi recuerdo de aquel primer viaje se ha esfumado prácticamente por completo, recuerdo con claridad haberme sentido, en general, feliz; es decir, haber sido consumido por el presente. Vivir aquel momento. Ahora, cuando llego a la estación de Santa Lucia de Venecia, a pesar de los éxitos, me consumen las preocupaciones y los temores habituales de la edad adulta tardía, unido como estoy al mundo más allá de Venecia por las comunicaciones electrónicas y por todas las muchas otras cosas que se acumulan en el curso de la vida y de las que me siento cada vez más distanciado. A pesar de mi ignorancia, por aquel entonces «conocía» Venecia, me sentía menos solo. Sí, ese es el problema de pensar demasiado. Ahora debo construir conscientemente una «idea» de Venecia para poder superar mis demonios internos.

No recuerdo haberme sentido presionado por multitudes de turistas, aunque era septiembre, hace casi cinco décadas. Tampoco había colas por todas partes, como en el presente. Ahora estamos a finales de octubre, viajó en compañía de la que es mi esposa desde hace casi cuatro décadas —¡sí, ya no soy tan ermitaño!— y parece que solo hay turistas. Venecia es la apoteosis de la globalización, un fenómeno que, junto con sus crueldades, ha creado también clases medias altas tanto en Asia como en Europa que por primera vez en la historia colectiva de sus familias disponen de medios para poder viajar. Si Europa es, como dicen, un gran museo al aire libre, Venecia es una combinación de parque de atracciones y yacimiento arqueológico, una ciudad llena de visitantes que pasean por su entorno laberíntico y asoman la nariz en sus iglesias, un lugar donde los habitantes indígenas parecen haber desaparecido casi por arte de magia. Venecia es hoy en día, en gran parte, una ilusión. Representa el legado de la civilización avanzada, que es cada vez más global y, por lo tanto, es la última amenaza y el contrapunto para todos aquellos que en Europa siguen atrapados en el Estado-nación. Los nacionalistas de derechas quieren naciones étnicamente puras, pero la metamorfosis de Venecia funciona contra esa idea.

Y, aun así, debo ser muy cuidadoso con todo esto. Porque solo dispongo de mi tiempo de vida como medio de comparación. Tal y como apuntó Tonny Tanner, el fallecido académico de la Universidad de Cambridge, fue «entre la época de Byron y la de Ruskin, entre principios del siglo XIX y mediados del siglo XIX», que Venecia se convirtió en una ciudad turística, dejando de ser una parada ocasional en el *Grand Tour*.^[t2] De modo que lo que estoy viendo no es un fenómeno especialmente reciente.

A finales de octubre, el sol lluvioso y los edificios de Venecia maltratados por el tiempo aparecen veteados y ennegrecidos por el humo. Las huellas de la climatología sobre el ladrillo, el enlucido y la piedra ennegrecen, igual que el paso del tiempo, las fachadas góticas y renacentistas y crean un banquete de ocre y ceniza. Sin sol, la laguna y los canales se ven opacos, gaseosos, más introspectivos y misteriosos que el color en sí. Y guardan silencio, por lo que tengo la sensación de que me deslizo por encima de ellos. La salobre brisa marina penetra incluso por los callejones más claustrofóbicos. Contrato los servicios de una lancha privada para dar una vuelta por la laguna. Me sorprende la inmensa e ilimitada horizontalidad de las paredes rojizas y las cúpulas de escasa altura que se aproximan desde todos los ángulos, asomando

apenas por encima de las olas de color perla sucia. Pienso en las murallas bajas de Constantinopla vistas desde el mar. Cuando la lancha se adentra en el Gran Canal, la robusta cúpula plateada de Santa Maria della Salute, como la de Santa Sofía en Estambul, me parece un medio planeta que a buen seguro es visible desde el espacio, y cada caricia que recibo de una ola es la insinuación de otra conquista lejana. Imperio: esa ambición universal e infinita. El agua es la encarnación del espacio, más expansiva e ilimitada que los adoquines. De hecho, pocos monumentos existen más impresionantes que la fachada clásica construida en piedra de Istria de San Giorgio Maggiore, que sobresale en ángulo en la orilla opuesta a la plaza de San Marcos. Cada vez que vislumbras un canal uniéndose al mar, adivinas el mundo exterior y la insinuación de un viaje. Y dado que el mar indica las grandes autopistas de la civilización más que cualquier vía terrestre, la lógica visual de Venecia es imperial. Ciudad e imperio son conceptos casi eternos en la historia de la humanidad, aunque el Estado haya dominado en los últimos siglos. Venecia fusiona estas dos antiguas construcciones históricas y da metafóricamente la bienvenida a los chinos, que están hoy en día construyendo un imperio marítimo que se extiende desde Asia hasta los puertos de Italia.

En Venecia no soy más que un turista. Y la industria vacacional ha preparado toda mi experiencia. Paso por kilómetros de *boutiques* internacionales de alta gama, viendo simplemente lo que millones de personas ya han visto, haciendo las cosas que millones de personas ya han hecho. Los turistas albergan la ilusión de sentirse especiales, de haber ascendido un par de peldaños en la escala social y económica y de haberse alejado de ese modo de su existencia rutinaria. Pero seguimos todavía en la línea de producción. Es como si me estuvieran guiando con una cuerda. Venecia, tengo la sensación, posee un elemento de chabacanería que recuerda Las Vegas. Y por eso, porque soy consciente de ello, en vez de deprimirme, creo que puedo, al menos hasta cierto punto, volver invisibles en mi mundo mental a los demás turistas, aunque sea algo fuera de toda lógica. Sí, puedo realizar un viaje interior que tenga la misma brillantez de color que el viaje exterior. Y si puedo emprender este viaje es solo gracias a los libros que he leído; otro ejemplo del efecto liberador de los libros. Viajar, al contrario que hacer turismo, solo es posible gracias a la literatura. En una época como la que vivimos, en la que la globalización ha borrado gran parte de lo que es distintivo, los paisajes deben quedar anclados en los libros.

Por lo tanto, permítanme explorar Venecia o, más concretamente la idea de Venecia, basándome en los libros que he leído. No me considero especial en este sentido. Otros turistas han hecho algo similar. Podemos parecer indistinguibles por fuera, pero nuestra vida interior y nuestros pensamientos son los que nos proporcionan la santidad de la individualidad.

«La pasión es como el crimen —escribe Thomas Mann en *La muerte en Venecia*—. Se aviene mal con el orden establecido y el bienestar de la vida cotidiana, y cualquier dislocación del sistema burgués, cualquier confusión que amenace al mundo, le resultarán forzosamente gratas». Y, así, el anciano protagonista de Mann, por muy distinguido que sea en su vida profesional, desea, como todos sabemos, al joven polaco Tadzio, con la «cabeza de Eros» y el «resplandor del mármol de Paros», aun cuando la ciudad cae víctima de la enfermedad y el caos.^[6] La pasión contradice el realismo y el materialismo, los que son, irónicamente, los principios operativos de esta ciudad-Estado del Medievo y principios de la Edad Moderna. El arte y la literatura, que son la pasión encarnada, aspiran a la significación moral. (Esto, al fin y al cabo, es el gran tema de *Aesthetics and History* de Bernard Berenson).

Y, sin embargo, la mentalidad veneciana medieval era muy dura, pues cultivaba la supervivencia comunitaria, así como la moderación política y económica y la *realpolitik*, mediante métodos tales como poner un decidido énfasis en la diplomacia, practicar el secretismo más extremo y establecer uno de los servicios de inteligencia más excelentes de la historia (Venecia se libró por muy poco de ser un Estado policial). Con una «oligarquía aristocrática» que perfeccionó las más variadas técnicas de tortura y asumía «lo peor de cada uno», Venecia elevó el cinismo a un pedestal, observa el historiador James (Jan) Morris.^[7] Los venecianos, de un modo similar a los chinos que se disponen hoy en día a invadir comercialmente estas aguas, no tenían ni ideología ni valores universales que exportar al mundo. No tenían un impulso misionero como los americanos ni tampoco eran fanáticos como los españoles.^[8] El resultado fue más de un milenio de independencia y, lo que es más relevante, de extraordinaria riqueza, que, injertada a un espacio restringido, vetado y entrecruzado por agua, dio lugar a una abrumadora belleza arquitectónica preindustrial. Jacob Burckhardt y Marco Antonio Sabellico describieron Venecia como «el joyero del mundo», que, con sus cúpulas, sus torres y sus fantasías de mármol, es la máxima compresión del esplendor.^[9] Pero, dado que el arte debe, en cualquier caso, perseguir el ideal

más elevado, un ideal que en realidad no existe y para el que la singular belleza y elegancia de esta ciudad podrían calificar como metáfora, tal vez no exista contradicción con el amor que los artistas sienten por Venecia.

Y no amarla es perverso. El estilo artístico de Venecia, ejemplificado por sus grandes pintores, gira más en torno a la ilusión y la ejecución que a la construcción y el análisis; apela, por lo tanto, más al gusto que al intelecto.^[10] Venecia es capa sobre capa de pigmentos tan intensos, ricos y decisivos como en la obra de Tiziano.

La estética veneciana se extiende incluso al sonido. ¿Existe una sensación más perfecta y refinada —una mezcla consumada de fe y sensualidad— que la música de Claudio Monteverdi, que se asocia con Venecia más que con cualquier otra ciudad? La música de Monteverdi es como sentir el encaje más caro sobre la piel. Y luego, claro está, tenemos a Antonio Vivaldi, otro veneciano cuya música, por mucho que nos acompañe en los ascensores, jamás dejará de ser una espléndida delicia. El sonido de Venecia podría empezar muy bien por el que emiten las campanas de los campanarios. Es la única ciudad donde el suave chapoteo del agua de los canales es el sustituto del doloroso estrépito de los coches. ¿En cuántas ciudades del mundo es posible oír el sonido de tus propios pasos?

A principios de otoño de 1888, Bernard Berenson, que contaba entonces con veintitrés años de edad, cruzó los Alpes y vio Venecia por primera vez: «Pensé que el *campanile* y San Marcos me caerían encima. Desde entonces, he leído que las personas ciegas que de repente recuperan la vista se sienten así cuando ven el mundo por primera vez».^[11] El libro que publicó después, *The Venetian Painters of the Renaissance* [Los pintores venecianos del Renacimiento], publicado en 1894, supuso el lanzamiento de la carrera de este judío norteamericano que acabó convirtiéndose en el experto en arte más celebrado del siglo XX. El homólogo británico de Berenson en el siglo XX, John Ruskin, se sintió tan inspirado por Venecia y sus monumentos que escribió el que quizás sea el tratado más famoso sobre arquitectura gótica que se haya publicado nunca, celebrando «esta magnificencia de poder robusto, manifestada de la forma más energética posible porque la elegancia quedó congelada por el viento helado» del norte, donde se había originado la arquitectura gótica. Ruskin, observando el Palacio Ducal (1320-1350), sin duda alguna el mayor edificio gótico de Europa, vio «esa clase de energía que da tensión al movimiento y firmeza a la resistencia, que hace que el relámpago más potente se bifurque en lugar de curvarse, que vuelve angulosa la rama de roble más dura en lugar de doblarla con sinuosidad, y que se ve

tanto en el temblor de la lanza como en el brillo del carámbano».^[12] Para Ruskin, Venecia no era solo la combinación del Occidente cristiano con el Oriente islámico, sino también, tal y como demostraba el Palacio Ducal, la combinación del norte lombardo con el sur árabe.^[13]

El historiador Morris enumera cerca de cincuenta artistas y escritores de renombre universal que a lo largo de varios siglos han dejado patente en su obra la inspiración romántica y analítica que Venecia les ha proporcionado. El lector puede escoger entre Goethe y Proust, pasando por Rossetti, Petrarca y Hemingway, desde Rilke hasta Dickens, Browning, Freya Stark y Oskar Kokoschka. Henry James, que, con su cosmopolitismo y su explicación de las minucias de la conciencia, constituye un puente hacia el modernismo de Joyce y Eliot, ve Venecia, en *Las alas de la paloma*, como un lugar donde quieres morir para poder vivir primero, para vivir en medio de la «belleza a media luz» de las estancias palaciegas de palacios «desmoronados» y mirar entre «las antiguas columnas [...] abiertas de par en par a la tempestad».^[14] Independientemente de que se trate de carnalidad, engaño o redención, no existe telón de fondo más dramático que Venecia. En la Venecia de *Los papeles de Aspern*, James habla de «un compañerismo místico, una fraternidad moral con todos los que en el pasado habían estado al servicio del arte».^[15]

Sin embargo, es muy posible que la descripción insuperable de Venecia apareciera más de tres décadas después de la publicación del libro de Morris: la que ofrece el fallecido poeta ruso-norteamericano Joseph Brodsky en *Marca de agua*, cuyas escasas ciento treinta y cinco páginas pueden calificarse de epopeya por lo poderosas y devastadoras que son sus metáforas y sus comentarios al margen, y que, si bien desde un punto de vista técnico es una obra en prosa, se puede considerar un poema largo. Es el antónimo de los *Cantos* de Pound. Porque, mientras que esa obra busca la grandeza y la erudición y fracasa en su mayor parte en el intento, el pequeño libro de Brodsky alcanza la perfección sin esfuerzo, por mucho que estuviera claramente ideado como una iniciativa menor. Naturalmente, la brillantez de la metáfora suele ser cuestión de puro arte, no de trabajo duro. Basta con escuchar a Brodsky reducir a lo esencial la visita a Venecia. La auténtica felicidad se encuentra en «el olor a algas heladas» por la noche junto con «la negra capa de grasa de la superficie del agua», «la belleza a bajas temperaturas es belleza», «el agua es la imagen del tiempo», y, dado que la música evoca el tiempo, «el agua también es coral». En la embarcación que lo lleva desde la *stazione*, «la impresión dominante era mitológica, ciclópea»,

los edificios góticos y renacentistas eran «un grupo de durmientes cíclopes que yacían en el agua negra y, de vez en cuando, levantaban y bajaban un párpado». Las molduras de mármol, los capiteles, las cornisas, los frontones, los balcones «nos hacen vanidosos. Por ello es la ciudad del ojo; las demás facultades desempeñan un borroso papel secundario».^[16] Así pues, Venecia es materialismo y superficialidad en letras mayúsculas. Aquí, la belleza física lo es todo. Venecia tienta a la idolatría.

Brodsky te pone en tu lugar; expone tus deficiencias con su brillantez metafórica, que resulta casi austera y matemática. (Odia a los escritores y a los académicos que «tienen multitud de estanterías ordenadas y baratijas africanas». Me siento especialmente culpable en ese sentido). Porque Brodsky es la cúspide: estamos, como mínimo, a una docena de niveles por debajo de él. Y siendo como es un genio, cualquier comentario que haga, aunque sea de pasada, tiene su importancia. No me cabe la menor duda de que se mofaría en silencio de mi ética del trabajo, mi escritorio ordenado, mis apostillas, mi ansiosa indulgencia en categorías analíticas y organización, porque la gente de su categoría simplemente no necesita nada de todo eso. La genialidad de esta gente es capaz de gestionar la desorganización y elevarse por encima de cualquier sistema. Pueden permitirse la pereza (aunque a buen seguro Brodsky no era perezoso). Pueden publicar con frugalidad, en cantidades pequeñas, y dejar una huella más profunda y duradera que cualquiera de nosotros (aunque, una vez más, en el caso de Brodsky su producción fue prodigiosa). Y en cuanto al trabajador y siempre esforzado Ezra Pound, para Brodsky ni siquiera merece el desprecio. Desde el punto de vista de cualquier ruso, las «arengas radiofónicas de la época de la guerra» de Pound, al servicio de las fuerzas del Eje, deberían haberle valido «nueve gramos de plomo».

Los *Cantos*, continúa Brodsky, «me dejaban frío; el principal de sus errores era un viejo error: buscar la belleza». La belleza «siempre es el subproducto de otras actividades, a menudo muy vulgares».^[17] Aquí sí que lo contradiría un poco. Porque, a pesar de que el tiempo y la geografía ayudan a hacer de Venecia lo que es, ¿no es la arquitectura veneciana en sí misma una belleza premeditada?

Para el resto de los mortales, si no para Brodsky, Venecia es una ciudad de asociaciones «trilladas», «una serie de suvenires y “vistas” —escribe Mary McCarthy—. En la ciudad no puede pronunciarse ni una sola palabra que no sea un eco de algo que ya se ha dicho. “*Mais c’est aussi cher que Paris!*” exclama un francés en un restaurante, sin darse ni cuenta de que está repitiendo a Montaigne». La verdad es que no se puede decir, y ni siquiera

pensar, nada nuevo sobre Venecia. «“Te envidio por escribir sobre Venecia”, dice el recién llegado. “Te compadezco”, dice el perro viejo». McCarthy, novelista, crítica e impresionante intelectual norteamericana de mitad del siglo XX, posee también ese envidiable y lapidario don de la metáfora que nada tiene que ver con el simple trabajo duro. «Nadie se quejaría nunca diciendo que todos los Canaletto son “iguales”. Y esa es precisamente su gracia. Nos agradan por repetición, igual que un espejo». Por eso el ojo nunca se cansa de Venecia.^[18] En este sentido, Venecia me deprime, porque sé que cuando escribo sobre ella estoy compitiendo fatal con los grandes. «Se ha dicho y escrito ya tanto sobre Venecia», escribe Goethe... ¡y eso que era en 1786!^[19] ¿Pero cómo voy a evitarla si está en el camino de mi viaje?

Y no puedo pasar por alto Venecia por otra razón: es un elemento básico para mis creencias sobre historia, cultura y relaciones internacionales. Mary McCarthy, en su sagaz e incisivo — y, a su manera, sin parangón— pequeño libro sobre Venecia, *Venecia observada*, publicado en 1956, introduce el tema.^[20] «Los venecianos extorsionaron imparcialmente a cristianos y paganos haciéndose con botines e instaurando concesiones comerciales. Esta imparcialidad [...] fue lo que hizo que fueran odiados, como a veces había sucedido con los judíos». Por lo tanto, «las cruzadas representaron un periodo de bonanza para Venecia, que [...] trató todo el asunto como si fuese un negocio».

Venecia ofreció sus tropas a un precio exorbitante, transportó un ejército de cruzados a *outramer* («ultramar» o Tierra Santa) y, «cuando los cruzados dejaron de ser rentables», procedió a utilizar el espíritu de las cruzadas a modo de excusa para capturar puertos adriáticos en los que tenía un interés comercial. Los venecianos firmaron un tratado con los turcos musulmanes para comerciar con «mercancías prohibidas a los cristianos» y saquearon Constantinopla en 1204 durante tres días de asesinatos, violaciones y pillaje. Se trata de un ejemplo de *realpolitik* sin otro objetivo que el enriquecimiento, y es a través de hechos tan burdos y despiadados como estos que Venecia se convirtió en la ciudad de fantasía que artistas y escritores acabaron admirando. Porque la política exterior de Venecia y todo su sistema político se construyeron única y exclusivamente sobre principios concebidos para hacer negocios y para que esos negocios fueran siempre rentables. «Partida. Riesgo. Beneficio. Gloria», así es como el historiador Roger Crowley describe el modelo de los periplos marítimos venecianos, siendo el «beneficio» el elemento más importante de todos. Al carecer de terreno agrícola, Venecia no tenía feudalismo. Su mercancía de trueque era el dinero,

no las cosechas.^[21] «Una ciudad completamente materialista no es más que la encarnación de un sueño —escribe McCarthy al hablar del resultado—. Venecia es el subconsciente del mundo: el resplandeciente tesoro de un avaro custodiado por una Bestia con ojos de ágata blanca».^[22]

El pragmatismo, tanto en su versión despiadada como en la ilustrada, fue la guía espiritual de la Venecia medieval. El gobierno veneciano era una máquina burocrática «en la que las voluntades y las pasiones de los hombres no jugaban ningún papel», constituyendo, en palabras de McCarthy, «una invención en el campo de la ciencia política, un dispositivo patentado» en el que cada rama del poder mantenía a la otra en jaque, lo que lo convierte en una variante temprana del sistema estadounidense. El clero veneciano sintetizaba el espíritu de la República Más Serena, *la Serenissima*. «No había mártires, no había ni Thomas Becket ni Thomas Mores», como dice McCarthy. «Como todos los venecianos auténticos, [el clero] vivía en el aquí y ahora». Esto significaba no solo que no había héroes, sino que además tampoco había inquisiciones. El pragmatismo se traducía en la ausencia de fervor, que a su vez se traducía en la ausencia de fanatismo. Y, a diferencia de los demás Estados de la Europa católica, señala el historiador John Julius Norwich, Venecia jamás quemó a un hereje en la hoguera. Venecia, con su amor por el arte de gobernar y su desdén por la perfección moral, era un lugar eminentemente práctico; y ese es el secreto de su infinita supervivencia desde el final de los Años Oscuros hasta los primeros redobles de los tiempos modernos. McCarthy establece aquí una comparación reveladora con otra ciudad-Estado, Florencia. Esta última, incapaz de gobernarse bien a sí misma, produjo de todos modos un gran teórico abstracto del gobierno: Maquiavelo. Venecia nunca tuvo ese tipo de teóricos, pero aun así logró desarrollar una «república modelo». Porque en todo lo relacionado con Venecia existe esta veneración por lo «concreto».^[23] Las disputas religiosas no interesaban a los venecianos; solo les interesaban las políticas. Practicaban el maquiavelismo mejor que los florentinos. Los venecianos eran ejecutores, no pensadores.

Hace medio siglo habría tenido más paz mental en Venecia, pero para entonces no había descubierto aún ni a McCarthy ni a muchos otros autores que han enriquecido mi experiencia en esta segunda visita.

De todas las brillantes descripciones escritas por artistas e intelectuales a lo largo de los siglos, jamás olvidaré las primeras palabras de McCarthy sobre San Marcos, ese caparazón oscuro de pan de oro e iconografía bizantina cuya

oscuridad similar a la de una catacumba asocio con el clima más frío de Constantinopla:

Desde el exterior, «parece un pabellón oriental —medio casa de recreo, medio tienda de guerra— perteneciente a algún sátrapa importante. El interior, resplandeciente de piedras preciosas y oro, revestido de valiosos mármoles orientales, jaspe y alabastro, pórvido y verdigris, sostenido por columnas bizantinas [...] de las que apenas hay un par iguales, esta oscura cueva con planta de cruz parece la guarida de un ladrón». Por lo visto, el objetivo de tanta practicidad y materialismo a lo largo de la historia era el lujo, de un tipo muy refinado y sensual, cuyo origen puede encontrarse en Oriente, en Bizancio. Ni siquiera las influencias góticas que se infiltraron en Venecia desde lugares como Aviñón y Flandes fueron suficientes para desplazar el carácter artístico esencialmente bizantino. Los venecianos, dice McCarthy, seguían siendo de corazón «creadores de iconos y mosaicos [...] capturados en una magnificencia inmóvil».^[24] Y, sin embargo, como destaca el siempre revelador historiador británico John Julius Norwich, lo que ayuda a que todo el conjunto funcione es la «“corona gótica” de pináculos y crochets de mármol que tanto cautivó a Ruskin».^[25]

No es que Oriente, en un sentido cultural y artístico, empezara en Venecia como lo hizo en Rávena, puesto que una afirmación así aceptaría una división inflexible y artificial. Si no que, en Venecia, como en el resto del Adriático, Oriente y Occidente se encontraron por primera vez y todavía hoy colapsan y se funden el uno con el otro hasta desaparecer, para emerger de nuevo por todas partes en piedra y en ténpera como elementos diferentes a lo que eran antes. En estas ciudades portuarias medievales y de principios de la Edad Moderna, fortificadas por un cosmopolitismo que llega a través del mar, la dispersión de la sensibilidad oriental y occidental nos permite vislumbrar el mundo del futuro. Oriente destaca de forma muy especial en Venecia porque está enmarcado y resaltado por las influencias góticas y renacentistas de Occidente. Como Ruskin señala, en Venecia la arquitectura gótica desbancó a la bizantina y fue a su vez desbancada, aunque solo de forma parcial, por el Renacimiento, que, casualmente, debe su efecto grandioso a las aguas vaporosas y de tonalidad verde botella que acarician sus cimientos.^[26] El resultado global es esa sensibilidad estética única con la que podemos deleitarnos.

La Venecia medieval estaba tan empapada del comercio con el Levante que, más que cualquier otra ciudad o poder de Europa, comprendía y resumía Eurasia. «Era el engranaje central que encajaba dos sistemas económicos:

Europa y Oriente», escribe Crowley.^[27] Claro está que el orientalismo de Venecia también tiene parte de cliché. «En Venecia, como te contará cualquier basilisco dorado, empieza Oriente», escribe Jan Morris, cuyo propio libro, que describe Venecia con tal detalle que habla incluso de su inmensa población de gatos callejeros, es un ejemplo más de por qué es muy posible que ya no quede nada original que explicar sobre la ciudad.

¿Qué es, pues, lo que creo que es tan importante de la historia de Venecia que me empuja a continuar? Pues que la cultura lo rige todo, incluso cuando la cultura está en evolución constante y se combina con otras culturas. Que la geografía es importante. Que la geopolítica —la batalla por el espacio y el poder— es eterna. Que los Estados basados en principios realistas y pragmáticos sobreviven más tiempo que los Estados basados en principios idealistas y moralistas. Y, en consecuencia, debemos pensar trágicamente para evitar la tragedia. Esto, a su vez, significa que el orden se antepone a la libertad y los intereses a los valores, porque sin orden no hay libertad para nadie y sin intereses nuestros valores no pueden hacerse realidad y funcionar. Sin embargo, el realismo requiere belleza, puesto que, de lo contrario, acaba cayendo en la grosería y la vulgaridad, y esto, también, es la genialidad de Venecia.

Norwich escribe:

«Venecia, la única de las todavía grandes ciudades de Italia, nació y creció como griega. [...] Mucho después de abandonar su dependencia de Constantinopla, siguió dándole la espalda a Italia y mirando con decisión hacia el este; la enmarañada pesadilla de la política medieval italiana, de güelfos y gibelinos, del emperador y el papa... nada de todo esto le incumbía». Los dux utilizaban títulos honoríficos bizantinos. El atuendo del gobernador veneciano estaba inspirado en el del exarca bizantino. Las jóvenes bizantinas eran enviadas a Venecia para casarse; los venecianos enviaban a sus hijos a terminar sus estudios en Constantinopla. Los vínculos políticos de Venecia con Bizancio la ayudaron a protegerse de las disputas que se desarrollaban entre las demás ciudades-Estado de Italia, junto con sus veloces cambios de alianzas tácticas, que eran el paradigma de la inmoralidad. Gracias a un sistema comercial rival gestionado por los árabes y extendido por el norte de África y Oriente Próximo, Venecia acabó siendo crucial para Constantinopla como vía de salida bizantina hacia Europa. El modelo veneciano de belleza, ejemplificado por las cúpulas bajas y las pequeñas

ventanas de San Marcos, que rememoran Santa Sofía de Constantinopla, era básicamente oriental.^[28]

Naturalmente, el puntal de la separación fortuita de Venecia del resto de Italia era, en el fondo, geográfico. Su gran laguna, los escasos kilómetros de aguas poco profundas que protegían Venecia de la tierra firme en todos sus aspectos, le permitieron enfocarse hacia el este, hacia Bizancio, y, además, fue lo que la salvó de los ataques de sarracenos, magiares y otros invasores durante los primeros siglos de independencia veneciana. La laguna, que confinaba a los venecianos a un espacio tremendamente restringido, fomentó también la cohesión interna. «Entre la acaudalada aristocracia comercial de Venecia —explica Norwich—, todo el mundo se conocía, y esa relación tan estrecha generó una confianza mutua que en otras ciudades apenas se extendía más allá del círculo familiar». El resultado fue una administración eficiente mediante la cual empresas comerciales arriesgadas, acompañadas por enormes desembolsos de capital, «podían cerrarse en el Rialto en cuestión de horas». Sin ser ni utópica ni igualitaria, Venecia representó el triunfo de una élite cerrada. El optimismo estaba prohibido, a menos que pudiera basarse en hechos y porcentajes.^[29] (Marco Polo, el explorador veneciano de China y Asia central de finales del siglo XIII, y del que hablaré más adelante, surgió de esta aristocracia comercial tan estrechamente unida).

Sin la laguna y los canales —es decir, sin la presencia del agua—, Venecia no habría tenido la belleza que dotaba a su población de tanto amor por su ciudad-Estado: era un amor por la forma de gobierno más que por un hombre o un rey. Esto, junto con la paz interna de que disfrutaba, fomentó una «humanidad de sentimiento» que, tal y como sugiere Berenson, hizo de los venecianos «el primer pueblo realmente moderno de Europa».^[30]

Porque el «mito de Venecia» es el de una estructura ejemplar —«monarquía, oligarquía y democracia»— en una combinación totalmente fluida que surge, perfectamente formada, de las aguas. Fue Petrarca quien equiparó Venecia con «justicia». Los lienzos del siglo XVI de Paolo Veronese que cuelgan en el Palacio Ducal muestran el progreso moral de la ciudad-Estado desde el militarismo al imperialismo y la paz. Otra obra expuesta en el Palacio Ducal, obra de Domenico Tintoretto (de principios del siglo XVII), muestra a Venecia recibiendo la sangre que mana del costado de Jesucristo, manifestando con ello una «sintonía directa con la Eucaristía», según el historiador del arte de la Universidad de Columbia David Rosand.^[31] La suprema belleza estética está aquí ligada a la máxima autoconfianza espiritual, que, a su vez, se asentaba sobre principios realistas de gobierno.

El resultado de todo ello, con una sucesión de ochenta y cuatro dux desde el año 726 hasta 1797, es una historia de mil años tan larga, intrincada, densa, embriagadora y abrumadora como la del mismo Bizancio, capaz de acabar aburriendo a cualquiera con sus intrigas constantes y sus periódicas insurrecciones. Es un lienzo comparativamente sombrío y opaco que produjo escasos héroes gigantescos y exuberantes (Pedro II Orseolo, que gobernó hacia finales del siglo X, fue una excepción a la regla), puesto que los negocios y el comercio, aburridos como son ya de por sí, redujeron a largo plazo el impacto del derramamiento de sangre y de su cómplice, la gloria. Al ser tan poco inspiradora desde un punto de vista temático, la historia veneciana resulta, en términos generales, difícil de recordar, y el público culto y no experto la conoce mejor por las obras de Shakespeare, que utiliza Venecia como un telón de fondo un tanto cínico y desvergonzado para revelar la vulnerabilidad y la pasión que todos llevan dentro, moros y judíos por igual, personajes por lo demás descritos en su época como unidimensionales y, en consecuencia, poco interesantes.

Mary McCarthy escribe: «[...] esos saludables viejos dux [...] nos parecen una extraña raza de animales marinos que dejaron tras de sí el caparazón rosado y enrevesado que creció para protegerlos: Venecia».^[32] La mentalidad calculadora fomentada por este sistema ducal dio como resultado que, tal y como Norwich nos cuenta, la república solo sufriera tres golpes estratégicos en el transcurso de sus casi mil cien años de existencia: el descubrimiento de la ruta del Cabo hacia las Indias en 1499, que perjudicó las rutas comerciales de Venecia hacia el Levante y Asia central; la extensión gradual del poder otomano por el Mediterráneo oriental tras la caída de Bizancio en 1453; y el ataque de la Liga de Cambray contra Venecia a principios del siglo XVI, no siendo nada de todo esto culpa de Venecia. El realismo obró maravillas y fue la única religión verdadera de Venecia, un lugar y un sistema que adoraba a Bizancio, pero que la asediaba cuando le convenía y que posteriormente solo proporcionó a los emperadores bizantinos una ayuda limitada para no enemistarse con los otomanos que acechaban como poder sucesor de Constantinopla.^[33] Los dux venecianos siempre tuvieron un ojo puesto en el horizonte.

Venecia era una república independiente basada en la separación de poderes (muy en especial entre Iglesia y Estado, tal y como apunta la historia de Oakley) y, al mismo tiempo, un imperio: ilustrado en casa y rapaz fuera de ella. La idea de que los imperios surgen a partir de cimientos tiránicos está solo parcialmente confirmada por la historia. Venecia era un cruce entre una

«democracia teórica» en la que el dux era un cargo electo y una «oligarquía» en la que el poder residía en el seno de una constelación de familias adineradas. Tal y como el fallecido historiador de la Johns Hopkins University Frederic C. Lane insinuaba, Venecia era aristocrática de los pies a la cabeza.^[34] Asimismo, continuaba Lane: «Prácticamente en todas partes [en la Italia del siglo XVI] los principios republicanos, derivados de los *comuni* y exaltados por los humanistas cívicos, quedaron abandonados, si no completamente en teoría, sí al menos en la práctica. Solo Venecia sobrevivió con independencia al perpetuar instituciones republicanas».^[35]

Venecia estaba gobernada por el Consejo de los Diez: el dux, los consejeros ducales y los jefes del tribunal supremo de los Cuarenta (un alto organismo constitucional), que conjuntamente constituían la *Signoria*, el gobierno ejecutivo. Jacob Burckhardt, en *La cultura del Renacimiento en Italia*, publicado en 1860, ofrece la mejor descripción de este órgano:

El Consejo de los Diez, que estaba involucrado en todo, que disponía sobre la vida y la muerte de los ciudadanos, así como sobre el ejército y las arcas del Estado [...], se renovaba anualmente por elección, siendo los votantes la casta dirigente en pleno, el *gran consiglio*, y así constituía la expresión inmediata de los deseos del mismo. No es muy probable que en estas elecciones se produjeran grandes intrigas, ya que la posterior responsabilidad que este cargo implicaba y su corta duración no lo hacían atractivo. [...] actuaba normalmente con motivos fundados y no movido por la sed de sangre. Ningún Estado de la época ejerció nunca tan gran influencia moral sobre sus súbditos.
[36]

Rodeados por pan de oro, lujosas maderas oscuras y, en los últimos siglos, cantidades impresionantes de cuadros de Tintoretto y el Veronés, todos los cuales celebran a Dios y las conquistas militares, los gobernantes de Venecia se imbuyeron hasta tal punto de la certidumbre de su misión que su función acabó lindando con el pensamiento mágico. Un mundo sin la República era inimaginable, así de simple.

Un gobierno eficiente combinado con un gran dinamismo económico puede llevar muy lejos el comercio y los intereses, hasta el punto de que el imperialismo es el resultado que sigue con total naturalidad. El imperio no comienza con un grupo de hombres que conspiran en una sala lujosa. Ocurre orgánicamente, en el sueño de una nación, por así decirlo. Porque a medida que un Estado se expande comercialmente va descubriendo que genera

nuevas preocupaciones de seguridad en el extranjero. Podría decirse que el Imperio veneciano se inició en el año 1000 con una expedición contra los piratas en la costa dálmata del Adriático (los piratas eran croatas). Como ciudad-Estado con una población en ningún caso superior a los cien mil habitantes, Venecia acabaría adquiriendo un gran poder naval «en la época medieval de imperios en expansión pero débilmente unidos», escribe Lane. Hacia finales del siglo XIV, y con el fin de frenar el decidido avance hacia el oeste de los otomanos en el Mediterráneo oriental (así como el de Génova, ciudad-Estado rival, como nos recuerda Fernand Braudel), Venecia, por razones tanto comerciales como estratégicas, se haría con el sur de Dalmacia y situaría numerosas avanzadillas en Morea, Creta, las Cicladas y el Dodecaneso. Más hacia el este, a finales del siglo XV y principios del XVI, Venecia tomaría también Chipre, que acabó gobernando mal y corruptamente.

Como Estados Unidos, aunque de una manera muy diferente, claro está, Venecia era una república con una especie de imperio marítimo, siendo el Mediterráneo oriental un dominio tan extenso a finales del Renacimiento e inicios de la Edad Moderna como pueda serlo el planeta entero hoy en día. La república veneciana, cuando finalmente Napoleón acabó con ella con un golpe de Estado en 1797, cuadruplicaba los años de vida que tiene actualmente Estados Unidos. Y si sobrevivió tanto tiempo fue, en parte, por su astuta política exterior. Llevó a cabo, por ejemplo, lo que Lane denomina el «acto de doble equilibrio», enfrentando a Francia contra España, y a España contra el Imperio otomano. Y aunque en 1571 Venecia compartió la gran victoria de la Liga Santa contra el Imperio otomano en la batalla naval de Lepanto, frente a las costas occidentales de Grecia, Venecia obtuvo básicamente la paz gracias a concesiones posteriores.^[37] Estados Unidos haría bien emulando el espíritu pragmático de Venecia, fundamentado en los estándares de su época.

Naturalmente, los poderes políticos europeos fueron evolucionando a principios y durante la Edad Moderna hasta situarse gradualmente a la altura de Venecia. Cuando España y Francia se convirtieron en reinos unificados, como explica Lane, «el equilibrio de poder italiano quedó sumergido en el sistema de Estados europeo».^[38] Así, Venecia se vio asediada por rivales de la Europa occidental y, por mar, por el Imperio otomano. Además, con la llegada de la Revolución Industrial y el surgimiento del capitalismo moderno, la clase gobernante veneciana no fue lo bastante flexible como para admitir en sus filas nueva riqueza y talento. La república veneciana, aun siendo tremendamente ilustrada en sus primeros tiempos, no supo hacer frente al

nuevo espíritu democrático. Y de este modo, como sucede con todos los imperios, Venecia cayó en declive.

En *Los papeles de Aspern*, Henry James escribe:

Me encontraba ante la iglesia de San Juan y San Pablo, admirando el rostro de mandíbula rectangular de Bartolomeo Colleoni, el terrible *condottiere* enérgicamente sentado en su enorme caballo de bronce, sobre el alto pedestal erigido en su honor por la gratitud de los venecianos. Es una estatua incomparable, la mejor de todas las estatuas ecuestres, a menos que la de Marco Aurelio, que cabalga en actitud benigna a las puertas del Capitolio romano, sea mejor.^[39]

Y ahora yo me encuentro en el mismo lugar. La estatua de Colleoni, con casco y espada en ristre, es la suma perfecta de acción y agresividad. Todos los músculos de hombre y caballo están flexionados. Ni siquiera las gigantescas y desconchadas paredes de ladrillo de la iglesia gótica de San Juan y San Pablo empequeñecen la escultura. Pienso en cómo la persona de Colleoni, un soldado afortunado y despiadado como Malatesta, que combatió por distintos bandos a lo largo de su vida, según quién le pagara más, y que, sin embargo, supo encontrar tiempo para las buenas obras, representa un paso intermedio entre la barbarie y la oscuridad del hombre primitivo y la frágil luz de la belleza y la civilización de la que este paisaje urbano sigue siendo su emblema supremo.

El paso del previo estado bárbaro al exaltado estado posterior queda expresado con gran efectividad en la literatura, razón por la cual mi mirada se aparta de la estatua y de la mesa de la cafetería próxima donde estoy sentado y rememoro el recuerdo casi visual del famoso texto de introducción de *La rama dorada*, de sir James George Frazer, que tanto influyó en *La tierra baldía* de Eliot.

¿Quién no conoce *La rama dorada*, el cuadro de Turner? La escena, bañada en el dorado resplandor con que la divina imaginación del artista envolvía y transfiguraba hasta el más bello paisaje, es una visión de ensueño del pequeño lago del bosque de Nemi, llamado por los antiguos «el espejo de Diana» [...]. En la Antigüedad, este paisaje selvático fue el escenario de una tragedia extraña y repetida.^[40]

En medio de este bosquecillo sagrado, según nos cuenta Frazer, hasta altas

horas de la noche «rondaba una figura siniestra» alrededor de cierto árbol y armada con una espada. El hombre era sacerdote hasta el momento en que aparecía otro hombre y lo asesinaba; un hombre que entonces, a su vez, volvía a rondar el mismo árbol, blandiendo la espada, hasta que también él acababa asesinado. Y así seguía eternamente. «Tal era la regla del santuario. [...] Año tras año, en verano o en invierno, con buen o mal tiempo, debía mantener su guardia solitaria, y siempre que se rindiera con inquietud al sueño lo haría con riesgo de su vida».

No existe paralelismo en la Antigüedad clásica, con sus ciudades civilizadas y sus imperios, para una costumbre tan tosca y bárbara como esta. «Debió de provenir de una época perdida en la memoria de las gentes», escribe Frazer, con la costumbre emergiendo finalmente en la literatura como precursora del llamado Rey del Bosque, un sacerdote armado que protegía una haya o un roble sagrado y estaba al servicio de la diosa romana Diana (la griega Artemisa). Según la lógica de esta fábula, la muerte prematura y violenta del sacerdote lo protege de la decadencia corporal que conlleva la edad, y su espíritu juvenil se transfiere con toda la vitalidad a su sucesor, que es más fuerte. En esta oscura fantasía, la vida humana es secundaria mientras el árbol sagrado, en el cual crece el muérdago (la «rama dorada»), quede protegido. Tal es el estado violento de la naturaleza en el inicio de los tiempos.^[41]

Pero el libro de Frazer no solo nos habla de barbarie, por mucho que así empiece el relato. Porque trata también sobre cómo la magia empática —la creación de tabúes, la transferencia del mal, la utilización del fuego para derrotar la oscuridad, etc.— genera intentos y caminos que inician el viaje hacia el desafío de las fuerzas impersonales de la naturaleza y la derrota del destino: estos son los primeros pasos, por primitivos que sean, hacia la construcción de un mundo moral y ético. Empieza con miedo y termina con belleza; es decir, empieza con «dioses-bestia» y sacrificios humanos y avanza hacia las columnas dóricas y las epopeyas redentoras de Homero y Virgilio (y hacia la arquitectura de Venecia), parafraseando a la clasicista Edith Hamilton.^[42]

Sabemos hacia dónde debería llevarnos todo esto: hacia el individuo que declara su libre albedrío, que aprende a dominar la naturaleza y que, habiendo hecho esto, trabaja a lo largo del tiempo y superando las vicisitudes en pos de un mundo más humano. Todo empieza con el formato más crudo de política y dominio, tal y como demuestra el Rey del Bosque, pasa después por los terribles *condottieri* Colleoni y Malatesta, y termina con los sistemas

parlamentarios o con las autocracias más liberales y benignas. En términos de ciencia política significa, de nuevo, que el orden precede a la libertad, pero que, una vez que el orden queda establecido, la labor pasa por hacer que el orden, por etapas, vaya siendo menos tiránico.

Este viaje monumental, repito, se origina en la oscuridad: con el sangriento ritual alrededor de la rama dorada en Nemi, con el resultado descarnado y determinista de una muerte violenta y la representación de un hombre solitario literalmente atrapado en el estado de la naturaleza. Por eso, *El príncipe* de Maquiavelo, al menos para su época, no fue una obra cínica de filosofía política, sino más bien un libro de instrucciones sobre cómo superar el destino. Y dado que el destino puede llegar a ser abrumador, el practicante individual de la política tiene que ser especialmente ladino. De hecho, Plutarco escribió sus *Vidas paralelas* por las enseñanzas morales que ofrecían: las de grandes hombres que utilizaron todos los instrumentos a su disposición para cambiar el rumbo de la historia. Hablando de Alejandro Magno, Plutarco señala que «una expresión o una chanza» puede informarnos mejor sobre su carácter y disposición que sus hazañas más gloriosas —incluida la batalla del Gránico—, tal es la dimensión shakesperiana de la historia.^[43]

Sin embargo, e independientemente de lo taimado, decidido o heroico que pueda ser un individuo, siempre habrá límites y, por lo tanto, el hombre político de acción realmente evolucionado sabrá cómo trabajar dentro de estos límites. Aquí tenemos a Fernand Braudel, el gran geógrafo francés, que quizás fue quien mejor comprendió lo que podía y no podía lograrse en el mundo natural:

¿Establecer la estrechez de los límites de acción es negar el papel del individuo en la historia? No lo creo [...]. El gran hombre de acción es aquel que, después de calibrar con justeza lo limitado de sus posibilidades, elige mantenerse dentro de ellas y aprovechar el peso de lo inevitable, ejerciendo su empuje personal en la misma dirección. Está condenado de antemano al fracaso cualquier esfuerzo realizado a contracorriente de la dirección, no siempre evidente, que en un momento dado lleva la historia.^[44]

La frase clave aquí es «no siempre evidente». Por lo tanto, no podemos darnos por vencidos ante el destino, precisamente porque el resultado histórico es con frecuencia inescrutable; de modo que es la lucha individual, a menudo multiplicada por grandes números, la que crea la «dirección [...] que

en un momento dado lleva la historia». El Rey del Bosque nunca se dio por vencido en su lucha por la supervivencia y cada día que sobrevivía era un triunfo; tampoco se dieron por vencidos Colleoni y Malatesta, que con su energía implacable, su ambición y su astucia acabaron definiendo toda una época. La tragedia de Ezra Pound es que nunca avanzó intelectual y moralmente más allá del ejemplo de todos ellos.

Ezra Pound estaba perdidamente enamorado de Venecia. En el «Canto XVII», escrito en 1924, escribe:

... y las aguas más espléndidas que el vidrio,
Oro de bronce, el resplandor sobre la plata,
Cubas de tintura a la luz de las antorchas...^[45]

Fue este poema, en el que Venecia aparece como «la blanca foresta de mármol, rama acodada sobre rama»,^[46] un triunfo de la naturaleza y de los dioses, el que inicialmente introdujo Pound a Adrian Stokes, incluso antes de que Stokes leyera los «Cantos de Malatesta» y se planteara un libro sobre la iglesia de Rímini.

Navego ahora hacia la isla de San Michele, en medio de la laguna, a poco más de un kilómetro de la costa y que alberga el cementerio municipal donde está enterrado Round, en la pequeña sección protestante del recinto. San Michele está incrustada en el agua y es un cuadrado casi perfecto de tierra rodeado por muros de ladrillo salpicados con arcos blancos; los cipreses repartidos por todas partes dignifican la perspectiva.

Lo que amas de verdad perdura,
el resto es basura.

Lo que amas de verdad no te será arrebatado
Lo que amas de verdad es tu auténtica heredad...^[47]

Estos versos memorables, tan embriagadores cuando se leen por primera vez —tan atractivos para más de un joven con un sentido de nostalgia falsamente imaginado—, pertenecen al libreto del «Canto LXXXI». Forman parte de los «Cantos Pisanos» de Round, escritos al finalizar la Segunda Guerra Mundial mientras estuvo encarcelado en las afueras de Pisa por el ejército estadounidense acusado de combatiente enemigo y propagandista. El mundo

de Pound, el de los poderes del Eje y la causa fascista, acababa de colapsar. Estaba destrozado, y los intensos recuerdos de una vida épica, al parecer, eran lo único que le quedaba. Viviendo en una tienda de campaña, bajo el frío y la lluvia, después de una vida de elegancia estética en Rapallo, cerca de Génova, se dice a sí mismo:

Doblega la vanidad
Eres un perro apedreado en el granizo,
Urraca hinchada bajo un sol errático...^[48]

El poeta Robert Lowell, que tenía sentimientos claramente encontrados con respecto a los «Cantos Pisanos», los halagó, de hecho, por su «hermosura». ^[49] Sin embargo, resultan interminablemente egocéntricos. Estamos en un mundo donde decenas de millones de personas acaban de morir en circunstancias atroces, víctimas del cataclismo más violento de la historia, un cataclismo provocado directamente por la ideología que Pound apoyó públicamente. Bien es verdad que escribe:

Mezquinos tus odios
Nutridos en falsedad...^[50]

Pero eso, junto con algunos pasajes conmovedores sobre el arrepentimiento que llegan mucho más adelante, en el «Canto CXVI», es prácticamente todo lo que hay en cuanto a remordimiento genuino o empatía. Pound termina este libreto con versos más rítmicos y elegantes, en los que habla esta vez de que su verdadero error podría haber sido tal vez carecer de inspiración y determinación suficientes como poeta. Y aquí está John Ruskin: «[...] esculpir nuestro propio trabajo para que sea admirado es de una autocomplacencia miserable, es sentir alegría por nuestra desdichada obra, cuando lo que tendríamos que estar admirando es la obra de Dios. Y todo ornamento noble», prosigue Ruskin, no es otro que concentrarse en el mundo de Dios.^[51] El corolario, en el caso de Pound, habría sido que reflexionase sobre el sufrimiento y la abrumadora ruina a la que había quedado reducida Europa e investigase sobre su responsabilidad moral al respecto. Eso, teniendo en cuenta que era «el mejor oído que haya nacido jamás», según palabras de William Carlos Williams, podría haber dado para escribir muy buena poesía. Pound, como dice el crítico Tony Tanner, era un poeta que realmente conoció el paraíso —pasando la vida en lugares como Venecia— y acabó contribuyendo al infierno.^[52]

Hacia el final de su vida, después de escuchar un relato sobre los orígenes judíos de Bernard Berenson, dicen que el rostro de Pound «se derrumbó hasta convertirse en una máscara de miseria abyecta, vergüenza y culpabilidad». Más adelante, Pound reconoció que su «peor error» fue su «estúpido y provinciano prejuicio de antisemitismo [que] siempre [...] lo arruinó todo». [53] Hay que otorgarle cierto reconocimiento por ello, aunque nunca lo interiorizó lo suficiente en los *Cantos*.

Y, sin embargo, sin embargo... no todo termina con Round. Es, como destaca el crítico Michael Dirda, la energía incomparable de Round y su entusiasmo contagioso por la literatura lo que nos deja verdades tan duras como las siguientes: «Muchos escritores fallan más por falta de carácter que por falta de inteligencia» y «Una definición de belleza es esta: aptitud para el propósito».[54] Y luego, claro está, no podemos olvidarnos del famoso y realmente impresionante poema imaginista que escribió en 1913, «En una estación del metro»:[55]

La aparición de estos rostros en la multitud;
Pétalos en una rama húmeda, negra.

La verdad es que podía ser un gran poeta cuando aspiraba a menos.

La tumba de Round en San Michele es una lápida sencilla en el suelo en la que solo consta su nombre en letras mayúsculas. Un arbusto grande y la hiedra dejan la lápida casi oculta a la vista, incluso a escasa distancia. Estuvimos dando vueltas un cuarto de hora antes de que mi esposa, María, diera con ella. Una tumba puede ser la rúbrica final de una persona. Y esta tiene un aspecto de abandono parcial, algo simbólico para un poeta despreciado con tanta frecuencia. Me acerco a otra tumba, situada a apenas seis metros de la de Round, la tumba de Joseph Brodsky. La lápida en vertical de Brodsky, que exhibe su nombre tanto en ruso como en inglés, está exquisitamente cuidada, con minúsculas y pulcras macetas con plantas, ramos de rosas y un rosal, todo recientemente cortado. Es claramente un lugar querido y muy visitado.

Mientras que Round buscó de manera consciente ser grande, Brodsky, con más talento, se propuso tan solo dejar constancia de sus emociones y del mundo material que se mostraba ante sus ojos. Mientras que Round rebosaba ideología, teorías y planes grandiosos, Brodsky, que cumplió dieciocho meses de trabajos forzados en un exilio interno en el extremo septentrional de la Rusia europea —antes de ser expulsado por la fuerza de su país—, despreciaba esas cosas abstractas. Mientras que los mordaces panoramas

históricos de Round, a pesar del énfasis que pone en grandes figuras heroicas, dejan muy poco espacio para la intimidad —es decir, para la vida personal—, las vidas interiores y los amores de Brodsky, tan agónicamente personales, alcanzan un estado casi numinoso en su poesía. A Brodsky le importa el individuo, no solo los arquetipos, como le sucede a Pound. Con Brodsky, el abrazo de un amante es sagrado; con Round, a veces parece ser tan solo una batalla sangrienta. (Y, aun así, Brodsky está profundamente interesado en la historia. En el espacio de solo tres líneas de un poema sobre el héroe militar ruso Zhúkov, aparecen los nombres de Aníbal, Pompeyo y Belisario. Luego están también su famoso poema sobre Tiberio, su ensayo sobre Bizancio y muchas cosas más).

Pero Brodsky es grande simplemente porque ningún otro poeta, quizás, posee su don imparable para crear las metáforas más sorprendentes y reveladoras. «El polvo es la carne del tiempo»..., las cavidades dentales de un anciano «rivalizan con la antigua Troya en un día lluvioso»..., un denso jardín es como «gemas engarzadas la una junto a la otra»..., «la oscuridad restaura lo que la luz no puede reparar».^[56] Intentando explicar esta técnica, Brodsky dijo que un poema debería llenar una página «oscureciéndola con sustantivos».^[57] Además, Brodsky es capaz de «ver analogías allí donde otros ni las sospechan», escribe el poeta Charles Simic, y esto es inseparable de su humanidad. Brodsky, «el gran poeta de los viajes [...] quería ser un poeta universal, alguien que se sintiera como en casa en todos lados, y en gran parte lo consiguió».^[58] Esta es precisamente la razón por la cual Brodsky es tan importante hoy en día para Europa: porque es lo que Europa, en este momento de peligro, debería anhelar... la aceptación de cierta universalidad, de cierto cosmopolitismo, para facilitar la transición a sociedades más diversas.

Brodsky, obsesionado con el universalismo y la vida personal del individuo, representa una Europa de Estados legales por encima de las naciones étnicas y el Estado de derecho por encima del decreto arbitrario. Round, con su obsesión por el gran hombre de acción y la *virtú* varonil, representa en la actualidad las oscuras fuerzas populistas que llevan años congregándose en Europa. Aquí, en este cementerio veneciano, están los dos caminos que Europa puede trazar. Ojalá elija el correcto.

Y ojalá yo hubiera valorado todo esto antes, de joven. Porque a mí me llegó demasiado tarde. Lo único positivo ha sido el viaje, cubrir la inmensa distancia que va desde un nivel de conciencia hasta el otro. Volver la vista atrás mientras se va avanzando está repleto de recriminaciones. Pero ¿qué

más puede ofrecernos la vida interior sino la ampliación de la perspectiva, más que su reducción? Aun así, haber conocido más sobre Brodsky antes, haber sido instruido sobre su significado, todo eso me habría ayudado. Porque su poesía habría estado siempre allí si la hubiese buscado.

Estoy delante de la tumba de Brodsky y leo «El busto de Tiberio», escrito en 1981, nueve años después del fallecimiento de Pound en esta ciudad.

... Todo lo que queda bajo el mentón es Roma:
provincias, cohortes y también rentistas,
más un sinfín de infantes que besan tu aguijón [...]
¡Qué más te da lo que rezonguen
Tácito o Suetonio en busca de las causas
que te hicieron cruel! [...]
Pareces más capaz de ahogarte
en tu baño que por una gran idea [...]
¡Ah, Tiberio!
¿Quiénes somos nosotros para ser tus jueces?
Has sido un monstruo...^[59]

Pound se habría puesto celoso. Cabe imaginárselo derrotado en su propio juego de representar la textura terrenal de la historia. Porque en este poema hay mucho más que no he citado. La alusión a Stalin, sin tan siquiera mencionar su nombre, poniendo al poeta sobre firme terreno moral: derrotado, sí. Sin embargo, la obscena crueldad de Tiberio fue específica de la segunda mitad de su reinado, desde el año 23 d. C. hasta su muerte en el 37 d. C., cuando el anciano emperador —aquejado tal vez por algún tipo de enfermedad mental— delegó el poder en la Guardia Pretoriana. Desde el 14 d. C. hasta el 23 d. C., fue un modelo de prudencia que dejó de lado los juegos de gladiadores, construyó varias ciudades, anexionó diversos territorios y utilizó la diplomacia contra las tribus germánicas.^[60] Naturalmente, todo esto no debilita el empleo de símbolos por parte de Brodsky para evocar el poder desbocado.

Miro la fachada gótica rosada del Danieli Royal Excelsior Hotel y rememoro las páginas más conmovedoras de la magistral *Historia de Venecia* de John Julius Norwich. Justo en este punto, abarrotado hoy en día de quioscos que venden camisetas, postales y máscaras de carnaval baratas, un miembro de una banda apuñaló en 1172 al dux Vitale II Michiel y acabó con su vida.

Durante quince de los dieciséis años que se mantuvo en el poder, el dux había gestionado con brillantez los asuntos de Venecia, aun estando la ciudad asediada por Federico Barbarroja por un lado y por Manuel Comneno por el otro, con el norte de Italia unificado por la Liga Lombarda y el sur unificado por una alianza entre la Sicilia normanda y el más grande de todos los papas del siglo XII, Alejandro III. Pero en su último año de gobierno, con la única intención de buscar lo mejor para su ciudad-Estado y sin rehuir la responsabilidad moral, Vitale II Michiel reunió una flota de ciento veinte naves y zarpó hacia el sur, siguiendo la costa del Adriático, y puso rumbo hacia Oriente en una misión de paz con destino Constantinopla. Sin embargo, las negociaciones con los funcionarios bizantinos no obtuvieron resultados concluyentes y, entretanto, la peste estalló en los navíos abarrotados mientras la flota esperaba el desarrollo de los acontecimientos en la isla de Quíos, en el mar Egeo. Finalmente, los emisarios regresaron de Constantinopla e informaron de su fracaso diplomático total.

El dux Michiel emprendió el camino de vuelta a Venecia después de haber sido humillado por los bizantinos, con gran parte de sus hombres fallecidos por la peste y con los que habían conseguido sobrevivir ansiosos por amotinarse. Además, en Venecia todo el mundo pensaba que el dux era quien había llevado la peste a la ciudad. Y así fue como acabó siendo atacado por la turba. Tal y como Maquiavelo subraya en *El príncipe*, se puede aconsejar a un líder en todo lo relacionado con la *virtú*, el vigor varonil asociado a la vertiente humana; pero en lo referente a la otra mitad de la ecuación, la *fortuna*, es imposible ayudarlo. Nos encontramos, pues, ante un trágico enigma: a pesar de que el hombre no tiene que darse por vencido ante el destino (de hecho, no debe hacerlo) y el progreso humano depende de asumir esos riesgos, los que los asumen —y son, por lo tanto, personas estimables ante nuestros ojos— suelen estar destinados al fracaso. Venecia, además de muchas cosas más, nos enseña que la vida es dura.

La belleza es una forma de verdad, como dice el poeta. Una de las grandes colecciones de arte moderno está aquí, en el palacio de la fallecida Peggy Guggenheim a orillas del Gran Canal, cerca del punto donde el canal confluye con la laguna, no muy lejos del Palazzo Barbaro, donde residió Henry James. Esta prodigiosa colección, que abarca la totalidad de la época, desde Picasso y Brancusi hasta Max Ernst —desde Klee y Kandinsky hasta Andy Warhol—, manifiesta el poder y, sí, la vitalidad de la introspección, el miedo, la

yuxtaposición, la descomposición, el análisis y, por encima de todo, la abstracción en todas sus formas. De hecho, y debido a que el cubismo, el surrealismo y las demás vanguardias son tan intensamente cerebrales y la elegante y sensual estética veneciana es todo lo contrario, el alivio que Venecia ofrece a la vista sitúa al espectador en un estado mental relajado y adecuado para poder contemplar y apreciar el arte moderno.

Desde la arraigada perfección italiana del Gran Canal visto desde la terraza del Peggy Guggenheim, te vuelves para admirar la abstracción fría y universalista de los pintores y escultores del siglo XX, que deben su inspiración tanto a África y América —a Freud y al subconsciente, incluso— como a Europa. Y ves por qué Guggenheim necesitó una villa justo en este lugar para reunir esta colección. Su vida como experta en arte abstracto —del mismo modo que Bernard Berenson estaba exclusivamente concentrado en la pintura del Renacimiento— demuestra por qué Venecia ofrece tanta inspiración para todo tipo de estética. Esta es la razón definitiva por la que la Bienal de Arte Contemporáneo encuentra aquí su hogar natural.

Marcho de Venecia. Nadie ha descrito esta partida mejor que Lawrence Durrell en el comienzo de sus memorias de viaje, *Limonos amargos*, el mejor libro que escribió nunca, mejor que los distintos volúmenes de *El cuarteto de Alejandría*. Porque su obsesión por la estética no le impide realizar un análisis político y moral del declive del Imperio británico en el Mediterráneo oriental en la década de 1950.

Los viajes, como los artistas, nacen, no se hacen. Contribuyen a ellos un millar de distintas circunstancias [...]. Surgen de forma espontánea de las exigencias de nuestra naturaleza, y los mejores nos conducen no solo hacia fuera, hacia el espacio, sino también hacia dentro...

Estos pensamientos nacen en Venecia al alba, vista desde el puente del barco que me llevará hasta Chipre por entre las islas; una Venecia quebrada en mil reflejos del agua, fresca como una jalea. Era como si algún gran maestro enloquecido hubiese arrojado su caja de colores contra el cielo...

Fragmentos de historia rozados por los colores del vino, el alquitrán, la tierra ocre, el ópalo de fuego [...]. Y la totalidad lavada a su vez en los bordes, con suavidad, para confundirse con el cielo del alba, tan tenue y circunspectamente azul como un huevo de paloma.^[61]

Durrell, amigo íntimo de Patrick Leigh Fermor y aficionado como él a Grecia y sus tierras sombrías —que ni siquiera aparece en la voluminosa lista de escritores que han descrito Venecia que elaboró James (Jan) Morris—, es por sí mismo, cuando me preparo para decir adiós a esta ciudad, difícil de igualar.

Trieste

La complejidad geográfica de Italia

Cuando sales de Venecia por carretera y pones rumbo hacia el este, en dirección a Trieste, siguiendo la costa del Adriático, el paisaje tiene la fuerza bruta de un grabado. Los viñedos, cortados a escuadra y divididos por álamos, lucen esa densidad empapada del color habitual de los suelos ricos en minerales, como si todo hubiera empezado a oxidarse de repente. Todas las granjas poseen la belleza y el carácter de una ruina arqueológica.

¡Un paisaje sumamente italiano! Sin embargo, el problema del determinismo geográfico es que la geografía cuenta siempre historias contradictorias. Lo que parece evidente en la era de la tecnología podría indicar lo contrario en otra época. Por ejemplo, a principios del siglo XXI no parece existir una unidad geográfica y política más natural que la de la península Italiana, que se extiende con dramatismo a lo largo de más de mil cien kilómetros al sur del continente europeo y, en consecuencia, brinda perfecta definición a las dos mitades del Mediterráneo. Aparentemente, no hay ambigüedades. ¿Qué podría ser más natural que Italia? Pero no siempre fue así. Italia no se unificó hasta mediados del siglo XIX. Y, por ello, es imprescindible estudiarla más de cerca.

Los montes Apeninos dividen en dos la península Italiana, de norte a sur, separando las dos costas, de tal modo que la costa este ha estado influida a lo largo de la historia por la ortodoxia oriental, el islam y Levante, y la costa oeste lo ha estado por el Renacimiento y la Europa carolingia del norte. Además, estas dos costas de laderas suaves, con sus numerosos puertos naturales, se prestaban a ser fácilmente invadidas y, por lo tanto, se vieron sometidas a una plétora de influencias de todos los rincones del Mediterráneo.

[1] Lo cual solo sirvió para empeorar la fragmentación de la península. La necesidad de un imperio en tiempos de los romanos y de colonias italianas en África y Dalmacia durante el siglo XIX y principios del siglo XX surge de la necesidad de superar la posición tan desprotegida de la península en el corazón del mar Mediterráneo.

La fragmentación geográfica de Italia queda aún más acentuada si cabe por Sicilia y Cerdeña, las dos islas de mayor tamaño del Mediterráneo. Luego está el desarrollo económico tremendamente desigual de la península, resultado de la geografía. El valle del río Po, que se extiende desde los Alpes hasta el Adriático en el norte de Italia, con su navegabilidad, la riqueza de su suelo y la proximidad a Europa central, es el núcleo comercial e industrial de Italia, mientras que el extremo sur de la península presenta un clima árido que favorece la agricultura y la pobreza.^[2] Turín y Nápoles podrían pertenecer perfectamente a dos países distintos, uno casi aséptico y rígido, el otro bastante caótico, donde incluso el aire y la luz son diferentes. Estas y otras divisiones llevaron al príncipe Clemens von Metternich, estadista austríaco, a calificar en 1847 a Italia no como un país, sino como una mera «expresión geográfica». Tal y como escribe un experto tan consumado en Italia como es sir David Gilmour, hasta finales del siglo XVIII «Italia seguía siendo [tan solo] una idea literaria, un concepto abstracto, una patria imaginaria o, simplemente, una necesidad sentimental».^[3] Por lo tanto, la unificación italiana, o *Risorgimento*, aunque acabó instaurando un único Estado en toda la península, fue también una guerra civil entre las diversas regiones. Y estas diferencias persisten aún en la fragmentada política de la Italia del siglo XXI.

Mientras viajo por la esquina nordeste de Italia, atravesando el este de la región del Friul, desde Venecia hacia Trieste, me encuentro en el escenario de las batallas más tensas por la identidad geográfica que se han vivido en Italia en tiempos modernos. Para una facción importante de políticos italianos, la incorporación del país al bando de los Aliados durante la Primera Guerra Mundial significó expandir las fronteras de Italia hacia el Tirol del Sur, el valle del Isonzo, Trieste, Istria y, muy especialmente, Dalmacia, en la costa oriental del Adriático, con el fin de proteger la costa occidental adriática de Italia. Y el precio de esta expansión fue espantoso. Mientras que las guerras de unificación del siglo XIX costaron menos de diez mil vidas, la lucha por la anexión de esos últimos territorios supuso la muerte de 689 000 soldados italianos —más que el total de austrohúngaros muertos en este escenario—, escribe el historiador británico Mark Thompson al hablar sobre la Primera Guerra Mundial. La cifra no incluye los seiscientos mil civiles italianos que

murieron también como consecuencia de las adversidades de la Gran Guerra. «El perdurable sentimiento de amargura —continúa Thompson— fue un ingrediente esencial para el auge de Mussolini y sus Camisas Negras».^[1]

¿Qué es lo que decían Mussolini y sus seguidores? «Llevaremos el águila romana hasta Adis Abeba y civilizaremos Etiopía. [...] Pronto ocuparemos toda la costa dálmata, hasta llegar a Grecia».^[4]

Es evidente que las fronteras italianas que tan naturales nos parecen no fueron consideradas como tales por las generaciones de italianos que vivieron en los siglos precedentes, por mucho que Mussolini fuera más lejos que nadie. Y mientras la Unión Europea lucha por seguir adelante, dando lugar no solo a nacionalismos populistas revitalizados, sino también a regiones y ciudades-Estado, la geografía podría, en el futuro, tener otras historias que contarnos respecto a Italia.

Al aproximarme a Trieste el mar aparece de pronto a la derecha de la carretera, tan inmenso y con un azul tan claro que se funde con el pálido cielo invernal y parece la superficie gaseosa y opaca de un planeta lejano. La firma del viento está escrita en los pinos inclinados, aunque los gigantescos álamos exhiben una resistencia estoica.

El Mediterráneo «es un complejo de mares», nos cuenta Fernand Braudel. Y el Adriático, junto con el Egeo, es el más geográficamente definible de todos ellos, un canal casi cerrado de setecientos ochenta kilómetros de longitud por ciento sesenta kilómetros de ancho. Extendiéndose en dirección noroeste-sudeste, es el equivalente líquido de la larga península Italiana que se sitúa a su oeste, y sirvió también como puerta de acceso al antiguo Imperio otomano en su maravillosamente escarpada costa oriental. Tan «intensamente almenada» es dicha costa oriental, con sus acantilados, sus numerosas islas y sus entrantes, que, si pudiéramos extenderla en su totalidad en línea recta, se prolongaría más de tres mil doscientos kilómetros. En el extremo sur, anunciado por Corfú y el canal de Otranto, el Adriático desemboca finalmente en el mar Jónico y el cuerpo principal del Mediterráneo.

El Adriático fue el corazón del Imperio veneciano, el *Stato da Mar* o «Territorio del Mar», como lo llamaban, puesto que, sin el control marítimo sobre el Adriático, Venecia nunca podría haberse hecho con Corfú, Creta y Chipre, además de otras islas del mar Egeo y los fondeaderos de Tierra Santa. Gracias al *Stato da Mar*, el Adriático siempre tuvo un estilo marcadamente italiano, incluso cuando su catolicismo romano era por aquel entonces una

religión combativa debido a que el Bizancio ortodoxo y los turcos musulmanes se encontraban visiblemente allí o muy cerca. Levante hablaba a gritos en el Adriático a través del comercio veneciano, mientras que Europa occidental seguía estando próxima, en virtud de las ciudades-Estado rivales de Génova y Livorno, en la costa oeste italiana. Zona fronteriza de razas, culturas y religiones distintas, aunque íntima y homogénea al mismo tiempo, la cuenca del Adriático incluía también, según Gibbon, Braudel y otros, los llamados bárbaros de las montañas de la adyacente península de los Balcanes. Y es precisamente debido a estas contradicciones que este mar alberga un misterio salvaje propio, ayudado, según las memorables palabras de Roger Crowley, por «la atracción que la luna ejerce» en el *cul-de-sac* que lo cierra por el norte. Horacio calificó el Adriático de «malhumorado» y «desmedido». Es también un «mar de intimidad», tan encerrado como el mar Rojo y, por lo tanto, no se parece en nada a ninguno de los demás mares mediterráneos, según el difunto erudito bosnio-croata Predag Matvejevic y la académica de la Universidad de Miami Dominique Kirchner Reill.^[5]

Antes de Trieste, me detengo en el castillo de Duino. A mi alrededor, descendiendo hacia el mar, hay un desfile de alegre vegetación mediterránea: una abundancia de flores, robles y pinos de pequeño tamaño y cipreses finos como agujas, acariciándose entre ellos. Es el tipo de paisaje que solo los ricos pueden permitirse. Paso de largo un grupo de estatuas desconchadas y asciendo la escalera de caracol de la villa laberíntica construida en el interior del castillo. En el pasillo de la segunda planta, paso por delante de una colección de violas y violines de los siglos XVII y XVIII que descansan sobre terciopelo en el interior de vitrinas y continúo hacia un espacioso salón con muebles de época. Empujo una puerta necesitada de una buena mano de pintura y accedo a una terraza envuelta en flores y cubierta con una celosía. La vista es una sucesión de impresionantes bahías formadas por afloramientos cársticos y coronadas por construcciones en ruinas, donde la gravedad parece esfumarse, puesto que, cuando miro el mar que se extiende a mis pies, pienso que podría estar perfectamente viendo el cielo. Aquí, el Adriático es auténticamente planetario, el mar parece un espejo que respira. En dirección opuesta, cuando el aire está limpio después de una tormenta invernal, alcanzas a ver los Alpes.

Y justo aquí, en el invierno que transcurrió entre 1911 y 1912, Rainer Maria Rilke empezó a escribir las famosas *Elegías de Duino*, estando alojado

en el castillo como invitado de su amiga, la princesa Marie von Thurn und Taxis-Hohenlohe. No las finalizaría hasta una década más tarde, en Suiza. Las elegías fueron concebidas en un momento de inspiración repentino e inesperado mientras el viento marino soplaba encolerizado. De hecho, Rilke acabó los ciento doce versos de «La primera elegía» la noche de aquel primer día, aun estando distraído por una preocupante carta relacionada con temas de negocios. Dado que Rilke se crio en Praga y luego vivió una vida de movimiento constante, pasando de una residencia temporal a otra, principalmente en Italia, Francia, Alemania y Escandinavia, uno de sus traductores, Michael Husle, dice de él que «podría muy bien ser descrito como el primer poeta verdaderamente “europeo” [moderno]», puesto que las distintas historias y literaturas nacionales contribuyeron a su aguda sensibilidad.

En *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, la novela de Rilke sobre el asalto temprano al yo por una sociedad urbana de masas que no conoce fronteras nacionales, el autor describe el acto de escribir como un medio para «protegerse del miedo». Y el peor miedo puede ser el que provoca la fama, prosigue Rilke, «esta demolición pública de uno que llega a ser y en la cantera de la cual la muchedumbre hace irrupción desplazando las piedras», por lo que aconseja: «aprovéchate de que nadie te conoce». Acercándose más a su objetivo, dice que la gente «no ha visto nunca un solitario; solamente lo han odiado sin conocerle». Le han tirado piedras y le han tratado con todo tipo de crueldad con tal de distraerlo de su soledad. Y cuando todos sus intentos fracasan, la gente abusa de él y «emplea el último recurso, la última táctica», la de concederle la «fama».^[6]

En verdad, cualquier persona sobre la que otros hayan escrito, aunque sea positivamente, acaba viendo publicada solo una parte distorsionada de su verdadero yo. Ser un personaje público puede volverte loco.

En «La primera elegía», Rilke escribe:

... escucha el soplo
y el mensaje incesante que se forma del silencio.
Murmura hacia ti desde aquellos que han muerto jóvenes.^[7]

Y en «La sexta elegía»:

Pues extrañamente cercano es el héroe a los jóvenes
muertos. La duración no lo estrecha. Su camino
ascendente es la existencia. Continuamente se remonta,

y entra en la cambiada constelación de su constante
peligro. [...] Pero
el destino, que nos oculta temblorosamente, súbitamente
exaltado, lo canta, introduciéndolo en la tormenta
de su mundo rugiente. A nadie escucho como él.
De un golpe me traspasa, con el aire en ráfagas, su tonada
sombria.^[8]

El placer de estos poemas, para mí, no está libre de cargas. También yo me siento traspasado por la «tonada sombria» de la voz del héroe. Los héroes que murieron jóvenes no son abstractos ni arquetipos, no son los héroes literarios de la mitología griega o romana. Para mí, son aquellos norteamericanos que murieron en Irak, una guerra que, como comprendí demasiado tarde, nunca tendría que haber ocurrido. Porque yo ahora estoy vivo y porque viví aquel conflicto primero como defensor del mismo y después como corresponsal de guerra sobre el terreno, no puedo y no debo huir de él. Está siempre conmigo, arruinando la bella escena que se despliega ante mis ojos y todas las escenas que vivo, y concentra continuamente mis energías en las lecciones del pasado. Estas reflexiones que hago deben durar toda una vida. Y han dado forma a mis pensamientos todos los días que he vivido desde hace ya tantos años.

La poesía, como toda la literatura, no debería únicamente inspirar, sino también preocupar. Se trata de un asunto muy serio. Y ha sido solo a través del sentimiento de culpa y de la vergüenza que he comprendido por fin lo seria que llega a ser la poesía. La comprensión empieza con una herida profunda. Tiresias y Edipo solo empezaron a ver de verdad cuando se quedaron ciegos, porque solo así se liberaron de la ilusión.^[9]

Entro en el estrecho vestíbulo de mi hotel en Trieste cuando la tenebrosa penumbra de última hora de una tarde de invierno está ya presente. La decoración recuerda la de un club privado en la que la edad media de sus miembros se sitúa en torno a los setenta años. Me reciben alfombras orientales descoloridas en tonos magenta sobre suelos de parqué, tapicerías pesadas y cortinas brocadas, marcos dorados, esculturas de bronce y grabados clásicos. Las paredes lucen un tono amarillo funesto y encantador. Los turistas no existen. En 2016, Trieste no ha sido aún descubierto por las agencias de viajes. Lo estoy experimentando en un momento precioso, antes de que se produzca la arremetida de los cruceros y la construcción de puertos

por parte de los chinos, lo que, a su vez, generará también más desarrollo. Me he despedido de mi esposa en Venecia antes de continuar mi viaje.

El hotel da a una amplia plaza frente al mar, flanqueada por obras maestras de la arquitectura austrohúngara, de estilo neoclásico, con fachadas que muestran las variadas y brillantes tonalidades de la arcilla. Cruzo la plaza, perfectamente iluminada y con un suelo de aspecto vidriado bajo la lluvia, y entro en una cafetería que parece sacada de Viena o de Budapest, pero que posee el lenguaje expresivo de Roma, un festín de ricos pasteles y crepitantes conversaciones, con la clientela leyendo periódicos ensartados en varillas de madera. Una camarera africana maniobra entre las enormes vitrinas, los sofás tapizados en cuero de tono bronce dorado y las confortables mesas y sillas de madera. Las lámparas iluminan las tupidas cortinas de las ventanas que protegen el local de la invasión de la noche. Trieste es la intimidad de Europa central con un giro italiano-global.

A la mañana siguiente, el *bora* sopla fuerte, furioso e implacable. El mar ha pasado del azul más pálido al color tinta más oscuro posible y está salpicado con olas. El immaculado barniz austríaco no cesa. Las ventanas, las fachadas de los edificios, absolutamente todas las superficies que veo —el iconostasio del interior de la iglesia ortodoxa serbia de San Espiridón o incluso los neumáticos de los camiones de reparto matutinos—, manifiestan una pulcritud maníaca. Los grafitis están prácticamente ausentes. Me siento imbuido tanto por una globalidad planetaria como por una intensa intimidad: Mitteleuropa.

Llego al Gran Canal. Es una imagen recortada que encaja con facilidad en el visor de una cámara. Un panel de agua estrecho, recto, de deslumbrante verde esmeralda, flanqueado por pequeñas embarcaciones y robustos edificios del siglo XIX, que empieza en el mar y termina en la iglesia de estilo neoclásico, también del siglo XIX, de San Antonio Taumaturgo («hacedor de milagros»), que evoca toda la luz y la claridad que fueron el regalo de Grecia y Roma a Occidente. «El canal —pienso—, las columnas jónicas de color crema, la cúpula, la calle repleta de cafeterías: es como tener el mundo entero y la civilización cosmopolita encerrada en el salón de tu casa». Trieste es una ciudad que no se expande. Es como un salón, un lugar sin anonimato, es como si todo el mundo se conociera. Mientras que Venecia es materialismo a lo grande, Trieste es como una anciana y distinguida aristócrata, una ciudad vestida con lanas oscuras y sombras con elevados depósitos bancarios, donde nada brilla excepto las luces de los árboles de Navidad que salpican la plaza

principal: una declaración de orgullo cívico que derrota la oscuridad del invierno.

Entro en el café Stella Polare, en una calle estrecha que parte de San Antonio Taumaturgo, y pido un doble expreso. Me han contado que este es el puerto principal para el negocio del café de todo el Mediterráneo. La cafetería está llena de clientela elegante de pie delante de las estanterías con fondo de espejo donde se exponen licores, bombones y puros cubanos. Posteriormente me entero de que este local era uno de los lugares predilectos de James Joyce, que leyó aquí a su hermano Stanislaus las primeras páginas de *Retrato del artista adolescente*.^[10]

Mi viaje ha empezado a cambiar de ritmo. En Trieste, mi soledad empezará a ceder paso a la conversación, a conversaciones que aumentarán en intensidad y frecuencia a lo largo del viaje. Es en la falla étnica y geopolítica de Trieste donde decido en silencio que ser un turista leído e inteligente no basta, que debo hablar con la gente.

Por la noche, aparece en el hotel un hombre calvo y gris, pulcramente vestido con corbata de seda y camisa de raya fina, con unos ojos que brillan como si acabara de ver una espléndida obra de arte. Nos sentamos a tomar un café en una salita con lámparas que proyectan una tenue luz amarilla y paredes cubiertas con papel pintado, donde se está tranquilo y se puede hablar en voz baja y haciéndote oír por encima de las suaves melodías de la década de 1950.

Mario Nordio es un periodista local jubilado que cubrió noticias internacionales durante cuarenta años. Le acompaña su encantadora esposa, Rose-Marie Borngasser, que habla alemán, es también periodista jubilada y cubrió la guerra soviética en Afganistán en la década de 1980. Mario trabajó además durante un tiempo para la caballería italiana en una unidad de inteligencia militar, informando a sus superiores de Roma sobre las montañas, colinas, ríos y demás, puesto que la frontera con Yugoslavia durante la Guerra Fría estaba a escasos kilómetros de aquí.

—Soy hijo espiritual de Adenauer, que, desde joven, albergó una profunda simpatía por el Imperio Habsburgo —me cuenta a modo de introducción a sus valores políticos—. Trieste se entregó a la Austria de los Habsburgo para frenar los avances de Venecia, que era su rival.

Toda su narrativa habla sobre una Europa de regiones e imperios: Lombardía-Venecia, Istria, Friul, Estiria y Carintia; veneciano, de los

Habsburgo y prusiano. Sí, con Mario voy a romper oficialmente mi silencio, un ideal que, me doy cuenta, resulta imposible alcanzar. Deseaba la soledad, pero, repito, a medida que me adentro en un terreno políticamente más frágil, necesito empezar a hablar con la gente. Mi viaje, a partir de aquí, será diferente.

Después nos fuimos a un restaurante cercano, donde disfrutamos de un *prosecco*, un *Chardonnay* de Friul y cantidades industriales de marisco.

—Trieste —empieza Mario— siembre floreció bajo un gran proyecto: el de los Habsburgo, claro está, cuando Viena comprendió la necesidad de disponer de un puerto grande para su comercio.^[t2] Luego estuvo la *Ost-Politik* italiana de la década de 1930, que también nos benefició. Eso duró hasta 1938, cuando Mussolini, en la plaza grande que hay justo al lado del hotel —dijo señalando con el dedo—, celebró su alianza con Hitler y anunció por vez primera las leyes contra los judíos. Si Mussolini no se hubiera aliado trágicamente con Hitler, habría sido recordado hoy en día como alguien no peor que Franco. Al fin y al cabo, Mussolini era popular en Occidente en los años veinte... popular para Winston Churchill, nada menos.

—O recordado como Salazar —apunto interrumpiéndolo.

—¡No! Salazar era como un monje. Era un pensador mucho más serio que Franco o que Mussolini. El aislamiento geográfico de Portugal permitió a Salazar tener una visión mística del imperio y del Estado corporativista. Salazar no podía imaginarse Portugal sin el imperio.

Podría decir muchas cosas más sobre Mussolini y Salazar. Pero le dejo hablar. Los periodistas interrogan. Los viajeros escuchan después de revelar alguna cosa sobre sí mismos.

—Fueron los Habsburgo quienes dieron a serbios, griegos, judíos y otros el derecho de instalarse aquí. Cuando el centro italiano de la ciudad se fusionó con los nuevos barrios inmigrantes del exterior, nació la Trieste cosmopolita. Trieste es hoy en día menos cosmopolita que entonces, puesto que los nativos de la ciudad se fueron marchando lentamente durante la Guerra Fría y fueron sustituidos por italianos de Istria; venecianos de verdad, del antiguo imperio marítimo, quiero decir. La comunidad serbia que vive aquí —continúa y su mirada se desplaza a nuestro alrededor—, siempre fue rica y anti-Tito. Era una comunidad de comerciantes. ¡Basta con ver el excelente estado de conservación de su iglesia! Y debido al hecho de que Serbia queda más lejos de Trieste en comparación con nuestras vecinas Eslovenia y Croacia, siempre la consideramos una amenaza menor. En geopolítica, claro está, los Estados vecinos son los que deben preocupar más. Y Tito, como bien sabe usted,

siempre favoreció a los eslovenos en el norte y a los kosovares y los macedonios en el sur para conservar el equilibrio frente a Serbia y mantener unida Yugoslavia.

»Siempre hemos sido la provincia más pequeña de Italia — continúa—, un enclave real, prácticamente rodeado por los eslavos. Hay que recordar que, debido a que nosotros estábamos justo al lado de la Yugoslavia comunista, la ocupación aliada no terminó aquí hasta 1954. Sí, esta fue la única parte de Italia donde hubo manifestaciones antinorteamericanas durante la Guerra Fría, porque nos sentíamos amenazados de un modo que el resto de Italia no se sentía.

»La tensión étnica que se vivía aquí —dice y me mira directamente a los ojos para poner énfasis en sus palabras— era entre italianos y eslovenos, que se encofraban tanto entre nosotros como justo al otro lado de la frontera. Y la empeoró más si cabe el hecho de que el despertar nacional esloveno en el seno del Imperio Habsburgo se produjo tan solo varias décadas después del despertar nacional de Italia, de tal manera que nosotros, los italianos, que acabábamos de cobrar conciencia nacional, nos sentimos de pronto amenazados por los eslovenos cuando ellos también adquirieron conciencia nacional. Pero desde que Eslovenia se ha incorporado a la OTAN y a la Unión Europea, se ha instaurado la normalización entre ambas comunidades. La conciencia local de Trieste siempre ha sido tanto europea como italiana, y este aspecto cosmopolita de nuestra personalidad ha ayudado a que Eslovenia pudiera incorporarse a la Unión Europea.

»Y muy en especial a que se incorporara al sistema de fronteras abiertas del Espacio Schengen tres años después, en 2007 — añadió a continuación.

La historia, según su relato, suele ser una cuestión de matices, de decisiones trascendentales y de seguir direcciones opuestas al mismo tiempo, y, sin embargo, no deja de estar siempre sujeta a las presiones de los poderes regionales y las fuerzas económicas; una combinación esquiva de determinismo y voluntad humana. Porque el puerto de Trieste, sigue contándome, es el lugar donde inicia su viaje el oleoducto transalpino, inaugurado en 1967 por un consorcio internacional, que transporta petróleo desde Oriente Medio hacia Baviera y partes de Austria. Trieste sigue siendo el puerto de Europa Central. Y Trieste es también el principal enlace de envío de contenedores hacia Turquía, cuyo poder a buen seguro irá en aumento en el siglo XXI.

—Aunque actualmente recelo de Alemania —dice—, igual que los países bálticos y los polacos. La cultura afecta a la geopolítica. Prusia, sí, tuvo sus

guerras con Rusia, pero también sus puntos en común; basta recordar los gobernantes zaristas de origen étnico prusiano. Por eso digo que no está muy claro hacia dónde se encamina Alemania, sobre todo teniendo en cuenta que el compromiso de Estados Unidos con Europa podría debilitarse.

»Ah, sí. —Recupera el hilo y recuerda la decisiva batalla de la Guerra Austro-prusiana—. Ojalá los Habsburgo hubieran derrotado a Bismarck en Koniggratz en 1866. De haber sido así, Europa central hubiera sido gobernada desde Viena y no desde Berlín. ¡Y no habría habido Primera Guerra Mundial ni Hitler!

Menciono que en uno de los teatros de la ciudad están representando *Rigoletto*. Y me explica que el edificio de la ópera fue construido por una familia egipcia copta que se enriqueció con el comercio a través del canal de Suez, después de que la inauguración del canal en 1869 acercara el puerto de Trieste a Oriente Medio y Asia.

Los que escriben sobre Trieste siempre citan la cruda afirmación de Chateaubriand: «El último suspiro de civilización expira en esta costa, donde empieza la barbarie».^[11] Calificar de bárbaro al cercano Imperio otomano — una civilización ecléctica por derecho propio— es, por supuesto, completamente erróneo, el reflejo de un sentimiento de superioridad cultural. Pero Chateaubriand tenía cierta razón al decir que Trieste señala la presencia de una falla casi geológica. Es una ciudad que ha albergado a romanos de Occidente, bizantinos de Oriente, godos, venecianos, el imperio de Napoleón, el extenso y multiétnico Imperio Habsburgo, Italia, la Alemania nazi, Yugoslavia y de nuevo Italia desde 1954. Este último traspaso supuso años de disputas diplomáticas, como si se quisiese confirmar que la localización de Trieste —en una lengua de territorio que podría emplazarse tanto en Italia como en Yugoslavia— constituye una prueba de su posición inestable en el mapa. John Gunther, periodista norteamericano de mediados del siglo XX, destacó que entre 1913 y 1948 Trieste vivió bajo cinco ocupaciones distintas.^[12] Podría decirse que la carrera que libraron las fuerzas aliadas y las de la Yugoslavia comunista para hacerse con el control de Trieste en mayo de 1945 fue la primera confrontación importante de la Guerra Fría, y tal vez proporcionó al presidente Harry S. Truman un «punto de referencia» para las crisis posteriores del bloqueo de Berlín y la Guerra de Corea.^[13]

Trieste marca la frontera no solo entre el mundo latino y el mundo eslavo, sino también entre el mundo latino y el mundo germánico. De hecho, esta

ciudad de italianos, germanos, austríacos, eslovenos, croatas, serbios, griegos, armenios, judíos y demás es una evidencia de la Mitteleuropa, con su cosmopolitismo sin parangón y su ampliación hacia una civilización internacional. Aunque, si esta ciudad neoclásica, utilitaria y comercial posee una identidad o espíritu cultural por encima de todo lo demás, debería ser el de los Habsburgo austríacos, que la gobernaron entre 1392 y 1918, con la excepción del breve interludio napoleónico.

Trieste, de hecho, te lleva a pensar en el imperio. Visito el castillo de Miramare, al norte de la ciudad, mandado construir con ventanas redondas a modo de escotillas por Maximiliano, el hermano menor de Francisco José, que creía que los Habsburgo no tenían otro remedio que controlar el Adriático.^[14] Es un monumento al delirio imperial. Es un espectáculo tenebroso, rebosante de madera oscura y seda roja, rodeado por tres de sus lados por impresionantes paisajes mediterráneos, y es como si todo este montón de muebles de forma cuadrada típicos de climas fríos se hubiera apropiado del soleado entorno extranjero, aun estando tan lejos de Viena, la capital. A Maximiliano, que creía firmemente en las reformas liberales como medio para conservar y sostener el imperio, el destino le llevó en 1864 al lejano México (¡nada más y nada menos!) para ser su nuevo emperador —animado por su esposa—, donde acabó siendo ejecutado por los autóctonos revolucionarios tres años más tarde, lo que supuso el trágico y oscuro fin de su fantasía imperial.

Trieste le recordaba a Jan Morris, historiador y especialista en literatura de viajes, «de forma conmovedora, el paso de todos los imperios, esas ilusiones seductoras de permanencia, esos monumentos de soberbia que a veces han sido malvados, pero que en otras albergaban mucho bien». Debido a que los imperios son a menudo, por definición, multinacionales y multiétnicos, pueden colapsar y ese «fanatismo radical», en palabras de Morris, puede acabar asomando la cabeza. Cuando en 1919 los italianos arrebataron Trieste a los Habsburgo, cerraron las escuelas eslovenas de la ciudad y toleraron la violencia contra los eslovenos. Cuando los yugoslavos llegaron a la ciudad en 1945, reabrieron las escuelas eslovenas y obligaron a muchos italianos a cambiar de nombre. En 1946, cuando Morris visitó Trieste por primera vez, el escritor sintió «añoranza» por una Europa cohesiva y «destilada» y se imaginó la ciudad como «el fantasma de ese ideal». Pero la «falsa pasión del Estado-nación —continúa Morris— hizo de mi Europa conceptual poco más que una quimera».

Pero la historia no se ha acabado. Y como decía Morris ya en su edad avanzada: «Un día, la idea del nacionalismo nos parecerá tan increíblemente primitiva como las guerras dinásticas o el derecho divino de los reyes [...] un pasatiempo para anticuarios o sociedades de recreación histórica».^[15]

Y así es. El puerto de Trieste está a punto de firmar un acuerdo con Duisburgo, el puerto interior más importante de Europa, localizado en el oeste de Alemania, en la confluencia del Rin y del Ruhr, con el objetivo de incrementar el tráfico de la nueva Ruta de la Seda que China está organizando. A través de Duisburgo, Trieste ganará acceso a la Ruta de la Seda terrestre norte, que termina en el Pacífico, mientras que, a través de Trieste, Duisburgo ganará acceso a la Ruta de la Seda marítima del sur, que pasa por el canal de Suez y sigue por el océano Índico. Y así podría resurgir un sistema imperial posmoderno y multinacional que incluyera Trieste, aunque, en esta ocasión, supervisado por los chinos. Dentro de unos meses recibiré un mensaje de un amigo diciéndome que «inversores chinos, rusos, norteamericanos y *mitteleuropeos* compiten por establecer sus bases en nuestro puerto, la segunda gran oportunidad después de María Teresa», durante cuyo reinado la ciudad se convirtió en un centro de comunicaciones vibrante y multiétnico. Sí, Trieste siempre prosperó formando parte de un gran proyecto; esta vez quizás con los chinos, que convertirán Trieste en otro punto de referencia imperial.

Trieste es el espíritu guía del libro de viajes más erudito que conozco: *Danube: A Journey Through the Landscape, History, and Culture of Central Europe* (El Danubio), de Claudio Magris. Cualquier punto a lo largo del curso del Danubio —cualquier cúpula barroca que pueda atisbar en las colinas que lo flanquean— ofrece a Magris, un académico nacido en Trieste, una oportunidad para plasmar sobre el papel toda una vida de conocimientos. Me enamoré de inmediato del libro de Magris después de adquirirlo en una librería de Ginebra en 1998. Las reflexiones de Magris sobre la Europa central actual constituyen mi entrada al espíritu de esta ciudad. Y como sucede con muchos de los autores que admiro, pensé que nunca desearía conocerlo porque eso, tal vez, rompería el encanto. Solo quería conocerlo a través de sus palabras, escritas con una precisión admirable. Y, sin embargo, resultó que acabé rompiendo la promesa que me había hecho a mí mismo dieciocho años después de conocer *El Danubio*, un cuaderno de viajes fluvial que se inicia en Europa central y acaba en Rumania, en el mar Negro.

Mientras que el Rin, escribe, «es Sigfrido, la virtud y la pureza germánica, la fidelidad nibelunga, el heroísmo caballeresco», el Danubio «es la Panonia, el reino de Atila, la marea oriental y asiática». Más incisivamente, el Rin habla sobre la «pureza» de una raza, mientras que el Danubio, con su vínculo al Imperio austríaco de los Habsburgo, evoca una «cultura supranacional» que va más allá del etnicismo. En este sentido, explica Magris, la lengua alemana mantiene para siempre la posibilidad de connotar valores universales. Esta mentalidad austríaca, a la vez imperial y cosmopolita, vinculada como está a un paisaje concreto, identifica la «estúpida tontería» que llega a ser el posmodernismo con sus abruptas yuxtaposiciones, «mientras que lo acepta como inevitable». Magris no necesita mucho para desafiar al lector con abstracciones, aunque esto es lo que sintetiza la belleza de su libro, que es un experimento audaz que eleva el género de la literatura de viajes a un nivel de introspección que uno no puede hacer más que envidiar.

El paisaje del Danubio lleva a Magris a la siguiente reflexión: «La vida —dice parafraseando a Kierkegaard— solo puede ser entendida mirando hacia atrás, aunque deba ser vivida mirando hacia delante». Así empieza el viaje de Magris hacia los espacios más oscuros de la historia moderna.^[16]

En Messkirch, Alemania, ve una placa que indica la casa donde pasó su infancia Martin Heidegger, uno de los grandes filósofos del siglo XX, que fue también un nazi comprometido. Magris conecta Heidegger con Adolf Eichmann, el experto en logística del Holocausto, y explica que ambos carecían de la capacidad específica para imaginar estadísticas frías y abstractas como el reflejo de personas de carne y hueso. El contraste con Magris no podría ser más revelador. Su libro entreteje de forma imperceptible los detalles del paisaje con las personalidades y crea abstracciones reveladoras, incluso cuando dichas abstracciones nos conducen de nuevo a hechos y personas reales. «En Ulm —nos cuenta—, nació una gran flor de la interioridad alemana. Hans y Sophie Scholl, los dos hermanos detenidos, condenados a muerte y ejecutados en 1943» por sus actividades contra el régimen nazi. Hoy en día la universidad local lleva sus nombres. «Su historia es el ejemplo de la resistencia absoluta que Ethos opone a Kratos», escribe Magris. Cita al historiador Golo Mann para explicar cómo los Scholl combatieron con «las manos desnudas» y un «ciclostil» contra todo y todos a su alrededor. «Eran jóvenes, no querían morir, y les disgustaba alejarse del encanto de los días gloriosos», como dijo Sophie antes de que fueran ejecutados.^[17]

Ulm es también «un centro del particularismo alemán sacro-romano-imperial y de la vieja Alemania basada en el derecho consuetudinario que sancionaba diferencias y tradiciones históricas, oponiéndose a cualquier poder central, a cualquier forma estatal y también a cualquier codificación unitaria», escribe no sin cierta nostalgia. El paisaje del Danubio evoca muchísimas asociaciones con un mundo tradicional, casi romántico, que para él ha quedado arruinado por los terribles fantasmas de la modernidad, que empezaron con Napoleón y avanzaron hasta llegar a Hitler. Y aun así se deleita con las complicaciones: al observar *limes* romanos cerca de Ingolstadt, señala que las pretensiones imperiales de universalismo han sido una «máscara del dominio» que precede a la modernidad con todas sus pesadillas. [18]

La sombra del Holocausto mancha el esplendor barroco y gótico del Danubio, y dota a este cuaderno de viaje de su fuerza moral.

Magris escribe sobre una Europa central que constituye un todo a pesar de que la caída del Muro de Berlín es algo que sucederá en el futuro (*El Danubio* se publicó tres años antes de ese acontecimiento y su redacción llevó muchos años). El libro es la obra de toda una vida de un experto en la materia que está a punto de ser un enciclopedista. Imaginando entre líneas la época posterior a la Guerra Fría, el libro refleja, no obstante, los matices ahora perdidos del comunismo de la década de 1970 y principios de la de 1980 que conocí como reportero: cómo los eslovacos sufrieron un destino peor que los checos después de la represión soviética de la Primavera de Praga de 1968; cómo la distensión política interna de Hungría en las últimas décadas de la Guerra Fría permitió un clima relativamente más libre, en el que incluso el régimen quería olvidarse de la política; y cómo en Yugoslavia «el mariscal Tito ha acabado pareciéndose cada vez más a Francisco José, y está claro que no por haber militado bajo sus banderas en la Primera Guerra Mundial, sino por la conciencia o el deseo de recoger su herencia supranacional danubiana». [19]

La odisea continúa. Cuando el Danubio entra en la región de Bulgaria y Rumania, Magris explica los orígenes tracios y turcos de los búlgaros de habla eslava y cómo la tradición bizantina se filtra en el arte popular rumano. Cerca del mar Negro, el Danubio se divide y se derrama «como vino de crátera rota, dice el poema cuando un héroe herido cae de la carroza». [20] Aquí está el arte del viaje: de nuevo, contemplación en vez de conversación, porque los viajes más profundos son de naturaleza interior. La totalidad del libro de Magris, su extensa exposición de Europa central, tiene sus raíces en

el espíritu de Trieste, su hogar, el puesto marítimo más meridional de Centroeuropa.

James Joyce vivió en Trieste entre 1905 y 1915, donde se ganó a duras penas la vida como profesor de inglés y habitó una serie de miserables apartamentos en la zona nueva de la ciudad durante los últimos años en que Trieste estuvo controlada por Austria. Aquí escribió la mayor parte de *Dublineses* y la totalidad de *Retrato del artista adolescente* y concibió el proyecto de *Ulises*. Trieste, es decir, fue el lugar donde Joyce se convirtió en el escritor en lengua inglesa más grande del siglo XX, aunque pasarían décadas antes de que alguien fuera consciente de ello. La ciudad, con su población políglota y multiétnica, a la que Joyce llamaba «Europiccola», inspiró el desarrollo de su literatura, también cosmopolita.^[21] Pero inspiración, claro está, no equivale a felicidad, puesto que esa fue para Joyce una década de insoportable frustración, con la pobreza extrema y la melancolía combinándose con la rabia creciente y la inseguridad provocadas por los años de imposibilidad de encontrar un editor para *Dublineses*. Fue un periodo interminable de práctica inanición y consumo desmesurado de alcohol que le llevó, a su vez, a episodios de fiebres reumáticas. Su esposa, Nora Barnacle, aunque lo amaba, no lo entendía ni a él ni a su obra. En una ocasión, en un ataque de ira, Joyce arrojó al fuego el manuscrito de *Retrato del artista adolescente*, que, por suerte, su hermana Eileen pudo salvar a tiempo.

No fue hasta 1913, después de ocho años de miseria profesional en Trieste, que recibió un día por sorpresa una carta de Ezra Pound, quien había oído hablar al poeta William Butler Yeats sobre Joyce, y se ofreció a ayudarlo en todo lo que pudiese. Al año siguiente, gracias al apoyo indirecto de Pound, Joyce encontró editor para *Dublineses*; le había llevado casi una década lograrlo. El apoyo moral y emocional de Pound acabó siendo fundamental para animar a Joyce a terminar *Retrato del artista adolescente* y empezar *Ulises*. Joyce se sintió feliz en Trieste cuando empezó a considerarlo en retrospectiva, cuando comentó que «el gobierno laxo del emperador austrohúngaro» era preferible a las «utopías democráticas».^[22]

A pesar de estar inspirado por Trieste, Joyce jamás abandonó mentalmente Irlanda. Se aferró a sus recuerdos de infancia casi como una forma de mantener la cordura. Y escribió sobre Irlanda desde una distancia inimaginablemente objetiva, ayudado por la neutralidad cosmopolita de

Trieste. Richard Ellmann, biógrafo de Joyce, destaca: «La escritura era, en sí misma, una forma de exilio, una fuente de desapego».^[23]

Desde su primera página, *Dublineses*, con la descripción de las dos velas que deben colocarse a la cabecera del cadáver, Irlanda, con su brillante locura oscura como el hierro y su intensidad espectral, tan vivida como el whisky en el aliento, te envuelve en una máquina narrativa constreñida y contenida en la que las palabras poseen la precisión musical de un Haydn o un Monteverdi. Las historias son a la vez exquisitas y matemáticas, rematadas con nombres de calles y de plazas. Trieste, tan radicalmente distinta a su tierra natal, ayudó evidentemente a Joyce a ver Irlanda bajo una lupa: las prendas sacerdotales manchadas de rapé y el cielo dorado rojizo al atardecer; la cretona polvorienta, el caldo de carne y la nota áspera de un arpa; y las lámparas como «perlas luminosas».^[24] Entretanto, están la miseria y el *pathos* de la existencia, en la que los hombres beben y las mujeres actúan con bravura y sufren, todos ellos con sus trágicos defectos y su escasez de alternativas. Sin embargo, su absolución por parte del narrador, por crueles que sean algunas de estas historias, es tan real y tan táctil como el sabor insípido de una hostia en la lengua en una iglesia.

Esto es lo que dice su biógrafo Ellmann:

El acto inicial y determinante de su obra es la justificación del lugar común. Otros autores han trabajado tediosamente para describirlos, pero nadie conocía realmente qué era el lugar común hasta que Joyce escribió sobre él. En Tolstoi no hay nada que tenga que ver con el lugar común de Joyce, donde los personajes, por humildes que sean, viven dramáticamente y se instilan mutuamente sabiduría o tragedia. Joyce fue el primero que otorgó consecuencia heroica a un hombre urbano sin importancia.^[25]

La fusión de personas reales con seres míticos, de lo ordinario con lo extraordinario, empieza con *Dublineses* y sus tristes historias.

El ansia de Joyce por ver al individuo dentro del grupo y dotarlo de cualidades míticas fue una parte del viaje que él mismo realizó para pasar de ser irlandés a ser europeo. Ser europeo significaba ser cosmopolita y, por lo tanto, liberarse de los grilletes de la religión, el etnicismo y otras formas de identidad grupai. Este proceso alcanza su apoteosis en *Ulises*, que le debe tanto a Dante y a Homero, eso sin mencionar el Antiguo Testamento, Aristóteles, Milton, Shakespeare y muchos más. El héroe de la novela, Leopold Bloom, es un hombre total: el hombre totalmente corriente, lleno de

lugares comunes. Es poco fiable, de cultura media, «un simple aficionado», rebosante de obscenos impulsos sexuales y que piensa en cosas tan diversas como los judíos, las mujeres, la industria de la publicidad y demás. Bloom es un cosmos interestelar completo dentro de un ser humano a través de cuya voz Joyce hace realidad sus afirmaciones más profundas y humanistas sobre la existencia. Porque Bloom es amable de principio a fin, incluso excesivamente. Casi siempre ve las dos caras de la moneda de cualquier problema. Tiene dificultades para tomar decisiones, una cualidad que lo convierte, para Joyce, en inmortal. A través de él, Joyce lamenta el antisemitismo, la condición humana, todo aquello que convierte la historia en «una pesadilla» y ante lo cual la única respuesta es reafirmar su poder como ser humano racional que no se da por vencido ante el destino.^[26] Trieste, con su intimidad y sus múltiples identidades, lo cual la hace tan difícil de categorizar, puede reducir las masas a un individuo extravagante siguiendo el verdadero espíritu «joyceano».

Un estudiante de Joyce en Trieste fue Ettore Schmitz, nacido en Suabia, un maduro hombre de negocios de éxito que dirigía una empresa dedicada a la venta de pintura anticorrosiva para cascos de barcos. El padre del judío Schmitz era húngaro, igual que el de Bloom, el protagonista de *Ulises*. Schmitz, inspirado por Joyce, se convirtió en el pionero del modernismo en Trieste y en el espíritu literario de la ciudad. Bajo el seudónimo de Italo Svevo («italiano suabo»), su novela *La conciencia de Zeno*, publicada en italiano en 1923, con su estética dura como el acero y su refracción aleatoria de los recuerdos, ha alcanzado casi la categoría de obra de culto. La novela se lee no como un sueño, sino como el relato compulsivo de un sueño dominado por pensamientos veloces y con una absurdidad cómica y mecánica: «En la atestada Via Cavana —escribe—, he llegado más rápidamente a la verdad que en la soledad de mi estudio».^[27] Es un reconocimiento excepcional, y ni siquiera totalmente desarrollado, puesto que la Via Cavana ni tan siquiera aparece descrita.

La conciencia de Zeno es un libro completamente interior que carece tanto de paisaje natural como de paisaje urbano y, en consecuencia, inversamente, es una expresión depurada de la sensibilidad inconexa y postterritorial, que es, al mismo tiempo, internacional, cosmopolita y europea. Zeno Cosini, que entra en el psicoanálisis para liberarse del hábito de fumar, es un hipocondriaco que propone matrimonio a tres hermanas, la tercera de las

cuales acaba aceptando. Se siente empujado a casarse porque es incapaz de lidiar con la incertidumbre. Pero su matrimonio —por desgracia, una cura drástica a su melancolía— solo lo conduce a la infidelidad y su amante acaba dominando su vida consciente. Por otro lado, a Zeno le resulta imposible comunicarse con su padre, aunque posteriormente se verá devastado por su muerte. La totalidad del libro exhibe la naturaleza esquelética y cincelada del monólogo de un paciente. Exuda ese aroma clínico de una sala de operaciones, el olor a Freud y a Viena en todo momento, y la cegadora absurdidad de las circunstancias de Zeno te obligan a reírte a carcajadas.

Mientras que Henry James, un precursor infatigable del modernismo, tantea la superficie de la vida interior con su sutil representación de la conciencia, Svevo se sumerge verticalmente en ella, con todos sus aspectos cargados de ansiedad y obsesivo-compulsivos, tan turbulentos, según él, como la vida de Napoleón. James representa el Viejo Mundo, cuya elegancia natural manifiesta una cultura acabada, mientras que Svevo es algo descarnado y alienante, como el arte moderno o el mobiliario minimalista. Es un mundo donde el dolor corporal proviene, en última instancia, de una conciencia culpable. Aquí está la mente solitaria oponiéndose a la estabilidad de la vida burguesa: si no es un preludeo en la forma en que *La consagración de la primavera* de Ígor Stravinsky (coreografiada en París en 1913) lo es del desmoronamiento civilizatorio de la Primera Guerra Mundial, sí que es una reflexión temprana al respecto. De hecho, al final del libro, Svevo dice que, debido a que la tecnología vuelve a los hombres físicamente más débiles, deben compensarlo con más crueldad y astucia, lo cual acaba conduciendo siempre a la destrucción terrenal. Esto, naturalmente, es pura profecía.

Tomando palabras prestadas de Claudio Magris, el nordeste del Adriático es donde «la levedad veneciana» se ve socavada por «la gravedad de la Mitteleuropa». En Trieste «uno no se hace la ilusión de que el pecado original no se haya cometido y de que la vida sea virgen e inocente». Hay una mentalidad trágica y realista. De hecho, cerca de Trieste, en San Sabba, entre 1943 y 1945 los nazis instalaron el único centro de exterminio de Italia, donde miles de judíos y de otros orígenes fueron asesinados y desde donde más de veinticinco mil personas fueron deportadas a Buchenwald, Dachau, Auschwitz y otros campos de la muerte. Y, sin embargo, dentro de este realismo nacido en parte de tales atrocidades, existe una mediocridad y un vacío, porque ¿qué es ahora, se pregunta Magris, Mitteleuropa sin judíos?^[28]

Trieste ha sido un laboratorio de política étnica, a menudo no declarado como tal, que Robert Musil, en su novela *El hombre sin atributos*, expone con la fiabilidad de un cirujano. Tal y como explica, este «Hamburgo del Mediterráneo», de aspecto hanseático, aunque formaba parte del Imperio austríaco de los Habsburgo, era italiano de corazón. «Ni una sola bandera» ondea excepto en los edificios administrativos y los barracones militares el día del cumpleaños del emperador, aunque el día del cumpleaños del rey de Italia todos los funcionarios lucen una flor en la solapa. Pero Viena no hace nada al respecto por miedo a ser «acusada de germanizar. [...] ¡Al fin y al cabo, no somos prusianos!», exclama uno de los personajes austríacos de Musil. Por otro lado, la nutrida clase media baja eslovena «rebatía apasionadamente el derecho de la favorecida clase alta italiana de considerar la ciudad como su propiedad». Aun así, si se corriera la voz de «que estamos germanizando, los eslovenos se pondrán de inmediato del lado de los italianos», por mucho que aborrezcan hacerlo. Porque la amenaza real a la paz en el seno del Imperio Habsburgo provenía a menudo de los mismos austríacos.^[29] El imperio era una tensa negociación entre diversas etnias que finalmente no pudieron contener por más tiempo su lucha por alcanzar mayores libertades políticas. Resulta, sin embargo, una ironía que los Estados modernos monoétnicos que sucedieron Austro-Hungría fueran, en bastantes casos, menos indulgentes con las minorías que el imperio al que socavaron.

—Me siento muy *mitteleuropeo*. Soy protestante. Tengo raíces familiares en Hungría y en la parte húngara de Rumania. Mi abuela era medio alemana, mi abuela materna de Pula, en el sur de Istria.

Delgado, elegantemente vestido, con el pelo blanco y brillantes ojos azul grisáceo —y con un estilo de cafetería que acompaña a la perfección la perenne tacita que sostiene en la mano—, Riccardo Illy, descendiente de una familia de productores de café y alcalde de Trieste en la década de 1990, se reúne también conmigo en mi hotel.

Y una vez más, me limito a escuchar.

—Recuerdo que florecimos como un crisol imperial que permitía los idiomas locales y llegaba desde el Mediterráneo hasta la Galitzia polaca y el oeste de Ucrania. Turcos, rumanos, judíos, lo que quieras, llegaban a Trieste desde todo el este de Europa. Incluso hoy en día basta con mirar el listín telefónico o el censo demográfico. Somos una población urbana de doscientos

mil habitantes, pero con solo un tercio de ellos de Friul, otro tercio de Istria y Dalmacia y el resto eslovenos, húngaros, croatas, etc.

Continúa:

—Pero el gran territorio interior de los Habsburgo se perdió después de la Primera Guerra Mundial. Y después de la Segunda Guerra Mundial nos encontramos convertidos en un pequeño enclave con el Telón de Acero a nuestras espaldas.

Ciertamente, en ese momento Trieste se convirtió en un centro de espías de la Guerra Fría, casi al nivel de Berlín y Viena. Al fin y al cabo, aunque Tito rompió con Stalin en 1948, Yugoslavia seguía formando parte del bloque comunista.^[t3] De modo que en la década de 1990, después de la caída del Muro de Berlín, Illy, como nuevo alcalde centrista-independiente de Trieste, empezó a promover la integración de Eslovenia en las instituciones europeas, así como la reconciliación entre los habitantes de habla eslovena y de habla italiana de Trieste, para de este modo subsanar un conflicto étnico cuyas raíces se encontraban en las atrocidades cometidas contra la población local italiana durante la Segunda Guerra Mundial por parte de los partidarios de la Yugoslavia comunista.

—Como puede ver —continúa—, estamos prácticamente rodeados por Eslovenia. Así que pensé que, si Eslovenia entraba en la Unión Europea y la OTAN y formaba también parte del Espacio Schengen, podríamos recuperar nuestro territorio imperial interior. Con la Unión Europea actuando como un sustituto *de facto* del Imperio Habsburgo.

Y eso fue exactamente lo que pasó. Pero a Illy ahora le preocupa la situación política de la integración europea, de la que depende Trieste, que tiene más autonomía que cualquier otra región de la Italia peninsular.

—Estamos en una parte de Europa donde las fronteras y las soberanías han sido siempre cambiantes. Y no deben volver a cambiar, al menos no oficialmente.

Me explicó que, debido a que la identidad geográfica de Trieste, mucho más que la de otras ciudades italianas, es multiétnica y, por lo tanto, auténticamente europea, el supuesto retorno a la historia y a las fronteras étnicas duras después de las décadas de la Guerra Fría y la post-Guerra Fría podría ser desastroso. Porque la razón de ser de Trieste siempre ha sido funcionar en un mundo cosmopolita sin fronteras.

Me encuentro ahora en una calle que lleva el nombre del prodigioso compositor de ópera del siglo XIX Gaetano Donizetti, donde se encuentra la sinagoga neoclásica de Trieste. Es quizás la sinagoga más bella de Europa, construida en un estilo de contenida grandeza y con motivos intrincados que evocan el periodo romano tardío en Oriente Próximo, antes de que se asentara la ostentación de Bizancio y cuando la construcción de sinagogas en Tierra Santa se convirtió en un hecho habitual para reemplazar la función del templo de Jerusalén. Construida entre 1908 y 1912, la sinagoga fue totalmente restaurada después de que fuera utilizada como almacén durante el dominio de los nazis. Entre estos símbolos de cultura, encuentro también el Caffé San Marco, el lugar favorito de Claudio Magris, el autor de mi amado *Danubio*. La cafetería, inaugurada antes de la Primera Guerra Mundial, está decorada con amarillos cálidos y marrones chocolate, espejos de cuerpo entero que reflejan la luz de lámparas con globos de cristal, pinturas de máscaras teatrales enmarcadas en medallones dorados e infinidad de mesas de mármol de color carne. Es un local espacioso pero íntimo, repleto de explosiones de conversación pero tranquilo, con sonidos que parecen evaporarse en sus techos altos. Hay un elemento tanto de Austro-Hungría como de Manhattan: de una civilización compleja y completa, incómoda consigo misma. Aquí se saborea el tiempo, es un lugar donde intelectuales italianos conspiraron en su día contra el Imperio Habsburgo.^[30] Aquí nadie mira el reloj.

Aparece Magris, se quita la bufanda y toma asiento. Su jersey y su americana son de confortables tonos oscuros. Nacido en 1939, tiene el rostro arrugado y esculpido, rebosante de inteligencia. Sus ojos se encienden con luz cuando habla, como si con ello sustituyera la necesidad de gesticulación. Puede hablar con la misma facilidad de la minoría istro-rumana *cici* asentada en el interior, cerca de Trieste, que del futuro de la gran Europa.

Tanto él como su primera esposa, Marisa Madieri, ya fallecida, tienen raíces familiares en Italia y Croacia, en los mundos latino y eslavo, me cuenta. Esto es habitual, puesto que «había poetas medievales que escribían tanto en italiano como en croata». Además, su posterior esposa italiana hablaba croata de pequeña, y el lugar de enterramiento de sus familiares se extiende desde Serbia hasta Friul-Venecia Julia. Lo cual quiere decir que la cuenca del Adriático está más unificada de lo que cabría imaginar. «Siempre hubo nacionalismo —continúa, que podía ser liberal, como en el siglo XIX—, pero fue solo después de que el nacionalismo se viera obligado a formar parte de Estados “nacionales” formales y burocráticos» que se convirtió en iliberal.

Hablamos sobre Europa central, que dice que estaba en sus orígenes sostenida por una «fusión sin fronteras de cultura germánica y judía». Por lo tanto, la destrucción de los judíos por parte de Hitler acabó con la Mitteleuropa al socavar el germanismo en sí mismo. Sin embargo, la idea y el recuerdo de Centroeuropa se conservaron «debajo de las capas» de la pobreza y la represión provocadas por los comunistas durante la Guerra Fría. Y a pesar de que Europa central, como concepto, retornó brevemente con el debilitamiento y el colapso del comunismo, «la globalización actual está destruyendo lo que quedó de ella. [...] Independientemente de que estés en Praga o en Varşovia, lo que es importante es Wall Street».

Pero Magris encuentra optimismo en el hecho de que ahora puede ir en coche a Eslovenia —que antes estaba detrás del Telón de Acero— sin necesidad de cruzar ninguna frontera y además utilizar la misma moneda. Lo que existió ya no puede volver, eso es cierto, dice. Al fin y al cabo, los judíos han desaparecido prácticamente y la cultura germano-austríaca nunca volverá a ser compacta, por mucho que «Europa», como concepto, tenga aún otras vidas por vivir en el caso de que la Unión Europea logre mantenerse.

Saca dos libros de un ajado maletín, una novela escrita por él y una biografía de su fallecida esposa, los firma y me los regala. A primera hora de ese mismo día, una mujer en un pequeño museo me ha sorprendido con el regalo de un libro sobre la vida de Joyce en Trieste. Me llevaré estos valiosos libros a casa a modo de tótems de los encuentros que he tenido.

En la novela que me regala, Magris escribe que «comprender que has fracasado forma parte de la capacidad de ver la objetividad de la historia», puesto que este reconocimiento «se obtiene solo a partir de una prolongada familiaridad con la derrota».^[31] Sí, solo cuando te has equivocado, cuando ha quedado demostrado que te has equivocado, puedes apreciar que la historia ni es un juego ni un pasatiempo para leer por la noche junto a la chimenea, sino algo real y terrible que puede destruir no solo la vida de los demás, sino también la tuya propia.

Sigo en Trieste y estoy en otra cafetería, donde otro hombre, este con pantalón vaquero ceñido y americana, calvo, con gafas y barba blanca bien cuidada —y una mirada penetrante como un cuchillo—, me regala más libros. Entre ellos destaca su propio cuaderno de viaje, que cubre la zona que se extiende desde Finlandia hasta Ucrania. Lo leeré esa misma noche en el hotel y me quedaré maravillado con sus aromáticos detalles: porque pasar de la

pulcra y aseada Estonia protestante a una Letonia católica enfangada y desordenada es como cruzar de una estética paisajística a otra. «Para comprender hacia qué dirección gira el mundo, tienes que ir a las estaciones de tren, no a los aeropuertos —escribe—. Pero dado que los diplomáticos prefieren los aeropuertos, los gobiernos ya no son capaces de prever los acontecimientos».^[32] Este hombre extraordinario es Paolo Rumiz, periodista italiano local que, entre muchas cosas más, cubrió de principio a fin la guerra en la antigua Yugoslavia.

—Es una larga historia —empieza diciendo con una voz grave que resulta a la vez evocadora y elegante—. Mi abuela concebía la historia como un carnaval. Al fin y al cabo, en el transcurso de su vida, Trieste sufrió seis cambios de fronteras. Y ella fue una de esas personas que no experimentó nunca el horror que ello conllevaba, a diferencia de los judíos, claro está. Yo nací el 20 de diciembre de 1947, el día en que la zona libre resultado de la liberación de la Italia fascista y la Alemania nazi quedó dividida entre un sector angloamericano y un sector yugoslavo. Mi familia quedó bajo la jurisdicción de los británicos y los norteamericanos. Pues bien —continúa—, sesenta años más tarde, de nuevo el día de mi cumpleaños, en 2007, Eslovenia pasó a formar parte del Espacio Schengen. De modo que fui hasta la frontera eslovena, a pocos kilómetros de mi casa, y me sumé a una fiesta entre italianos y eslovenos donde todo el mundo se repartió pequeños fragmentos de la antigua barrera fronteriza. De pronto, por primera vez desde la caída del Imperio Habsburgo, Trieste se convirtió en una región sin fronteras. Pero de repente me entró miedo. Si ya no había fronteras, no habría más motivos para viajar. Porque mi espíritu viajero tenía su origen en el confinamiento claustrofóbico de Trieste. Así que decidí hacer un viaje por una parte de Europa donde siguieran existiendo fronteras duras y complicadas. Quería hartarme de fronteras, curar mi necesidad psicológica de ellas.

»¿Y qué descubrí? —prosigue—. Descubrí que el alma de Europa no está realmente en el seno de la Unión Europea. Como europeo, me siento más en casa en Lviv [en la Ucrania occidental] que en París. En Lviv y lugares similares podía sentir dentro de mí la presencia espiritual de los judíos, los alemanes, los polacos y demás. Precisamente porque ya no estaban, me sentía obligado a concentrarme en ellos. —En Europa occidental hay una esterilidad de la que Europa oriental carece.

»En el antiguo Frente Oriental descubrí que la Primera Guerra Mundial —la guerra que conformó la trágica historia del siglo XX europeo— ha quedado oscurecida y desestructurada en la memoria. Y precisamente por eso,

y por todas las cuestiones pendientes con el comunismo, te sientes estrictamente conectado con 1914. En cambio, en el Frente Occidental han hecho un esfuerzo tremendo para estructurar el pasado y exponerlo en un bello museo, para que ya no tengas miedo de su poder, para que ya no sientas nada de nada al respecto. En la Europa occidental nunca tienes miedo, pero deberías tenerlo. Por eso los países orientales no dan por hecho ni la OTAN ni la Unión Europea. Como siguen teniendo miedo, sienten la necesidad de estas instituciones más que los ciudadanos de la Europa occidental.

»También Trieste —como el resto de la Europa occidental, me explica— está aquejada de amnesia histórica. En la Primera Guerra Mundial mucha gente luchó en el bando de los Habsburgo contra los aliados occidentales. Y luego regresaron de la guerra y se olvidaron de ella. Solo en los últimos años se han desatado los recuerdos de aquella época. Ahora, a medida que los problemas de Italia aumentan, la nostalgia de los Habsburgo crece también. Nuestros políticos, aquí y en Bruselas, nos dicen: «No pasa nada, no hay que tener miedo». Pero yo quiero que nuestros políticos nos digan que hay que tener miedo —repite, pensando en que no quiere que el pasado se repita, teniendo en cuenta la historia de Europa, incluso la historia anterior al siglo XX—. Y eso es justo lo que deberían habernos dicho en 2014 con motivo del centenario de la Primera Guerra Mundial. ¿Cómo si no conseguirá evitar Europa la tragedia? —sugiere.

»Pero los refugiados [de Oriente Próximo y África] nos hacen rememorar la historia. Las alambradas montadas por los eslovenos para que los refugiados no crucen desde Croacia asustan a la gente. De pronto vuelve a haber fronteras duras con Istria. Estos refugiados son los mensajeros que nos cuentan que los problemas llegan de nuevo a Europa en una u otra forma. —Ya que las naciones con base étnica no seguirán eternamente con esta base.

Se queda en silencio unos instantes. Y luego dice despacio y hablando a una escala más humana:

—Cuando los refugiados cuentan sus historias, se convierten en individuos y dejan de ser una oleada. Y cada individuo, por desahuciado que esté, puede estar escondiendo un dios en su interior. ¿Acaso no fue Ulises, el héroe de Homero, el primer refugiado, un veterano de guerra que perdió a todos sus compañeros en un viaje desesperado por el Mediterráneo oriental, que estuvo vagando de un lado a otro durante años a merced de las tormentas y del hambre, pasando por lugares muy peligrosos hasta llegar, casi desnudo, a una casa llena de extraños?

La Risiera di San Sabba está a veinte minutos del centro de la ciudad: un memorial construido allí donde se emplazó un pequeño e infernal satélite del tremendo aparato de muerte de los nazis. Es un lugar conocido por conservar el único crematorio de Italia, donde miles de italianos, eslovenos y croatas fueron asesinados e incinerados, donde muchos miles de judíos fueron encerrados en celdas diminutas y sucias antes de ser transportados a los campos de exterminio de la Polonia ocupada por los alemanes y otros lugares. El nordeste del Adriático y su vertiente alpina —Trieste, Gorizia, Liubliana, Pula y Rijeka— constituyeron, por derecho propio, un enclave más del Holocausto bajo el dominio alemán directo, a diferencia de la cercana Italia, donde los nazis trabajaron con el gobierno fascista de Mussolini. La conversión de esta antigua fábrica de procesamiento de arroz y posterior campo de exterminio en monumento nacional funciona de forma sencilla y potente: de inmediato te sientes oprimido al tener que recorrer un largo y estrecho pasillo entre impresionantes bloques de hormigón, que se abre a un patio con más bloques de hormigón que parecen alzarse hasta el infinito, donde las puntas de acero y el pavimento metálico marcan la huella del crematorio. No hay ningún elemento de diseño ni simbolismo manifiesto de ningún tipo: solo paredes duras, vacías e imposibles de escalar que evocan aniquilación.

Pienso en algo que Hannah Arendt observó en *Los orígenes del totalitarismo* al hablar de Auschwitz y de otros campos de concentración. Intuyó que los nazis solo podían explicarse su ideología creando tales lugares. Auschwitz, y todo lo que sucedió allí, era el laboratorio del nacionalsocialismo, era lo que le daba realidad, y Europa central nunca se recuperará de tales hechos.

Volviendo en taxi de San Sabba al Grand Hotel, veo el otro Trieste, más auténtico a su manera: kilómetros de fábricas viejas y oxidadas, cantidades interminables de edificios de viviendas baratas apiñados entre sí, y el puerto, inmenso, con sus barcos mercantes y sus grúas pórtico. Recuerdo lo que Monika Bulaj, una experimentada fotógrafa polaco-italiana que vive en Trieste y ha trabajado en Irak, Afganistán y el interior copto de Etiopía, entre otros lugares, me dijo unos días atrás mientras disfrutábamos sin prisas de una taza de té: que el Grand Hotel donde estábamos sentados, la gran plaza con su encantadora arquitectura y las calles adyacentes, repletas de tiendas que invitan a soñar, eran «literalmente solo un salón, una ilusión», mientras que el Trieste y la Europa real estaban a nuestro alrededor: la fea sociedad de masas que ha borrado el pasado y la memoria. Pasado y memoria que borrará aún

más si cabe el proyecto portuario que forma parte del sueño imperial de la Franja y la Ruta de China. Y a la fea sociedad de masas se le acabará superponiendo una dimensión global antiséptica.

Rilke, Joyce, Svevo, todos ellos vivieron en un mundo más pequeño y más íntimo, un mundo que llegó antes de la creación de esta inmensa fealdad, aunque los tres imaginaron su llegada a través de sus escritos. Fueron modernistas justo cuando el mundo moderno empezó a producir sus pesadillas. Su brillante arte había interiorizado la crisis que viviría Europa y Occidente en el siglo XX.

Europa, Occidente... ¿qué es, exactamente?

Más allá de los griegos, podría decirse que la definición de Occidente se construye sobre el legado de ley y gobernanza dejado por Roma, el conocimiento cada vez mayor de los valores griegos y romanos durante la Alta Edad Media y el Renacimiento, la Reforma protestante con su ética de trabajo, que conlleva un rechazo implícito del fatalismo (un legado lejano e indirecto del judaísmo, con su código moral), y la Ilustración con su obsequio en forma de racionalismo y rigor científico; es lo que comúnmente, y de manera imperfecta, definimos como la base de la tradición occidental, aun cuando debemos ser conscientes de que otras civilizaciones —la índica y la sínica por nombrar solo dos— también poseen elementos de todo lo anterior. Porque, como el historiador Norman Davies apunta, «la civilización occidental es esencialmente una amalgama de constructos intelectuales que fueron diseñados para promover los intereses de sus autores».^[33] Oriente y Occidente, según el historiador y clasicista de Stanford Ian Morris, que va incluso más lejos que Davies, son, al fin y al cabo, meras «etiquetas geográficas, no juicios de valor».^[34]

Y, de hecho, la geografía podría ser la forma más segura de abordar una definición de Occidente que minimice la arrogancia cultural y el autoengaño. En tiempos de san Agustín, Europa —es decir, Roma— abarcaba el norte de África, que era cristiano en los primeros siglos de nuestra era. A lo largo de la Antigüedad, la división cultural entre las costas norte y sur del Mediterráneo no era en absoluto clara: Roma destruyó en su día Cartago no tanto por ser culturalmente diferente sino por ser un rival. Fue el rápido avance del islam en el norte de África en los siglos VII y VIII lo que, al extinguir virtualmente el cristianismo en esa área, acabó dividiendo el Mediterráneo en dos mitades

civilizadoras y transformando el «Mar Intermedio» más en una frontera que en una fuerza unificadora.^[t4]

La pérdida del norte de África a favor del islam llevaría a la historia europea, como proceso, a orientarse hacia el norte, con el pueblo germánico entrando en el relato en un sentido fundamental y definitorio por primera vez. Este cambio llevó al filósofo español José Ortega y Gasset a observar que «toda la historia europea ha sido [como proceso] una gran emigración hacia el norte».^[35] Naturalmente, los pueblos germánicos también eran diversos: godos, vándalos y lombardos llevaban mucho tiempo expuestos a la civilización romana, los francos mucho menos, mientras que las tribus más septentrionales no adoptarían el cristianismo hasta mucho más adelante.

Más concretamente, es posible que Occidente surgiera en verdad en el siglo X, cuando la civilización franco-germánica forjó algo asimilable a una sociedad estructurada con un concepto básico del Estado de derecho. Roma seguía siendo una inspiración, cuando no un hecho renovable en esta coyuntura histórica. Y, debido al feudalismo, el poder se volvió «no centralizado, consensuado y consultivo», lo que fomentó una forma rudimentaria de individualidad, aun cuando «había surgido un nuevo modelo gubernamental, el Reich alemán», explica Paul Collins, historiador australiano formado en Harvard, haciéndose eco de Francis Oakley.^[36] Posteriormente, el renacimiento continuado de la tradición grecorromana en las artes, la literatura y la política vería su pleno florecimiento en el anticlericalismo de Maquiavelo y la *raison d'état* de Richelieu. De este modo, Occidente surgió con toda su fuerza de la cristiandad. Los primeros imperios multinacionales modernos complicarían más si cabe la identidad y los valores políticos. La revolución y el nacionalismo producirían entonces Estados modernos y capitalismo, refinando todavía más el individualismo. «La libertad creció porque servía a los intereses del poder», observa el académico danés-norteamericano David Gress.^[37] La consecuencia final fueron un arte y una literatura que profundizaban en la psicología de la vida personal, aportándole tanto santidad como responsabilidad moral, algo que podría tener sus orígenes en la escultura de la antigua Grecia. Y todo esto ocurrió dentro de los límites claustrofóbicos del extremo occidental del supercontinente euroasiático, bendecido con numerosos puertos naturales, costas accidentadas y protegidas, sistemas fluviales ventajosos y un clima fresco y vigorizante. Occidente —es decir, la preeminencia política y económica de Europa a lo largo de la historia moderna— fue, haciéndome de nuevo eco de las palabras de Oakley, tanto un proceso como una herencia, queriendo decir con ello que

su permanencia no puede darse por sentada. Occidente podría ser un concepto transitorio; el suelo no para de moverse bajo nuestros pies. Y pienso, una vez más, en los chinos que quieren que Trieste forme parte de la misma geografía marítima que el mar de la China Meridional, conectando Trieste más con el océano Índico que con muchas otras partes de Europa.

Nadie indagó sobre este aspecto transitorio mejor que Oswald Spengler, el filósofo alemán que conmocionó el mundo intelectual con su obra *La decadencia de Occidente*, publicada en dos volúmenes en 1918 y 1922. Spengler no encontró una posición especial para Occidente en la historia mundial, puesto que interactúa y se fusiona con otras culturas y civilizaciones, y madura y se desintegra como lo hacen ellas. La fase madura y creativa, explica, enfatiza el papel del mundo rural, que culmina con el materialismo y la intelectualidad de la ciudad, que, a su vez, produce la civilización imperial, de modo que el imperio mundial anuncia el principio del final del ciclo de Occidente en la historia, marcado por la decadencia cultural. Las «grandes culturas —dice Spengler— describen sus ciclos majestuosos. Emergen de pronto, extienden a lo lejos sus magníficas curvas, debilitan luego y desaparecen. Y el espejo del agua sigue terso, solitario, adormecido». La «cultura del dinero», el auge de las ciudades globales y «el abrazo popular de la vanguardia [...] sensibilidades inundadas de cinismo y cosmopolitismo» han sido predichos si no específicamente, sí espiritualmente por Spengler, escribe el historiador y periodista norteamericano Robert W. Merry. Spengler describe así el proceso: «Cuanto más se eleva una cultura (en el Imperio Medio, en la época de los brahmanes, los presocráticos, los preconfucianos, el Barroco), tanto más se estrecha el círculo de los que realmente comprenden y poseen las últimas verdades de su tiempo. [...] La pirámide de los hombres se afila también cada vez más hasta que, al extinguirse la cultura, termina también su crecimiento y empieza a desmoronarse». Es decir, que cuanto más sofisticada y erudita se vuelve la élite, más caen las masas por debajo de ella. El intelectual ruso del siglo XIX Alexander Herzen dijo: «El pensamiento occidental moderno pasará a la historia y se incorporará a ella, tendrá su influencia y su lugar, igual que nuestro cuerpo pasará a formar parte de la composición de la hierba, las ovejas, las chuletas y los hombres».^[38]

Podría ser que, igual que la propagación del islam ayudó a definir Occidente y a darle cierta estructura geográfica a Europa, dividiendo parcialmente el Mediterráneo después de milenios de unidad a principios y mediados de la Antigüedad, el islam, a través de las migraciones humanas, ha estado, en las últimas décadas, ayudando a modificar el constructo europeo

que en su día contribuyó a establecer. La separación del norte de África y Oriente Próximo colaboró para que Europa pudiera definirse a sí misma a través del desarrollo de estructuras imperiales y estatales que resultaron primordiales para la creación del concepto de Occidente. Y en la actualidad la salvación de Occidente solo puede entenderse como un avance hacia un cosmopolitismo robusto, capaz de aceptar y absorber migrantes, y no como un retroceso a un nacionalismo burdo y reaccionario: porque Occidente ha crecido siempre de forma gradual e inexorable, cuando no directa, hacia el liberalismo. Para salvarse, y para salvar también Occidente, Europa debe convertirse en un sistema de Estados cuyas sociedades sean internamente internacionales tanto en alcance como en tradición. Tal y como Ortega sugería, del mismo modo que el nacionalismo llevó a Europa a alejarse del caos del feudalismo, Europa no tiene más remedio que crecer y salir de los confines del nacionalismo para continuar con su inexorable evolución. La Unión Europea deberá, de un modo u otro, adaptarse y revitalizarse o, de lo contrario, quedará reducida a una entidad débil, como le sucedió al Sacro Imperio Romano Germánico en sus últimos tiempos.

El drama entre islam y Occidente me hace pensar en sir Richard Francis Burton, que tuvo como hogar Trieste durante dieciocho años, hasta su fallecimiento en 1890. Burton es la encarnación del explorador romántico de la época victoriana. Nacido en 1821, se le describe como un hombre con «ojos de gitano» y «oscuramente guapo», con la cara marcada por una herida de lanza que sufrió en el transcurso de una pelea con bandidos somalíes. Decían de él que hablaba veintinueve idiomas y muchísimos dialectos. Camuflado con el atuendo de un afgano, peregrinó a La Meca. Se hizo pasar por trabajador romani en los canales del río Indo y por vendedor de baratijas y santón para explorar el Sind, el Beluchistán y el Punjab. Fue el primer europeo que entró en la ciudad musulmana sagrada de Harar, en el este de África, y lideró una expedición en busca de las fuentes del Nilo en África central.

Llegó en 1872 a Trieste, lugar que Burton consideraba como un exilio, después de aceptar el cargo de cónsul británico. Comparó su situación con la del poeta latino Ovidio, exiliado en Tomis, un puerto del mar Negro, en el año 8 d. C. por el emperador Augusto. Al principio él y su esposa, Isabel, ocuparon un apartamento de diez habitaciones en la planta superior de un edificio cercano al mar. Y unos años más tarde se trasladaron a una mansión

palaciega en las afueras de la ciudad, con vistas al Adriático, en la que Burton eligió una estancia de gran tamaño para vivir y trabajar. Igual que le sucedería a Joyce unas décadas después, Burton se sintió a menudo deprimido y frustrado en Trieste, por mucho que realizara allí gran parte de su trabajo más importante, puesto que en este entorno genéricamente centroeuropeo tradujo *Las mil y una noches*, la obra con la que más se le identifica.^[39]

Las mil y una noches —la traducción de Burton de mediados de la década de 1880 sigue siendo la más conocida— ofrece sin duda alguna, más que cualquier otro documento, incluido el Corán, la interpretación más profunda y panorámica de la civilización oriental entre Europa y China, con historias que son persas, árabes e indias. Burton explica: «El marco del libro es puramente persa, someramente arabizado». Compara lo que Persia hizo por la literatura y el arte mesopotámicos con lo que Grecia hizo por la literatura y el arte egipcios. «La Hélade e Irán eligieron por instinto como característica la idea de belleza, rechazando todo lo que resultaba exagerado y grotesco».^[40]

El relato que enmarca la obra gira en torno al furioso rey persa, Shahriyar, que venga el adulterio de su primera esposa casándose con vírgenes y decapitándolas a la mañana siguiente de su desfloración. Scheherezade salva su vida explicándole al rey mil y una historias interrelacionadas que deja siempre sin terminar al amanecer, retrasando de este modo su ejecución, puesto que el rey siente curiosidad por seguir escuchando el relato la noche siguiente. No es casualidad que Scheherezade sea capaz de esto: como se nos cuenta al principio de *Las mil y una noches*, posee una gran biblioteca, «había estudiado filosofía y ciencias, artes y logros; y era agradable y educada, sabia e ingeniosa, instruida y cultivada».^[41]

Scheherezade teje un enloquecedor e interminable laberinto de historias dentro de historias, y sobre las mismas historias, en las que un relato fluye hacia el siguiente, de manera confusa, con un estilo similar al de Borges (Borges, por supuesto, estuvo influido por *Las mil y una noches*). Es una telaraña de oralidad, de relatos contados de una persona a otra. Un pescador encuentra una jarra que contiene un genio que lo amenaza con la muerte, lo que conduce al pescador a conseguir una gran reserva de peces con los que embelesa a un rey, quien es conducido a un palacio a orillas de un lago donde aparece un joven con piernas de piedra y una historia que contar... No hay finales, a menudo tampoco hay linealidad, ni objetivo ni propósito, tan solo, igual que en la estructura de los paseos sin rumbo que Bloom realiza por Dublin en *Ulises*, una maravilla tras otra. El ambiente es cromático, sensual, rebosante de vino. Bagdad exhibe la exquisita opulencia de Andalucía. Sin

lugar a dudas, *Las mil y una noches* constituye un documento subversivo para una época posmoderna de creencias puritanas. El título en sí, que no habla de unas nítidas «mil», sino de «mil y una noches», sugiere infinitud, un proceso de narración que no termina nunca. Después de llevar un rato leyendo ni siquiera recuerdas dónde empezó todo. Porque así soñamos y así vivimos: la vida empieza en la oscuridad en medio de algún drama y termina en medio de otro, también en la oscuridad. *Las mil y una noches* capturan la experiencia humana de forma más realista que los clásicos occidentales. Burton menciona «la superstición popular [...] de que nadie puede leerlas sin morir».^[42] Porque más allá de ellas no hay nada.

Joyce escribió la versión moderna de la *Odisea*; Burton tradujo múltiples equivalentes. Por ejemplo, los siete viajes de Simbad el Marino, con sus naufragios, monstruos y drogas, guardan un paralelo con el relato de Homero y retratan a los árabes como la raza marinera que eran. Pero en *Las mil y una noches* hay también un toque de Sófocles y del Antiguo Testamento, junto con relatos freudianos que recuerdan a Edipo y una ciudad transformada en piedra. El califa abasí Harún al-Rashid pasea por las noches disfrazado en busca de la realidad, escuchando las historias de la gente que se cruza en su camino. Ojalá nuestros presidentes fueran tan sabios como él.

Porque incluso las personas que actualmente gozan de más éxito han vivido alguna tragedia o contratiempo y tienen historias terribles y edificantes que contar. ¿Qué fue lo que escribió Bernard Berenson? «La vida humana, conscientemente vivida, descansa sobre cimientos trágicos».^[43] *Las mil y una noches* son como un cuento de hadas solo desde un punto de vista superficial, puesto que su tema central es un viaje que se ha desviado de rumbo. Es la raíz de muchos de los contratiempos de la vida: las luchas más esforzadas ocupan su lugar dentro de un destino más global, que se desvanece y erosiona contra otros destinos, hasta que todo se disuelve en el olvido. Una vez más, coloco a Berenson en mi librería al lado de *Las mil y una noches* de Burton. Y Berenson escribe: «No existe comentario más irónico y a la vez más reconfortante sobre el destino humano que contemplar ruinas arqueológicas [...] como Karnak y Palmira [...] consumidas por el paso del tiempo y derrumbándose bajo su propio peso, mientras estatuas colosales y obeliscos se evaporan como el éter, aunque en miles de años en vez de en pocos segundos».^[44]

Todo lo que hacemos o construimos cae en el olvido, por mucho que luchar sea lo único que sepamos hacer. Esta es la verdad silenciosa y elemental de *Las mil y una noches*: que cada historia sitúa a la que la precede,

y a la que precede a esa, en un lugar más recóndito de la memoria, hasta que apenas queda un mínimo rastro de ella. Pero, tal y como Berenson nos da a entender, necesitamos este proceso. Es natural. Lo que no es natural y nos perjudica por completo es que algo se destroce brutalmente o se borre repentinamente del orden normal de las cosas. Por eso la destrucción de Palmira en nuestros tiempos es como el asesinato de una persona todavía joven.

Fue todo el trabajo que Burton realizó en su despacho de Trieste, tanto como los viajes que llevó a cabo por África, Arabia y el subcontinente indio, lo que le convirtió en un orientalista excelente. Pero, por el simple hecho de generalizar sobre Oriente desde un punto de vista occidental, se convirtió en objeto de burla por parte de académicos contemporáneos, y muy especialmente por parte del fallecido Edward W. Said, de la Columbia University, que acusó repetidamente a Burton de esencialismo y determinismo. El derecho de Burton a generalizar sobre Oriente —lo que Said en su libro epónimo califica de «orientalismo»— fue un privilegio otorgado a Burton por el contundente hecho del imperio. El imperialismo británico, bajo el punto de vista de Said, permitió a Burton y a otros apropiarse de Oriente a modo de terreno privado intelectual y estético, como si fuera una baratija de su biblioteca. Y al estar el mundo árabe geográficamente más próximo a Europa que Persia o India, se convirtió en el corazón del orientalismo, en el corazón del universo de Burton, donde especialistas occidentales podían «chismorrear» partiendo de clichés sobre la «mentalidad» y la «psique» árabes. Europa, por decirlo de otro modo, se definió más si cabe al anunciar sus diferencias culturales con el mundo islámico a través de personas como Burton.^[45]

Y, aun así, no generalizar paraliza la discusión y el análisis. «Cuando la gente piensa en serio, lo hace de manera abstracta —escribe el fallecido profesor de Harvard Samuel P. Huntington—; evoca imágenes simplificadas de la realidad que denominamos conceptos, teorías, modelos, paradigmas», sin los cuales la vida intelectual no podría avanzar.^[46]

Esta es en parte la razón por la que decidí ver a Burton de manera distinta, como un primer paso. La verdad es que la traducción que Burton hizo de *Las mil y una noches* ayudó a acercar a Europa la genialidad de la literatura y la civilización árabe-persa-india, un paso de gigante en la construcción de ese puente cultural que denominamos cosmopolitismo; en cierto sentido,

constituye una fase muy temprana de la obra del propio Said. Porque antes de que pueda haber entendimiento, tienen que existir los malentendidos, que son la consecuencia natural del primer contacto.

Y Burton tampoco es necesariamente despectivo. Como él mismo escribe: «Los despotismos orientales han llegado más cerca de la idea de igualdad y fraternidad que cualquier república [occidental] inventada hasta la fecha».^[47] De hecho, a menudo han sido los propios imperialistas los que han conocido países extranjeros de primera mano y, en consecuencia, tienen una apreciación más matizada de los sistemas extranjeros que la que puedan tener sus compatriotas que no han viajado. Es por eso por lo que imperialismo, cosmopolitismo y universalismo están interconectados. La conquista provoca cambios sutiles en la cultura del conquistador, independientemente de que sean los romanos en Egipto, los mongoles en China o los británicos en Oriente Próximo. Burton ayudó a señalar el camino. Said corrigió dura y correctamente sus errores. Un paradigma ha sustituido a otro, más o menos como Huntington sugiere. Pero todo forma parte de un proceso que podría conducirnos hacia una cultura común o, como mínimo, a algo que vaya más allá de Oriente y Occidente, igual que las historias de *Las mil y una noches* me han conducido en mi caso directamente a las del *Decamerón* de Boccaccio.

Trieste fue lugar de exilio para Burton y Joyce, y una pieza esencial de Europa central para Magris. Es una zona de transición entre el Mediterráneo y las tierras interiores septentrionales más invernales, y entre Europa propiamente dicha y los Balcanes en conflicto. Una falla geográfica y cultural siempre supone un gran estímulo para la imaginación.

Piran, Köper, Liubliana y Rijeka

Los inicios del mundo moderno nos contemplan

En 1935, Joseph Roth, escritor e intelectual antinazi austríaco-judío, publicó un relato, *El busto del Emperador*, sobre un anciano conde que vivía en la caótica periferia del antiguo Imperio Habsburgo y que se negaba a considerarse polaco o italiano, por mucho que sus ancestros abarcaran ambas nacionalidades. Bajo su punto de vista, la única señal de «nobleza auténtica» era ser «un hombre por encima de las nacionalidades», siguiendo la tradición de los Habsburgo. «Mi vieja patria, la monarquía —dice el conde—, era una gran casa con muchas puertas y muchas cámaras, para muchos tipos de personas». Este patriotismo es casi contemporáneo, futurista incluso en lo que a su carácter se refiere. De hecho, los horrores de la Europa del siglo XX, escribió Roth, tenían como telón de fondo el colapso de los imperios y el auge de Estados uniétnicos en los que líderes fascistas y comunistas sustituyeron el poder de los monarcas tradicionales.^[1]

Sin embargo, este colapso imperial era con toda probabilidad inevitable. En su obra clásica, *La marcha Radetzky* (1932), crónica sobre tres generaciones de la familia Trotta —su metáfora en carne y hueso del declive y el desmoronamiento del Imperio Habsburgo—, Roth describe una máquina imperial calcificada que se pudre por dentro y es incapaz de mitigar el tumulto de la creciente conciencia étnica y nacional. Aunque lo que seguiría a la defunción del gobierno de los Habsburgo sería aún peor, el imperio, por sus propias fuerzas reaccionarias, fue incapaz de reformarse o adaptarse. El colapso imperial dejaría un vacío, aun no habiendo nacido del simple destino. Tal y como escribe Roth al hablar sobre un puesto de avanzadilla posterior a

los Habsburgo: «Las cosas iban mal con esa gente. Fueron ellos quienes se labraron su propio destino, por mucho que creyeran que estaba marcado por Dios».^[2]

El destino es lo que nos hacemos a nosotros mismos mientras culpamos de ello a una fuerza externa. Y la autodestrucción del Imperio Habsburgo, es decir, su incapacidad —su falta de voluntad, en realidad— para adaptarse al cambio a lo largo de la segunda mitad del siglo XIX, acabó teniendo resultados tremendamente trágicos: en gran medida nos llevó a la Primera Guerra Mundial, de la que, solo por poner un ejemplo, surgió Hitler. El Imperio Habsburgo, de haber evolucionado con mayor dinamismo, con más libertades internas, habría sido un ente merecedor de ser conservado por derecho propio, aunque fuera tan solo por el enorme bien que podría haberle hecho al mundo: porque durante el tiempo en que estuvo presente en el continente, y en relación con mucho de lo que siguió en el periodo comprendido entre 1920 y 1940, el Imperio Habsburgo representó estabilidad, cultura, tolerancia y protección de las minorías. De hecho, sus diversas nacionalidades podrían haber estabilizado su euforia a cambio de una mayor comprensión por parte de un poder imperial imparcial e ilustrado; habría bastado con que los Habsburgo les hubieran ofrecido eso. Un imperio en esas circunstancias no tendría por qué traducirse en colonias, sino más bien en un cosmopolitismo vibrante y multiétnico.

Debido a que los eslovenos formaron parte del dominio de los Habsburgo durante siglos y estuvieron vinculados al Sacro Imperio Romano Germánico desde la Alta Edad Media —aun siendo eslavos que habían migrado hacia Europa procedentes del interior de Asia a lo largo de los siglos—, Eslovenia significaba Europa central, Mitteleuropa en el Mediterráneo. Aquí podría decirse que Europa inicia su lenta metamorfosis en Oriente Próximo y Eurasia, un proceso que según mi experiencia viajera no llega a su final hasta el mar Caspio. Eslovenia, por lo tanto, era el inicio del puente hacia los Balcanes y más allá. Y, aun así, y debido a que la cultura es dinámica, cambiante y no tiene nada que ver con una proposición fija y está sujeta tanto a las distintas características de los imperios como a otras influencias, tengo la impresión de estar continuando mi viaje hacia el noroeste, hacia Viena y el corazón europeo, no hacia el sudeste, sino alejándome de él.

Unos minutos después de salir de Trieste y enfilarse la carretera en dirección sur que sigue la costa del Adriático, me encuentro en la frontera entre Italia y

Eslovenia, marcada solo por un cartel indicador, un casino y unas cuantas gasolineras, puesto que el combustible es más barato en el lado esloveno. Pero no hay puesto fronterizo; ningún lugar donde pararse y enseñar el pasaporte, porque esta antigua frontera entre la Europa comunista y la Europa capitalista, entre el mundo latino y el mundo eslavo, se encuentra ahora en medio de la OTAN, la Unión Europea, la Eurozona y el Espacio Schengen. El taxista apenas aminora la velocidad. Me quedo maravillado, simplemente porque conozco muy bien la Eslovenia de los malos tiempos de la Guerra Fría.

La carretera continúa con su resplandeciente asfalto nuevo y sus señales de tráfico parpadeantes, exactamente igual que en el lado italiano. Eslovenia, a pesar de los cuarenta y cuatro largos años de interrupción histórica del comunismo de Tito, siempre estuvo mucho más vinculada a Europa que el resto de Yugoslavia, y gran parte de su territorio formó parte del Imperio Habsburgo durante medio milenio, hasta el final de la Primera Guerra Mundial. Las ciudades costeras de Koper, Izola y Piran aparecen en sucesión, con sus cascos antiguos más venecianos que austríacos, ya que esta parte de la costa adriática fue la única zona del territorio de habla eslovena donde los últimos siglos de la Edad Media y los primeros de la Edad Moderna vivieron el gobierno de los dux venecianos durante mucho más tiempo que el de los emperadores Habsburgo.

En este sentido, me encuentro ahora más cerca de Venecia que de Trieste, por mucho que haya entrado en un país espiritualmente más próximo a Viena. Todo es natural, aunque complicado. En la civilización hay muy pocas cosas puras y prácticamente nada es blanco o negro. A través de la neblina satinada de primera hora de la mañana, entre robles, olivos y cipreses, vislumbro una larga hilera de pinos que me recuerdan a Roma.

Treinta y cinco minutos después de salir del hotel de Trieste, accedo al hotel de Piran. Croacia es visible al otro lado de la bahía. Esta frontera marítima entre ambos Estados, que se separaron de Yugoslavia en 1991, ha sido objeto de disputas.^[3] Todas las fronteras están extremadamente cerca: la costa adriática de Eslovenia tiene solo cuarenta y siete kilómetros de longitud. Igual que el hotel de Trieste, el de Piran fue construido antes de la Primera Guerra Mundial, aunque aquí la elegancia del Viejo Mundo ha desaparecido. Un vestíbulo lujoso, aunque genérico, da paso a habitaciones decoradas con la madera contrachapada característica de los alojamientos de grupos turísticos de bajo presupuesto. Siento una punzada de nostalgia pensando en el periodo del comunismo tardío de la década de 1980, cuando yo era un joven

periodista y experimenté los nuevos hoteles provincianos de la antigua Yugoslavia.

Doy un paseo. La brisa dibuja líneas en el mar, que debido al invierno tiene un aspecto nocturno a pesar de ser solo media tarde, y, aun así, junto al puerto, su sosegado aliento a pescado resulta delicioso. Piran es uno de esos lugares donde te apetecería tener un velero. Esta pequeña ciudad es perfecta. Sus plazas a escala humana y sus callejuelas están agraciadas con escabrosas fachadas en tonos pastel que combinan el estilo neoclásico con el gótico veneciano, aderezado con un toque de barroco. Las pilastras y los frontones apenas sobresalen de las superficies de los edificios y crean una belleza discreta y minimalista. La iglesia austeramente neoclásica de San Pedro, en la plaza principal, fue diseñada en 1818 por Pietro Nobile, el arquitecto de la corte de los Habsburgo — un hombre de linaje italo-suizo— que diseñó también la iglesia neoclásica de la cabecera del Gran Canal de Trieste. El campanario de principios del siglo XVII que corona la colina es una versión en pequeño del que se encuentra al lado de San Marcos, en Venecia.

Lejos del mar, las plazas y las casas de piedra se ven más castigadas y erosionadas por el clima, y adquieren ese tipo de belleza que, como dice Brodsky, debe surgir con naturalidad como la obra del tiempo. Ascendo por callejones tortuosos y empinadas escaleras hasta la iglesia parroquial de San Jorge, consagrada en 1637. Todos los altares de finales del Renacimiento y del Barroco que flanquean la nave de paredes blancas son como una ofrenda en la cima de una montaña, un desorden mágico que roza casi la chabacanería; esto es, al parecer, lo máximo que puede hacer la humanidad para demostrar su gratitud al Todopoderoso. Es patético y magnífico al mismo tiempo. Me detengo delante de cada altar: un festín de pinturas al óleo enmarcadas por columnas venosas con capiteles corintios, cada una de ellas ligeramente distinta a las demás. Bloques de mármol del color de la rosa del té resaltan la piedra calcárea, junto con medallones y jarrones en algunos casos, un caos que se apiña bajo un frontón triangular, «La genialidad del Barroco», pienso, cuya filosofía primordial son «las pasiones del alma», en la que el razonamiento se abandona para ser sustituido por una exageración y una abundancia deliberadas.^[4] Aunque novia de Oriente, la religión de Venecia era el catolicismo romano, que en ninguna parte es más poderoso que en esta iglesia, una fuerza de expansión imperial tan dinámica como lo fueron en su día las culturas paganas de Grecia y de Roma.

He venido a Piran porque aquí nació en 1692 Giuseppe Tartini, violinista y compositor italiano de la música barroca que tanto adoro. Mientras que el

sonido de Bach es de una complejidad inagotable, casi cerebral, Tartini, al menos para mis inexpertos oídos, crea una energía intensa, más ligera que el aire, complementada con torrentes de anhelo apasionado, de tal manera que unos pocos instrumentos de cuerda suenan como una docena. La casa natal de Tartini, junto a la plaza principal donde se encuentra su estatua, tiene una pequeña y animada sala conmemorativa en la segunda planta, donde se exponen el violín que tocaba, su máscara mortuoria, unos cuantos grabados sobre madera de la época, mobiliario de estilo rococó italiano y algunos de sus manuscritos sobre filosofía. Una señora de modales exquisitos es la encargada de conservar el lugar y es una experta en Tartini y su música. Me acompaña algún que otro visitante, entre ellos un norteamericano que está haciendo una gira por las casas natales de los compositores barrocos. Habla con ternura sobre cómo las distintas escalas musicales transmiten emociones distintas: la escala «mayor» tiende a ser alegre y optimista, mientras que la escala «menor» es más oscura e introspectiva.

Al atardecer, la plaza principal y las calles secundarias del puerto están abarrotadas de gente dando un paseo. La saliva atomizada de las consonantes eslavas eclipsa las vocales operísticas del italiano. Las mujeres se esfuerzan por ser elegantes y casi lo consiguen; los hombres se ven más desaliñados y de clase trabajadora, pasean en grupos de cuatro o cinco, ligeramente encorvados y a menudo fumando un pitillo, vestidos con chaquetas holgadas y zapatillas deportivas. Los pañuelos de seda, los zapatos de piel de primera calidad, los pantalones vaqueros de marca, los jerséis ceñidos y otros detalles de los hombres de Trieste no son más que un recuerdo; igual que la compleja decoración de interiores de Trieste, con sus cortinas, sus marcos dorados y sus jarrones con flores, de todo lo cual emergía esa sensación de intimidad; son cosas pequeñas, lo reconozco, pero no puedo pasarlas por alto. ¿Cuántas culturas pueden igualar la precisión estilística de los italianos? Ciertamente, a pesar de la eliminación de las fronteras, he cruzado una de ellas: una frontera, además, que tal vez vaya significando menos a medida que pasen los años, a medida que los mundos italiano y eslavo encuentren el camino de vuelta a algún tipo de simpatía cultural como la que se vivía en los tiempos de los antepasados de Claudio Magris; pero una frontera, al fin y al cabo. Aquí, el camarero invita al chupito de *slivovitz* en vez del *limoncello* que se ofrece en Trieste.

Incluso dentro del Espacio Schengen, la Unión Europea es un territorio en expansión integrado por culturas e historias nacionales radicalmente distintas, gobernado en gran medida por una burocracia remota y solo parcialmente

democrática instalada en una capital lejana del noroeste de Europa, con gran parte de sus naciones súbditas exigiendo en la actualidad una representación más directa. Desde un punto de vista funcional, ¿no sería esta una forma de imperio tardío y en decadencia? Aunque, teniendo en cuenta su énfasis abrumador en la legalidad y los pequeños Estados, podría definirse también, tal y como observa el historiador de Yale Timothy Snyder, como una respuesta a la pregunta de qué viene después del imperio. Porque, según él explica, la Primera Guerra Mundial significó el colapso de los imperios terrestres europeos (Habsburgo y ruso), mientras que la Segunda Guerra Mundial inició el proceso de desaparición de los imperios marítimos (británico y francés). Lo que siguió fue la «Unión Europea^[5]». En cualquier caso, la Unión Europea se sitúa históricamente mejor en el seno de la discusión sobre el concepto de imperio y sus distintos formatos. La Unión Europea no ha evolucionado desde la nada, sino que contiene ecos del pasado.

Después de visitar las concurridas ciudades de Rávena, Venecia y Trieste, en Piran me retiro a hoteles al lado del mar que en temporada baja están vacíos en sus tres cuartas partes, donde las mesas de café sobre las losas del suelo están desoladas excepto por unas pocas personas que, envueltas en abrigo, desafían la climatología y contemplan la belleza de cristal tallado del mar, que parece el lugar donde se acaba el mundo. En invierno, una ciudad portuaria es realmente ella misma, con su singular aislamiento contra los elementos. Solo hay un restaurante abierto para cenar. Los veleros están apiñados los unos contra los otros, con sus brillantes mástiles y crucetas de aluminio balanceándose en el agua como jeroglíficos de vacaciones tanto pasadas como aún por llegar. La riqueza, independientemente de tu cuenta bancaria, se encuentra en haber navegado por una costa limpia y recortada cuando los días de otoño son todavía cálidos, las noches frías y deliciosas bajo las mantas de cubierta, y las multitudes ya se han marchado. El mejor lugar del mundo donde dormir es un velero.

Son pensamientos que me vienen a la cabeza mientras sigo paseando. Necesito pasar tiempo en cada lugar sin tener nada que hacer. Viajar es el arte de perder el tiempo útilmente. Leo durante dos horas un libro estupendo mientras disfruto de un expreso doble en una cafetería. Siempre extraigo más de la lectura cuando estoy lejos de casa, cuando estoy menos cargado de preocupaciones y, en consecuencia, consigo concentrarme mejor. Después, recorro todos los callejones hasta que me percató de un nuevo detalle o de un detalle que creía conocer pero que hay que corregir. Doy conscientemente gracias a los espíritus por estar vivo y me comprometo a quejarme menos de

ahora en adelante. Porque nada me levanta más el ánimo en el Mediterráneo que el pálido sol invernal, que proporciona la cantidad de calor suficiente como para ser un milagro. Solo después de aburrirme un poco sé que es hora de seguir adelante.

Acabo de enterarme de que Boris Pahor, el gran escritor esloveno y superviviente del Holocausto, está enfermo y no puede recibirme. Vive en las afueras de Trieste y estaba dispuesto a desandar mis pasos para ir a visitarlo. Nacido en 1913, tiene ciento tres años de edad, y una parte del atractivo de la visita era conocer a una persona tan mayor, con tanta experiencia vital que relatar.

Necrópolis, de Pahor, es un documento del infierno compuesto a partir de los recuerdos del Holocausto que se agitan dentro de él «como las algas cuando se remueve el agua estancada». Es un mundo donde se muere de hambre lentamente, «en el que todos los preceptos de la civilización han sido derrocados por la ilimitada tiranía del epitelio estomacal». Su experiencia, a raíz de su paso como médico y prisionero de un campo de concentración a otro, reduce la épica maldad del Holocausto a una muerte y una crueldad tras otra: a un carcelero que apalea a un prisionero medio desnudo y muerto de hambre para acto seguido rociarlo con agua helada en pleno invierno. A bordo de un tren de la muerte, en un vagón próximo a la locomotora, Pahor «sentía el calor del acero como el vientre de un animal. El fin de la humanidad», reflexionó, está aquí «porque lo único que queda es la compasión del metal caliente». Únicamente renunciando a todos los recuerdos del pasado y dejando de pensar en el futuro consiguió mantener la cordura. Y después de tantos recelos entre italianos y eslovenos, con los primeros intentando aniquilar la identidad de los segundos, fue «el miedo compartido a los hornos» lo que acercó a los dos grupos en los campos de exterminio.^[6]

Un hombre así es un realista que nunca ha perdido su humanidad. En la década de 1960, mientras observa a los turistas que visitan uno de los campos de concentración, Pahor reconoce que Europa «emergió de los años inmediatos de posguerra como una inválida, con ojos de cristal para no asustar con sus cuencas vacías a los buenos ciudadanos». Los europeos, en opinión de Pahor, se convirtieron en personas «estandarizadas» rebosantes de complacencia y cobardía, lobotomizadas por su pasado más que sensibilizadas por él. Pero nunca se mostró cínico. Escribe que un día el hecho de ver por casualidad un periódico en los barracones «me desencadenó

una oleada de calor y luz», puesto que en los titulares aparecían nombres de ciudades italianas «que de repente se presentaron ante mí con todo su esplendor, con sus bóvedas medievales y sus arcos góticos, con sus portales románicos, los frescos de Giotto, los mosaicos de Rávena».^[7]

Debido a que la comparación es la base de todo trabajo intelectual serio, quienes tienen experiencia directa sobre épocas anteriores son también quienes tienen opiniones más profundas sobre la actual. La gente mayor me resulta fascinante desde que cumplí los treinta y, por ello, siempre he querido estar cerca de ella. Los jóvenes son iguales en todo el mundo, andan siempre en grupitos, con la cabeza inclinada sobre el teléfono móvil, mientras que los ancianos se sientan solos o en tranquilas y solitarias parejas, y son distintos entre ellos; su expresión, además, contiene todas las tribulaciones de la vida. Sean cuales sean sus rencores, son más originales. La belleza de la juventud esconde nuestro verdadero carácter, que emerge con más claridad con el rostro arrugado de la edad. Jamás olvidaré estas líneas de Solzhenitsyn:

Los niños idolatrados aborrecen a sus padres y, cuando se hacen un poco mayores, acosan a sus compatriotas. Las tribus que practican el culto a sus antepasados han sobrevivido durante siglos. Ninguna tribu sobrevivirá mucho tiempo rindiendo culto a la juventud.^[8]

Koper, a quince kilómetros de distancia por la costa, era conocida por los romanos como *Capris* («cabra», de ahí el nombre esloveno, Koper), por los bizantinos como Justinópolis y por los venecianos y otros italianos como Capodistria o «cabeza de Istria». Después de caer en manos de Venecia en 1278-1279, Koper tuvo su propio gobernador y su propio territorio agrícola, igual que otras ciudades de la costa adriática oriental que estaban bajo control veneciano. Istria, en particular, la gran península que asoma hacia el Adriático, era para Venecia una línea de defensa estratégica contra los imperios de los Habsburgo y otomano, además de una base para una clase social integrada por comerciantes, administradores y otros intermediarios que facilitaba la compleja relación entre los imperios veneciano y otomano. Con la caída de Venecia a finales del siglo XVIII, Koper, como otras ciudades de la región, quedó bajo el control de los Habsburgo. En el período de entreguerras fue gobernada por la Italia fascista y posteriormente pasó a formar parte de Yugoslavia. En 1991, después de una guerra con Belgrado que se prolongó apenas unos días, Eslovenia se separó de la Federación Yugoslava.

Koper no es una bella y deslumbrante ciudad de juguete como Piran. Incluso su casco antiguo está abarrotado de coches y repleto de edificios vulgares y anodinos. Lo primero que ves al entrar es su gigantesco puerto lleno de grúas pórtico y algunos concesionarios de coches de lujo. La música pop retumba incluso en las callejuelas más pintorescas. Los restaurantes y las cafeterías lucen una decoración poscomunista sin ser del todo posmoderna. Repito, una vez más, que esto no es Italia, donde el tejido del arte y la cultura material que ha evolucionado con el paso de los siglos es mucho más rico; y tampoco se observa la aterciopelada calidez y elegancia de los Habsburgo que se veía en Trieste. Y por lo que se refiere al legado de Venecia, a pesar de las potentes esculturas y las tenues pinturas al óleo de los primeros *podesta* venecianos modernos que se exhiben en el museo regional, hay que tener en cuenta que el gobierno de Venecia terminó aquí hace más de doscientos años y que Koper no fue más que un puesto avanzado imperial.

Naturalmente, ir retirando capas y capas de historia y cultura es un trabajo incierto y peligroso. A saber, Koper posee una comunidad de etnia italiana muy numerosa, y, a pesar de haber estado bajo el gobierno de la Yugoslavia comunista durante décadas, siempre fue una de las partes más prósperas y cosmopolitas de la federación.

El mundo del comunismo tardío titila irónicamente aquí, con la desafiante intensidad religiosa de Koper. Es domingo y la inmensa catedral de la Asunción, del siglo XV, está llena a rebosar de fieles que entonan el «Aleluya». En el interior barroco, siento entre los eslovenos la misma emoción conmovedora que conozco del catolicismo polaco y croata: religiones combativas cerca de la frontera con la ortodoxia, nacidas de décadas de lucha contra el marxismo ateo que borró tanta tradición y dejó a su paso un vacío moral. Los cánticos que resuenan en la catedral, una auténtica fortaleza de piedra con arcadas góticas ciegas, son un robusto refugio.

En el exterior se hace necesario bloquear todas las distracciones para poder apreciar las obras maestras renacentistas, góticas y barrocas que se despliegan a tu alrededor. Las fachadas de piedra descascarillada, con sus decoraciones heráldicas y sus escudos de armas, erosionadas y ennegrecidas por el tiempo, inspiran el análisis y la introspección de un modo en que los animados colores pastel de Piran, que enfatizan la superficie por encima del volumen, no consiguen hacerlo. Siempre es el detalle lo que te acaba capturando. Al final de un callejón mancillado por cables eléctricos que cuelgan por todos lados y canalones y bajantes de metal, vislumbro un tejado abuhardillado del siglo XVII coronado por una punta triangular y volutas

laterales que recuerdan la decoración de un pastel cuya piedra desgastada sigue transpirando triunfo. El palacio pretoriano, que empezó a construirse a finales del siglo XIV después de una guerra entre Venecia y Génova que consolidó el gobierno veneciano en la ciudad, resume la esencia del poder veneciano gótico en Koper, con sus almenas y sus arcos ojivales, entre bustos de *podesta* que, aunque no totalmente naturales, te obligan a concentrarte en la historia como el resultado de la obra tanto de individuos como de fuerzas mayores.

Detrás del palacio y la catedral admiro la biblioteca municipal, con su fachada barroca y ligeramente clásica construida en piedra caliza; conmovedores relieves de escenas bíblicas decoran los arquivoltas. Es el palacio de la familia Bruti, construido en el siglo XVIII. Lo sé por un libro que he leído recientemente y que ha desatado en mi interior una oleada de pensamientos urgentes.

A pesar de que los historiadores conocen la inmensa diferencia que existe entre el mundo moderno temprano y el mundo moderno, los periodistas y los políticos se sienten a menudo confusos ante esta distinción. Y la distinción es crucial, puesto que nos ofrece una idea de hacia dónde podría estar dirigiéndose la sociedad humana. El periodo moderno temprano se define popularmente como aquel que comienza con el Renacimiento y termina con la Revolución Industrial o, lo que es lo mismo, la época comprendida entre el final de la Edad Media y la derrota de Napoleón.^[9] El periodo moderno comienza después de eso. Una de las claves de la modernidad es la generación de identidades mucho más múltiples y elásticas y, por lo tanto, benignas en comparación con las forjadas a partir de las camisas de fuerza étnicas exigidas por los nacionalistas modernos. En más de un lugar del mundo moderno temprano, una persona podía ser musulmana, judía o cristiana y, al mismo tiempo, ciudadana de la misma ciudad e imperio multinacional; en el mundo moderno, la religión puede restringir la identidad de una persona a un Estado monoétnico específico.

De hecho, el punto principal de *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order* [El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial], del fallecido profesor de Harvard Samuel R. Huntington —un libro sobre el que en la década de 1990 todo el mundo tenía una opinión pero que en realidad muy pocos habían leído—, es que las identidades políticas basadas en etnia, cultura y civilización no son primordiales, sino que

forman parte integral del proceso de modernización.^[10] Y, aun así, si la modernidad es simplemente una fase de la historia, ¿están las identidades —a pesar de los titulares que nos hablan sobre populismo reaccionario, guerra sectaria y conflicto entre el islam y Occidente— moviéndose imperceptiblemente en dirección hacia algo más flexible? ¿Podría la época moderna temprana ofrecer una guía relevante y más esperanzadora hacia el futuro?

Podría decirse que la visión más sofisticada de la Europa moderna temprana ha sido publicada en los últimos años: *Agents of Empire: Knights, Corsairs, Jesuits and Spies in the Sixteenth-Century Mediterranean World* [Agentes del Imperio: caballeros, corsarios, jesuitas y espías en el mundo mediterráneo del siglo XVI], de Noel Malcolm. El autor es el historiador académico definitivo: profesor investigador del All Souls College de Oxford, intimidadoramente multilingüe, detective de archivos experimentado, escritor ferozmente atractivo, biógrafo que sabe que el arte de la biografía consiste en iluminar la totalidad del periodo en cuestión y alguien que es capaz de escribir un rico retrato de un país englobado en un panorama geopolítico inteligentemente dibujado. *Agentes del Imperio*, que versa sobre la lucha por la supremacía en el Adriático y el Mediterráneo oriental entre Venecia y el Imperio otomano a finales del siglo XVI, es una «microhistoria» de una familia dentro de una visión enciclopédica, casi proustiana, de la Europa moderna temprana.^[11] Malcolm escribe historia académica y no historia popular y, en consecuencia, se dan relativamente pocas cosas por sentado. Sus páginas no derraman sangre: lo único que se cuenta es lo que los archivos y otros registros revelan. El resultado es de una cierta aridez, combinada con una erudición extrema. Por lo tanto, el lector retrocede en el tiempo, aunque tiene que trabajar duro para seguirlo todo.

Yo mismo tuve que trabajar especialmente duro para leer el libro. Hace casi treinta años, Malcolm escribió una crítica devastadoramente cruda de mi libro *Balkan Ghosts: A Journey Through History* [Fantasmas balcánicos: viaje a los orígenes del conflicto de Bosnia y Kosovo], publicado en 1993. Mi trabajo como reportero sobre el terreno en Yugoslavia y otros países a lo largo de la década de 1980 en el que estaba basado el libro, donde advertía sobre un conflicto inminente y que fue publicado en una serie de artículos en *The Atlantic* años antes de que la guerra estallara e incluso antes de la caída del Muro de Berlín, no satisfacía ni por asomo los estándares de objetividad e investigación de Malcolm. Aunque mis intuiciones sobre la región eran correctas y mi escritura vivida, la rabia inicial que sentí ante aquella reseña

dio paso, con el tiempo, a la determinación de aprender de ese tipo de críticas, viéndolas más como una oportunidad de superación personal que de resentimiento. Y me sumergí para ello en la obra magna de Malcolm, intentando en todo momento combatir el mal recuerdo de su reseña. La vida consiste en aprovechar todas las oportunidades de aprendizaje que se te presenten, por incómodas que puedan ser.^[t1]

La narración de Malcolm empieza en Ulcinj, a orillas del mar Adriático en el extremo sur de Montenegro, cerca de Albania, un lugar similar a Koper en ciertos aspectos. La ciudad, originalmente iliria, luego romana, absorbida por Bizancio y después por los eslavos, pasó a manos de los venecianos en 1405 y de los otomanos en 1571. Naturalmente, Ulcinj seguía siendo muy importante para Venecia en el siglo XVI por estar situada en una frontera vital. Aquí estaba la caótica frontera veneciano-otomana, testigo de atrocidades periódicas, donde los conflictos entre clanes eran más importantes que los religiosos. Sin embargo, la conquista otomana supuso cambios sutiles, no una revolución. Tal y como Malcolm escribe:

... podría parecer que el elemento foráneo imperaba en todos los ámbitos [...]. Es una impresión falsa. Con contadas excepciones (soldados y alguna otra), los musulmanes no eran inmigrantes traídos de lejanos territorios islámicos; eran albaneses del lugar que se habían convertido al islam. Las razones para la conversión eran diversas, y en muchos casos probablemente guardaban mayor relación con una mejoría de la posición social y económica que con cuestiones religiosas.^[12]

Es decir, sí, se produjo de hecho un choque entre imperios distintos con religiones distintas, pero no fue tan duro como podría parecer. El Imperio otomano seguía siendo una fuente importante de cereales para Venecia. Y por ello hubo largos periodos de paz entre los dos imperios durante los cuales Venecia utilizó a los otomanos musulmanes como elemento de presión sobre las ciudades-Estado católicas rivales de Italia. «Venecia —dice Malcolm— fue la única potencia [europea] cuya política naval se ocupó principalmente de la protección de las rutas comerciales; y, puesto que el comercio en cuestión era con el Imperio otomano, la política solía ser de cooperación, no de conflicto». Y aquí hay un punto incluso más importante: que la geopolítica, al ser en cierto sentido refrescantemente amoral, estaba por encima de los sangrientos enfrentamientos religiosos, con todos sus absolutos morales. Por ejemplo, la Polonia católica podía vivir con los principados

rumanos gobernados por los otomanos, «pero no podía aceptar la idea de convertirse en cliente y criatura de los Habsburgo [compañeros católicos]», demasiado próximos como para sentirse cómodos. Además, en este periodo existía el «determinante abrumador» de la política otomana sobre Europa: la lucha contra la Persia también musulmana en Asia, que alentó más si cabe —junto con el dominio otomano sobre Siria y Egipto— el deseo de los sultanes de dominar el Mediterráneo oriental y Chipre en particular; esto, a su vez, contribuyó a llevarlos a rivalizar con la Venecia católica.^[13]

Al tratarse del relato más completo que cabría imaginar sobre un periodo y un área geográfica determinados, el autor expone también el lado más desagradable de la rivalidad entre venecianos y otomanos: el envío de fuerzas irregulares desde el interior de los Balcanes con la misión de incendiar pueblos y apoderarse del ganado para hacer de este modo la vida insoportable a los venecianos, cuya franja de imperio costero en el Adriático oriental era especialmente tenue y estaba sujeta a los caprichos de los otomanos. Por otro lado, y debido al accidentado terreno de Albania, los intentos otomanos para administrar esa parte del interior balcánico se toparon con una rígida resistencia armada, de modo que, a pesar de que los otomanos destruyeron la estructura de poder existente en Albania y sus alrededores, no pudieron establecer una estructura nueva y dócil. (A veces, la anarquía se originó en la costa, como cuando los uskoks, con base en el puerto de Senj, en la Croacia gobernada por los Habsburgo, lanzaron incursiones hacia territorio otomano).

Y de lo que Malcolm nos habla es del Imperio «otomano», no del Imperio turco, por mucho que otomano y turco puedan ser sinónimos en muchos casos, pues ciertamente no lo son en muchos otros, dado que el sultanato otomano fue una combinación rica y cosmopolita de distintas culturas, e incluso de distintas religiones, que abarcaba numerosas formas de autogobierno y numerosos grupos no turcos (bosnios, albaneses, etc.). Como Malcolm nos cuenta en uno de sus apartes, los «niveles más altos» de la administración otomana incluían a «muchos “renegados” (conversos al islam) procedentes de Italia, Croacia, Hungría, Austria y otras partes, cuya lengua materna y formación mental eran occidentales». Todo este sistema de «gobierno, impuestos y organización militar» hizo del Imperio otomano «la envidia de la Europa occidental» durante los siglos XV y XVI.^[14]

Los esfuerzos de Malcolm, especialmente en lo que se refiere a la investigación de archivos, no se centran en el panorama social, militar y geopolítico en un sentido amplio, sino en las familias veneciano-albanesas Bruni y Bruti, que habitaban en un mundo dominado por los contactos y el

estatus social en la frontera entre el poder veneciano y el poder otomano, alrededor de Ulcinj, donde los idiomas italiano y eslavo se utilizaban casi indistintamente. «Los Bruni y los Bruti —escribe el autor— eran auténticos anfibios lingüísticos y culturales. Y eso [...] fue esencial para su éxito en el mundo mediterráneo en su sentido más amplio».^[15]

La familia incluía, por ejemplo, un arzobispo católico con sede en los Balcanes, el capitán del buque insignia papal en la batalla de Lepanto que tuvo lugar en 1571, un intérprete que trabajaba tanto para los venecianos como para los otomanos y un miembro de la red de espionaje española en Estambul que posteriormente llegaría a primer ministro de Moldavia. (El propio Gasparo Bruni debía lealtad tanto a Venecia como al papa de Roma y al rey de España). Mientras que Venecia y Estambul fueron los «dos centros más importantes de producción cultural de la Edad Moderna temprana» en la cuenca del Adriático, según palabras de la académica E. Natalie Rothman, los Bruni y los Bruti formaron parte de un mundo «transimperial» que «claramente violaba la representación mítica» de cada bando como el odiado y temido «otro».^[12]

Y aquí es donde se incorpora al juego Dubrovnik (conocida también como Ragusa). Ciudad-Estado con historia y semiindependiente situada al norte de Ulcinj, en la costa dalmata del Adriático, funcionó a modo de centro de inteligencia y comunicaciones entre Oriente y Occidente durante la segunda mitad del siglo XVI. La riqueza de Dubrovnik provenía de ser un centro de exportación de plomo, plata y otras materias primas procedentes de Bosnia, Kosovo y demás zonas del interior balcánico. Al estar virtualmente rodeada de territorio otomano, Dubrovnik no podía resistir militarmente a los sultanes, puesto que incluso la ciudad-Estado dependía del Imperio otomano para los alimentos. Pero, en parte por ser un suministrador de inteligencia muy fiable para Estambul, Dubrovnik no estaba obligada a suministrar soldados al sultanato ni a ayudar de forma sustancial a las tropas otomanas. Dubrovnik era la máxima representación de la ambigüedad: «un Estado cristiano enclavado en los confines del territorio otomano, prácticamente autónomo pero considerado por el sultán como parte de su imperio».^[16]

Era un mundo en el que grandes ejércitos musulmanes operaban en las profundidades del corazón húngaro de Europa central, pero también un continente sometido a una geopolítica inmensamente compleja que triunfó por encima del choque de civilizaciones. Todo lo cual nos lleva a reflexionar sobre nuestro propio mundo. La élite del conocimiento y la política de nuestros días habita en un entorno muy cosmopolita que debería hacer que los

Bruni y los Bruti le resultaran de lo más familiar. Cualquiera que, como yo, conozca las altas esferas de Londres, Washington, Nueva York, Berlín, Shanghái e innumerables ciudades más, así como el elegante e influyente circuito de conferencias internacional, es consciente de que hay mucha gente con unas dotes políglotas extraordinarias y unas lealtades de lo más eclécticas. Es un mundo en el que, por ejemplo, alguien nacido en Singapur, con padres procedentes de Francia y del Punjab, hablará inglés, francés, chino e hindi, estará en posesión de un mínimo de dos pasaportes y tendrá parientes que trabajarán en múltiples organizaciones gubernamentales y no gubernamentales (ONG) en puestos razonablemente elevados. Es un mundo en el que una élite anteriormente restringida y aristocrática se está metamorfoseando para convertirse en una clase alta global más numerosa, llena de oportunidades y riesgos, similar a la de los Bruni y los Bruti.

Es también un mundo de Dubrovniks, es decir, de ciudades-Estado transaccionales —basta pensar en Singapur o Dubái— cuyas lealtades, en el fondo, están vinculadas más a los negocios y el comercio que a cualquier potencia o filosofía política *per se*. Y, naturalmente, es un mundo de geopolítica secular que trasciende cada vez más las divisiones religiosas: Israel y Arabia Saudí forman una alianza muy real, aunque tácita, contra Irán; Estados Unidos y Vietnam, antiguos enemigos, son aliados contra China; Rumania, mayoritariamente ortodoxa, se aleja de la Rusia ortodoxa, mientras que Bulgaria y Serbia, también ortodoxas, se inclinan cada vez más hacia Moscú. Las divisiones por religión y sectas son innegables, evidentemente, igual que lo eran en el mundo moderno temprano, pero, igual que sucedía en ese mundo, cuanto más lo estudias, más abundantes resultan las complejidades y las contradicciones transversales.

En un nivel más profundo y tal vez menos evidente existe, como insinúa el filósofo francés Pierre Manent, un énfasis creciente en las ciudades-Estado y las tradiciones semiocultas del imperio, incluso cuando los problemas de los Estados modernos van en aumento.^[17] Me refiero con ello a que potencias como Estados Unidos, China, Irán y la Unión Europea, aun no siendo oficialmente imperios, comparten muchas frustraciones y retos con los antiguos *imperia*. Y, mientras tanto, en prácticamente todos los continentes las ciudades crecen hasta convertirse tanto en megaciudades como en regiones-Estado por derecho propio.

¿No es todo esto, así pues, en un nivel mucho más amplificado y ampliado, otra versión del periodo moderno temprano? Así como, en la década de 1950, un joven Henry Kissinger vio una respuesta a la posibilidad

de un Armagedón nuclear en el ejemplo de la diplomacia cortesana posnapoleónica de Metternich y Castlereagh, la respuesta de Noel Malcolm al rumbo que está tomando la llamada posmodernidad reside en centrarse en las hazañas de una familia amplia y multinacional del periodo moderno temprano en un mundo más multicultural y más puramente geopolítico de lo que nos imaginamos. En este sentido, el periodo moderno temprano y la posmodernidad se fusionan.

Reflexiono sobre todo esto delante del antiguo *palazzo* de los Bruti en Koper, una ciudad que fue una encrucijada de imperios y civilizaciones durante la Edad Media tardía y los inicios de la Edad Moderna, y que es muy posible que aún siga siéndolo.

Para comprender mejor las influencias que atañen a Koper, debo proseguir mi viaje hacia Liubliana, la capital de Eslovenia, a noventa minutos en autobús en dirección nordeste, una ciudad escondida en el sombrío y bello interior esloveno, cubierto de coníferas, cerca de un extremo de los Alpes, un lugar donde puedo escuchar a la gente hablar sobre la cultura y la geopolítica de Europa central y oriental.

Siempre he tenido la sensación de que las crisis gemelas que viven la Unión Europea y la Eurozona acabarán teniendo sus efectos más graves no en la Europa occidental, sino más al este. A pesar de todos sus problemas, los países de la Europa occidental tienen Estados y burocracias más fuertes que sus socios del este, donde casi medio siglo de comunismo ha dejado un prolongado legado de decrepitud institucional. En tales circunstancias, el poder en declive de Bruselas deja a los países de la mitad oriental del continente más vulnerables ante Moscú. Por lo tanto, en vez de escuchar los tópicos y los clichés de los peces gordos en las conferencias de Múnich y Davos, donde todo el mundo actúa para un público, prefiero mantener conversaciones individuales en las mesas de las cafeterías de Liubliana, más cerca de las fronteras con Oriente Próximo y el mundo ortodoxo, donde el riesgo geopolítico es más inmediato, menos abstracto.

Liubliana, conocida en alemán como Laibach, un lugar históricamente asociado con el Imperio Habsburgo más que con cualquier Estado-nación en particular. Aquí, en 1821, se celebró uno de los congresos más importantes para estabilizar Europa después de las guerras napoleónicas. Por lo tanto, el sonido de su nombre en alemán, Laibach, nos evoca personajes como Metternich y Castlereagh. La última vez que estuve en Liubliana fue en

octubre de 1989, justo unas semanas antes de la caída del Muro de Berlín, en un último viaje por Yugoslavia, donde había trabajado con asiduidad como reportero durante la década de 1980. Faltaban aún veinte meses para que comenzara la guerra. En última instancia, acabaría dejando Eslovenia fuera de la versión final de *Fantasmas balcánicos*, aun habiendo sido miembro de la Federación Yugoslava, mientras que sí incluiría Grecia en el manuscrito, a pesar de ser miembro de la OTAN desde hacía tiempo. Grecia, había comentado a mis editores, era oriental a pesar de sus vínculos con la alianza occidental, mientras que Eslovenia era centroeuropea aun habiendo formado parte durante tanto tiempo del país balcánico más grande.

En 1989, Liubliana me dejó una huella profunda en la memoria. Una entrada de mi diario de aquella época, publicado a modo de cuaderno de viaje en *The New York Times*, dice: «Las mañanas son un lienzo en blanco. La niebla otoñal no empieza a disiparse hasta las nueve y media, más o menos. Y, entonces, los contornos de los tejados inclinados, las agujas, las cúpulas plomizas, las estatuas, los sauces y los álamos emergen como las primeras pinceladas rápidas de un artista. Al principio es un dibujo al carboncillo. A media mañana, llegan los colores más intensos de la paleta: fachadas con ocres anaranjados y amarillos, rosas, rojos arenosos y luminosos verdes. Y por lo que a la arquitectura se refiere —continúo—, no solo es barroca y renacentista, sino también *art nouveau*, *art déco* y demás. Ello se debe en parte a que, con la excepción de los cinco años de gobierno napoleónico, Liubliana, entre 1135 y 1918, formó parte del Imperio Habsburgo y las influencias artísticas del lejano dominador se filtraron en ella». La verdad es que estaba locamente enamorado de la ciudad.^[18]

Pero mis cuadernos de viaje contienen más comentarios sobre Liubliana que no publiqué en su día: hombres fumando en el frío y húmedo restaurante del hotel, con un fondo de música de rock a todo volumen (Blood, Sweat & Tears cantando «Spinning Wheel»), mientras los camareros hablaban e ignoraban a los clientes. La gente mostraba miradas apagadas bajo un pelo enmarañado que evidenciaba tanto la ausencia de secadores como de las gafas de sol de diseño que en aquellos tiempos eran omnipresentes en la vecina Austria, y todo el mundo calzaba zapatos de mala calidad. Era un lugar donde la gente empezaba a beber muy temprano.^[t3]

Además, todas las personas que entrevisté en 1989 complicaron mis impresiones iniciales. Porque Yugoslavia estaba empezando a desmoronarse, aunque no lo mencionaran todavía en las noticias. «Los serbios miran hacia atrás, mientras que nosotros miramos hacia delante, lejos del sistema arcaico»

de la Yugoslavia de Tito. «En Eslovenia, Tito [medio esloveno] está completamente olvidado». «Los eslovenos somos como los objetores de conciencia de la Federación Yugoslava». «Vemos la televisión austríaca, no la televisión serbia». «Somos un país pequeño que mira hacia fuera, Serbia es un país grande que mira hacia dentro». La verdad es que, en octubre de 1989, Eslovenia era un lugar pobre y oprimido para los estándares occidentales que, sin embargo, hacía gala de una patente amargura por tener que apoyar a las repúblicas incluso más pobres, aunque más poderosas, de la Federación Yugoslava, sobre todo Serbia. Yugoslavia, desde un punto de vista político y cultural, había arrastrado a Eslovenia hacia el sur, hacia los Balcanes, alejándola del lugar que le correspondía en Europa central, al que el legado de los Habsburgo le daba pleno derecho. Y fue el resentimiento que Eslovenia albergaba con respecto a ese hecho lo que hizo que, igual que Polonia y Hungría, aspirara con pasión a formar parte de Occidente y, en consecuencia, del liberalismo y el libre mercado.

De todo eso hace ya tres décadas. Visitar de nuevo Liubliana es como regresar a la misma casa pero con accesorios y muebles nuevos, como si el mismo artista contemplara la ciudad con mayor precisión y la estuviera pintando ahora con un pincel más fino. Están los coches nuevos, los límites de velocidad en las calles, la nueva señalización, las zonas peatonales, los contenedores de reciclaje de diseño y un hotel con una puesta en escena novedosa y digital. El servicio es de excelente calidad, con camareros que se mueven como bailarines. La gente es delgada y atlética, con bufandas y paraguas a la última moda. En Liubliana me siento mucho más cerca de Italia que en Piran o Koper, a pesar de la influencia veneciana de esas ciudades y la de los Habsburgo aquí. Los nombres de las marcas globales están por todas partes y hay muchos turistas asiáticos de compras.

Žiga Turk, ministro del gobierno en dos ocasiones y actualmente profesor universitario, presenta, como muchas de las personas con las que me entrevistaré aquí, una claridad de expresión e ideas fría y neutral, sin esa intensidad onerosa tan característica de los Balcanes de finales de la Guerra Fría que conocí muy bien. Mientras charlo con él en una elegante cafetería tengo la sensación de estar en Bruselas, no en la antigua Yugoslavia. «Acabamos de dejar atrás el peligro —me dice— y hemos experimentado un buen crecimiento por primera vez desde 2008, cuando la crisis financiera dejó al descubierto la debilidad de nuestras instituciones. Tomemos como ejemplo

Koper, que en su día fue un bastión del ejército yugoslavo. Se ha convertido en un puerto mejor gestionado y menos propenso a los conflictos laborales que Trieste. En el futuro habrá un enlace ferroviario desde Koper hacia Europa central. La geografía de Koper, al no estar encerrado entre montañas como Trieste y Rijeka, permite que el puerto se expanda. Pero, por otro lado, mire usted esta región —continúa sin levantar en ningún momento la voz—. Es como si el cuarto imperio sucesivo se estuviera derrumbando a nuestro alrededor. Primero fue el Imperio Habsburgo, que colapso después de la Primera Guerra Mundial, a continuación el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, que se derrumbó con la Segunda Guerra Mundial, luego la disolución de la Yugoslavia socialista al finalizar la Guerra Fría y ahora la profunda crisis en la que está inmersa la Unión Europea. ¿Sabe por qué no existe un populismo paneuropeo? Porque Europa, como conjunto, carece de identidad emocional».

Se muestra a favor de una Unión Europea más fuerte porque considera que recrearía el periodo de relativa paz que se vivió en los Balcanes con los imperios austríaco y otomano, una situación que permitiría el florecimiento de las subregiones históricas. «Pero, por ahora, dada la crisis, los eslovenos estamos de acuerdo en que debemos seguir con Alemania y no con Italia, Visegrád [una agrupación de los Estados del centro-norte de Europa] o Croacia». Para él, Europa significa todavía Alemania. Y Alemania es un lugar seguro mientras sus cancilleres mantengan un sentido de la obligación similar al de Adenauer por el recuerdo de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría.

«No somos antirusos, por supuesto. Rusia nunca amenazó Eslovenia. Rusia debería seguir integrándose geopolíticamente con Europa porque sus alianzas con China y Turquía acabarán siendo imposibles de mantener». Se refiere a que Rusia siempre será un socio de segunda categoría en cualquier alianza con China, algo que Rusia jamás toleraría, aunque una Rusia en competencia con Estados Unidos en Europa sí aumentaría su importancia. Y en cuanto a Turquía, compite demasiado con Rusia en los Balcanes, el Cáucaso y Oriente Próximo. Eslovenia, que, irónicamente, aun estando dentro del mundo comunista, tuvo muy poca relación con la Unión Soviética durante la Guerra Fría, tiene en la actualidad inversiones rusas en bancos, en acerías y en una propuesta de gasoducto de gas natural.

«Es como si estuvieran de vuelta las políticas de poder europeas de los siglos pasados. —Suspira—. Rusia está de regreso y Estados Unidos se está alejando». En cuanto a la antigua Yugoslavia, «tenemos suerte de que los

croatas estén al sur, porque son tan antiyugoslavos y tan antiserbios que ejercen el efecto de empujarnos más hacia el norte, hacia Europa central». Durante mi estancia aquí escucho una y otra vez que las fronteras del Espacio Schengen, que carece de fronteras, recuerdan a las fronteras de la Europa germánica, las del Sacro Imperio Romano Germánico. Por lo tanto, Eslovenia tiene por fin una frontera históricamente natural. Pero, aun así, su mensaje alberga cierta inseguridad: el temor a que, de algún modo, Eslovenia pudiera ser expulsada de una Unión Europea debilitada, incluso cuando Eslovenia ya no forma parte (y en realidad nunca lo ha hecho) de los Balcanes.

Matej Avbelj, un joven profesor de derecho de la Unión Europea que llega a la cafetería en una pequeña motocicleta, me explica que «Eslovenia está aún en vías de tener una clase media. Los partidos políticos no tienen fondos, son institucionalmente débiles, los parlamentarios son demasiado a menudo unos don nadie. No tenemos estructuras de partido en el sentido democrático liberal como, por ejemplo, las tienen en la vecina Italia. Sigue siendo todavía una cuestión de nosotros y ellos, de Eslovenia y la Unión Europea, de Liubliana y Bruselas». Como descubriré a medida que continúe mi viaje hacia el sur de la costa adriática por Croacia, Montenegro y Albania, los problemas del comunismo siguen allí, mucho después de que el comunismo haya desaparecido.

Peter Grk, antiguo asesor principal de política exterior del primer ministro, y Alenka Kosir, funcionaria del Ministerio de Asuntos Exteriores que se ocupa de los temas relacionados con los Balcanes occidentales, no están dispuestos a renunciar a la Unión Europea. Me invitan a comer a un restaurante de diseño que podría estar situado en cualquier ciudad de Occidente y me explican que la Unión Europea significa nada menos que una mentalidad constructiva y enfocada a la resolución de problemas, una creencia en los Estados legalmente reconocidos por encima de las naciones étnicas, la consagración del individuo por encima de la del grupo y el Estado de derecho por encima del orden arbitrario. Un sistema como este debería acabar alcanzando el éxito de un modo u otro, puesto que, en última instancia, no hay otra alternativa, sea cual sea el resultado de la decisión. «Solo la Unión Europea ofrece una forma de unidad en el seno de una mayor diversidad», afirman. Y solo la Unión Europea puede salvar las partes fallidas de la antigua Yugoslavia situadas al sur, más allá de Eslovenia y Croacia. «Los rusos utilizarán Serbia a modo de cabeza de puente solo si la Unión Europea carece de la voluntad necesaria para competir allí».

Y aun en el caso de que tenga que haber una Europa que avanza a distintas velocidades, Eslovenia, dicen, está perfectamente posicionada para incorporarse al grupo económico y político más rápido, puesto que es un país pequeño —y, en consecuencia, fácilmente gestionable— y está bien situado geográficamente al tener frontera con Italia y Austria.

Pese a que ni Grk ni Kosir no están dispuestos a renunciar a la Unión Europea, reconocen también que la situación actual de la antigua Yugoslavia es un reflejo de la antigua división entre los imperios austríaco y otomano, con Eslovenia y Croacia (las historias de éxito) en el reino de los Habsburgo y los Estados mucho más débiles del sur como legado del Imperio otomano.

Grk y Kosir son jóvenes e idealistas, pero no desconocedores de la situación. Simplemente creen en la acción. Y saben que el peligro en Serbia, Bosnia, Kosovo y Macedonia no radica necesariamente en el ahora, cuando los recuerdos relacionados con el sangriento cataclismo de la década de 1990 siguen aún relativamente frescos, sino en el futuro, de aquí a unos años, cuando los recuerdos de la última guerra se disipen hasta quedar convertidos en un mito distorsionado, como sucede con gran parte de la historia de los Balcanes.

Tuve que recordarme que Liubliana está a solo una hora en coche de Trieste, un lugar que podría haber sido una ciudad-Estado independiente con fronteras abiertas —y no parte de Italia— si los acuerdos fronterizos posteriores a la Segunda Guerra Mundial se hubieran desarrollado de otra manera. El padre de Dimitrij Rupel era de Trieste y su abuelo fue funcionario de aduanas durante el Imperio Habsburgo. Rupel, nacido en 1946, fue el primer ministro de Asuntos Exteriores esloveno después de la independencia de Yugoslavia y posteriormente fue embajador de Eslovenia en Estados Unidos y alcalde de Liubliana. Es diplomático y político por naturaleza: alto e imponente, con pelo blanco y barba blanca recortada, una presencia que se hace notar; paternalista en el sentido de ofrecer siempre buenas opiniones, sin ser necesariamente un intelectual. Caigo al instante víctima de su hechizo.

«Napoleón quería cerrar la puerta marítima a la Europa central de habla germana —empieza diciéndome—. De hecho, aquí tenemos una estatua de Napoleón. Después de que Napoleón fuese derrotado, el zar de Rusia, Alejandro I, y el emperador austríaco, Francisco I, pasearon juntos por las calles de Liubliana en 1821 durante la celebración del Congreso de Laibach. Lo que quiero decir con esto es que Eslovenia y Liubliana eran mucho más

importantes entonces de lo que lo son ahora. El problema es que nuestra identidad estuvo demasiado tiempo sumergida dentro de imperios multiétnicos y, cuando vivimos en otras regiones, como Estiria y Carintia [ahora en Austria], siempre fuimos minorías. En 1848 [el año del fracaso de las revoluciones liberales en Europa], el clamor popular pedía una Eslovenia unida, pero nunca se consiguió. Cuando finalmente obtuvimos un Estado propio en 1991, fue todo tan rápido que la gente no lo vio como un gran logro. Al fin y al cabo, la guerra con Yugoslavia —era con Serbia, en realidad— duró solo unos pocos días y se llevó únicamente sesenta vidas, aunque fue el inicio del gran desastre yugoslavo».

La huida de Yugoslavia fue irónica, explica, porque «Eslovenia, al finalizar la Primera Guerra Mundial, en un arrebato de sentimiento paneslavo hacia el sur y sintiéndose oprimida por el gobierno austrohúngaro, se sumó con entusiasmo al Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos. Eslovenia había sido un mundo aparte en el Imperio Habsburgo y era una de sus regiones menos desarrolladas. Por esta razón, en aquellos tiempos no estábamos en absoluto agradecidos por los beneficios que nos brindaba pertenecer al imperio». Este sentimiento anticentroeuropeo, prosigue, «se vio reforzado por el hecho de que soldados serbios ayudaron a detener la agresión italiana contra los eslovenos en los primeros años del reino yugoslavo. Solo mucho más tarde, cuando el reino de Yugoslavia se volvió inestable y su Estado sucesor, la Yugoslavia socialista, se convirtió en una cárcel, nos dimos cuenta por fin de que habíamos estado mejor bajo los Habsburgo austríacos». Pero por entonces Eslovenia estaba atrapada dentro de los Balcanes, se lamenta.

«Nuestro mejor momento en la historia —dice Rupel con un suspiro— acaba de pasar, cuando estuvimos en una Unión Europea que seguía teniendo como miembro al Reino Unido, lo que evitaba que Alemania dominara Europa». Le preocupa que, a pesar de que Alemania ha ejercido una influencia benevolente a lo largo de las últimas décadas, un regreso a algún tipo de nacionalismo alemán en una Unión Europea post-Brexit pudiera ser el paso natural y, por lo tanto, no se puede descartar.

Damir Črnčec es columnista, profesor de derecho y antiguo responsable de la inteligencia militar eslovena. Me invita a un restaurante típico y, mientras degustamos carne a la parrilla con mostaza, me explica que, debido a que Eslovenia se encuentra en una encrucijada geográfica —y por ello se ha visto presionada en distintos periodos de su historia por italianos, alemanes y

húngaros —, es un puesto de escucha perfecto para evaluar los acontecimientos tanto de Europa central como de los Balcanes, regiones en medio de las cuales se encuentra enclavado el país. «Tanto los serbios como los croatas siguen intentando seducirnos para que nos sumemos a su bando y luchar contra el otro y, claro está, nosotros nos mantenemos neutrales». Luego me habla sobre las antiguas fronteras y asedios «turcos», de la relevancia de los rencores étnicos pese a vivir en la era de las comunicaciones digitales. Damir es duro e intenso, y alberga el pesimismo y el realismo que se encuentran de una forma más natural en un perfil militar que en uno civil. Sin embargo, la visión que sugiere de Europa está casi por completo en línea con la que acabo de escuchar esta mañana en boca de dos apacibles exembajadores del Ministerio de Asuntos Exteriores de Eslovenia.

Según esta visión, las fronteras del Espacio Schengen son naturales en muchos sentidos. Se remontan al viejo *Antemurale Christianitatis*, el «Baluarte de la Cristiandad», proclamado en 1519 por el papa León X, en una referencia a los eslavos católicos romanos como línea del frente contra el Imperio otomano, siendo Croacia la primera línea defensiva contra el sultanato musulmán y Eslovenia la segunda.

«Cuando el comunismo se derrumbó —dijo uno de los antiguos embajadores—, pensábamos que nada de esta historia anterior era importante. Asumíamos la existencia de la Yugoslavia socialista y que, antes de ella, el Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos había borrado las diferencias entre nosotros. Pero, tres décadas después de la caída de la Yugoslavia de Tito, descubrimos que estamos de nuevo en la historia de finales de la Edad Media e inicios de la moderna [en la que el territorio de Yugoslavia estaba dividido en tres imperios: Habsburgo, veneciano y otomano].^[19] Mire —continuó el diplomático y empezó a recitarme las estadísticas siguientes de memoria—, hacia finales de la segunda década del siglo XXI, los eslovenos tenían una renta per cápita de 32 000 dólares. Estaban en la Europa de “primera velocidad”. La renta per cápita de los croatas era de 22 400 dólares. Estaban en la Europa de “segunda velocidad”. Croacia, al fin y al cabo, ofrecía una historia muy mezclada. Istria, Zagreb y otras áreas del país eran herederas de la tradición austrohúngara, la costa dálmata de la veneciana y el resto del país de la otomana. (Había, en realidad, múltiples Croacias). Pero luego estaba el resto de la antigua Yugoslavia, que caía casi por completo dentro del sistema imperial otomano. Y allí teníamos Montenegro, con una renta per cápita de 17 000 dólares, Serbia con 14 000 dólares, y Macedonia, Kosovo y la que fuera la parte otomana de Bosnia con cifras similarmente bajas, si no más. De

hecho, a pesar de la existencia de una federación eslava del sur bien delimitada en los Balcanes occidentales durante gran parte del siglo XX, lo único que queda son las diferencias económicas y sociales de las divisiones imperiales más antiguas. Y esto no es ni mucho menos determinismo étnico o racial, puesto que los eslavos del sudeste de Europa se han moldeado política y económicamente más por las acciones de estos sistemas imperiales extranjeros que por su propia sangre e idioma. En resumen, la parte de Europa que en su día fue bizantina y otomana, la parte más cercana a Oriente Próximo, sigue siendo la más pobre y la menos estable».

Aquí se hace necesario un pequeño inciso. Durante siglos, los Habsburgo y los otomanos gestionaron imperios ricos, en expansión, multiétnicos y burocráticamente dinámicos que, entre otras muchas cosas, protegieron a minorías como los judíos mejor que las democracias uniétnicas que los sucederían después de la Primera Guerra Mundial. Pero había diferencias. Los Habsburgo tenían sus raíces en la Europa alpina, mientras que los otomanos procedían del Asia central y el Cáucaso. Comparativamente, el dominio de los Habsburgo estaba más desarrollado y era más rico y menos caótico que el otomano. Como periodista en Yugoslavia durante la Guerra Fría, doy fe de que esta federación tan difícil de gestionar era más pobre y más desorganizada a medida que viajaba hacia el sur para alejarme de la Eslovenia influida por los Habsburgo hacia la Macedonia influida por los otomanos.

Desde Liubliana —la ciudad donde Tito murió en 1980— se tiene la visión de que la guerra yugoslava de la década de 1990 continúa aunque sin disparos. Es decir, que las heridas provocadas por las divisiones históricas siguen abiertas. Croacia y Serbia continúan compitiendo por el control de Bosnia. Bosnia está dividida en cantones étnicos y religiosos. Los serbios y los albaneses siguen enfrentados psicológicamente. Y la unificación entre Albania y el Kosovo de etnia albanesa, por muy difícil y sangrienta que pueda llegar a ser —y por improbable que pueda parecer en estos momentos—, podría acabar produciéndose a menos que ambos lugares, junto con Serbia, entren en la Unión Europea.

Así que volvemos al tema de la Unión Europea, que, a pesar de sus patéticas deficiencias, ofrece el mejor camino posible para que el sudeste de Europa pueda seguir avanzando. Sin la Unión Europea —que amplifica tanto como contiene el poder alemán—, los Balcanes están sometidos a la influencia económica y política de Turquía y de Rusia, países neoautoritarios. Podría decirse, pues, que una especie de nuevo Telón de Acero ha creado un escenario similar a la división imperial de Europa de la Edad Moderna

temprana. Baste un ejemplo: los programas para la sociedad civil del multimillonario húngaro-norteamericano George Soros han sido atacados durante años en el antiguo bloque del Este, programas que tanto hicieron para llevar los valores occidentales al antiguo Este comunista durante las primeras y vertiginosas décadas que siguieron a la Guerra Fría. Por otro lado, tal y como mis conocidos eslovenos me recuerdan, el día posterior al referéndum que se celebró en Turquía en 2017 y que aprobó poderes autoritarios para el presidente Recep Tayyip Erdoğan, este último no fue a visitar la tumba de Mustafá Kemal Atatürk, el fundador de la Turquía moderna, para rendirle homenaje, sino la de Mehmed II el Conquistador, el sultán otomano del siglo XV cuyos ejércitos marcharon hacia Occidente desde Constantinopla y llegaron hasta Bosnia. Para Eslovenia, el futuro era problemático, a menos que Bruselas fuera capaz de igualar a Ankara y Moscú en cuanto a la fortaleza de su visión.^[4]

Viajo en coche rumbo sur, de nuevo en dirección a Koper, atravesando un paisaje alpino sin árboles con la exactitud recortada y pulcra de las tierras de Suiza o de Austria. Luego giro ligeramente hacia el este, sin dejar de ir hacia el sur, directo hacia la frontera con Croacia. Me sellan el pasaporte al salir de Eslovenia y vuelven a sellármelo cuando entro en Croacia. Cambio euros por kunas croatas. No he salido ni de la Unión Europea ni de la antigua Yugoslavia, pero sí dejo atrás tanto el Espacio Schengen como la Eurozona. Esto es una frontera real.

Empiezo a descender por túneles excavados en las montañas hasta que la extensión infinita del Adriático reaparece, con la península de Istria y las grandes islas próximas a la costa que se elevan como lomos de dinosaurios. La ciudad portuaria de Rijeka surge de pronto como una maldición: líneas robustas de bloques de apartamentos sin gracia alguna cuya verticalidad irrumpe con violencia en el paisaje. El descenso del coche continúa hasta llegar al descarnado centro de la ciudad: imperturbables edificios desconchados, ennegrecidos y toscos, devorados por el tiempo, resaltados de vez en cuando por cedros y cipreses melancólicos. Es el legado barroco y neoclásico de Austria-Hungría intercalado con el modernismo opresivo del comunismo y Occidente. Con solo observar una fila de bloques de apartamentos, con sus manchas de cemento y sus macetas con flores en mugrientos balcones, se aprecian los rastros de las distintas eras de la historia posterior a la Segunda Guerra Mundial. Las grúas pórtico acechan en el

horizonte. Porque los muelles, además del constante tráfico de los transbordadores y de tener atracado el famoso yate de Tito, constituyen un importantísimo puerto mercante.

Mi hotel, con su mobiliario de madera prefabricada y su moqueta marrón de pared a pared, es confortable pero no ha «evolucionado» como el hotel de Liubliana (ni es lujoso como los de Rímini o Trieste); aquí sigo atrapado en el siglo XX. Mientras que el vestíbulo y la cafetería de Liubliana parecían sacados de un anuncio de una revista de moda, ahora, apenas dos horas después de dejar atrás aquella ciudad, me encuentro sumergido en una elegante película en blanco y negro. He pasado de la capital de un país mucho más rico al puerto menos turístico y más industrializado de un país más pobre. Rijeka es más balcánica que Liubliana, aunque eso es solo una cuestión de relatividades, puesto que sigo estando en el antiguo Imperio Habsburgo. En esta parte del mundo, mucha gente piensa que cualquier lugar al sur y al este de donde se encuentra es donde comienza Oriente.

Rijeka es una gradación más en la ruta hacia Oriente, un lugar con profundidad, intimidad y carácter. Mientras que Trieste es dinero antiguo immaculado, Rijeka es el detrito del comunismo. El turismo global tiene aún que higienizar Rijeka. Y, por ello, esta sucia y vieja ciudad sigue siendo bella y diferente a su manera.

La Rijeka croata de la actualidad, con 129 000 habitantes, fue en su día la ciudad cosmopolita de Fiume, con su Piazza Dante y otros espacios con nombres italianizados, y estuvo habitada hasta 1947 por italianos, croatas, húngaros y eslovenos, antes de caer bajo el gobierno estéril y represivo de la Yugoslavia de Tito. Cuando pienso en Fiume, pienso en la primera esposa de Claudio Magris, Marisa Madieri, y en el diario de su infancia, *Verde agua*, titulado como el color de una falda que su madre le regaló con el dinero obtenido con gran sacrificio en una casa de empeño. Un crítico dijo que el diario hace anhelar al lector «una existencia alejada de la historia y el tiempo». Porque es un libro que celebra la cualidad indestructible de los recuerdos inspirados y asociados con el amor. Siempre que la autora pasa por debajo de la iglesia de Villa del Nevoso, llamada ahora Ilirska Bistrica, «me parece que los extremos del tiempo se tocan y que el manto que la envuelve se ha vuelto transparente», porque en su cabeza sus padres «están aún casándose allí» y su madre «hace su entrada cubierta con un ligero velo blanco» bajo el calor de agosto.^[20]

La intensidad de estos pensamientos surge de las tribulaciones de la vida de refugiada que llegaría más tarde. En 1947, cuando las fuerzas comunistas

yugoslavas irrumpieron en la zona y después de haber sufrido un año de persecución, la familia de Marisa Madieri decidió huir a Italia. Su padre perdió su trabajo y fue encarcelado durante un breve tiempo, la familia fue expulsada de su vivienda y obligada a vivir en una sola habitación con todas sus pertenencias amontonadas hasta el techo. Cuando la familia llegó a Trieste, fue recluida en un tenebroso campo de refugiados y observada con recelo por los italianos del lugar.

Rijeka —Fiume— era un lugar de soberanías en conflicto desde mucho antes de la década de 1940. A principios del siglo XV, Rijeka era un puerto marítimo importante del Imperio austríaco de los Habsburgo y, después del establecimiento de la monarquía dual austrohúngara en 1867, quedó en gran parte bajo el gobierno de Budapest y quedó conectado por vía ferroviaria con Europa central. Si Trieste es una zona de fallas, Rijeka es justo la frontera de esa zona de fallas. De hecho, después de la Primera Guerra Mundial los conflictos étnicos entre la población urbana, por un lado, y la decisión de diplomáticos extranjeros de entregar la ciudad al nuevo Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos, por el otro, llevaron a nueve mil legionarios de etnia italiana a establecer aquí la «regencia de Carnaro», una iniciativa vagamente anarquista y fascista.^[t5] Esa situación duró un año, hasta 1920, cuando el Tratado de Rapallo declaró que Fiume era un Estado libre bajo gobierno italiano. En 1924 pasó a formar parte de la Italia fascista. Y durante todo este proceso, el drama entre eslavos e italianos en la península de Istria se convirtió en un microcosmos del drama entre Oriente y Occidente, entre el oeste libre y el este comunista. Aunque, dada la crueldad y la insensibilidad generalizada de los italianos hacia los eslavos, un hecho en absoluto circunscrito a los fascistas de Mussolini, ningún bando fue ni mucho menos moralmente superior al otro.

Por ejemplo, miro los balcones de Rijeka y pienso de inmediato en el líder de la regencia de Carnaro, Gabriele D'Annunzio (1863-1938), un nombre que emerge de vez en cuando en las conversaciones de la ciudad a modo de vago y ocasional ruido de fondo, mencionado rápidamente de pasada, aunque rara vez explicado. D'Annunzio era un intelectual carismático amante del poder y la adulación que, en consecuencia, disfrutaba haciendo apariciones en el balcón. Para él, el objetivo de la política no era otro que proporcionar el escenario adecuado para la gloria y la construcción del Estado perfecto. En Fiume, en 1919, con el colapso del Imperio Habsburgo y la ciudad siendo objeto de reivindicaciones contrapuestas y larguísimas negociaciones por parte de Italia y el nuevo reino de Yugoslavia, D'Annunzio se hizo con el

poder al frente de un movimiento legionario de extrema derecha y apoyado por jóvenes excéntricos e idealistas. Aunque no duró mucho tiempo, este pensador romántico abrió estilísticamente el camino a Mussolini; era una advertencia contra las ideas difusas y la presunción intelectual. Porque las cuestiones elevadas, cuando no están basadas en la moderación y la practicidad, pueden ser el enemigo de una política sana.^[21]

Giacomo Scotti tiene ochenta y ocho años de edad cuando me reúno con él y es un hombre vivaz y diminuto, con el pelo blanco peinado hacia atrás y elegantemente vestido con corbata y suéter bajo una americana de sport. Quedo con él para comer en la Universidad de Rijeka. Desde 1948, cuando él tenía veinte años, ha estado escribiendo frenéticamente ensayos y novelas sobre el problema de las tierras fronterizas entre Italia y Yugoslavia, donde ha vivido toda la vida. Escritor prolífico y ferviente antifascista en su juventud, Scotti me cuenta, rebosando pasión, que ningún jefe de Estado italiano ha pedido realmente perdón por los crímenes de la Segunda Guerra Mundial, como sí han hecho los líderes de Alemania en repetidas ocasiones. Italia es un poco como Austria en este sentido: un país pro-Eje durante la mayor parte de la guerra que acabó considerándose una víctima. Es por eso por lo que los movimientos de extrema derecha arraigan en Italia (y también en Austria) y apuntan a un regreso de Istria y Dalmacia al redil italiano, mientras que este tipo de nacionalismo e irredentismo ha sido, al menos hasta la fecha, mucho más difícil de imaginar en Alemania. «Miles de eslovenos, croatas y montenegrinos murieron en campos de concentración en Italia y en territorio controlado por los italianos. En las escuelas italianas no se mencionan estas cifras. Los italianos no pueden, pues, sentir el dolor de los otros», dice. Scotti cuestiona la idea de que, sin la alianza con Hitler, Mussolini sería recordado como alguien no peor que Franco o Salazar. «Recuerde que Mussolini invadió Etiopía en 1935, cuatro años antes de la alianza formal con Hitler. Mussolini quería dominar todo el Mediterráneo central», y, de hecho, ocupó prácticamente la totalidad de la costa adriática oriental hasta Albania y Grecia durante la Segunda Guerra Mundial.^[t6]

Scotti, un anciano que vive en una de esas anónimas torres de apartamentos de la zona yugoslava de Rijeka que nunca formó parte de la antigua Fiume, es un ejemplo viviente del poder de la memoria para transmitir hechos vitales y verdades objetivas. A su propia manera, es un *fiuman* o, es decir, un individuo de etnia italiana que cree en una soberanía cosmopolita

más flexible que la asociada con el Estado italiano. Me menciona el águila de dos cabezas que acaba de ser instalada de nuevo en lo alto del campanario del centro de Rijeka. «Es un emblema de los Habsburgo, ni croata, ni húngaro ni italiano. Los fascistas lo desmontaron y simboliza la libertad local y la autonomía que esta ciudad disfrutó con los Habsburgo». En el fondo de su corazón, Rijeka siempre ha sido independiente, sugiere.

Una noche cenó en el pueblo costero de Kantrida, a pocos minutos en coche de Rijeka en dirección oeste. Me acompañan tres académicos locales: Sanja Bojanić, que imparte filosofía; Vanni D'Alessio, historiador; y la esposa de Vanni, Sanja, antropóloga. El restaurante es un local sencillo y sin pretensiones, de esos que cada vez resulta más difícil encontrar y que me recuerda las islas griegas en la década de 1970, y bajo las vigas de madera contemplamos la majestuosidad de la costa de Istria. Cenamos con aguardiente de uva y *malvazija* (un vino blanco local que se sirve en jarras) y disfrutamos del rodaballo.

Hablamos sobre fronteras y todos se muestran de acuerdo en que el siglo XX fue una catástrofe. Tal y como Vanni explica, la costa, apenas a un kilómetro más hacia el oeste de donde nos encontramos, quedó bajo el dominio de Trieste, y aquí, donde estamos sentados, así como parte de Rijeka, quedó orientado hacia Budapest. De hecho, la ciudad de Rijeka estaba dividida, y la otra parte quedó políticamente orientada hacia Zagreb. Pero, a pesar de todas estas tensiones complejas y transversales, el sistema imperial funcionó, puesto que al final todo el mundo era leal a la soberanía de los Habsburgo. Debajo de la tienda deshilachada del imperio yacía una gran cantidad de identidades sutiles que los acuerdos de paz posteriores a la Primera Guerra Mundial obliteraron con la creación de Estados modernos más uniétnicos y, a menudo, desagradables. Sí, Rijeka (Fiume), igual que Trieste, debería haber sido una república urbana independiente, me repetirán una y otra vez.

Es de noche y la costa de Istria ha desaparecido, con la excepción de las luces que marcan la orilla. Estamos en el extremo de la Venecia Julia, esa estrecha franja entre los Alpes en el norte y la península de Istria de la que 350 000 italianos, después de la Segunda Guerra Mundial, fueron expulsados desde las tierras fronterizas entre Italia y Yugoslavia cuando Tito consolidó el Estado eslavo del sur. La académica de la Universidad de Michigan Pamela Ballinger escribe sobre la «nostalgia por el mundo “italiano” perdido» de

Istria tanto entre los italianos que marcharon como entre los que se quedaron aquí.^[22] Pienso de nuevo en *Verde agua*, de Marisa Madieri. Porque las heridas entre los eslovenos y los italianos por la limpieza étnica que los eslavos perpetraron contra los italianos se han reabierto con el fin de la Guerra Fría. Los debates sobre culpabilidad y victimismo ya no se reprimen.^[23] Por todas partes, en este rincón nororiental del Adriático tan disputado históricamente se palpa esta tensión entre la necesidad de nación y la necesidad de pluralismo, algo que podría conseguirse con la ayuda del mar, «un territorio promiscuo, intermedio y neutral, un campo abierto al comercio de todas las naciones de este golfo», en palabras de uno de estos cautos nacionalistas citados por Dominique Reill.^[24]

La conversación de la cena se desvía rápidamente hacia los problemas de Bosnia, Kosovo y Macedonia. Por mucho que Yugoslavia esté muerta, la población habla de ella como si siguiera existiendo y como si Rijeka aún formara parte de ella. De hecho, a la mañana siguiente, Natasha Sardzoska, una joven académica visitante y traductora que vive en Skopie, la capital de Macedonia, me explica su concepto de «fronteras fantasma», antiguas fronteras que «todavía se viven como una realidad en la mente de la gente» y que, por cierto, en algunos lugares han regresado con una fuerza vengativa debido a las diferentes reacciones de los gobiernos locales a la crisis de los refugiados y los migrantes árabes. Le pregunto a Natasha sobre la situación en Macedonia y me cuenta que Skopie se ha transformado en un espectáculo de esculturas carísimas de Alejandro Magno y personajes de la Antigüedad macedonia. «La intención del gobierno era combatir las reivindicaciones históricas de Grecia y Bulgaria sobre su territorio, pero el resultado es de lo más *kitsch*, como salido de Disney». Macedonia, prosigue, es muy pobre. Sus habitantes odian «Europa» porque «los griegos impiden que Europa nos reconozca. Y, por otro lado, los turcos están intentando hacerse con la economía local». (De hecho, Macedonia llegó al compromiso de cambiar su nombre por el de Macedonia del Norte para satisfacer a los griegos).

El tiempo que paso en Rijeka es un torbellino de discusiones sobre un panorama de temas relacionados con la historia local, la antigua Yugoslavia y la existencia en sí. Aquí, como en Eslovenia, hay gente que ha experimentado el colapso del comunismo en primera persona: ellos o sus padres conocen bien la desintegración, y no solo por los libros de texto.^[25] Desde el mar, la ciudad asciende por la ladera de una colina y resulta duro caminar por ella, conectada como está por una serie de escaleras serpenteantes. El aire matutino es virulento y ácido, como si las casas siguieran aún calentándose con lignito.

Los grandes edificios austrohúngaros contienen todos los matices del amarillo, el marfil y el gris. Forman un anfiteatro que se abre al escenario del puerto, con sus grúas pórtico altas como rascacielos. Es un paisaje urbano que extrae conclusiones del recuerdo de los grandes y calamitosos acontecimientos del pasado.

Cruzo el río para dejar atrás la antigua Fiume italiana —el centro de la ciudad de Rijeka— y adentrarme en la parte de la ciudad que se ubica en territorio del antiguo reino de Yugoslavia, que existió entre las dos guerras. Aun habiendo pasado cien años, la diferencia entre los dos lados de la ciudad sigue estando presente: la parte de la urbe que fue Fiume evoca una Trieste más pobre, mientras que la parte yugoslava, con sus masas de bloques de apartamentos, evoca una vaga esterilidad socialista.

Acompañado por Sanja Bojanić, mi anfitriona, me reúno con la vicerrectora de la universidad, Snježana Prijić-Samaržija, en el despacho del rector, donde me ofrece un café con pastas. Como viajero, nunca sabes muy bien sobre qué acabarás hablando. Normalmente soy yo quien rompe el hielo y dejo luego que la conversación siga su curso. Resulta que ambas académicas están muy preocupadas por la pérdida de verdad y objetividad en la era digital. Desde el Renacimiento ha habido una búsqueda de hechos y un pensamiento analítico disciplinado para llegar a las respuestas correctas a los problemas. La verdad es un valor en sí mismo, evidentemente. Sin ella no habría ciencia ni resolución de las cosas. Pero Sanja y Snježana definen la posmodernidad, con sus equivalencias morales y sus diferentes narrativas subjetivas, como algo que está llevando a la destrucción de todo eso. Sanja dice que es un proceso «entrópico». El academicismo, con su deconstruccionismo que desmantela ideas, experiencias y recuerdos, ya no es del todo inocente en este sentido. La idea, ciertamente, no es nueva, pero vincula las élites intelectuales de Europa con sus homólogas en Estados Unidos. Nos vemos como parte de la misma lucha moral, dirigida contra la subversión del argumento razonado que fomenta la emoción populista en ambos lados del Atlántico. Así pues, el hecho de que Sanja, Snježana y yo coincidamos tanto en este sentido es una prueba de la división que existe entre nosotros y muchos de nuestros compatriotas en nuestros propios países.

Ahora estoy con gente joven, y mucho mejor. Los estudiantes con quienes me reúno en la Universidad de Rijeka están preocupados por las mismas cosas que los analistas norteamericanos: para empezar, el debilitamiento de la Unión Europea, combinado con una futura Alemania posiblemente más nacionalista y políticamente poco fiable. Un estudiante de Rumania que

estuvo en el Reino Unido durante la época de la votación del Brexit dice que la Unión Europea es mucho más que un organismo impersonal y burocrático. «Muchos de mis amigos lloraron cuando se dieron a conocer los resultados de la votación. Fue una experiencia realmente trágica para nosotros». (Un poco como el colapso del Imperio Habsburgo, pienso). Es un punto de vista común entre la élite, sin duda, pero también una indicación más de hasta qué punto Europa central y los Balcanes no son entidades tan distintas. Estas regiones no están en realidad tan separadas entre sí ni tampoco tan separadas de Norteamérica, sino que más bien puede decirse que sus élites van en la misma dirección que las élites de todo el mundo.

La conversación con estudiantes y académicos continúa al día siguiente en Opatija y Volosko, antiguas poblaciones turísticas de tiempos de los Habsburgo situadas al oeste de Rijeka. Aquí está el Mediterráneo genérico de las revistas de viajes, el duplicado de la Costa Azul, con coches veloces, aguas azul turquesa, un *lungomare* por donde solía pasear Francisco José, casas suntuosas y recargadas que deslumbran con su luz, cafeterías decoradas con motivos de hierro forjado y lujosos jardines con los brotes primaverales de palmeras, pinos, robles, magnolios y glicinas, intercalados con oscuros cipreses que, solo quizás porque expresan la belleza de un teorema matemático, alegran tu estado de ánimo. Con sus *boutiques* y sus hombres con corbata de seda y caras americanas, Opatija y Volosko son lugares que hablan a gritos de buen gusto y en voz baja de dinero.

Pienso por un momento en Vladímir Nabokov, que estuvo aquí con su familia en 1904, con solo cinco años de edad, cuando Abazzia, nombre con el que se conocía Opatija por aquel entonces, evocaba el universo *fin-de-siècle* aristocrático de la Riviera austríaca que muy pronto desaparecería por la guerra. Nabokov, de lejos el más refinado y lapidario de los gigantes literarios rusos, encaja a la perfección con Opatija. Nadie recuerda su infancia con la exactitud apasionada de Nabokov. El suyo era un estado elevado de conciencia que encarna el recuerdo en sí mismo. Había tanta alegría y fuerza vital contenida en su sonrisa ligeramente marchita.

Sopla el *bora*, el viento que dicen que nace en Senj, al sur de aquí, se casa en Rijeka y muere en Trieste. Los estudiantes y yo, entre largas caminatas, pasamos de una cafetería a un restaurante. Contemplando el espectáculo de riqueza que desfila junto al mar, hablamos de que Marx se equivocó acerca de la primacía de la economía. De que no todo gira en torno a los intereses económicos. Al fin y al cabo, dice uno de los estudiantes, «en Europa los ricos votan a la izquierda, y los pobres y las clases medias bajas votan a la

derecha. ¿Por qué? Porque cada sector de la sociedad se identifica culturalmente con estas tendencias». Otro estudiante añade: «La izquierda pseudocomunista es guay y encarna el chic radical con sus ONG y las causas que ponen de moda. Eso cautiva a la gente rica y atractiva. Los pobres, por otro lado, se sienten atraídos hacia el nacionalismo étnico de la derecha». Y esta es en parte la razón por la cual, como dice otro estudiante: «Soros está siendo condenado por la derecha populista en los antiguos países comunistas. La cultura de las ONG que Soros ayudó a crear sin ser consciente de ello se ve, justa o injustamente, como un trasplante elitista». Todo lo cual nos lleva a una discusión sobre el «esnobismo» de los académicos, con su propio sistema de clases de profesores titulares y profesores temporales pobres, y las peleas maliciosas y egoístas sobre la exactitud de las notas al pie y muchas otras cosas más. Los títulos de textos académicos de origen oscuro vuelan de un lado a otro, junto con discusiones sobre su valía. Tomo nota de los títulos de algunos para leerlos y juzgar por mí mismo.

Mientras hablamos de libros, saco a relucir el nombre de Milovan Djilas, el gran combatiente partisano de la Segunda Guerra Mundial que fue en su día el heredero aparente de Tito y posteriormente la encarnación del disidente de la Europa del Este, un hombre que escribió clásicos de la literatura de la Segunda Guerra Mundial y la Guerra Fría como *Wartime*, *Conversations with Stalin* y *The New Class*. Entrevisté a Djilas anualmente durante la década de 1980, en su apartamento en Belgrado, justo detrás del edificio del Parlamento. A través de una interpretación clínica de la historia, Djilas vislumbró los vagos contornos del futuro y predijo, concretamente, la guerra de la década de 1990.

«¿Quién es Djilas?», preguntan casi al unísono los estudiantes sentados a la mesa. A pesar de ser todos ellos antiguos yugoslavos, estos estudiantes y profesores no han oído hablar nunca de él. Resulta que la combinación de la censura que se prolongó hasta la década de 1990, cuando mis interlocutores eran niños e iban a la escuela —Djilas, al fin y al cabo, fue un disidente durante mucho tiempo después de romper con Tito—, con las listas de lecturas restrictivas, a menudo abstractas, y teóricas de sus cursos universitarios no dejó espacio a este gran cronista de toda una época de la segunda mitad del siglo XX, período que dio origen a las guerras de secesión yugoslava de la década de 1990. Los libros y los manuscritos proliferan hoy en día, aunque en realidad se lee menos y gran parte de lo que es vital no se transmite de generación en generación.

En la mesa del restaurante se respira un ambiente de depresión y consternación. Y no es solo por el estado del mundo académico. Europa y especialmente los Balcanes no parecen muy esperanzados. Ahora me explican que, entre otras cosas, Montenegro se ha convertido en una colonia de la mafia rusa y Albania en la colonia de la mafia del sur de Italia, y que dichos grupos son los responsables de la proliferación de restaurantes de diseño, bares, hoteles caros y joyerías en Podgorica y Tirana. Y luego empieza la conocida letanía sobre el pobre y desagradable clima étnico de Bosnia, Serbia, Kosovo y Macedonia. En esta parte de Europa parece que la OTAN no es más que una capa superficial de la realidad y la Unión Europea se ha quedado simplemente sin combustible y sin credibilidad.

Regreso a la habitación del hotel, entre libros y notas, y pienso que no todo puede ser tan deprimente. El pensamiento lineal conduce a menudo a agujeros negros, pero tiene una falla en su lógica. No creo que haya otra guerra en los Balcanes, porque el conflicto de la década de 1990 fue provocado estructuralmente por el caótico proceso de disolución de Yugoslavia y la consiguiente desaparición del ejército yugoslavo, con todo su armamento. Yugoslavia ya se ha desintegrado y, por lo tanto, lo que suceda será distinto: tal vez una nueva división de Europa no en términos cinematográficos e ideológicos con un nuevo Muro de Berlín, sino algo mucho más sutil, y sí, del estilo de la Edad Moderna temprana. Y considerar cuál podría ser ese futuro me lleva a pensar en otros escritores y en lo que tienen que decir al respecto.

«La modernidad es en primer lugar un proyecto, un proyecto colectivo formulado en Europa, implementado primero en Europa, pero destinado desde el principio a toda la humanidad», afirma el filósofo francés Pierre Manent. Esto ayuda a explicar el pensamiento del intelectual galo Julien Benda en la década de 1930, que creía en una Europa desnacionalizada, racional y abstracta que, tal y como destaca el intelectual neerlandés-norteamericano Ian Buruma, ha resultado ser insatisfactoria para las masas, que quieren algo que resulte más tangible culturalmente.

Europa, en otras palabras, y muy en especial en los momentos que siguieron al final de la Guerra Fría, sustituyó su ideal cultural y de civilización por el de la humanidad en su conjunto. Y eso ha sido un problema. De hecho, mientras que las élites europeas hablan de derechos universales, los ciudadanos de los países europeos quieren gobiernos que

estén más cerca de las emociones y las preocupaciones del día a día. Y debido a que el superestado de la Unión Europea ha demostrado ser inadecuado para muchos, es muy posible que volvamos a lo que Manent, una vez más, denomina antiguas formulaciones políticas de ciudad, imperio y tribu o *ethnos*. Lo que está claro es que las ciudades europeas siguen creciendo y transformándose en formas de identidad cada vez más vibrantes, de manera que expresan el triunfo de la civilización actual igual que lo hicieron para el imaginario guerrero lombardo del siglo VIII de Borges en Rávena. Entretanto, los antiguos imperios europeos existen de manera no oficial en los modelos económicos y sociales diferentes que han legado a las distintas partes de Europa, desde el Imperio carolingio en el corazón de Europa hasta el Imperio Habsburgo en Europa central, pasando por los imperios bizantino y otomano en los Balcanes, mucho menos desarrollados. Y en lo que a la tribu se refiere, queda representada por el nacionalismo populista, tal vez el canto del cisne del Estado moderno, ya que centenares de millones de personas viven en la actualidad lejos de su país de origen y más de mil millones de personas cruzan fronteras cada año.^[26]

A saber, Hegel llama «nación» a aquello que se apropia, en palabras de Manent, de la «función mediadora» de la religión. Porque fueron las divisiones religiosas, escribe Manent, las que «proporcionaron la razón más poderosa y más específica para la construcción del Estado moderno».^[27] Sin embargo, ese mismo nacionalismo que sustituyó a la religión, y que en su día brindó a los Estados europeos sus elevadas ambiciones además de sus valores liberales (basta ver las revueltas de 1848), puede ser también una fuerza paralizadora e incluso reaccionaria; una razón del declive momentáneo que en ciertas partes de Europa viven los partidos políticos centristas, que a menudo parecen haber agotado sus ideas. Naturalmente, en el otro extremo se encuentra el cosmopolitismo, que corre el peligro de poner demasiado énfasis en la racionalidad y en el individuo «egocéntrico» y egoísta.^[28] Por eso, según Manent, las naciones institucionalmente menos seguras de Europa central se oponen de un modo tan visceral a este cosmopolitismo y liberalismo posnacionales. Países como Polonia, Hungría y Eslovenia no podrían enfrentarse a las presiones multiculturales que afronta, por ejemplo, Francia con sus millones de musulmanes y mantener la paz social.

Sin embargo, el profesor de Oxford Jan Zielonka afirma que no todo es tan sombrío, ya que podría acudir al rescate un vibrante «neomedievalismo»: una superposición dinámica de identidades y soberanías —supranacional, nacional y local— en la que ciudades y regiones compiten con la Unión

Europea por hacerse con las lealtades de la población. Pero, sin lugar a dudas, el mundo westfaliano de «concentración de poder» e «identidad inequívoca» está en declive.^[29]

La Unión Europea se construyó sobre la base de este mundo moderno de Estados fuertes dispuestos a ceder parte de su soberanía para acabar, de una vez por todas, con las sanguinarias políticas de poder que habían dado lugar a dos guerras mundiales. Y, debido a que Estados Unidos representaba el mundo del poder y las terribles decisiones que lo acompañan, Europa, protegida bajo un paraguas de seguridad norteamericano, se creyó durante mucho tiempo moralmente superior a Estados Unidos, a la vez que estaba protegida por este país. Por desgracia, la Unión Europea no ha funcionado tal y como se esperaba, y esta visión del paraíso se ha visto socavada por intereses nacionales contrapuestos dentro del continente y por nuevas amenazas exteriores, originadas a menudo en Rusia y Oriente Próximo.

Pero, aun así, la esperanza y la oportunidad, así como el peligro, están en un posible futuro. Europa podría estar en una situación similar a la de Adán y Eva en *El paraíso perdido* de John Milton, expulsada del Jardín del Edén, aunque, como Milton escribe: «El mundo entero estaba ante ellos».^[30]

Porque al aceptar la lucha y la batalla contra el destino, Adán y Eva se vuelven completamente humanos. El Árbol del Conocimiento, del que han comido la fruta prohibida, les permite por primera vez conocer tanto el bien como el mal; «si no hubieran comido, habrían seguido adelante conociendo solo el bien» y, por lo tanto, habrían sido incapaces de valorarlo, destaca Maurice Bowra, catedrático de Oxford del siglo XX, en un ensayo sobre Milton. Además, debido al desastre que causan, Adán y Eva conocen la «verdadera modestia». Bowra explica que «la solución de Milton a la Caída del Hombre es que a partir de ella nace un nuevo tipo de bondad y el hombre puede exhibir cualidades heroicas cumpliendo con su deber cuando se enfrenta a grandes obstáculos».^[31] Y, gracias a que el hombre está sujeto ahora a la enfermedad y a la muerte, el trabajo y el progreso se hacen posibles por primera vez.^[32] De un modo similar, una Europa expulsada del paraíso —en la que tanto sus élites como sus ciudadanos han descubierto una nueva modestia— tiene ahora la oportunidad de forjar el bien en un mundo asolado por las dificultades y el mal absoluto. La inseguridad crea carácter.

Esta nueva modestia o inseguridad significa recurrir, hasta cierto punto, a la nación, a esa «camaradería profunda y horizontal», en palabras del fallecido académico de Cornell Benedict Anderson, algo por lo que la gente ha estado dispuesta a dar la vida. De hecho, no hay tumbas al soldado

desconocido para marxistas o liberales ni para miembros de organizaciones no gubernamentales, como Anderson apunta astutamente, solo para patriotas cuyas naciones están forjadas a partir de elementos primordiales como el idioma, la religión, la etnia y la cultura.^[33] El nacionalismo nos salva del «olvido personal», escribe el difunto Anthony D. Smith, de la London School of Economics, porque da a los individuos un destino que va más allá de su propia persona.^[34] Por lo tanto, mirando hacia delante, el neomedievalismo y el cosmopolitismo al estilo de la Edad Moderna temprana siempre requerirán como base esos cimientos de identidad que las personas que no forman parte de las élites sienten instintivamente hasta la médula, sin necesidad de explicarlo o intelectualizarlo. Dado que la Unión Europea no ha proporcionado todavía ese vínculo psíquico y emocional, su poder sigue siendo limitado y constituirá tan solo una capa del mapa político emergente de Europa.

Zagreb, Split, Korčula y Dubrovnik

«Las naciones no están inscritas en la naturaleza de las cosas»

Ivo Banac, historiador croata y profesor emérito de Yale ya fallecido, escribió que el «núcleo» de la Croacia medieval era la costa adriática, pero que la expansión veneciana hacia el sur siguiendo el Adriático, junto con la conquista otomana de la vecina Bosnia, «ocasionaron la lenta migración de la nobleza croata hacia el norte y provocaron un cambio duradero en el mapa político de Croacia» que la distanció de sus raíces adriáticas. De esta forma, Zagreb, el nexo de la antigua Eslavonia, en el interior profundo, emergió como capital croata.^[1] La República Federal de Yugoslavia tuvo también el efecto de atraer más si cabe el poder político y económico hacia el interior. Sin embargo, como en el caso de Italia, donde la geografía cuenta historias distintas dependiendo de la era tecnológica que se considere, la geografía y la geopolítica en Croacia son en la actualidad bastante distintas a lo que eran durante la guerra de la década de 1990.

Antiguamente, el trayecto entre el interior profundo de Croacia y la costa significaba muchas e incómodas horas de viaje en autobús, coche o tren. Pero la construcción de impresionantes superautopistas con múltiples carriles, que salvan todos los desniveles y que parten de Zagreb, cruzan las montañas y llegan hasta Rijeka, Senj, Zadar y Split, en la costa del Adriático, han reducido drásticamente la distancia. El trayecto de Zagreb a Rijeka se realiza ahora en noventa minutos, de Zagreb a Senj en dos horas, y así sucesivamente. Debido a la reducción de las distancias provocada por la ingeniería civil —por no hablar de la explosión de turismo global que invade la costa dalmata—, Croacia ha cambiado económica y también, hasta cierto

punto, psicológicamente. Croacia ha empezado a alejarse de una orientación balcánica con obsesión étnica para acercarse a una orientación más mediterránea y cosmopolita.

O eso pensaba antes de comenzar mi viaje. Pero, como suele suceder, la situación se va complicando cuanto más en contacto estás con las evidencias.

Desde Rijeka tomo una de las nuevas superautopistas en dirección a Zagreb. Han pasado casi tres décadas desde la última vez que estuve en el Esplanade Hotel, con su aura de Viena de *fin-de-siècle*. Recuerdo vagamente de la década de 1980, antes de que el hotel fuese remodelado, un vestíbulo lleno de espejos con marcos dorados, cortinas de terciopelo y alfombras de color púrpura, y un comedor que parecía una abigarrada galería de arte: el universo de Freud, Klimt y Kokoschka. El objetivo de la remodelación fue convertir el Esplanade en un espacio genéricamente internacional. No obstante, el resultado es contradictorio. Las maderas oscuras y pesadas, el bronce tenue y el pan de oro, el mármol blanco rebosante de vetas negras, crean una penumbra íntima: el sello distintivo de Europa central antes de ser conquistada por el innovador globalismo de Austria y Alemania.

Más tarde, después de un chaparrón, salgo del hotel para dar un paseo. Zagreb significa «detrás de la colina», la colina donde está emplazada la ciudad alta, que domina la baja. En la ciudad baja se encuentran el Esplanade y los edificios y pabellones de principios del siglo XX de estilo neorrenacentista, *art nouveau* y Secesión, separados entre sí por espacios cubiertos de vegetación. En lo alto de la colina, contemplando la ciudad baja, se encuentra la catedral gótica fortificada de Zagreb, un auténtico mini-Kremlin católico, consagrada en el siglo XIII y restaurada a finales del XIX. Justo delante de la catedral, a mediados de la década de 1980, monseñor Duro Kokska y Slavko Goldstein —ambos ya fallecidos y a los que conocí en esos tiempos— pasaron una noche un montón de horas encerrados en un coche discutiendo sobre cuántos miles y decenas de miles y quizás incluso centenares de miles de serbios, judíos y gitanos fueron asesinados en el campo de concentración de Jasenovac por la Ustacha, los fascistas croatas, durante la Segunda Guerra Mundial; el representante de la Iglesia católica hablaba de cifras muy inferiores a las propuestas por el líder de la comunidad judía.^[2]

El problema, como pronto, no ha desaparecido.

Las primeras personas con las que me reúno son Nebojša Taraba e Ivana Ljubičić, un productor de televisión y una estudiante de filosofía, respectivamente, que al instante me informan de que, «detrás de todo», el debate público en Croacia sigue dominado psicológicamente por la Iglesia católica romana local, que continúa atrapada en la década de 1980, con una visión del mundo reaccionaria y debilitante, como si todavía estuviera luchando contra el antiguo régimen comunista apelando a la tribu y poco más. Es una vieja historia: una Iglesia fronteriza, desesperada frente a las fronteras de la ortodoxia y el islam, demasiado insegura para deshacerse de sus prejuicios —como sucede ahora— contra los judíos y los musulmanes.^[1] Quiero escribir sobre una Croacia nueva, cosmopolita, global y mediterránea que sirva como contraste de lo que escribí sobre el país en *Fantasma balcánicos*. Pero la gente con la que me encuentro en Zagreb no coopera del todo a que pueda hacerlo.

Igual que Liubiana, Zagreb constituye un festín agotador de conversaciones en un contexto de consumismo global. En 1989, durante mi última visita, los horrores de la década de 1940 parecían todavía muy próximos, puesto que la Guerra Fría era un epílogo de la Segunda Guerra Mundial; ahora, mi esperanza inicial es que incluso la guerra de la década de 1990 parezca remota. Porque la historia, me digo, es una carga menor cuando la riqueza y la tecnología oscurecen el pasado. Pero resulta que ese es precisamente el problema: entre los elementos más populistas y reaccionarios de la población no se encuentra la gente mayor, que alberga tantos recuerdos, sino los jóvenes, que tienen un sentido muy limitado del pasado. Por desgracia, Croacia es, hasta cierto punto, una extensión de esa réplica populista conservadora a la política liberal que se está produciendo en Hungría, Polonia y en otros países, impulsada por la ansiedad económica y el fracaso de la Unión Europea en cuanto a establecer un sentimiento de identidad y de pertenencia que tenga sentido.

Ivo Goldstein, hijo de Slavko Goldstein, es historiador, como su padre, además de antiguo embajador de Croacia en Francia y la Unesco. Su padre había fallecido solo dos meses antes de que nos entrevistáramos. «Cuando mi padre murió —me cuenta—, un sacerdote de la isla de Hvar escribió en Internet que se sentía muy feliz de que hubiera fallecido un enemigo de la nación croata. Como suele suceder con Internet, el mensaje se hizo viral». El gobierno, para no ofender a la Iglesia y a la derecha populista, solo envió al funeral un funcionario y de muy bajo nivel, pese a que Goldstein había sido

un historiador local famoso, periodista y editor, presidente del primer partido político no comunista de Croacia y pilar de la comunidad judía.

Y le pregunto simplemente:

—¿Qué problema hay en este país?

Las décadas se disipan, y las respuestas cuidadosas, complejas y dubitativas que me ofrece Goldstein —el sello distintivo de un académico que sabe lo complicada que puede llegar a ser a menudo la verdad— me recuerdan de repente a su padre. «Tengo cincuenta y nueve años —me dice—, pero solo llevo dos o tres siendo pesimista. En 2009 [tras la Gran Recesión mundial], la economía se contrajo un 9 por ciento o una cifra de ese estilo. Nos llevará un tiempo volver adonde estábamos. Pero ese es un problema secundario —dice con un gesto de frustración que refleja más factores de los que es capaz de expresar en ese momento—. Cuando en 2013 fuimos admitidos en la Unión Europea, nos dijeron [los funcionarios de la UE] de muchas maneras, sin expresarlo verbalmente en realidad, que teníamos muchos deberes que hacer: que, debido a que éramos un país grande y en expansión, debido a que estábamos destrozados por la guerra y éramos, por lo tanto, un punto de apoyo crítico a nivel regional, nuestro éxito era clave para todo el futuro de Europa central y oriental. ¿Y cuáles eran esos deberes sobreentendidos? En el centro de todo estaba que teníamos que ser más inclusivos, como todas las democracias occidentales de éxito, y muy en especial como aquellas con poblaciones relativamente pequeñas como la nuestra, como los Países Bajos, por ejemplo». El grado en que las minorías se sintieran bienvenidas acabaría definiendo Croacia, un país de cuatro millones de habitantes, me explica.

«Pero ¿qué está pasando, en cambio? —prosigue—. Que está floreciendo el revisionismo, ayudado por el revisionismo del lado serbio, y los reaccionarios de ambos países se alimentan los unos a los otros, normalmente mediante discusiones a través de Internet», que ofrece un ecosistema intercomunitario básicamente en el mismo idioma. Internet, en el peor sentido posible, es el último remanente de Yugoslavia, me cuenta. Por lo tanto, el debate que su padre mantuvo en el coche con monseñor Koksa aquella noche, hace ya más de tres décadas, «continúa vivo».

«En su día pensaba que, con la muerte de los perpetradores y las víctimas de los crímenes de la Ustacha en Jasenovac, este asunto se resolvería mediante una investigación carente de pasiones. Pero fui un ingenuo. Ahora sé que en Croacia nos resulta difícil normalizarnos».

«El largo proceso de incorporación a la Unión Europea fue mejor que ser miembro —me explica Vesna Pusić, antigua ministra de Asuntos Exteriores de Croacia—. El proceso nos obligó a aspirar a los valores de la democracia liberal. Pero, en cuanto fuimos admitidos en la Unión Europea, nos guardamos el carné en el bolsillo, por decirlo de algún modo, y recuperamos nuestras viejas maneras». Tampoco ayudó el hecho de que, cuando Croacia fue aceptada en la Unión Europea, en 2013, «la UE estuviera cansada y cargada de problemas, e idealistas como [Václav] Havel y [Adam] Michnik hubieran dejado de ser los nombres clave de un continente unificado emergente. El desarrollo político exige ideales, no solo realismo», subraya.

A nivel local, «el problema es que Croacia es el único país de la antigua Federación Yugoslava que fue tanto víctima como vencedor en la guerra de la década de 1990 —me explica Dejan Jović, colega de Goldstein en la Universidad de Zagreb y director del Departamento de Relaciones Internacionales de la institución—. Sí, lo sé, Eslovenia fue también víctima de la agresión serbia, pero estuvo en guerra por muy poco tiempo y tuvo muy pocas bajas. Aquí en Croacia, por otro lado, tuvimos muchas bajas y mucha destrucción, pero al final también ganamos. De modo que, si crees que eres tanto víctima como vencedor, el resultado es que acabas volviéndote engreído, volviéndote desagradable. Se supone — continúa Jović— que el mundo debe sentir lástima de ti y al mismo tiempo te sientes poderoso. No hemos tenido una comisión de la verdad y la reconciliación. Seguimos siendo antiserbios».

La limpieza étnica ha colaborado en este triste resultado, y solo el 7,5 por ciento de la población croata está integrada por minorías, en contraposición al 22 por ciento de antes de la guerra. «El comunismo —dice Jović— se ve ahora tan reprobable como el fascismo. Pero ¿cómo comparar el régimen genocida de la Ustacha con la versión relativamente contenida del comunismo de Tito?». Jović, pese a su rostro apacible y su comportamiento racional, se muestra devastador en su análisis. «En Croacia, la identidad nacional todavía se construye alrededor de la guerra de la década de 1990 y por eso la derecha populista lleva la ventaja. Aquí, la guerra no se ha deslegitimizado como sí hizo la Europa occidental con la Segunda Guerra Mundial».

En última instancia tiene que ver, me explica, con el fracaso de la Yugoslavia de Tito en cuanto a desarrollar un *demos*, un concepto que Jović traduce como «un sentido válido de ciudadanía». Yugoslavia, «como la Unión Europea en cierto modo, significó poco más que burocracia impersonal durante décadas».

¿Podría haber ido todo de otra manera?

Ivo Goldstein sugiere que, en vez de ser un gran ideal o un gran horror, de entrada el concepto de Yugoslavia ofreció una solución práctica a los Balcanes eslavos occidentales en el momento del colapso de los imperios Habsburgo y otomano después de la Primera Guerra Mundial. Pero la Yugoslavia de entreguerras, con su realeza serbia —y primeros ministros que eran generalmente serbios—, fue injusta para los croatas y también para el resto. Naturalmente, después de la Segunda Guerra Mundial, Tito disminuyó el papel de los serbios, pero, al hacerlo de manera autoritaria, dice Jović, nunca llegó a surgir un *demos* real.

Ivana, la joven estudiante de filosofía que se ha convertido en mi guía, apunta con pasión: «En mi universidad ahora se ha puesto de moda ser pro-Tito, puesto que la palabra *yugoslavo*, después de tanta guerra y tanta limpieza étnica, significa simplemente ser un cosmopolita global».

«Tito era tan malo como Stalin —declara Željko Tanjić, rector de la Universidad Católica de la ciudad—. El problema de las élites occidentales, de la misma gente que siendo estudiantes universitarios montaron las barricadas izquierdistas en 1968, es que ven a los fascistas de la Segunda Guerra Mundial como el mal absoluto, sin contextualización. Y tienen un montón de contextualizaciones, racionalizaciones, justificaciones y explicaciones para Tito. Para las élites occidentales, el comunismo era una buena idea que acabó saliendo mal. Tito les parece especialmente liberal en comparación con los otros líderes comunistas porque fue independiente de la Unión Soviética — continúa el padre Tanjić animado y excitado—. Pero el comunismo bajo el gobierno de Tito siguió siendo comunismo. Siguió eliminando élites. Tito asesinó a centenares de sacerdotes y monjas. Y Tito asesinó la memoria histórica con sus décadas de represión para que todas estas preguntas y todos los problemas del comunismo sigan sin resolverse en la antigua Yugoslavia, aquí en Croacia».

El padre Tanjić es una persona tremendamente cariñosa, con una expresión de lo más jovial, y me recibe en un despacho bien iluminado, con decoración moderna y su iPhone siempre a punto. Pero sus posturas sobre el campo de concentración de Jasenovac y sobre el papel controvertido que tuvo durante la guerra el cardenal croata Alojzije Stepinac —colaborador fascista bajo el punto de vista de los serbios; un sacerdote que hizo demasiado poco y demasiado tarde para ayudar a las víctimas del fascismo bajo el punto de vista

de observadores objetivos; y un mártir para los croatas— son las mismas que oí expresar hace tres décadas, en los últimos días de vida de Yugoslavia, en boca del austero e intimidante monseñor Koksa en su despacho situado al lado de la catedral. Igual que Koksa, Tanjić defiende a Stepinac y cuestiona las estadísticas del campo de concentración de Jasenovac. Jasenovac fue una tragedia, pero ¿fue Tito mucho mejor?, parece sugerir.

Croacia permanece sin cambios en aspectos muy importantes: atrapada en los problemas que rodean la identidad nacional y la culpabilidad de la guerra y que agotan la energía política y, en consecuencia, dificultan el desarrollo social y económico.

Zoran Milanović, el atractivo y vagamente carismático antiguo primer ministro de centroizquierda, rebosa conocimientos al azar sobre todos los libros que ha leído. Milanović, que resultaría elegido presidente de Croacia en 2020, se esfuerza por comunicar complejidad. Es intenso y pedante, algo bastante inusual en un político. «Es importante darse cuenta —empieza diciendo— de que no hemos ido tan a la derecha como Polonia y Hungría. Esos gobiernos transmiten el puro deseo de postrar a las instituciones — los medios de comunicación, los tribunales— con una mentalidad de que el ganador se queda con todo. Pero aquí eso no ha pasado. Solo hemos estado coqueteando con los sentimientos más bajos del electorado, nada más». Croacia, continúa, presenta ciertas ventajas, al menos histórica y geográficamente. «Recuerde que Croacia es el único Estado eslavo del mundo que es decididamente marítimo». Polonia y Bulgaria tienen costa, pero el mar no define su forma de ser. «Mientras que Venecia, sin colonizarnos realmente, nos abrió al mundo mucho más que cualquier otra potencia imperial de Europa». El potencial de Croacia, por lo tanto, está todavía pendiente de explotar, insinúa.

Más concretamente, Croacia, me dice el historiador académico Tvrtko Jakovina, «es un país de regiones diferenciadas que nunca funcionó como una entidad unida bajo la monarquía austrohúngara». El mar no es más que un elemento, aunque importante, en la experiencia histórica croata. Y como consecuencia de esta identidad problemática, como consecuencia de esta complicación geográfica, «existe cierto grado de inseguridad que encuentra su expresión en las políticas populistas de la derecha», me explica Jakovina.

Me consuelo con la esperanza de que estas conversaciones sean solo fragmentos de una época. La situación está destinada a evolucionar y tal vez

lo haya hecho cuando el lector encuentre estas palabras plasmadas en esta página.

Abandono Zagreb y regreso por autopista hacia la costa. Las grandes moles de color mostaza de los Habsburgo de la capital se pierden rápidamente en la distancia y atravieso largos túneles excavados en las montañas para circular a continuación entre bosques cubiertos de nieve recién caída, donde las últimas hojas de otoño lucen el tono dorado opaco de los iconos bizantinos. Curvas vertiginosas me alejan de la nieve y me introducen en otra Croacia. En Senj, allí donde se origina el viento del norte, el Adriático es de un cruel azul acerado. El viento es tan fuerte que el mar, sólido y cubierto de espuma en la distancia, parece escarcha en una ventana oscura. En el otro lado está la isla de Krk, con un aspecto tan desolado como Mongolia. Este viento es simplemente extraordinario, se levanta y azota como si fueran olas los árboles desnudos y hace retumbar las persianas. El *bora* devasta el paisaje. Aquí, el mal tiempo significa viento, no lluvia, me dice la persona que me alquila una habitación. Todos los hoteles están cerrados. No hay nadie en la calle y la mayoría de las casas están vacías en esta estación.

Encuentro un bar abierto junto al mar, donde la música pop suena a todo volumen y el humo de tabaco inunda el local, que ofrece carne a la parrilla y vino barato local. Desde la mesa, veo la espuma del mar elevándose por encima de los pocos coches que hay aparcados. Hay una pequeña tienda de ultramarinos abierta y compro pan y queso para desayunar. Llevo conmigo una colección de poemas de Lawrence Durrell. Tengo todo lo que necesito en este momento para ser feliz. Y, por suerte, apenas tengo mensajes de correo electrónico.

Mientras contemplo el agua a través de la ventana del bar, reflexiono sobre la conversación que mantuve el otro día con la antigua ministra de Asuntos Exteriores, Vesna Pusić, sobre el futuro de Croacia en el Adriático. Fue candidata para el puesto de secretaria general de las Naciones Unidas y tiene una perspectiva global muy sofisticada.

Está el reto de África, me dijo. Dado que se espera que la población de África pase a lo largo del siglo de 1100 millones de personas a quizás tres o cuatro mil millones, la migración será un problema permanente para un país como Croacia, con su costa mediterránea y una tasa de natalidad negativa; pero Croacia es un país que no tiene experiencia como sociedad multirracial.

«Y tenemos la era del gas natural esperándonos», continuó. Porque se habla mucho de construir instalaciones para el gas natural licuado en la isla de Krk, cerca de Senj y Rijeka, para importar gas de —quién sabe— Israel, el Golfo Pérsico o incluso de Estados Unidos. Parece ser también que en el fondo marino de la costa de Istria podría haber cantidades significativas de gas natural que podrían ser exportadas mediante nuevos gasoductos hacia el norte, hacia Hungría, Polonia e incluso Ucrania, lo que haría que todos esos países fueran menos dependientes energéticamente de Rusia. Además, hay que pensar también en el gasoducto transadriático, que podría transportar hidrocarburos procedentes de Azerbaiyán, tan rico en recursos energéticos, a través de Turquía, Grecia y Albania y por debajo del mar hasta Italia, con una línea de derivación hacia el norte desde Albania, cruzando Montenegro para llegar hasta Croacia. Rusia teme que estos gasoductos disminuyan la dependencia respecto a sus reservas de energía y, en consecuencia, está ayudando silenciosamente a los partidos de extrema derecha de Croacia y otros países, me explicó.

«Y, finalmente, están los refugiados de guerra, principalmente de Siria». Aunque solo pasaron por Croacia sin quedarse en el país, la llegada de varios centenares de miles de personas en 2015 y 2016 «nos hizo tomar conciencia de repente de hasta qué punto la geografía se está encogiendo. Oriente Próximo está más cerca de lo que nos imaginábamos y, debido a la política del gas y los gasoductos, también lo está Ucrania». Croacia, por lo tanto, es una puerta de entrada a Eurasia, aunque, espera Pusić, será también un estado más adriático, conectado a Europa central a través de gasoductos con sus terminales de gas en el litoral, lo que permitirá al país, al menos en un aspecto, «escapar de los Balcanes».

Ver el Adriático, con su apertura al mundo —por triste que parezca este día— me comunica todo esto. En Senj siento por primera vez que he dejado atrás la región italiana de la gran Trieste, que abarca Istria y el golfo de Kvarner, junto a Fiume-Rijeka, aunque el Imperio veneciano entre de nuevo en escena.

El viento sigue rugiendo. Pienso en la aridez de la costa al sur de aquí, que se atribuye en parte a los venecianos, quienes, durante su prolongada ocupación, talaron robles, pinos y hayas para sus astilleros.^[3] Miro las colinas y pienso en el filósofo español José Ortega y Gasset, que dijo en una ocasión: «El pasado es el único arsenal donde encontramos los medios para hacer efectivo nuestro futuro».^[4] No existe más que el pasado, especialmente cuando vuelven los litigios. Pero, dado que el pasado demuestra una

capacidad de metamorfosis interminable, sé que el futuro está abierto a muchas posibilidades. En esta costa tan dramáticamente escarpada han pasado tantas cosas que trataré de explicarlas.

Dalmacia, «tierra de montañas», es el nombre utilizado para la costa adriática de lo que ahora es Croacia. Es también el nombre de un grupo de tribus, los *Dalmatae*, que declararon su independencia del resto de Iliria (tal vez la antecesora de la Albania actual) y se asentaron aquí. A finales del siglo iv a. C., el establecimiento de colonias griegas en las proximidades animó las incursiones romanas. Pero no fue hasta después de la conquista de Siracusa, en el 212 a. C., que Roma dirigió su atención hacia la costa este del Adriático, esta vez para atacar a los piratas y los reyes macedonios que se habían aliado con Cartago. A eso le siguieron dos siglos de guerras, durante los cuales Roma intentó dominar a los dálmatas y a los demás ilirios que poblaban esta costa. Finalmente, en el 9 d. C., después de otra revuelta iliria, el emperador Tiberio, harto de la situación, concluyó abruptamente un armisticio en Bohemia y, acompañado por su sobrino Germánico, viajó al sur para aplastar la rebelión. «A partir de ese año —escribe el historiador Giuseppe Praga—, Dalmacia se sometió sumisamente a la sombra de las águilas romanas».^[5]

Tras la caída del Imperio romano de Occidente en el año 476 de nuestra era y del gobierno de los ostrogodos, a principios del siglo vi, Justiniano anexionó Dalmacia al Imperio bizantino y pasó a ser gobernada por Constantinopla. Pero Constantinopla estaba muy lejos y Dalmacia siguió influenciada por el latín y manteniendo vínculos estrechos con ciudades italianas como Rávena. En el transcurso del siglo vil, los eslavos llegaron en masa procedentes de lugares más al este. Con la ayuda del emperador bizantino Heraclio (610-641), los eslavos consiguieron expulsar a los hunos y los ávaros y, a cambio de la ayuda recibida por parte de Heraclio, adoptaron el cristianismo.

El Imperio veneciano, desconocido por aquel entonces incluso para sí mismo, nació en estas aguas a raíz de una expedición contra los piratas que se llevó a cabo en el año 1000, cuando el reino medieval de la Croacia eslava en el interior estaba extendiendo su dominio hacia estas costas. En el siglo XII, los reyes de Hungría se hicieron con la corona croata e iniciaron una prolongada lucha con Venecia para hacerse con el territorio, una contienda que Venecia acabaría ganando a principios del siglo xv, lo que supuso el comienzo de varios siglos de gobierno de *La Serenissima*. Mientras que los húngaros veían la conquista de Dalmacia como un fin en sí mismo para completar la expansión de su Estado hasta las cálidas aguas del Mediterráneo,

los venecianos necesitaban las avanzadillas dálmatas para asegurar las vías marítimas hacia sus posesiones en Creta y Chipre. El avance otomano hacia el Danubio y Bosnia, por otro lado, detuvo la iniciativa húngara en Dalmacia, puesto que obligó a Hungría a reducir sus esfuerzos en la zona.

Hasta 1635, Venecia luchó también contra el Imperio otomano, que tenía agentes y puestos avanzados acechando desde las montañas. Venecia dejó de existir con la llegada de Napoleón, y, después de un breve interludio francés, que constituyó un periodo de esperanza y expectación, Dalmacia pasó a ser gobernada desde Viena por los Habsburgo, con gran indiferencia en el mejor de los casos, situación que se prolongó hasta la Primera Guerra Mundial. En Versalles, Dalmacia quedó dividida entre Italia y el nuevo Reino de los Serbios, los Croatas y los Eslovenos, que pasaría a llamarse Yugoslavia a partir de 1929. Durante la Segunda Guerra Mundial, Mussolini ocupó gran parte de Dalmacia, que después de la contienda pasó a formar parte de la federación de Tito bajo el disfraz de República Yugoslava de Croacia. Tras las guerras de secesión yugoslavas de la década de 1990, Dalmacia pasó a formar parte de una Croacia independiente.

¡Muchísimas transformaciones!

Miro hacia las montañas y pienso en los mongoles que las cruzaron y llegaron hasta esta costa en 1241-1242. Fue la muerte de Ogodei, el Gran Kan, y la lucha por el poder y la sucesión que le seguiría lo que obligó a los mongoles a regresar al Asia central, de modo que, según palabras del historiador de Oxford Peter Frankopan, «levantaron el pie del cuello de la Europa cristiana».^[6]

Era como si este litoral escarpado, escenario perfecto para tantas fotografías, representara literalmente el final de Europa, como si Asia empezara justo en el montañoso interior balcánico que queda al alcance de la vista, montañas sobre las que el historiador Fernand Braudel, teniendo en cuenta toda la historia que acumulan, escribe: «Cuesta imaginar una región más primitiva, más patriarcal y, por muchos que sean los encantos de su civilización, más atrasada».^[7] Teniendo en cuenta la exageración de Braudel, las inmensas posibilidades y mutaciones a lo largo de la historia, y mi experiencia viajera en las últimas décadas —una experiencia de desarrollos sutiles más que de contrastes marcados—, la costa de Dalmacia, igual que la ciudad de Trieste, representa una especie de falla. A lo largo de esta costa sientes el abrazo cálido y cosmopolita del Mediterráneo; cuando la abandonas para ascender hacia las montañas, entras en un entorno más frío, más insular,

mucho más influido históricamente por los austríacos y, más al sur, por los otomanos y Oriente Próximo.

De hecho, en el siglo XVIII, Venecia consideraba Dalmacia «a medio camino entre la civilización y la barbarie» y, por lo tanto, necesitada de una misión «civilizadora». Y así fue como nació una versión veneciana del orientalismo de Edward Said, iniciada con el fin de clarificar la posición de Venecia en Occidente, dado que también la *Serenissima* estaba imbuida por su asociación con el Bizancio oriental. Venecia se definiría a partir de entonces en oposición a Dalmacia y, al mismo tiempo y con escaso entusiasmo, intentaría salvarla, escribe Larry Wolff, profesor de historia de la Universidad de Nueva York, en *Venice and the Slavs: The Discovery of Dalmatia in the Age of Enlightenment*.^[8] El orientalismo veneciano del siglo XVIII es el tema del estudio académico de Wolff, denso y rebotante de detalles, un tema que podría parecer oscuro visto desde lejos, pero que adquiere una inmediatez asombrosa en cuanto estás aquí. Cuanto mayor me hago, más me despiertan los viajes la fascinación por estos libros académicos, obras que te recompensan con complejidad más que con respuestas sencillas.

El resumen de la «otredad» de este interior costero, la gente que era el «paradigma» del «eslavismo primitivo» a ojos de los venecianos, eran los morlacos, un pueblo que, como explica Wolff, «no eran realmente eslavos, sino valacos eslavizados, los pastores de los Balcanes, de ascendencia latina, iliria o incluso turanio-asiática». Los venecianos veían a esos pastores, en su mayoría practicantes del cristianismo ortodoxo, como «feroces» y «bárbaros». Los comparaban con los lestrigones, los miembros de la tribu de caníbales gigantes que estuvieron a punto de devorar a Odiseo. Los venecianos, de hecho, habían construido artificialmente toda una identidad, por vaga que fuese, para un grupo de población «cuyo nombre —como nos recuerda Wolff — ha quedado olvidado por completo». Los morlacos sobreviven a modo de apellido italiano y como los Morlocks simiescos de *La máquina del tiempo*, novela publicada en 1895 por H. G. Wells.^[t2]

Ernest Gellner, el gran filósofo británico-checo del siglo XX, observa que «las naciones no están inscritas en la naturaleza de las cosas», por lo que el nacionalismo moderno proviene de la «cristalización de nuevas unidades» derivada de culturas previamente «solapadas, entrelazadas». ^[9] Por lo tanto, las categorías vagamente definidas en la modernidad temprana que permitieron la invención de los morlacos darían posteriormente paso a agrupaciones modernas más estrictas en las que, junto con otros, los morlacos se convirtieron en serbios y croatas. Sin embargo, el hecho de que las

identidades tan a menudo se construyan de forma artificial no significa que no tengan una realidad psicológica propia que lleva a las personas a creer firmemente en ellas y, en consecuencia, a ser capaces incluso de ir a la guerra por ellas. Deberíamos asumir que en las décadas y siglos venideros habrá más reinvencciones respecto a cómo la gente se define comunitariamente a sí misma no solo aquí, sino en todas partes. Porque el nacionalismo populista que vemos ahora en Occidente podría ser solo un canto del cisne del declive definitivo de las naciones en sí.

El mejor argumento que he encontrado para este enfoque está en *When Ethnicity Did Not Matter in the Balkans: A Study of Identity in Pre-Nationalist Croatia, Dalmatia, and Slavonia in the Medieval and Early-Modern Periods*, de John V. A. Fine Jr. El autor, gran experto en Bizancio y los Balcanes y profesor de la Universidad de Michigan, demuestra que hasta los tiempos modernos en los Balcanes occidentales «las etiquetas que denotan a los pueblos cambiaban con frecuencia», que la «identidad» era «una cuestión de elección» y que la gente «no sentía de forma intrínseca pertenecer étnicamente a nada». En la Edad Media, ser croata era tan solo una designación geográfica, destaca. Y en cuanto a los dálmatas, «habitualmente se referían a sí mismos por el nombre de su ciudad, basando por lo tanto la identidad en su ciudadanía».^[10] Dado que esta mutabilidad de identidades se produjo en tiempos de cambio tecnológico comparativamente lento, mucho antes de la arremetida de la globalización posmoderna, ¿cabe imaginar las posibilidades de reinvencción de identidades en un momento de revolución tecnológica como el actual!

De hecho, un error que cometí cuando era un joven escritor en los Balcanes fue aceptar como fijas y permanentes identidades tan efímeras como estas. Por aquel entonces era un periodista y escritor especializado en viajes que tomaba nota de todo lo que la gente me contaba. Eso me dio una percepción —que demostró ser vagamente correcta— sobre hacia dónde se encaminaba la región en términos de guerra y paz. Pero carecía de una comprensión más profunda sobre el hecho de que la identidad tenía más que ver con la ideología que con la sangre. Solo en las últimas décadas he podido valorar adecuadamente una observación de Ivo Banac como la que sigue:

Una característica de los eslavos del sur es que las civilizaciones que los separaban no siempre estaban constituidas territorialmente. Los trajes típicos podían incorporar elementos tanto del vestido urbano levantino como del occidental; se podía escuchar una misa glagolítica en una iglesia y, en otra, la liturgia ortodoxa de una versión algo

distinta de la iglesia eslava. Más hacia el este, curiosamente, se podía asistir a una misa latina en una iglesia rural y oír la llamada del muecín desde lo alto de un minarete.^[11]

En este mismo sentido, hay que pensar que, mientras que en la década de 1990 Yugoslavia estaba considerada una camisa de fuerza de la que diversas nacionalidades querían escapar —para que cada grupo pudiera huir literalmente del otro—, un centenar de años antes el concepto de Yugoslavia era sinónimo de libertad e idealismo, un mecanismo para que los eslavos del sur pudieran avanzar más allá de las cárceles imperiales de los Habsburgo y los otomanos. Todo ello me lleva a un libro imprescindible escrito en tiempos de la Primera Guerra Mundial, *Dalmatia and the Yugoslav Movement*, obra del conde Louis Voinovitch.^[13] El conde Voinovitch, miembro de una antigua familia de Ragusa, ve el sueño de una Yugoslavia unida emergiendo a partir de una singular mezcla de civilizaciones entre su Dubrovnik natal y el territorio de Dalmacia. Su punto de partida para este sueño es la necesidad histórica que tenían los eslavos del sur de escapar del imperialismo veneciano. Y escribe:

Cierto es que el gobierno veneciano no azotó a Dalmacia con el flagelo del feudalismo. Cierto es que no permitió que los turcos se instalaran en la costa eslava, iluminada por la sonrisa latina. Cierto es que el recuerdo de luchas comunes por la defensa de la civilización y de los *Te Deums* en San Marcos inflamó sentimientos de orgullo entre las familias dálmatas. Pero este gobierno extranjero no hizo nada por Dalmacia: no trajo escuelas, ni hospitales ni carreteras. [...] La belleza de cuento de hadas de Venecia, su gloria militar y la fama de su arte [...] nunca sirvieron de consuelo al pueblo dálmata, cuya vida estaba destrozada; y de ahí que siguieran siendo apasionadamente eslavos.^[12]

El libro continúa con este estilo tan estimulante que combina la elegancia de un aristócrata con la argumentación de un intelectual. El imperialismo veneciano, al menos según el relato de Voinovitch, no era en absoluto civilizador. No tenía un objetivo elevado ni era tampoco una cuestión de imponer la lengua y la cultura venecianas. El orientalismo de Venecia, bajo su punto de vista, se limitaba a definirse en contraposición a un otro imaginado (los morlacos, por ejemplo). En cinco siglos, la Serenísima República nunca exigió nada que no estuviera relacionado con una necesidad militar urgente.

Venecia «nunca consideró Dalmacia como su territorio, como una continuación de su alma, sino siempre como una colonia militar. [...] Se mostraba magníficamente indiferente», escribe Voinovitch, ya que no era tanto Dalmacia lo que Venecia quería, sino «la vía marítima del Adriático» hacia Levante.^[13]

Sin embargo, Praga, un historiador nacionalista italiano, contraataca diciendo que, independientemente de cuáles fueran las limitaciones del gobierno veneciano, la sola presencia de Italia condujo a «la diseminación de ideas liberales» y que existió cierto nivel de solidaridad veneciano-eslava que actuó como contrapeso del islam y, más adelante, del absolutismo del Imperio Habsburgo.^[14]

Naturalmente, lo que unió a los eslavos del sur al final de la Edad Moderna temprana no fue solo el deseo de escapar del dominio veneciano sobre la costa del Adriático, sino también del legado combinado del imperialismo de los Habsburgo y de los otomanos en el interior. A la vez que el espíritu de las revoluciones que tuvieron lugar en 1848 por toda Europa unió a bosnios, serbios y croatas, estos pueblos se sentían también una civilización eslava distinta del resto de la población europea; eran gente que, por ejemplo, mostraba escasa simpatía por la lucha, a sus ojos, al menos, de una Hungría supuestamente liberal contra una despótica Casa de Austria, puesto que Hungría también los había oprimido a ellos en el pasado. Esto hizo que el despertar continental de 1848 fuese problemático en los Balcanes. Voinovitch narra la reconciliación formal de serbios y croatas en 1903, un proceso aclamado con particular pasión en Dalmacia. Para Voinovitch, que escribe con la perspectiva ventajosa que le da observar la situación en 1917, los serbios y los croatas permanecen básicamente unidos por «el culto al idioma común». El hecho de que los serbios sean ortodoxos y los croatas católicos se explica por su circunstancia geográfica: se sitúan en el lugar de encuentro del Oriente griego y el Occidente latino, que se remonta a la división entre Roma y Bizancio y atraviesa el corazón de Yugoslavia. Pero Voinovitch no lo ve como un impedimento para la unidad, puesto que celebra el espíritu nacionalista liberal de la época, encarnado por el largo proceso hacia una unión de los eslavos del sur. (De hecho, los héroes del liberalismo ilustrado del siglo xix acercaron ambas orillas del Adriático: Cavour, el gigante del Risorgimento italiano, y Josip Strossmayer, el gran obispo croata que lideró la reconciliación de los eslavos del sur).^[15]

Pero, por desgracia, la desintegración del Imperio Habsburgo y del Imperio otomano como consecuencia de la Primera Guerra Mundial dejó a

serbios y croatas sin una gran potencia contra la cual permanecer unidos por más tiempo. Y, a medida que fue afianzándose la modernidad, con sus reformulaciones sutiles y no tan sutiles de las identidades comunitarias, las tensiones entre serbios y croatas fueron en aumento hasta culminar en el régimen fascista de la Ustacha en Croacia, que cometió asesinatos en masa contra los serbios y otros pueblos durante la Segunda Guerra Mundial. Yugoslavia no volvió a renacer hasta la dictadura comunista de Tito y tras la caída del Muro de Berlín se desintegró y se sumió en la guerra civil entre serbios y croatas de la década de 1990. Pese a todo, a medida que se vaya afianzando la posmodernidad, con sus identidades eclécticas —similares en algunos aspectos a las de la Edad Moderna temprana—, ¿podrían los eslavos del sur encontrar un camino hacia la reconciliación y vivir todos bajo el paraguas de una OTAN y una Unión Europea que, con mucho esfuerzo, conseguirían tal vez lograr que sobreviva? Es precisamente el avance de un cambio tan impredecible como este lo que todavía me da esperanzas para la propuesta de curación étnica del conde Voinovitch.

Ahora debo regresar a la cuestión de Croacia en sí, un Estado que, a mediados de la década de 1990, se levantó literalmente de las cenizas de una Yugoslavia asolada por la guerra —cuyo paisaje, por aquel entonces, era un erial infinito de casas incendiadas e iglesias en ruinas— para conseguir una independencia real por primera vez en aproximadamente un milenio. Esta violencia ha sido el precio que Croacia ha tenido que pagar por ser tierra fronteriza entre Europa central y los Balcanes, entre el Mediterráneo y un interior que solo mira hacia dentro, y entre el Occidente latino y el Oriente bizantino ortodoxo. «Incluso la forma del país refuerza la impresión de ser una frontera», escribe el periodista e historiador británico Marcus Tanner. «Nada compacto, cuadrado o seguro. El país se curva en torno a Bosnia formando un estrecho arco con forma de luna en cuarto creciente o de bumerán». Y «debido a que», continúa, los croatas «habitan en el borde o en las murallas, nunca en el medio, debido a que han estado históricamente emparedados entre Hungría, los Habsburgo, los otomanos y Venecia, nunca se han relajado en lo que respecta a su identidad: los croatas son históricamente un pueblo católico que lucha frente a una hueste musulmana y ortodoxa».

Y ahora llega otra reencarnación. En vez de ser un país política y psicológicamente atrincherado en su interior y que además tiene costa, el

«centro de gravedad», como dice Tanner, ha ido cambiando en los últimos años desde el interior a la costa del Adriático gracias al turismo de masas. Este país de solo cuatro millones de habitantes atrae quince millones de turistas, principalmente a Dalmacia, cada verano. Nuevos trenes, además de las autopistas que ya he mencionado, han reducido a la mitad la distancia entre la capital, Zagreb, en el interior, y el Adriático. Y, debido a que la geografía del país se ha desplazado simbólicamente hacia la costa, también lo ha hecho su identidad, al menos hasta cierto punto.^[14] Croacia, nacida en cierto sentido en el Adriático, empezará por fin a regresar aquí a pesar de las políticas deprimentes de Zagreb.

¿Y qué pasa con Senj, donde me encuentro ahora? Senj, en su día parte del extenso patriarcado medieval ortodoxo de Peć, con sede en el remoto sudeste de Kosovo,^[16] me lleva a pensar en los uscocos del siglo XVI, refugiados cristianos del lado oriental de las montañas, en el interior profundo, que lucharon contra los turcos y lograron escapar de ellos para establecer una base en Senj.^[15] «Los uscocos eran sin duda alguna abominables —escribe la viajera británica Jan Morris—. Eran villanos épicos». Describe a su líder, un tal Ivo, que «supuestamente derrotó a treinta mil turcos con un simple puñado de camaradas y volvió a casa tras otra batalla sosteniendo su mano derecha cortada con su mano izquierda».^[17] Con pelo largo y bigotes, con las orejas adornadas con aros metálicos, se decía que los uscocos les clavaban el turbante en la cabeza a sus prisioneros turcos. Los uscocos formaban parte de una clase marginal de piratas y criminales que debió de convertir Senj en una guarida de ladrones.

Los uscocos «no eran animales inventados por Edward Lear. Eran refugiados [...] como los judíos, los católicos romanos y los liberales expulsados por Hitler», argumenta Rebecca West con un tono claramente más empático y comprensivo al escribir sobre la Segunda Guerra Mundial. Los uscocos «descubrieron, como lo hicieron aquellos, que cuando una puerta se les cerraba, otras que deberían haberse abierto sin problemas tampoco lo hacían». Esos pobres eslavos fueron expulsados de sus aldeas, «fuera de la comunidad cristiana», vendidos por un pacto entre Venecia y el Imperio otomano, y, en consecuencia, no les quedó otro remedio que emprender una vida de iniquidad. Puede que fueran piratas, pero su capacidad para reinventarse como potencia naval —después de haber llegado a la costa desde las montañas absolutamente sin nada— «demostraba indicios de genialidad»,

sostiene West. Sin embargo, la situación era complicada, puesto que los uscocos realizaron también saqueos en el interior, que no habían abandonado por completo, y sus acciones contra el Imperio otomano beneficiaron a los Habsburgo, aun cuando los Habsburgo colaboraron con Venecia para acabar con la piratería de los uscocos en la costa e impedir un despliegue naval otomano permanente en la zona.^[18]

Los uscocos eran brutales en parte por las circunstancias. Y la circunstancia principal era la *realpolitik* de Venecia, que permitió a la *Serenissima* apaciguar al sultanato otomano siempre que se enfrentó a él. Esta *realpolitik*, en la que un relativo orden europeo y la seguridad de las rutas comerciales constituía el mayor ideal, era buena en general, puesto que permitía que la geopolítica carente de moral mitigara un choque de religiones y civilizaciones. Pero perjudicó a la minoría cristiana del interior de los Balcanes, que acabó expulsada hacia el Adriático. Fue el caso típico de un bien que triunfa sobre otro bien causando sufrimiento (la esencia de la antigua tragedia griega, según Hegel)^[19] y dejando una estela de violencia y desorden. Debido a la infernal complejidad del mundo, las relaciones internacionales nunca son limpias. Esa es, al menos, una lección que se puede aprender de los uscocos, cuyas acciones fueron el resultado de la política imperial desplegada por venecianos, otomanos y Habsburgo. Existe un vago eco de los uscocos en las situaciones vividas por kurdos, afganos y vietnamitas en la segunda mitad del siglo XX, víctimas de políticas de superpotencias al estilo imperial que fueron alternativamente apoyados y vendidos.

No puedo olvidar que cerca de Senj está la isla de Goli Otok, donde Tito estableció un gulag que durante décadas funcionó a modo de prisión y lugar de tortura de opositores políticos. Entre ellos había estalinistas (después de la ruptura con la Unión Soviética en 1948) y comunistas italianos que se habían trasladado a Yugoslavia una vez finalizada la Segunda Guerra Mundial con la intención de construir un entorno socialista y habían acabado siendo sospechosos para el régimen. Goli Otok simboliza hasta qué punto, antes de 1991, el mantenimiento de la paz comunitaria en Yugoslavia iba acompañado de una brutalidad escalofriante e innecesaria, uno de los aspectos que me subrayó el padre Tanjió en Zagreb. Desde el colapso de los imperios en 1918, ninguna solución política para los eslavos del sur de los Balcanes occidentales ha logrado funcionar.

Solo en Senj, con el servicio de autobuses cancelado por culpa del *bora* y de una lluvia incesante, paso las horas escribiendo en mi diario. Ensoberdecido por el sonido implacable y aislante del viento, mis pensamientos no pueden evitar volcarse hacia la reflexión.

Conocer el futuro sería fácil, me digo, si estuviésemos dispuestos a ver el presente. A veces lo más peligroso que puede hacer un escritor es describir lo que ve ante sus ojos, puesto que los ideales y los supuestos por los que muchos de nosotros nos regimos dependen de mantener una distancia confortable respecto a las evidencias. Por ejemplo, el mundo es sencillo en un lugar como Washington, donde las grandes ideas abstractas sobre la democracia oscurecen hechos complejos que suceden sobre el terreno a miles de kilómetros de distancia. En consecuencia, siempre he creído que el periodismo se refuerza con un regreso al terreno, al tipo de descubrimiento directo y solitario de un lugar, en un ejercicio que podría asociarse con la escritura de viajes a la antigua usanza. La literatura de viajes siempre ha significado para mí mucho más que lo que aparece en los suplementos de los domingos, y puede ser un medio inteligente para rescatar la geografía y la geopolítica de la jerga y el oscurantismo de los peores trabajos académicos. Recuerdo *The River War* [La guerra del Nilo] (1899) de Winston Churchill y *Seven Pillars of Wisdom* [Los siete pilares de la sabiduría] (1926) de T. E. Lawrence, que emplean la experiencia del viaje para explorar la geografía, las guerras y el arte de gobernar en el Sudán de finales del siglo XIX y en la Arabia de principios del siglo XX. *The Desert Road to Turkestan* (1929), de Owen Lattimore, otro libro que me viene a la cabeza, gira tanto en torno a la organización de las caravanas de camellos como a las ambiciones imperiales de Rusia y China. *The Southern Gates of Arabia* (1936), de Freya Stark, es una descripción tan excelente de la tierra tribal de Osama bin Laden en el este de Yemen como cualquiera que pueda encontrarse hoy en día. Stark, como he escrito en otra parte, habla sobre rutas de caravanas que han sobrevivido hasta nuestros días y borran todas las fronteras, y sobre mercaderes yemeníes que, «después de una vida entera ganando dinero, se retiran en edad avanzada para dedicarse a la guerra de guerrillas en su valle». Se muestra escéptica respecto a los anhelos de paz que la raza humana tanto afirma tener. Y se entera de la existencia de esta verdad incómoda del mismo modo que los buenos periodistas se enteran de las cosas. Tales periodistas se apartan del rebaño para cultivar la soledad; se exigen no escribir ni una palabra sobre un lugar o sobre un tema hasta conocerlo de primera mano. Y lo hacen por curiosidad,

porque, cuanto más crece la ilusión del conocimiento en la era digital que vivimos, más se incrementa el misterio que envuelve la realidad de cada lugar.^[20]

Tengo en gran estima mi vida anterior como viajero y periodista, cuando iba a lugares a los que es muy complicado llegar hoy en día: Siria, Yemen, Afganistán, la frontera noroeste de Pakistán, etc. Esos lugares no eran todavía zonas de guerra cuando estuve allí. Podías viajar prácticamente a cualquier rincón en autobús, como yo hice, sin necesidad de ir armado o llevar un guardaespaldas. Pero, debido al peligro que se asocia en la actualidad a esos lugares, mis experiencias están encerradas en una cámara especial de mi memoria, como si hubieran sucedido no hace unas décadas, sino hace muchísimos más años. Y, sin embargo, hay momentos tan vivaces que es casi como si pudiera tocarlos.

Seguía por aquel entonces un camino caprichoso, con poco o nada que mostrar durante largos periodos de tiempo, con poco que poder incorporar a un currículum. Era joven, el futuro me parecía infinito y prefería no llegar a ninguna parte, excepto para realizar breves paradas. No tenía más planes que pasarme meses viajando, años incluso, acumulando tan solo aquello que pudiera llevar encima. Era una existencia completamente lineal y, por lo tanto, superficial. Pero las cosas que vi me resultaron útiles, incluso si fueron necesarios años de lectura y reflexión sedentarias para interpretarlas debidamente.

Podría decirse que mi vida anterior quedó definida por tres billetes de avión solo de ida. Aburrido de mi trabajo en un pequeño rotativo de Vermont e incapaz de encontrar un puesto en un periódico de mayor relevancia, en 1975 compré un billete de ida a Europa y partí hacia allí con los pocos miles de dólares que había ahorrado. Desde Europa viajé hacia el sur en compañía de un amigo a bordo de un transbordador con destino Túnez, y de allí pasé a Sicilia, Egipto, Siria y Jordania, antes de acabar en Israel casi un año más tarde. Intenté vivir en Israel unos años, estuve un año sirviendo en el ejército y, al acercarme a los treinta, aunque la necesidad de volver a viajar me llamaba a gritos, comprendí que no tenía perspectivas profesionales. Tenía la sensación de que en la vida había más cosas, muchas más cosas, que sentir mi etnicidad judía.

En Israel empecé a notar que no podía respirar, hasta ese punto era claustrofóbico; no solo en un sentido geográfico, con enemigos a lo largo de todas sus fronteras, sino también en un sentido intelectual, con la seguridad judía como tema en torno al cual giraban todos los demás temas. De modo

que, en 1981, me compré otro billete de avión solo de ida, esta vez de Israel a Rumania, un trampolín desde donde pasé muchas semanas viajando por los Balcanes y Europa central y escribiendo artículos para periódicos.^[21] Luego regresé a Estados Unidos y me ocupé de que todos esos artículos fueran publicados, pero seguí sin encontrar un trabajo como periodista en ningún lado. Tenía treinta años de edad, escasa experiencia profesional y un título expedido en una universidad normal y corriente: nadie me quería.

Y así fue como compré un tercer billete de avión solo de ida. Esta vez con destino Grecia, un país que en 1982 era encantador y barato y que estaba cerca tanto de los Balcanes como de los puntos calientes del mundo árabe y más allá. En Grecia me casé, fui padre, empecé a ganarme un sueldo respetable como corresponsal extranjero independiente y escribí mis primeros dos libros: sobre el Cuerno de África y sobre Afganistán. Desde Grecia, con mi joven familia me trasladé a Portugal, donde escribí un tercer libro, *Fantasmas balcánicos*, con un extracto publicado en *The Atlantic* cuatro meses antes de la caída del Muro de Berlín.

El extracto terminaba con la siguiente conclusión: «En las décadas de 1970 y 1980, el mundo fue testigo de los límites de la influencia de las superpotencias en lugares como Vietnam y Afganistán. En la década de 1990, estos límites podrían hacerse visibles en una región del Tercer Mundo situada dentro de Europa. Los Balcanes podrían conformar el fin del siglo, igual que lo hicieron con el principio».^[22] Y luego, el 30 de noviembre de 1989, menos de tres meses después de la caída del Muro de Berlín, escribí en *The Wall Street Journal*: «De las ruinas de la Europa comunista están emergiendo dos conceptos. El primero, “Europa central”, que los medios de comunicación no paran de exprimir, y el segundo, “los Balcanes”, que los medios tienen aún que descubrir». Por lo tanto, dediqué el artículo a tratar sobre las fisuras étnicas de Yugoslavia.^[t6] La guerra estalló diecinueve meses más tarde. Y la que había sido una existencia desesperada como *freelance* empezó a estabilizarse.

Pero lo que vino después no fue solo triunfo, sino también críticas. Mientras que libros como *Fantasmas balcánicos* y, después de ese, *The Ends of the Earth* [Viaje a los confines de la tierra], fueron éxitos comerciales y sirvieron para lanzar mi carrera, las reacciones de algunos críticos, de personas formadas en historia y ciencia política en las mejores universidades del mundo, me enseñaron que mis experiencias como viajero joven, por valiosas y únicas que fueran, me habían robado la disciplina intelectual que podría haber hecho que aquellos primeros libros fueran mucho mejores de lo

que acabaron siendo. De manera que, en vez de leer solo historia y literatura como había estado haciendo hasta ese momento, me comprometí en silencio a explorar asimismo, a partir de entonces, las mejores obras académicas tanto en el campo de la historia como de la ciencia política, y seguir escribiendo y haciendo reportajes para mantener a mi familia. La literatura de viajes, empecé a darme cuenta, era por su propia naturaleza algo muy insustancial.

Y, cuanto más leía, más inseguro me sentía, pues comprendía lo ignorante que había sido y lo poco que había conseguido en comparación con los autores que ahora estaba leyendo. Me consolé con el hecho de que, independientemente de la educación que hayamos recibido, cuando llegamos a la madurez todos somos cultos o incultos (al menos hasta cierto punto) dependiendo de la profundidad y la seriedad con la que hayamos leído por nuestra cuenta a lo largo de las décadas intermedias. Y leer en serio, igual que viajar en serio, significa apartarse de las multitudes, cultivar la soledad y encontrar libros en los laberintos silenciosos que ofrecen las bibliografías. Con los libros, igual que con las personas, la oscuridad no es necesariamente una virtud, pero tampoco lo son necesariamente las recomendaciones de las multitudes.

Está, por ejemplo, la obra del difunto Predrag Matvejević, *Mediterranean: A Cultural Landscape*, una visión de carácter enciclopédico sobre vientos, suelos, costas, climatología, corrientes, mapas, comercio, historia, culturas, dialectos y cualquier otra cosa que uno se pueda imaginar. Su prosa es precisa, matemática, académica y, debido a su tremenda amplitud, posee una belleza difícil de conseguir. Matvejević, académico bosnio-croata, entendía que incluso las tierras interiores de Bosnia-Herzegovina estaban a la sombra del Adriático y, en consecuencia, poseían ciertos rasgos mediterráneos, y que Europa misma, a través de la interacción de rutas comerciales, religiones e imperios, «fue concebida en el Mediterráneo». Al conocer este mar como local y como experto, no tuvo necesidad de recurrir a los arrebatos de pasión de los escritores de viajes extranjeros.^[23] Es decir, debo ir con cuidado, puesto que autores como él son todo lo que yo no soy. No soy más que un intruso extranjero y un generalista. Y comprendo que mi trabajo puede ser una empresa imperialista por el simple hecho de apropiarme de un terreno que no es el mío.

Y cuanto mayor me hago y más sigo leyendo y cuestionándome, más misterioso me resulta el camino que seguí de joven, incluso comprendiendo su valor y aferrándome a mis recuerdos. Siempre que intento explicar o justificar el camino que seguí de joven, pienso en la primera etapa de san

Agustín, que llevó en su juventud una vida conscientemente depravada y casi pagana que a buen seguro le proporcionó una mayor perspectiva sobre las personas y sobre sí mismo en el transcurso de su vida posterior como solemne católico. La sabiduría se puede alcanzar a través de distintas capas de existencia, económicas y sociales, algo que no tiene nada que ver con hacerse mayor. Para san Agustín, la vida no era una abstracción, la había vivido en todas sus facetas y, por lo tanto, sabía que muchos eran santos o pecadores dependiendo de sus circunstancias, y que ambas categorías eran, en algún nivel, intercambiables. Muchos de nosotros evolucionamos de manera inusual, y estoy seguro de que no soy ni mucho menos la primera persona que se siente inspirada por la vida de san Agustín o encuentra alguna forma de justificarse a partir de ella.

El servicio de autobuses se ha reanudado, pero, dado que el viento en la costa sigue soplando con fuerza y supone un grave peligro para los vehículos de gran tamaño, el autobús que realiza la ruta hacia el sur, desde Senj hasta Zadar, sigue una carretera interior. Pronto empezamos a ascender por las montañas, donde el paisaje nevado parece pertenecer a una latitud más septentrional. Los árboles de las altas colinas son una paleta de amarillos mortecinos punteados por riscos de piedra caliza desnuda de toda vegetación: los Alpes Dináricos. Pinos y abetos se retuercen a merced del viento.

Después de tres horas, iniciamos de nuevo el descenso hacia la costa. En Zadar tengo un hotel agradable, lujoso en comparación con la habitación de Senj. Viajar consiste en disfrutar del cambio radical, positivo o negativo, dentro de periodos de tiempo cortos. En Zadar, el *bora* de los últimos días se convierte de repente en un simple recuerdo. El clima aquí es más templado. La gente está sentada alrededor de mesas en el exterior de las cafeterías con el abrigo puesto. Los niños corretean en bicicleta por los adoquines vidriosos de la calle y pasan por delante de deslumbrantes escaparates con lencería y bolsos italianos. Repartidas por el casco antiguo repleto de tiendas se encuentran ruinas e iglesias romanas, bizantinas, románicas y de finales del Medioevo, además de alguna que otra monstruosidad arquitectónica de la época comunista. En el puerto, yates y catamaranes. La industria de los viajes ha ungido a Dalmacia con el título de «el Mediterráneo de antes». Lo cual es bastante cierto en invierno, supongo. Pero, cuando pienso en Dalmacia, siento algo más sustancial, algo emocionalmente ecléctico (es decir, algo que no es genérica e insípidamente global). Pienso, por ejemplo, en el canto glagolítico,

que no se ha dejado aún de entonar en las iglesias locales: católico romano y a la vez eslavo antiguo y croata antiguo, una fusión de la latinidad con el Oriente griego bizantino. Inquietante y sombrío, superposición de tradiciones de distintas civilizaciones, al escucharlo caes rendido a su corriente subterránea. No sabes muy bien dónde estás, y ahí radica su belleza.

Dalmacia es un frondoso yacimiento de encantos y climas. En el silencio meditativo de primera hora de la mañana, con los olores tentadores de una pastelería, camino por una calle estrecha de Zadar que termina en un panel de agua azul bordeado, a su vez, por una hilera de árboles de hoja perenne oscura y una única palmera. Venero las luminosas paredes pintadas de color tiza de los múltiples campanarios románicos coronados por estrechos tejados piramidales, y una iglesia circular bizantina del siglo IX —que, con su fuerza y su pureza, me recuerda al instante Hagia Sofía de Estambul— que presenta toques de diseño carolingios de la Europa noroccidental. Soy de la opinión de que la arquitectura de una ciudad, independientemente de los siglos de antigüedad que tenga, puede llegar a influir el estilo de sus habitantes. Paseo y pienso que la estética local de las tierras eslavas mediterráneas es la *joie de vivre* italiana combinada con el adormecido legado del socialismo científico, expresado a través de una serie de desagradables políticas religiosas y étnicas. Las murallas defensivas del municipio recuerdan las guerras venecianas y otomanas; en su interior encierran un laberinto de callejuelas medievales y algunos solares solitarios que son un remanente de los bombardeos de la Segunda Guerra Mundial. Las fuerzas aéreas aliadas atacaron Zadar cuando fue tomada por los alemanes, después de una larga ocupación italiana que se prolongó prácticamente desde la Primera hasta la Segunda Guerra Mundial. Mucho más tarde llegó el ataque del ejército yugoslavo contra la ciudad en 1991, cuando la federación se desintegró. La historia de esta zona es abrumadora: Hitler, Mussolini, Tito y Milošević, por ejemplo. Pero esta mañana, en las mesas de las cafeterías, jóvenes madres con gafas de sol de diseño acunan a sus bebés en cochecitos con una mano mientras con la otra saborean una taza de café. La normalidad es lo más bello que existe, sobre todo cuando se piensa en un pasado como este.

En Dalmacia es fácil viajar en autobús. Es decididamente una opción de clase media, con buenas carreteras y horarios fiables. Las imponentes formaciones cársticas de piedra caliza me acompañan hacia el sur, donde olivos y frutales se suman muy pronto al tupido espectáculo de enebros y otros arbustos. Con

un cambio de autobús, llego a Split en menos de dos horas y media y me encamino directamente hacia el casco antiguo.

La mohosa pared norte del palacio del emperador romano Diocleciano se extiende ante mí, con dos metros de grosor y quince de altura, marcada por la maleza que crece entre sus grietas y salpicada de vez en cuando por ventanas en arco tapiadas con ladrillo mucho tiempo atrás. La piedra es de la cercana isla de Brač, que suministraría también el material para la construcción de la Casa Blanca de Washington quince siglos más tarde. Las piedras se vuelven más pequeñas y anárquicas en su disposición a medida que mis ojos van ascendiendo. Es el avance de la historia: el periodo romano coronado por el bizantino y otros posteriores. Diocleciano no fue su único habitante; fue también el palacio de Julio Nepote, el penúltimo emperador romano de Occidente, que huyó hasta aquí desde Rávena después de un golpe de Estado. Permaneció en el palacio cinco años antes de acabar siendo asesinado por sus propios soldados. Cruzo una puerta grandiosa y paseo por callejones que parecen cañones, con los muros ennegrecidos por el tiempo.^[24]

Llego finalmente al peristilo, la entrada ceremonial que da acceso a las dependencias imperiales. El callejón termina abruptamente y me encuentro en un espacio rectangular embaldosado a un nivel inferior. Está rodeado por tres lados por edificios romanos con columnas, encima de los cuales se erigieron construcciones medievales venecianas. El efecto es el mismo que en anteriores visitas, excepto porque en los últimos años, por desgracia, los toldos, las mesas con parasoles y una cafetería han invadido este espacio y el adyacente. Pero me siento igualmente como si acabara de entrar en un brillante salón de... «historia», porque esa es la única palabra que se me ocurre siempre que vengo aquí. A mi izquierda hay seis columnas de granito rosa procedentes de Egipto que sustentan un friso y capiteles de hojas de acanto del color del hueso blanqueado, carbonizado en muchos lugares. Descansando sobre un pedestal entre dos de las columnas, hay una esfinge de granito negro agrietado que Diocleciano trajo de Egipto junto con las columnas. También a mi izquierda se encuentra el mausoleo de Diocleciano y el complejo del templo. En el siglo VII, el mausoleo fue convertido en catedral por un obispo de Rávena y a finales de la Edad Media se le añadió una espadaña románica.^[25]

A mi derecha, cuando cruzo la puerta ceremonial, hay palacios románicos y de principios del gótico cuyos dinteles y balcones están ennegrecidos y erosionados por los vientos salobres. Y justo delante de mí, cuando entro, se encuentra el Protiron, la entrada monumental a las dependencias privadas de

Diocleciano, donde el emperador recibía homenaje por parte de sus súbditos. Hay losas rotas por todos lados. Cruces bizantinas grabadas por todas partes. [26]

Recuerdo mis emociones cuando me encontré en este espectáculo histórico tan de repente en la primera mañana que pasé en Split en 1971, después de cruzar el Adriático en transbordador desde Pescara y haber pasado la noche durmiendo penosamente en el banco de un parque. Se me fue la cabeza, me flaquearon las piernas. Me quedé allí aturdido, sin saber muy bien dónde estaba, convencido de que hasta aquel momento había desperdiciado mis diecinueve años de vida. [27]

Cayo Aurelio Valerio Diocleciano era un ilirio nacido en Salona, a pocos kilómetros de aquí. Primer emperador romano procedente de los Balcanes, reorganizó el imperio después de un largo periodo de incipiente anarquía. Comprendiendo que Roma se había vuelto demasiado extensa para ser gobernada por un solo hombre, cuando se convirtió en emperador en el 284, Diocleciano dividió en cuatro partes el trono. Y mientras él se instaló en Nicomedia, en Asia Menor occidental, para controlar Oriente, nombró a Maximiano, otro ilirio, como responsable de Occidente y estableció una nueva capital en Milán. Unos años más tarde, subdividió las dos mitades del imperio, dándole a Galeno el control de los Balcanes y a Constancio I Cloro el control sobre Hispania, Galla y Britania. El imperio añadió nuevas categorías administrativas, respaldadas con gran pompa y ceremonial y exorbitantes en coste, aun cuando la tetrarquía sirvió para restaurar el orden doméstico. El secretismo y el misterio característicos de Bizancio tuvieron su origen en la corte de Diocleciano en Nicomedia. La restitución de Diocleciano, aunque impresionante, fue una hazaña de equilibrio que simplemente prolongó, más que detener, el declive de Roma. Tal y como Rebecca West escribe:

Diocleciano había nacido demasiado tarde para beneficiarse del debate de los primeros principios que la cultura romana había practicado en sus días más seguros; había pasado toda la vida inmerso en luchas contra la violencia, lo que le llevó a una preocupación compulsiva. [28]

El fin del reinado de Diocleciano quedó enturbiado por las últimas grandes persecuciones de los cristianos. Estas, de hecho, fueron llevadas a cabo por Galeno, el gobernador de los Balcanes, que hizo caso omiso al juramento que había hecho Diocleciano de no derramar sangre durante su reinado. El

resultado fue un resurgimiento del culto a los mártires, como el donatismo en el norte de África, seguido por la conquista del imperio por parte de la cristiandad algo más tarde. En el 305, después de veintiún años en el cargo, Diocleciano abdicó voluntariamente del trono y le sucedieron dos de sus tetrarcas, Galerio y Constancio. Pasó los últimos nueve años de su vida en el inmenso palacio que se había construido en Split (concebido originalmente como un campamento militar y ocupado por casas y callejones a lo largo de la Edad Media). Fue un ejemplo que ningún emperador anterior y pocos emperadores posteriores o papas católicos seguirían. Pese a que la enfermedad podría haber tenido algo que ver con la abdicación, fue una muestra de la sabiduría y la humildad de un hombre que nunca había dejado de ser un soldado y cuyo sentido del deber compensaba con creces su falta de cultura.^[29]

Dejo el espacio rectangular embaldosado —donde un guía turístico habla a gritos sobre todos los jugadores de la NBA que provienen de Split— y subo la escalera que me lleva al vestíbulo de las dependencias imperiales: una gran sala con bóveda de cañón construida en ladrillo fino, desprovista de sus mosaicos y con la cúpula abierta al cielo. Entro a continuación en la catedral, que en su día fuera el mausoleo del emperador, que exuda una sensación de fuerza marcial. La cúpula de la catedral, de una conmovedora tonalidad amarillo-grisácea, está magníficamente desnuda y manchada con el humo de los años. Junto a la cúpula de la catedral se encuentran las tumbas de dos obispos: combinaciones de estilo clásico y medieval, son demostraciones visuales de un *continuum* histórico que hace que la antigüedad parezca menos lejana.^[30]

Split, entre mis visitas de 1971, 2002 y 2017, es un lugar tan excelente como cualquier otro para dibujar la turbulencia social y económica que constituye la globalización tanto en sus aspectos buenos como malos. En el transcurso de casi medio siglo, Split, que era una ciudad vacía y bella en verano con una estación de tren solitaria y un casco antiguo plagado de drogas y prostitución a la sombra del comunismo de Tito, donde el crimen y la pornografía florecieron, se ha convertido en una maraña abarrotada de quioscos baratos, puestos de comida, cafeterías y tiendas que se llenan de turistas hasta bien entrado el otoño. Muchas esquinas de los callejones del casco antiguo están señaladas con una nueva placa histórica ensuciada con grafitis. Las calles de la ciudad vieja se han convertido en un auténtico centro comercial de lujo patrullado por ejércitos de turistas tocados con gorras de béisbol con la visera echada hacia atrás y armados con palo selfis. Con la

aparición de una clase media global en estas décadas intermedias, toda la gente se asemeja y se comporta de un modo cada vez más similar. En este sentido, viajar ha perdido su lógica; o, mejor, debería decir que el viajero tiene hoy en día que esforzarse más para comprender el misterio de los lugares, puesto que viajar se asienta sobre las diferencias que existen entre nosotros. Y, por desgracia, vivimos en un mundo donde todos estamos siendo moldeados con el mismo papel de lija. Repito, como en Venecia, que la única vía de escape es hacia el pasado a través del arte, la literatura y las mejores obras académicas.

Una de las mañanas que paso en Split, tomo un café en una cafetería elegante decorada con madera oscura y cierto aire vienés. Desde el local se obtiene una vista impresionante sobre la esfinge de granito negro y las columnas que Diocleciano trajo con él de Egipto. Me acompaña Jurica Pavičić, columnista y crítico cinematográfico local, veterano de la guerra de la década de 1990. Tiene un rostro sonriente y es un entusiasta del mundo de las ideas y de cómo se aplican al recorrido político de los Balcanes occidentales. Disfruta hablando de estas cosas y yo escuchándolo.

Cuando le menciono que mis conversaciones en Zagreb fueron, en aspectos muy relevantes, básicamente las mismas que mantuve hace treinta años, me responde:

—Por supuesto, no se ha resuelto nada, porque estamos en una parte del mundo donde se produjo una guerra civil en el seno de la Segunda Guerra Mundial en la que no solo los croatas combatieron contra los serbios, sino que además partisanos croatas combatieron contra fascistas croatas. De modo que la contienda continúa. Por un lado, están los hijos y los nietos de los partisanos, y, por el otro, están los hijos y los nietos de los fascistas de la Ustacha.

—Y, entonces, ¿no hay una decisión final en cuanto al papel de Tito en la historia de la región? —le pregunto.

—No, no la hay. Todo lo malo que se ha dicho sobre Tito es cierto. Pero todo lo bueno que se ha dicho sobre él también lo es. Tito sigue siendo una figura ambigua. Era un comunista, pero también creó una especie de clase media de izquierdas o una clase de comunistas reformistas, como quieras llamarlos, es decir, de gente capaz de gestionar cosas, instituciones. Pero —continúa subiendo la voz y encantado con la ironía— los yugoslavos izquierdistas nunca fueron tan de izquierdas como los griegos izquierdistas,

porque los griegos izquierdistas han existido dentro de una sociedad capitalista real a la que odian.

—Mire —dice volviendo a la pregunta original—, si al sistema de Tito se le hubiera permitido continuar sin la ruptura violenta de la década de 1990, Yugoslavia podría quizás ser hoy en día como China y prosperar bajo una forma de capitalismo organizado por un partido comunista liberal.

—¿Pero?

—Pero el debate que empezó en la década de 1940 continúa, con la Iglesia católica convertida a nivel efectivo en el politburó de la derecha populista. Mire —su cara maravillosamente expresiva se ilumina más si cabe—, lo que en el fondo siempre quiso la Iglesia durante toda la Segunda Guerra Mundial fue ser gobernada por un Franco o un Salazar, no por un Pavelić.^[t7] Por un tipo de derechas tradicional y favorable al clero, como los españoles o los portugueses, no por un nazi de derechas. Quería la Ustacha, pero sin la matanza de los judíos.

—Pero eso era imposible —digo interrumpiéndolo—. España y Portugal constituyen la península Ibérica, que está benévolamente rodeada de mar por tres de sus lados. Y Portugal se ha mostrado vagamente empática con los judíos en tiempos modernos, porque una parte importante de su población descende de judíos que se convirtieron al cristianismo durante la Inquisición, mientras que en esta parte del mundo Hitler solo habría tolerado un Estado marioneta nazi.

—Por supuesto.

Lo que él quería decir es que en Croacia la Iglesia tiene que ver con una tradición muy conservadora que, debido al legado de la Segunda Guerra Mundial, la carga con el equipaje de los crímenes fascistas. Los habitantes de Dalmacia, por ejemplo, son en general favorables a la Iglesia y tradicionales al estilo de portugueses, españoles e italianos del sur debido en parte a la migración procedente del interior conservador de los Balcanes, no por una inclinación ideológica o histórica en particular.

—¿Significa algo aquí el concepto de «Europa» o de ser «europeo»? —pregunto cambiando de tema, aunque no del todo.

«No —responde pensativo Jurica—. Europa significaba algo en la década de 1980», cuando había expectativas de un cambio positivo, «pero es un concepto demasiado general» para que tenga un atractivo real. Se mostró de acuerdo con las personas con las que me entrevisté en Zagreb en que optar a la adhesión a la Unión Europea forzó a los croatas a pensar en ser europeos, pero que, una vez dentro de la UE, «hay la sensación de que ahora podemos

hacer lo que queramos, igual que los polacos y los húngaros», que se han sumergido en el nacionalismo reaccionario.

—Pero los croatas no hemos dado este paso ni entrado en una discusión abierta con Bruselas, como los polacos y los húngaros. Mire —hace una pausa—, nosotros estamos menos seguros que nuestros vecinos del norte en lo que respecta a nuestra identidad centroeuropea y por eso no queremos arriesgarnos a perder nada. Somos un pueblo que niega públicamente estar, ni que sea parcialmente, dentro de los Balcanes, pero en privado, entre nosotros, reconocemos nuestra identidad balcánica.

Por la noche encuentro un restaurante con buena comida a pesar de las corrientes de aire y el frío del interior, y estoy a gusto con la vista desde mi mesa de las palmeras que flanquean el paseo de la costa. En el Mediterráneo, las palmeras son algo que siempre he asociado con pasar frío. Existe el mito de que en el Mediterráneo se disfruta todo el año de un clima veraniego y de ahí la mala calidad e incluso la ausencia de calefacción central. Nunca he temblado tanto en invierno como en el Mediterráneo. El Mediterráneo puede ser inhóspito, árido. No son solo las iglesias bellísimas y las encantadoras playas de Europa. El norte de África forma tanta parte del Mediterráneo como el sur de Europa. Invierno, frío, el oriente musulmán y los refugiados son aspectos de la experiencia mediterránea a principios del siglo XXI. La costa europea del Mediterráneo es rica y antigua; la costa norteafricana es joven y pobre. La era de la migración no ha hecho más que empezar.

Vista desde el mar, Split se ve tan bella como siempre, con sus edificios centenarios y su campanario románico restaurado en primer plano destacando sobre el fondo de una pared imponente de piedra cárstica; estoy en la cubierta de un ferri que me llevará hacia el sudeste, pasando por las islas de Brač, Hvar y Vis, hasta Vela Luka, en el extremo occidental de la isla de Korčula. Es la mañana de un día laborable de finales de noviembre y hay pocos pasajeros a bordo, principalmente camioneros canosos fumando y con periódicos sensacionalistas enrollados bajo el brazo. Tengo la cubierta superior prácticamente para mí solo. Me acomodo con mis libros y mi cuaderno sobre una mesa. El motor empieza a sonar y a vibrar, el tufillo del aceite penetra en mi nariz y el barco se aleja del muelle para dirigirse hacia el rompeolas. Y, entonces, la costa escarpada empieza a emerger con su

escultural magnificencia. El agua es un gigantesco panel deslizante que brilla bajo el sol cuando las primeras islas verdes, como cocodrilos durmientes, comienzan a perfilarse. No hay nada como un viaje por mar para recuperar el optimismo, la sensación de limpiarte de tu propio pasado. Tal vez sea esta la verdadera razón por la que la gente se compra veleros.

Diviso una pequeña iglesia católica sola en una isla rocosa en medio del agua azul oscuro. Rebosa nobleza, pienso. Me recuerda las iglesias ortodoxas de las islas griegas más remotas. Ante los elementos no hay otra cosa que fe, y las guerras y las luchas son básicamente sustitutos de los elementos. ¿Qué es la razón —y, además, la razón abstracta y burocrática; en términos generales, lo que la UE tiene que ofrecer— en comparación con esta fe, la cual, asimismo, es el origen real de la identidad comunitaria?

Nos acercamos a tierra después de tres horas de navegación. Bajo a la bodega oscura del ferri y quedo emparedado entre dos camiones cuyos conductores se preparan para ponerse en movimiento. La puerta de acero gigantesca se abre y el sol me deslumbra, revelando un conjunto de casas de una sola planta junto a un puerto. He reservado con antelación un coche y un chófer, puesto que en esta época del año no hay taxis. Emprendemos el trayecto de cuarenta minutos a lo largo de toda la isla, desde Vela Luka en dirección este hacia la ciudad de Korčula. El silencio y el misterio de la existencia de la isla descienden de inmediato sobre mí como una bendición.

La carretera atraviesa un denso tejido de olivos, viñedos y pinos blancos, salpicado de vez en cuando por cipreses jóvenes, con destellos de mar desplegándose en el horizonte. El casco antiguo de Korčula es una obra maestra medieval fortificada y es como si un gran artista la hubiera tallado en la roca mientras iba tarareando para sus adentros. «Escribo sobre piedra. Escribo sobre Italia», declaró Adrian Strokes al hablar del templo de Rímini, donde empecé mi viaje. Estas palabras podrían también aplicarse a este asentamiento de piedra caliza blanca que proyecta un hechizo similar a una poesía minimalista. Paso a través de una entrada barroca veneciana construida sobre una puerta renacentista que se eleva junto a una capilla gótica, todo en una misma placita. Las tiendas y las cafeterías están cerradas por ser temporada baja, lo que intensifica el efecto de la arquitectura. Por el interior de las murallas de la ciudad solo patrullan los gatos. Sin necesidad de mucha imaginación, las sobrias líneas góticas de los arcos triples y dobles que se despliegan en un callejón me recuerdan el Palacio Ducal de Venecia. Entro en la joya de la corona, una catedral gótica del siglo XVI que en realidad no es más que una iglesia de tamaño modesto, ¡pero qué sensación de fuerza y

volumen! Hay un Tintoretto con tres santos detrás del altar tan misteriosamente reales que casi parecen moverse. Como un pulgar perfecto, el casco antiguo se adentra en el agua, creando impresionantes paisajes marinos. Un océano desnudo es como un desierto, rebosante de aislamiento. Pero un mar como este, tachonado de islas y con las montañas tan cerca, es una visión que ejerce una fascinación interminable.

Directamente delante de mí tengo el canal de Pelješac, que separa Korčula de tierra firme. En su tiempo marcó la división entre Roma y Bizancio y señaló también el enfoque marítimo de la Venecia imperial. Korčula es otra falla adriática, puesto que cambió de manos durante las guerras napoleónicas: de los franceses a los británicos y finalmente a los austríacos, que la gobernaron durante un siglo hasta el nacimiento del Reino de los Serbios, Croatas y Eslovenos que siguió a la Primera Guerra Mundial. El dialecto de Korčula está salpicado de palabras italianas y venecianas, y los apellidos locales —Arneri, Boschi, Depolo— se remontan a tiempos de la *Serenissima*, cuando esta versión diminuta, *doble espresso*, de Dubrovnik, era el «arsenal de Venecia», según escribe el escritor y periodista Michael Dobbs, que vive a tiempo parcial en Korčula. Los diferentes vientos, continúa Dobbs, sugieren además una frontera geopolítica: el mistral cálido y seco que azota el lado occidental de las murallas de la ciudad abiertas al mar, el *jugo* húmedo y lluvioso del sur y, claro está, el gélido y destructivo *bora*, más conocido en el lado oriental de la isla y el interior balcánico hacia el noreste.^[31]

Llego al hotel antes de que oscurezca. Las palmeras, las adelfas y los robles raquíuticos que flanquean el mar han desaparecido entre las sombras. Bebo un vaso de *posip*, el vino blanco seco local, ligero pero intensamente especial. Pienso en la expresión dalmata *fjaka*, que podría traducirse como «indolencia» o «relajación», que connota casi una actitud hacia la vida. Regreso al casco antiguo para dar un paseo. El silencio es tan potente que es como si me encontrara en el interior de una concha marina. Charcos de negrura, que me dificultan incluso verme los pies, se abren a placitas en miniatura iluminadas por una sola farola. De noche, los callejones sugieren espacios de sueños recién recordados y de infancia. Cinco minutos de paseo en cualquier dirección me devuelven siempre al mar. ¿Existe una evocación mejor del tiempo, del paso de los siglos, que el sonido del agua chapoteando de noche contra unas murallas medievales?

Antes de una cena tardía con gente de aquí (gente que he conocido a través de amigos de otros amigos), paso por la parte nueva de Korčula y oigo música en el interior de la biblioteca local. Unos colegiales cantan una

inquietante y tradicional melodía croata mientras padres y amigos escuchan embelesados. Unos días más tarde, veré una representación de la danza de la espada Moreška, que llegó a Korčula en el siglo XV; recordatorios mundanos de orgullo comunitario y regional que me hacen pensar en la iglesia de aquella isla remota que vi desde el ferri.

Durante la cena mis nuevos amigos se lamentan (igual que la gente con la que me reuní en Zagreb) de que Croacia esté perdiendo población, de que los jóvenes se marchen a Irlanda para trabajar en puestos relacionados con el mundo tecnológico que están mucho mejor remunerados que aquí, que el corazón agrícola eslavo se esté vaciando y que las mujeres tengan cada vez menos hijos. La política democrática de Croacia ha distanciado a los jóvenes porque es una política que está dominada por las viejas divisiones de siempre entre los que son nacionalistas y los que no lo son. «A la bestia del nacionalismo hay que alimentarla constantemente con carne, con desarrollo económico, de lo contrario acabará mordiéndote, como ya hizo en el pasado», me dicen. Todo lo cual nos conduce a una discusión sobre la crisis de la democracia en Occidente y sobre de qué modo, tal como uno de los sentados a la mesa sugiere, «tal vez la monarquía sea, al final, la forma históricamente más natural de gobierno: un líder percibido como legítimo por todo el mundo que puede tomar las decisiones difíciles aunque necesarias». Mis amigos son cosmopolitas liberales, lo cual en el contexto local significa que son «yugoslavos», como el conde Voinovitch en cierto sentido, lo que me lleva a preguntarme si su idea centenaria de una unidad eslava del sur podría aún renacer. La intensidad de la belleza de Korčula hace que la gente se sienta orgullosa de este lugar y eche raíces aquí, dándoles esperanza para el futuro. Yo tuve que huir del lugar donde me crie para encontrar belleza. La gente de aquí no tiene necesidad de marchar.

Y aquí es el lugar de toda Croacia donde el aliento del Mediterráneo es más fuerte. Porque Italia está en Korčula por todas partes gracias a la Venecia imperial. Es donde la influencia italiana sobre lo eslavo es más táctil: en la iglesia, en la arquitectura, en el café y en la cocina, en el dialecto incluso, me explica Stanka Kraljević, una profesora de latín. De hecho, la influencia italiana es la responsable de los exquisitos iconos bizantinos griegos que hay en una iglesia y museo, porque Bizancio, como sabemos, dejó una profunda huella en Venecia.

Tal vez el acontecimiento más importante de la historia de Korčula sea la batalla naval que se libró en sus aguas en septiembre de 1298 entre genoveses y venecianos, justo delante de la muralla este de la ciudad vieja, en la que acabaron hechos prisioneros, entre miles de hombres más, tanto el comandante de la flota veneciana, Andrea Dandolo, como Marco Polo, que comandaba una de las galeras de Dandolo. Incapaz de soportar esa desgracia, Dandolo acabó suicidándose; Marco Polo fue finalmente encarcelado en Génova.^[t8] Fue durante su confinamiento, liberado por fin de la carga de sus responsabilidades comerciales y militares, que pudo dictar meticulosamente la historia de sus viajes por Asia.

Marco Polo, que inició su largo viaje de veinticuatro años por Asia navegando por la costa oriental del Adriático en 1271, pasaría periodos de tiempo considerables en Palestina, Turquía, el norte de Irak, Irán en su totalidad desde el norte azerí y kurdo hasta el golfo Pérsico, el norte y el este de Afganistán y la provincia de etnia turca de Xinjiang, en China, antes de llegar a la corte del emperador mongol Kublai Kan, en Cambaluc (la moderna Beijing). Desde Cambaluc realizaría expediciones por toda China y llegaría hasta Vietnam y Birmania (Myanmar). Su ruta de regreso a Venecia lo llevaría por el océano Índico, a través del estrecho de Malaca, a Ceilán (actual Sri Lanka), por la costa occidental de la India hasta Guyarat y en viajes secundarios hasta Omán, Yemen y África occidental.

Si el mundo de principios del siglo XII tenía un centro geopolítico, ese era el Gran Océano Índico, entendiéndolo como el área comprendida desde el golfo Pérsico hasta el mar de la China Meridional e incluyendo también Oriente Medio, Asia central y China. La Ruta de la Seda terrestre y marítima propuesta por el régimen chino actual, bautizada por la prensa como «la iniciativa de la Franja y la Ruta de China», sigue exactamente las rutas recorridas por Marco Polo. Y no es casualidad. Los mongoles, cuya dinastía Yuan gobernó China en los siglos xiii y xiv, fueron «practicantes tempranos de la globalización», con la intención de conectar la totalidad de la Eurasia habitable y convertirla en un auténtico imperio multicultural. Y el arma más persuasiva de la China de los Yuan (a pesar de la reputación sanguinaria de los mongoles) no fue la espada, sino el comercio: piedras preciosas, tejidos, especias, metales, etc. El emblema de la *Pax Mongolica* fueron las rutas comerciales, no la proyección del poder militar.^[32] La gran estrategia mongola se construyó sobre la base del comercio más que sobre la guerra. Si queremos entender la gran estrategia de la China actual, basta con mirar el

imperio de Kublai Kan, del que el veneciano Marco Polo nos dejó un registro único.

Aunque a Kublai Kan no le acabó funcionando. Persia y Rusia se volvieron autónomas y el subcontinente indio, separado de China por las elevadas paredes del Himalaya y con mar en ambos lados, siguió siendo una isla geopolítica. De todos modos, el Gran Kan reforzó su base en lo que siempre ha sido la cuna agrícola de la civilización china, la China central y oriental, lejos de las zonas de minoría musulmana del desierto occidental. También aquí las características geopolíticas del mundo de Marco Polo se aproximan más o menos a las nuestras.

Marco Polo equiparó el futuro con China, aun cuando viajando por el Tibet había visto el lado oscuro del gobierno de los Yuan, con los estragos de una destrucción gratuita y la incorporación por la fuerza de una provincia remota. El carbón, el papel moneda, los cristales de corrección óptica y la pólvora eran maravillas chinas desconocidas en Europa en aquel momento, mientras que la ciudad de Hangzhou, con un foso y centenares de puentes cruzando sus canales, era para Marco Polo tan bella como Venecia.

Además de la isla geopolítica de la India, Marco Polo describe en sus *Viajes* dos territorios especialmente relevantes: Rusia y Persia. Rusia se observa desde lejos como un páramo rentable muy rico en pieles, mientras que Persia domina gran parte de su itinerario. Bajo el punto de vista de Marco Polo, Persia solo es superada por China, de un modo similar al Imperio persa que dominó las rutas de Alejandro Magno y Heródoto, cuando era la primera superpotencia de la historia en la Antigüedad.^[33] Porque, como sucede a menudo en la historia, todo giraba en torno a Persia. O Irán, como se denomina ahora. En consecuencia, un mapa de la Eurasia del siglo XIII en época de Marco Polo —cuyos principios organizativos eran el «Imperio del Gran Kan» y los «Kanes de Persia»— es, de hecho, el punto de entrada adecuado para entender nuestro mundo geopolítico y hacia dónde se encamina: un mundo en el que Europa, y especialmente el Adriático —que abarca tanto la cristiandad occidental y oriental como el islam—, forma parte de manera cada vez más integral y orgánica de un conjunto eurasiático más amplio.^[34]

Korčula, un lugar de postal dominado ahora por el invierno, una auténtica ciudad-Estado de la Ruta de la Seda, concentra mis pensamientos sobre todos estos asuntos mejor que cualquier otro lugar que conozca. Hay incluso una reivindicación local, de lo más cuestionable, que afirma que Marco Polo nació aquí.

Estoy en un balcón en Lumbarda, al sur de la ciudad de Korčula, contemplando una bahía silenciosa próxima al lugar donde hace más de setecientos años se libró la batalla naval en la que participó Marco Polo. Hay macetas con plantas, hortensias e hibiscos, y en las cercanías crecen granados, olivos y buganvillas. Es la casa de Toni Lozica, guía y barítono, miembro de una familia que se remonta a muchas generaciones en Korčula. Es un hombre alto y voluminoso cuyo cabello gris acerado, recogido en una coleta, y su barba blanca recortada le dan el aspecto de un monje del monte Athos.

El balcón, bajo una pérgola, se abre a una amplia y deliciosa estancia donde se está cocinando la pasta, y los libros y las pinturas llenan las paredes. Los libros están escritos en diversos idiomas y versan en su mayoría sobre la historia de los Balcanes y el Adriático. Están en bastante desorden, sin llegar al caos, lo que da la sensación de que la biblioteca realmente se utiliza. Hay cojines bordados, velas a medio consumir y baúles viejos que evocan viajes de otros tiempos; dos de los baúles fueron propiedad del héroe de guerra británico Fitzroy Maclean. En una mesa larga de madera, Toni me sirve un vaso de *slivovitz* helado seguido de *grk*, un vino blanco local con un limpio sabor metálico. Es una existencia mediterránea clásica en la frontera con el mundo eslavo. Estoy en casa de un hombre cariñoso, enternecedor y tremendamente culto que cocina y lee y, por lo tanto, disfruta con su propia compañía, una casa impregnada con el aroma extático del mar.

Cuando dos gatos gordos y peludos entran desde el balcón, Toni anuncia que la pasta está lista y empezamos a comer y hablar o, mejor dicho, empiezo a escuchar. Toni parece haber leído todos los libros de los autores que más me importan: Fernand Braudel, Predrag Matvejevió, Lord Norwich, etc., autores que observan la unidad esencial del Mediterráneo como una civilización con un destino común pese a constituir también un teatro de rivalidades y conflictos. Toni hace un gesto de asentimiento cuando me cuenta lo distinto y mucho menos trágico que podría haber sido el siglo XX si tal asesinato no hubiera tenido lugar o tales elecciones hubieran acabado con un resultado distinto. Cuanto mayor se hace, a pesar de Braudel y de su brillante determinismo, más cree que la historia es una cuestión de extrañas contingencias y apasionados encuentros individuales.

Finalmente, como es habitual, el tema pasa a la antigua Yugoslavia.

«¿Regresará Yugoslavia?», le pregunto.

«Sí, Yugoslavia debe regresar. Es la Unión Europea en potencia de los Balcanes occidentales. Todos hablamos más o menos el mismo idioma eslavo

y todos debemos comerciar entre nosotros, de modo que no hay otra alternativa que una nueva Yugoslavia de carácter informal. Mientras siga existiendo una UE —continúa Toni —, tendrá que haber un proceso para recrear Yugoslavia de una u otra manera», por diluida e inmersa que esté en una civilización común de la cuenca mediterránea. «Yugoslavia era un imperio. La Unión Europea es un imperio. ¿Y de qué va en realidad la UE? ¿Es una cuestión de comercio y economía? Definitivamente, no. La Unión Europea debe sobrevivir porque en realidad estamos hablando de paz. De paz en Europa».

Estamos de acuerdo en que los imperios son muy necesarios.

En mi cabeza, Korčula es inseparable de Fitzroy Maclean, el valiente, apuesto, frío como el hielo e infatigable caballero escocés de las Highlands que aterrizó en paracaídas en las colinas de Bosnia en septiembre de 1943, vivió entre los partisanos yugoslavos y llegó a conocer a Tito, con el que mantenía una relación diaria, mucho mejor que cualquier otro occidental. Hasta la incursión de Maclean, el gobierno de Churchill no estaba seguro de cuál era la orientación política de los partisanos. Eran un misterio. Maclean convenció a su gobierno de que el ejército de resistencia de Tito era «infinitamente» más importante de lo que en general se suponía, que estaba «de forma muy definitiva» bajo liderazgo comunista y que el apoyo británico lo ayudaría considerablemente en su lucha contra los alemanes. Y que, independientemente de que los británicos ayudaran o no a los partisanos, «Tito y sus seguidores ejercerían una influencia decisiva en Yugoslavia después de la liberación». Todo lo cual resultó ser correcto.

Igual que otra visión de Maclean. En su primer encuentro, mientras bebía licor de ciruela con Tito casi inmediatamente después de aterrizar en paracaídas, Maclean observó que Tito no era como los comunistas soviéticos que había conocido cuando estuvo destacado en Moscú. Tito «parecía perfectamente seguro de sí mismo; un líder, no un subordinado». Ese atributo sería crucial en la ruptura de Yugoslavia con Moscú que tendría lugar unos años después y que la llevó a su postura de Estado no alineado.

Pero primero Maclean tuvo que llegar a la costa desde el interior para poder disponerlo todo a fin de que los partisanos pudieran recibir suministros desde Italia, donde Mussolini acababa de ser derrocado. Eso significó caminar desde la campiña boscosa de Bosnia hasta las «rocas grises y los peñascos» de Dalmacia. Y así fue como Maclean llegó a la soleada Korčula, donde cerca de

la «antigua torre circular, con el blasón del León de San Marcos, se fijó encantado en una chica extremadamente bonita». Luego, unas monjas católicas le «lanzaron» flores. Pequeños placeres, pero enormes dadas las circunstancias.^[35]

Antes del amanecer, el mar parece alquitrán reluciente mientras el ferri cruza el canal de Pelješac para llevarme de vuelta a tierra firme. Cuando llegamos a la otra orilla, el agua ya ha cambiado de color y refleja un cielo arcilloso y encapotado. El autobús serpentea después en dirección sur, resiguiendo colinas y acantilados de piedra caliza aristada hasta que a media mañana llegamos a Dubrovnik. Durante el trayecto los olivos me resultan hipnóticos. Me recuerdan los primeros olivos que vi de joven cuando viajé por España y Túnez, la prueba paisajística de la unidad esencial del norte de África con el sur de Europa. El mar —calmado y ardiente ahora que el sol asoma entre las nubes— posee la perfección plana y afilada de los anillos de Saturno.

Dubrovnik se anuncia con una abundancia de viviendas de nueva construcción. La ciudad que recuerdo de finales de la década de 1990, un tiempo maravilloso después de que acabara la guerra pero antes del *boom* turístico, es distinta a la que veo en la actualidad. Luego, la ciudad amurallada aparece de pronto delante de mí y, con la circulación de cruceros interrumpida por ser temporada baja, parece tan aislada, dramática e inspiradora como siempre. Pienso en el Museo Marítimo construido en el interior de estas murallas impresionantes y que he visitado en varias ocasiones, con sus magníficas maquetas de barcos y mapas, mapas y más mapas. Y toda la historia que he leído vuelve a mí.

Dubrovnik —un término serbo-croata que podría referirse a los cercanos bosques de robles— no fue ni siquiera el nombre exclusivo de esta ciudad hasta el siglo XX. Antes de eso, durante aproximadamente mil años fue la república independiente, católica y marítima de Ragusa. (La palabra *argosy* significa «barco de Ragusa»). Después de la Primera Guerra Mundial, el gobierno del nuevo reino de Yugoslavia cambió oficialmente el nombre a Dubrovnik porque Ragusa sonaba demasiado italiano, a pesar de ser un nombre putativamente ilirio. Ragusa resistió asedios sarracenos y, con el estímulo pasivo de España y el Vaticano, escapó constantemente de las garras del dominio de los imperios veneciano, Habsburgo y otomano, enfrentando a

unos contra los otros. Ragusa, un auténtico «milagro» histórico, según la descripción que de la ciudad hace Rebecca West —una ciudad tributaria del Imperio otomano pero percibida por muchos como un Estado cristiano independiente—, era la puerta de entrada a Asia, el lugar donde las caravanas iniciaban su viaje de ochocientos kilómetros a través de Montenegro, Kosovo, Macedonia y Bulgaria hasta Constantinopla y más allá. Había incluso una colonia ragusea en Goa, en la costa de Konkan, en la India. El poderío naval de Ragusa le garantizó la posesión de almacenes en los puertos mediterráneos más importantes, desde Túnez en el norte de África hasta Acre en Palestina. En el Museo Marítimo hay un mapa que muestra todas las poblaciones costeras a lo largo de mi ruta adriática que, en los siglos XII y XIII, tenían una terminal ragusea. Ragusa no sucumbió a la dominación de los Habsburgo hasta después de las guerras napoleónicas.^[36]

Etiquetar Dubrovnik como un lugar con un pie en Oriente y otro en Occidente no se acerca ni de lejos a capturar su enervante realidad geopolítica. Mientras que su barniz cultural y artístico era sin duda alguna veneciano, en términos de política, económica y cultura, Dubrovnik, de habla predominantemente serbo-croata, se situaba en la frontera entre el catolicismo romano de Occidente y la ortodoxia bizantina de Oriente. A nivel diplomático, equilibraba a venecianos, húngaros y normandos de Occidente con los monarcas bizantinos, serbios y bosnios de Oriente. El patriciado de Ragusa, de hecho, estaba dividido entre elementos pro y antiotomanos. (¡Se saben muchas cosas sobre el Dubrovnik de la Edad Moderna temprana! Zdenko Zlatar, académico de la Universidad de Sidney, está elaborando incluso una lista de todos los miembros del Senado en 1611-1612 catalogándolos según las diversas facciones).^[37]

El problema original y recurrente del Dubrovnik medieval era que el Imperio bizantino demostró ser «un protector poco fiable», explica el experto británico Robin Harris en *Dubrovnik: A History*. «En consecuencia, los habitantes de Ragusa [al principio] tuvieron que alcanzar acuerdos con sus vecinos para preservar su seguridad», algo que Bizancio aceptó, «siempre y cuando su soberanía principal quedara aún reconocida». Irónicamente, Dubrovnik perfeccionó el arte de la supervivencia como resultado de las limitaciones que le imponía Venecia, que, al restringir su comercio marítimo, forzó a aquella a desarrollar su comercio terrestre en el interior eslavo. Y, de esta manera, la república se convirtió en una potencia tanto mediterránea como balcánica. El comercio terrestre se vio ayudado por el hecho de que Venecia, de todos modos, protegía a Dubrovnik contra Serbia. Porque, a pesar

de que Venecia quería controlar Dubrovnik, necesitaba su supervivencia por el bien de la seguridad de la *Serenissima* en el Adriático. Una vez más, la geopolítica amoral permitió una apariencia de paz y fue, por lo tanto, preferible a los excesos moralistas de una guerra religiosa. Y nadie supo jugar mejor a ese juego que los raguseos.

A mediados del siglo XIV, cuando Hungría derrotó a Venecia en una serie de conflictos militares, Dubrovnik aprovechó rápidamente la circunstancia y obligó al dux a concederle más libertades civiles y comerciales. Al mismo tiempo, Dubrovnik se acercó diplomáticamente a la victoriosa Hungría a cambio de la protección de esta nueva potencia en ascenso en el Adriático. Y cuando el poder otomano aumentó en el siglo XV, Dubrovnik maniobró para que los poderes católicos europeos le concedieran permiso para comerciar más en tierras musulmanas. Dubrovnik, sin embargo, una «Atenas eslava», marcada por el catolicismo liberal que la definía, mantuvo distancias políticas con el papado.

Más adelante, en el siglo XVI, cuando el poder otomano alcanzó su cúspide y después de que Dubrovnik se convirtiera en tributaria otomana, una desinteresada Dubrovnik se convirtió en la vía del comercio entre Oriente y Occidente y se abstuvo de llevar a cabo acciones militares en nombre de cualquier gran potencia. Y así fue como esta ciudad-Estado conservó su neutralidad. Los raguseos, católicos en su mayor parte, con un realismo inducido por su delicada posición geopolítica, miraron con desprecio el fervor de las guerras de la Contrarreforma que se libraron en los siglos XVI y XVII contra el sultanato musulmán.^[38]

Un francés que visitó Dubrovnik en 1658 dijo lo siguiente sobre el cinismo sin parangón que los raguseos mostraban en sus relaciones internacionales, un rasgo tremendamente necesario para su supervivencia: «Temen a los turcos, odian a los venecianos, aman a los españoles porque les resultan útiles, sufren a los franceses por su fama y a los extranjeros no dejan de espiarlos».^[39]

Dubrovnik es una ilustración de cómo el arte de gobernar es a menudo una cuestión del mal menor, ya que solo aceptando este hecho un pueblo sobrepasado en número por todo el mundo puede defenderse. El orden social garantizaba libertad. Un sistema de castas rígido dividía nobles, plebeyos y trabajadores: «La imposibilidad de un plebeyo de sumarse a las filas del patriciado condujo probablemente a cierta aquiescencia y, por lo tanto, a la estabilidad», escribe Harris. Con treinta y tres familias nobles en una población de decenas de miles de habitantes en el siglo xv, Ragusa constituía

un liderazgo corporativista al estilo veneciano en el que surgían pocas personalidades dominantes. El rector, con el espíritu del dux, era elegido por solo un mes y únicamente podía ser reelegido después de transcurrido un intervalo de dos años. Durante su mes en el cargo, era retenido como prisionero en palacio, excepto para actos ceremoniales, en los que vestía una estola de terciopelo negro sobre una toga de seda roja. Era un sistema hecho a medida para Nicolás Maquiavelo: el gobierno avanzado al estilo de los *whigs* que rigió Ragusa era la expresión perfecta de los principios del famoso florentino, los de un realismo frío y aristocrático al servicio único y exclusivo de la supervivencia.^[40] El resultado fue una república libre que sobrevivió a lo largo de la Edad Media y Moderna, celebrada por el arte bizantino-gótico-renacentista y toda la arquitectura encerrada dentro de sus murallas de los siglos XV y XVI.

Es un atardecer frío de principios de invierno y los focos iluminan las almenas de Dubrovnik. Recorro un puente levadizo y cruzo la puerta de Ploče, donde una estatua de san Blas, el patrón de Dubrovnik, me observa desde una hornacina en lo alto. Me encuentro inmerso en un desfiladero imponente: las murallas de la ciudad casi rozan mi hombro izquierdo y los muros del convento de los dominicos hacen prácticamente lo mismo con el derecho. Rápidamente, la visión se amplía y llego a una plaza enmarcada por el palacio Sponza, de estilo gótico y renacentista, y una fuente del siglo XV. Extendiéndose a partir de la plaza, como si pretendiera alcanzar el infinito, se encuentra el Stradun, el paseo principal de Dubrovnik, cubierto con losas pulidas que brillan como el cristal bajo las farolas. Construido después de un terremoto en 1667, está flanqueado por arcadas barrocas idénticas: un espectáculo lineal en el tiempo extraído de un paisaje de Canaletto. Deambulo por callejones con escaleras, entro en tiendas y en íntimos bares de barrio decorados con cuadros con marcos dorados que hablan de un refinamiento profundamente evolucionado. En el exterior, casi cada vez que levanto la vista, veo la estatua de un santo, normalmente san Blas, sosteniendo una maqueta de Dubrovnik en la mano, como si estuviese listo para saltar desde lo alto de una iglesia, volar por los aires y mezclarse con la multitud.^[41]

En el palacio del Rector, entre espejos dorados y fayenza napolitana azul y amarilla, observo los retratos de los nobles de Ragusa, con sus apellidos italianos y eslavos. Sus expresiones calculadoras hablan a voces de una conformidad monástica. Entre octubre y diciembre de 1991 y luego de nuevo

en mayo de 1992, cuando las bombas serbias cayeron sobre el casco antiguo de la ciudad, las últimas murallas medievales y las losas del suelo del siglo XVII, sobre todo las del Stradun, que fueron financiadas en su día por estos astutos emprendedores, sufrieron excepcionalmente pocos daños pese a recibir muchos impactos directos y metralla.^[42]

En 1998 di un paseo por lo alto de las murallas de la fortaleza para evaluar los daños del bombardeo. Vislumbré cientos de miles de tejas de arcilla, una expresión de lo que Edgar Degas denominaba «la colaboración paciente del tiempo». Como fósiles impresos en piedra, las tejas de los tejados eran un registro de las estaciones: inviernos fríos y húmedos y veranos abrasadores, creando un mosaico de tonalidades cautivadoras y sutiles. Había castaños, ocre, sienas resplandecientes. Con el paso de las décadas, las tejas adquieren el color del hueso blanqueado y de lejos parecen casi amarillas. Sin embargo, después de un momento de esplendor sin igual, miré con más atención el paisaje de tejados. Muchas tejas eran nuevas y manchas de color rojo tomate marcaban las áreas donde habían impactado las bombas serbias.^[43] La decadencia es hermosa y la violencia de la década de 1990 la había extinguido.

Dubrovnik, tal y como la he experimentado a lo largo de las décadas, exuda eclecticismo cuando todos mis recuerdos del lugar se fusionan. Entro en el museo del convento dominico, donde ni una jarra de latón de Núremberg del siglo xv ni un díptico flamenco del siglo XVI que representa a Jesucristo y la Virgen parecen fuera de lugar rodeados de obras de arte de maestros eslavos, húngaros e italianos, destacando entre ellos un ángel de Tiziano. La iglesia de los dominicos, con paredes blancas vacías interrumpidas por sofisticadas portadas góticas, es similar a muchas de las que he visto en Italia. El claustro románico del siglo XIV de la abadía franciscana es otra experiencia paisajística más mediterránea que balcánica: una fuente de piedra en medio de un jardín exuberante con un sencillo limonero. Los callejones son empinados y forman laberintos bañados por el sol y decorados con flor de azahar y ropa tendida.^[44]

También en una visita anterior me acerqué al mercado de productos frescos del casco antiguo, que se instala al lado de la catedral, en una plaza cuyo centro está ocupado por una estatua triunfal de principios del siglo XVII del poeta de la Contrarreforma, Ivan Gundulić. En un puesto de fruta y verduras, una mujer entrada en carnes con un delantal me abrió una botella de licor con hierbas medicinales, me sirvió un chupito y luego me dio a probar un jugoso higo. Eran las nueve de la mañana y el licor me inundó la cabeza y

el pecho como fuego perfumado. La mujer sonrió. Cada día, minutos antes del mediodía, los tejados que rodean este mercado se llenan de repente de palomas, que esperan inmóviles hasta justo segundos antes de que las campanas de la catedral empiecen a tañer, momento en el cual emprenden el vuelo en formación.^[45] Cuando regreso años después, compruebo que el milagro sigue produciéndose.

Kotor, Podgorica, Tirana y Durrës

¿El corazón de Europa?

Cuando el autobús avanza en dirección sur y cruza la frontera entre Croacia y Montenegro, paso por sutiles gradaciones políticas y culturales. Sigo todavía en la antigua Yugoslavia, pero dejo atrás la Unión Europea, aunque el euro circule en Montenegro, que, igual que Croacia, es miembro de la OTAN. Montenegro, que antiguamente utilizaba el alfabeto cirílico, está muy avanzado en el proceso de pasar al alfabeto latino.

Pero el cambio es dramático. Las poblaciones están más deterioradas, menos cuidadas que en Croacia, con vallas publicitarias descoloridas, tejados de hierro oxidado y solares cubiertos de maleza entre palmeras y anuncios de hoteles. Soy consciente de la caída del nivel de vida en cuanto entro en un país históricamente marcado en un grado mucho mayor por el Imperio otomano y la Iglesia ortodoxa oriental que la Croacia inspirada por los Habsburgo católicos. Hay bloques de apartamentos miserables y a medio terminar, con la colada tendida junto a antenas parabólicas que me recuerdan las maltrechas viviendas del Cáucaso y Asia central a finales de la década de 1990. Yates caros se apiñan no muy lejos de astilleros abandonados y una gran expansión de nuevas construcciones, a todas luces irregulares, socavan el escenario: indicadores de elevados niveles de corrupción emparejados con instituciones débiles.

El casco antiguo de Kotor carece del aspecto limpio y pulido de las obras maestras amuralladas de Croacia. Kotor no es todavía un centro comercial repleto de tiendas como Split y Dubrovnik. Los gatos callejeros están más flacos. Desde una mesa del restaurante más caro del casco antiguo, veo sábanas secándose al lado de una encantadora arcada y un dintel ennegrecidos

por el paso del tiempo. Kotor, situada en el fondo de una bahía, presenta un carácter remoto indefinible a pesar de sus elegantes pubs y vinotecas. El ambiente del caravasar se apodera de los tenebrosos callejones. He viajado un poco atrás en el tiempo. Y, entretanto, los elevados picos se alzan entre la niebla como agujas de catedrales y se reflejan en el espejo de las aguas de la bahía.

Kotor es un lugar donde te faltan adjetivos. Es como si la bahía, que tiene las proporciones de un fiordo noruego, te transportara al profundo interior de un inmenso continente por descubrir, con sus incesantes erupciones montañosas. Sin embargo, en un día soleado, los colores pueden ser cálidos e íntimos; es todavía el Mediterráneo. La pequeña pero majestuosa iglesia católica de Nuestra Señora de los Remedios, en la ladera de una montaña y devorada por los siglos, da coherencia a toda la imagen.

Kotor, la antigua Cattaro hasta después de la Primera Guerra Mundial, se asienta en el fondo del místicamente ventoso golfo de Kotor, a los pies del monte Lovćen, de más de mil ochocientos metros de altitud, y de sus picos secundarios, cuyas imponentes sombras oscurecen las callejuelas del casco antiguo. Incluso más que otras ciudades amuralladas de Dalmacia, Kotor, que está abierta al Adriático a la vez que es vía de entrada al corazón de los Balcanes interiores, ha sido testigo del paso de conquistadores de la Edad Moderna temprana y posteriores y de todas fuerzas imperiales que la ocuparon: turcos, venecianos, austríacos, franceses, rusos y británicos. Mucho antes que todo eso, a finales de la Antigüedad y después, llegaron a este lugar idílico ostrogodos, bizantinos y sarracenos, con el gobierno de las dinastías medievales búlgaras y serbias incorporadas también a la interminable mezcla. Pero la personalidad definitiva de Kotor tal vez sea la de una ciudad-Estado dálmata casi independiente, con identidad propia, separada política y psicológicamente de la oscura inalterabilidad del interior montenegrino.

En Kotor me siento un poco desorientado. Intuyo el Oriente en su característica amabilidad, en el modo en que desconocidos te abordan en restaurantes con preguntas personales y en los claros efectos visuales de la corrupción emparejada con el oscuro misterio y la nítida aura de antigüedad de las iglesias ortodoxas, marcadas por sus imponentes iconostasios y los sacerdotes que agitan incensarios. Estos pensamientos tientan al esencialismo, lo sé. Pero creo que son algo más que primeras impresiones. Las estadísticas sobre la renta per cápita que el Ministerio de Asuntos Exteriores me facilitó

en Eslovenia, así como los datos del índice de Desarrollo Humano de las Naciones Unidas, señalan directamente a una caída del nivel de vida y de los estándares gubernamentales cuando se viaja de norte a sur en la antigua Yugoslavia. Al fin y al cabo, a pesar de la pátina de globalización, Oriente todavía existe, igual que sigue existiendo Occidente.

Es mucho más complicado que todo eso, claro está. En un museo local, por ejemplo, los vestidos típicos balcánicos se exponen justo al lado de espejos venecianos y mobiliario italiano. Sin embargo, sabemos que Dinamarca y Alemania son bastante distintas de Irán y la India, lo que significa que el viajero que atravesase el continente euroasiático se percatará de cambios a lo largo de un trayecto que lo llevará desde el norte de Europa, pasando por Oriente Próximo, hasta el subcontinente asiático, por mucho que la globalización actual haya diluido esos cambios. Viajar significa enfrentarse a comparaciones minúsculas constantes entre un lugar y el siguiente (por imperfectas que puedan ser), lo cual al final ayuda a revelar el cómo y el porqué de la geopolítica.

Por ejemplo, mientras que el 86 por ciento de la población croata es católica, el 72 por ciento de la población de Montenegro es cristiana ortodoxa. Años atrás, un destacado filósofo rumano, Horia-Roman Patapievici, me explicó que los países ortodoxos (Rumania, Moldavia, Rusia, Serbia, Montenegro, etc.) se habían enfrentado a todo un desafío para poder desarrollar un estilo de vida público basado en reglas impersonales, puesto que «la ortodoxia es flexible y contemplativa, y se basa más en tradiciones campesinas orales que en textos».^[1] La periodista británica Victoria Clark destaca en su libro sobre la ortodoxia oriental que se trata de un mundo en el que las relaciones personales son mucho más importantes que las instituciones.^[2] De hecho, la última vez que realicé la consulta, constaté que los estados ortodoxos europeos se situaban por debajo de los países protestantes y católicos en términos de percepción de transparencia institucional y en prácticamente todos los casos, también en términos de renta per cápita.

La ortodoxia oriental, como muchos observadores han destacado, ha tenido una relación menos conflictiva con el islam del interior del Imperio otomano que con sus compañeros católicos cristianos fuera de él. Los turcos musulmanes trataron con frecuencia a los cristianos orientales mejor que los cristianos occidentales (católicos y protestantes) se trataron entre ellos, y por esta razón la ortodoxia forma parte de la herencia otomana de manera similar

a como lo hace el islam; y Montenegro (junto con Albania) forma una frontera del mundo ortodoxo cuyo núcleo sigue estando en Grecia y en Rusia.

De hecho, la ortodoxia cristiana oriental es el mundo del antiguo Imperio bizantino (antes de la llegada de los otomanos) y sus zonas eslavas de influencia al norte. Y aunque, casi al comienzo de mi viaje, he encontrado retazos artísticos y espirituales de ortodoxia en las iglesias de Rávena, en la otra orilla del Adriático, es en Kotor donde la encuentro en forma de religión activa. Me enamoré de las iglesias y monasterios ortodoxos en la década de 1970 en la Cisjordania palestina, y durante la de 1980 viví unos años en la Grecia ortodoxa. Ahora, una de mis mañanas en Kotor, en una iglesia ortodoxa prácticamente vacía, con un solitario sacerdote agitando un incensario y con el aroma del incienso provocándome una palpable sensación celestial, vuelven a mí algunos de mis recuerdos más queridos de Grecia y Oriente Próximo, recuerdos de otros clérigos solitarios cantando y agitando incienso, incluso sin ninguna congregación presente; sin bancos ni sillas, porque en la ortodoxia no suele haber una nave, sino solo un espacio central bajo la cúpula donde se colocan los fieles, con lo que se genera una informalidad desinhibida bajo el resplandor de la iconografía, un arte que permite que el cielo y la tierra se encuentren.

Y los recuerdos, por supuesto, significan libros, muy en especial *The Orthodox Church*, un libro profundamente vivido y erudito que leí en Atenas hace más de media vida, obra de Timothy Ware o padre Kallistos, como se bautizó después de su conversión del anglicanismo a la ortodoxia en 1958. Mientras que todos los cristianos occidentales, tanto católicos como protestantes, explica el padre Kallistos, se han visto influidos por «la centralización papal y el escolasticismo de la Edad Media, por el Renacimiento, por la Reforma y la Contrarreforma», los cristianos ortodoxos no han conocido prácticamente nada de todo esto: «solo se han visto afectados de manera indirecta» por las turbulencias civilizatorias que generaron el concepto de Occidente después del fin de la Antigüedad. Y, mientras que la Iglesia católica está unificada bajo la figura de un papa, el mundo ortodoxo es más bien una concurrencia de «iglesias locales independientes» que son «altamente flexibles» y «fácilmente adaptables a condiciones cambiantes». Por lo tanto, por mucho que el mundo ortodoxo reivindique la universalidad como la «verdadera creencia» original sobre Dios, en la práctica ha acabado asociado con naciones étnicas y regímenes diversos, buenos y malos. Esta es en parte una triste consecuencia del gobierno otomano, que otorgó a las Iglesias ortodoxas privilegios políticos

como representantes de sus grupos nacionales y abrió de esta manera al clero el camino hacia la ambición y el tráfico de influencias.^[3] La ortodoxia oriental, por lo tanto, por razones de doctrina, historia y geografía (razones que se alimentan además entre ellas), ayuda a conformar la transición de la Europa occidental al Oriente Próximo.

«Pero ¿qué es entonces Europa?», me pregunta desafiante un guía turístico local y apasionado estudioso de la historia de los Balcanes una mañana mientras tomamos un café en Kotor, entre calada y calada de un cigarrillo. Chasquea los dientes y choca las palmas con pasión. «Europa, voy a decírselo, es tanto ortodoxa como católica y protestante. Kotor es tan núcleo de Europa como puedan serlo las ciudades del norte de Italia. En el siglo v éramos una sede episcopal. Teníamos los Diez Mandamientos mientras el norte de Europa seguía todavía luchando con los bárbaros. Aquí, el catolicismo y la ortodoxia funcionan como un engranaje. Dentro de las murallas de la ciudad se encuentran las dos mitades del cristianismo». Señala que, si Europa tuviera que detenerse en Montenegro, excluyendo las naciones mucho más grandes de los Balcanes, en especial Grecia, Europa estaría irremediablemente perdida. «La historia de Europa es una búsqueda de belleza por descubrir», la belleza de una idea de unidad que hasta el momento la elude, sugiere.

Recuerdo que Marci Shore, profesora de historia en Yale, encontró el ideal de Europa en un mercado cubierto de un lugar tan al este como el puerto de Odesa, donde músicos de la orquesta filarmónica local estaban tocando el «Himno a la alegría» de Beethoven —el himno de la Unión Europea— entre «pescaderas que descamaban pescado blanco, destripaban caballas y pesaban anchoas [...] ahogando, por un momento, las voces de las sirenas de Putin» en plena revolución ucraniana de 2014.^[4] Porque Europa, para sobrevivir, debería significar algo más que una geografía concreta; no debería quedar estrictamente limitada por la geografía y, por lo tanto, debería intentar alcanzar sus zonas de influencia.

El viaje de Kotor a la capital montenegrina de Podgorica te lleva hacia el sur por paisajes marinos vertiginosos, enigmáticos y bañados por el sol. El Adriático no es el Egeo, con sus incesantes asociaciones mentales con la mitología griega, ni tampoco es el infinitamente más grande océano índico, con sus vientos monzónicos cargados de vida y sus sugerencias de un islam marino. Aquí hay tantas asociaciones de culturas e historias diferentes

—con todas las divisiones clásicas entre Oriente y Occidente— que no queda más remedio que asombrarse ante la porosidad de las categorías.

De pronto me dirijo hacia el interior y Montenegro entra en erupción, con un pico tormentoso tras otro, provocando en mí recuerdos de la escabrosidad de Yemen y de la fría belleza de Suiza: un reducto montañoso infernalmente dividido de solo 630 000 habitantes que, aun siendo como es tan pequeño, une el Mediterráneo con el corazón de los Balcanes y que, debido a su geografía y a sus disputas familiares, al Imperio otomano le resultó casi imposible gobernar.

La independencia de la que disfruta Montenegro en el siglo XXI no se decidió en las guerras de secesión yugoslava de la década de 1990, sino con un referéndum en tiempos de paz celebrado en 2006 que dio como resultado su separación de la federación con Serbia. De hecho, Montenegro y Serbia comparten una historia larga, legendaria y ambigua. Ha sido una relación que a veces ha llegado a dividir a los montenegrinos entre ellos. El poema principal escrito en idioma serbio, *La corona de las montañas*, que marcó una ruptura trascendental con el Imperio otomano e inspiró a generaciones de serbios a luchar contra el dominio extranjero, fue escrito por un montenegrino, el príncipe Pedro II Petrović-Njegoš, en 1846. Stefan Nemanja, padre de la gran dinastía medieval que transformó a los serbios de «tribus enfrentadas en personas», nació en Montenegro. Y cuando los otomanos establecieron por fin un tenue control sobre estos territorios serbios, fueron los guerreros congregados cerca del monte Lovćen (el monte Negro, *Crna Gora*) los que más tiempo resistieron contra ellos. «Los montenegrinos llegaron a verse como la Esparta serbia», escribe el historiador y periodista británico Tim Judah.^[5] Así, el resultado del referéndum de 2006 no tuvo tanto que ver con abandonar Serbia, sino con dejar atrás los problemas de Serbia, entre los que destacaban la lucha diplomática por la independencia de Kosovo y el drama legal de llevar a los criminales de guerra serbios ante la justicia de La Haya. Libre de todo esto, Montenegro, con su estratégico emplazamiento adriático —en su día fue una de las fallas entre los imperios veneciano y otomano—, podía aspirar con mayor credibilidad a ingresar en la OTAN y en la Unión Europea.

También Rusia, con muchos de sus puertos bloqueados por el hielo durante los largos meses de invierno, codicia la atalaya de aguas cálidas que posee Montenegro en el Adriático y que está casi a un pie de distancia de Italia. El interés ruso por Montenegro está provocado también por la considerable historia de vínculos culturales y lingüísticos de Rusia con los

territorios de habla serbia, con sus inversiones económicas aquí y con el hecho de que este bello enclave turístico del Adriático se haya convertido en terreno de juego del crimen organizado ruso.^[6] Según algunos informes, los rusos poseen el 40 por ciento de las propiedades inmobiliarias de Montenegro, mientras que una cuarta parte del turismo que llega aquí procede de Rusia y los casinos y el proyecto del puerto deportivo están diseñados por los rusos «megarricos» con sus «superyates» y con un dinero que «es de procedencia turbia, por no decir otra cosa», comenta el analista de origen croata establecido en Washington Damir Marusic. Pese a que los funcionarios de la OTAN están al corriente de todo esto, siguen abriendo las puertas de la alianza occidental a Montenegro. Con Croacia y Albania ya en la OTAN, admitir a Montenegro cerraría el Adriático al ejército ruso.

Además, según la corriente de pensamiento de la OTAN, su adhesión pondría a Montenegro «en la senda de la virtud», ayudando a su entrada en la Unión Europea, que tiene onerosos estándares en términos de reformas legales y financieras. La personalidad dividida de Montenegro entre Oriente y Occidente queda bien reflejada en sus divisiones étnicas y políticas sobre la entrada en la OTAN; los montenegrinos de etnia bosnia y albanesa la apoyan, mientras que los montenegrinos originarios apoyan la OTAN con poco entusiasmo y los montenegrinos de etnia serbia se oponen a dicha incorporación.^[7] Este pequeño y, para muchos, oscuro país seguirá siendo una manifestación de la rivalidad estratégica Oriente-Occidente que ayudará a determinar el destino de Europa.

Llego a Podgorica y pienso que nunca me he sentido tan lejos del Mediterráneo como aquí, a pesar de estar a apenas una hora del mar. Después de haber cambiado de nombre varias veces a lo largo de la historia, y conocida como Titograd durante las décadas de la Yugoslavia socialista, Podgorica ofrece más bien una vaga sensación de «lugar». Bajo el lluvioso cielo invernal, la ciudad tiene el color de la ceniza, resulta angulosa, llena de tugurios donde venden pizza y kebab y con su casino intermitente. Hay algunos edificios de tonalidades marrones y tejados de teja roja de la época otomana, arquitectura moderna barata que evoca los errores de diseño de la década de 1970 y algunos edificios nuevos ostentosos. Las elevadas cumbres nevadas a lo lejos destacan el terreno imposible que ha hecho de Podgorica la ciudad aislada que es. La habitación de mi hotel tiene ese aspecto funcional, cromado y amarronado que te remonta a la época socialista. ¡Qué diferencia

con la elegancia innovadora y vienesa de Liubliana y Zagreb, en el otro extremo de la antigua Yugoslavia!

En noviembre de 1989, tomé en una ocasión un autobús desde Titograd a Sarajevo, pero, aunque tengo un recuerdo muy claro de cómo Sarajevo se había deteriorado en los cinco años transcurridos desde los Juegos Olímpicos de invierno de 1984, tengo pocos recuerdos de Titograd, que incluso hoy en día se parece a muchas de las grandes ciudades del desolado interior de Anatolia más que cualquier otro lugar de Europa central u occidental. Es un domingo tranquilo y personas toscamente vestidas pasean por todas partes, muchas de ellas dando furiosas caladas a sus cigarrillos. Niñas gitanas persiguen agresivamente a la gente que sale de cenar de Pod Volat, un restaurante local muy famoso situado en la plaza principal del casco antiguo donde sirven comida turca. Tomo asiento en una inmensa y prácticamente vacía cafetería y escucho la música ambiental: la banda sonora de *El Padrino*. Pero observo también los semáforos de última generación, los setos perfectamente recortados que flanquean las avenidas, los carriles bici, los conductores educados, la señalización elegante y los taxis nuevos con sus chóferes que utilizan taxímetros, razón por la cual moverse por la ciudad siempre resulta fácil. En el transcurso de mi primera hora aquí, y aunque mi introducción al lugar es meramente visual y, por lo tanto, superficial, ya me doy cuenta de que la historia de Podgorica es complicada. De que algo está pasando.

Un escritor de mediana edad, que se desplaza con frecuencia a Montenegro desde un país vecino, me informa poco después de mi llegada:

—El verdadero problema aquí es la seguridad, y es por culpa de las guerras de la cocaína que se libran entre las distintas bandas de los suburbios de Kotor. Es un resultado de la corrupción, el nepotismo y la debilidad de las instituciones gubernamentales. Quien dirige los casinos, dirige Montenegro, así que no me pregunte quién dirige los casinos. Las redes criminales florecen a la par que la construcción de enclaves turísticos en la costa del Adriático. Aquí hay dinero, esto es lo que quiero decir. Sin clanes no hay mafia, pero sin clanes tampoco hay tradición. Si no das trabajo a tu parentela, eres un mal tipo. En privado, todo el mundo llora la pérdida de Tito. Quieren que vuelva. Con Tito no había prácticamente bandas ni violaciones, y mucho menos drogas, y sí había más seguridad, una vida más digna. No tenías que preocuparte como ahora por lo que pudiera pasarles a tus hijos. La gente no

era ni tan rica ni tan pobre como hoy en día. Qué más da si no podías votar cada equis años.

Con la excepción de Eslovenia, ubicada de manera segura en Europa central, este es el mismo estribillo que he escuchado en toda la antigua Yugoslavia, donde el Estado de derecho ha echado raíces poco profundas y, en consecuencia, prosperan las alianzas atávicas. Claro está que todo esto es un legado del comunismo, que Tito en persona impuso a todo el mundo. La diferencia es que en Montenegro he llegado a un punto de inflexión en mis viajes —muy al sur y metido entre montañas— donde la política étnica que he observado en un lugar como Croacia se ha deteriorado y ha sido sustituida por la criminalidad.

Estoy en un lugar realmente frágil. Debido a ello, siento la necesidad constante de hablar con la gente. Cuanto más me desplazo hacia el sur, soy menos viajero y más periodista.

En el momento de mi visita, en 2018, Andrija Mandić es el líder de un partido político montenegrino de oposición que simpatiza con Moscú y que ha sido acusado de un supuesto intento de golpe de Estado a favor de Rusia en 2016. Es fornido, con pelo blanco y va vestido con americana, camisa y pantalón vaquero. Su expresión oscila entre el recelo y la cordialidad. Está claramente nervioso y dice que sabe que escribiré cosas malas sobre él. Me recibe en una sala insulsa y desangelada que podría ser perfectamente de la época comunista, con la excepción de que, en vez de las imágenes de Marx y de Tito, cuelgan en la pared un icono bizantino y un cuadro de Jorge el Negro (el primer Karageorgevich), un líder revolucionario serbio del siglo XIX que luchó contra el Imperio otomano.

Me explica lo siguiente:

—Durante los últimos mil años hemos constituido una civilización cristiana ortodoxa, aunque estuvimos ocupados durante mucho tiempo por los otomanos [predominantemente musulmanes]. Somos bizantinos, y la sucesora de la Constantinopla bizantina era Moscú, la Tercera Roma. El padre de *Sveti* [san] Sava, el fundador de la Iglesia ortodoxa serbia a principios del siglo XIII, nació aquí. Desde el punto de vista espiritual, formamos parte de la nación serbia, en términos de iglesia, idioma y costumbres. Geográficamente, somos la avanzadilla occidental de Oriente, pero también la avanzadilla oriental de Occidente. Es decir, deberíamos ser políticamente neutrales. Nuestro gobierno, sin embargo, ha tomado decisiones contra el pueblo,

decisiones que no son sostenibles: se ha incorporado a la OTAN y ha reconocido Kosovo [de etnia albanesa]. Pero la OTAN no significa nada para nuestro pueblo, y nosotros no significamos nada para la OTAN. Nuestro ejército no ayuda a la OTAN, es evidente. Lo único que le importa a la OTAN es nuestra ubicación estratégica en el Adriático.

—Pero ¿no es eso lo que también le importa a Rusia, la ubicación de Montenegro en el Adriático? —pregunto.

—Rusia es débil. Ni siquiera puede defender por completo sus propias fronteras y mares.

Así es exactamente como lo expresaría Vladímir Putin, pienso para mis adentros: poniendo énfasis en la sangre y la nación étnica y, al mismo tiempo, profesando inocencia y debilidad ante la agresión de la OTAN. De hecho, Mandić me explica que está a favor de la incorporación de Montenegro en la Unión Europea, porque solo si todos los países balcánicos están en la UE podrán resolverse sus problemas fronterizos, derivados de la superposición de reivindicaciones históricas. Esto tampoco es del todo irrazonable desde la perspectiva del Kremlin: Putin no exige pureza ideológica, no quiere recrear el Pacto de Varşovia; lo que quiere es una zona blanda de influencia imperialista en Europa central y oriental, por lo cual tener un Estado favorable a Rusia dentro de la Unión Europea tendría sus ventajas. No obstante, ¿no me acaba de decir Mandić que quiere que Montenegro sea neutral? Precisamente debido a la debilidad institucional y a la geografía del sudeste de Europa, los funcionarios de Bruselas han dejado muy claro que la adhesión a la UE debe ir precedida de la entrada en la OTAN. Bruselas sabe que la incorporación de estos países es en sí misma un proceso histórico, no una cuestión de una simple decisión. De modo que la postura de Mandić contra la OTAN no lleva a ningún lado. Sin embargo, Mandić es un reflejo de una corriente de opinión pública en absoluto intrascendente, como demostrarán futuras elecciones.

De hecho, como he dicho, el legado del comunismo es la criminalidad y unas instituciones débiles, y, dado que las mejoras requieren décadas y no solo años, existe un anhelo por regresar al seno de la nación étnica, por un lado, y a los tiempos de Tito, por el otro. Y, en esta lucha, la democracia debe desempeñar el papel de un corredor de larga distancia.

Milo Djukanović, un político de cabello plateado y metro ochenta de altura, ha sido tanto primer ministro como presidente y ha ocupado todos los puestos de alto nivel del país durante prácticamente un tercio de siglo. Es el punto de

compensación entre Occidente y Rusia. Producto de una pseudodemocracia, se ha enfrentado a los dilemas del dictador que casi ha sido; tanto tiempo en el poder en un sistema de instituciones tan turbio y tan débil, si regresase por completo a la vida privada lo más probable es que acabara mercedamente procesado por corrupción. Auténtica figura histórica en la breve historia de Montenegro después de la Guerra Fría, ha sido definido como el más astuto de los manipuladores, «siempre jugando partidas de ajedrez en 4D acabadas en tablas geopolíticas».^[8] Originalmente aliado del tristemente célebre líder serbio Slobodan Milošević, Djukanović cambió hábilmente de bando para sumarse a Occidente en la década de 1990, justo cuando la guerra empezaba a ir mal para Belgrado. En un mínimo sentido, podría decirse que derrotó a Milošević. Y cuando Putin empezó a acumular tensiones con Occidente en la década de 2000, este Putin de Montenegro con un estilo propio se convirtió en enemigo del Kremlin, con lo que Occidente perdonó las tendencias cada vez más autocráticas que Djukanović exhibía en casa y sus antecedentes de supuesto contrabandista de tabaco conectado con redes criminales italianas y montenegrinas. De hecho, el supuesto intento de golpe de Estado respaldado por Moscú tenía presuntamente como objetivo a Djukanović, o al menos eso es lo que él defiende.

Djukanović se presenta vestido con un atuendo clásico e informal a la vez, con el botón superior de la camisa desabrochada. Lleva el pelo perfectamente peinado. Este hombre fuerte de los Balcanes tiene una elegancia parecida a la de un guepardo. Su rostro se mantiene inmóvil cuando entro en su despacho. Pasados unos momentos, se anima de repente y se muestra imparable cuando se inclina hacia mí y se queda a escasos centímetros de distancia. Sus pensamientos aparecen con rapidez, y es como si le frustrara incluso tener que expresarlos en lenguaje oral.

—La región se está deteriorando. Después de la caída del comunismo, la Unión Europea y [el secretario de Estado norteamericano, James] Baker se mostraron optimistas. Querían acoger Yugoslavia en Occidente. ¿Y por qué recuerdo esto? Porque la comunidad internacional era constructiva y nosotros, no. Luego llegaron los horrores de la guerra. Después de Dayton [el acuerdo de paz de Bosnia-Herzegovina de diciembre de 1995], se abrió otra ventana de oportunidad. Y tampoco la aprovechamos. Hoy en día Bosnia es disfuncional. Los dilemas anteriores a Dayton parecen haber vuelto. Serbia y Kosovo siguen igual. Macedonia [del Norte] está en punto muerto, si bien ha mejorado un poco. Así que hemos tenido una guerra, hemos perdido oportunidades y ahora estamos en una tercera fase: una visión dubitativa de

una Europa unida, mientras que Estados Unidos está cada vez más ausente. Hemos visto a Estados Unidos [con Donald Trump] cuestionándose la alianza europeo-atlántica ante una renovada Rusia. Y esta no considera los Balcanes como una prioridad. Tiene la vista puesta en desestabilizar Europa en su conjunto. Pero nosotros somos frágiles debido a nuestras particularidades. Mire usted, aquí hay un sentimiento muy fuerte prorruso. De modo que, con poco esfuerzo por parte de Moscú, somos el objetivo de la artillería rusa, por así decirlo.

Permítame ser claro —continúa—. Necesitamos la OTAN. No tenemos dudas en cuanto a negociar nuestra adhesión a la Unión Europea. Conocemos las debilidades de la UE. Pero no vemos otra alternativa. La UE ofrece la única solución a los sucesivos imperialismos [y a la inestabilidad] que han dominado nuestra débil y dividida región. Los europeos y los estadounidenses han dejado entrar a Putin. Y los rusos no son los únicos que están en la partida. Los turcos y los chinos también están ganando terreno. Los chinos quieren construir una carretera desde [nuestro puerto adriático de] Bar, pasando por el norte de Montenegro, hasta llegar a la frontera con Serbia [como parte de su nueva Ruta de la Seda].

—Los chinos —digo interrumpiéndolo—, al igual que los rusos, no son democráticos y podrían ser una mala influencia.

Frunce el entrecejo y se muestra de acuerdo conmigo.

—Europa, la Unión Europea, incluso con un crecimiento económico bajo, es algo que queremos emular. De lo contrario, nuestras perspectivas democráticas son escasas.

—¿Considera que la Unión Europea, después de la caída del comunismo —pregunto—, infravaloró el alcance de los problemas de esta parte del mundo?

Frunce el entrecejo de nuevo y se muestra de acuerdo con mi planteamiento.

Pese a que parece intensamente concentrado durante toda la hora de conversación, en cuanto nos estrechamos la mano para despedirnos mira por encima del hombro a uno de sus asesores y de inmediato se le ve preocupado por otro tema, olvidándose ya de mí. Era el presidente del Partido Democrático de los Socialistas en el gobierno y tenía aún poder entre bastidores en el momento de mi visita, incluso sin ser primer ministro. En un país institucionalmente tan frágil como este, debe de gestionar unos niveles de estrés que dejarían paralizado a cualquier político de Washington.

Unos meses más tarde volvería a convertirse en presidente del país. La política aquí es tumultuosa y cambiaría una y otra vez en los años posteriores a mi visita. Pero lo que seguiría igual sería el dilema de este país escarpado y montañoso situado en un rincón de Europa, donde incluso las fuerzas prooccidentales eran supuestamente gansteriles y corruptas.

—He sido miembro de cuatro parlamentos nacionales de Montenegro —me explica Ranko Krivokapić—, el de la Yugoslavia de Tito, el de la Yugoslavia de Milošević, el del Estado independiente de Serbia-Montenegro y, finalmente, el de Montenegro independiente. Pero el partido que siempre ha estado en el poder ha sido más o menos el mismo: los comunistas, que se rebautizaron como Partido Democrático de los Socialistas, el partido de Djukanović.

Krivokapić, que es muy alto y va vestido con ropa cara, había sido un dirigente del partido bajo el mando de Djukanović, pero rompió con él después de que fuera condenado por corrupción. Nos reunimos en una abarrotada y ruidosa cafetería de Podgorica, frecuentada por gente joven, para refugiarnos de la lluvia torrencial.

—Djukanović, por mucho que él le cuente, no cree en nada, solo se posiciona —afirma Krivokapić—. Gobierna Montenegro como si fuese su propietario, no como un político. Da igual lo que pueda decir públicamente sobre Occidente y los rusos, porque, si fomentas un sistema corrupto como este, en el análisis final eres compatible con los rusos, por mucho que los rusos hubieran preferido a otro, más compatible si cabe. Y los rusos lo saben. Sin un gobierno limpio, sin el Estado de derecho, sin la rotación normal de partidos y gobernantes en el poder, en Montenegro nos estamos acercando al campo de los rusos, independientemente de la postura que declaremos con respecto a la OTAN. Y en Kosovo y Bulgaria sucede algo similar. En esta parte del mundo, la dirección de los flujos de dinero es mucho más importante que los valores occidentales. Sin democracia real, los rusos ganarán.

Y añade:

—La influencia rusa en los Balcanes fue el cuchillo en el estómago del Imperio otomano. Ahora, la influencia rusa en los Balcanes es el cuchillo en el estómago de Occidente.

Hubo solo un momento en la historia moderna, de hecho, en el que los Balcanes en su conjunto (desde Eslovenia hasta Macedonia) estuvieron realmente libres de un poder imperial extranjero. Y fue durante el reino

yugoslavo y después bajo el poder de Tito, que sobrevivió no solo creando un Estado policial, sino además otorgando a su pueblo más libertad de la que existía en los países comunistas vecinos. «Tito sigue siendo el político más popular en los Balcanes occidentales», dice a gritos Krivokapić para hacerse oír por encima de la música.

Es un dilema clásico. El orden debe venir de la libertad, pero, una vez que el orden está afirmado, el reto inmediato es hacer que el orden sea cada vez menos controlador. Montenegro está en medio de esa lucha. Djukanović quiere que Occidente tenga más influencia, pero no sabe cómo sobrevivir excepto gobernando como gobierna. Boban Batrićević, historiador, me explica que Djukanović gobierna como lo hace porque las instituciones son muy frágiles. Y que esa fragilidad es consecuencia de un «sistema de clanes tribal» que a su vez es vástago de un «paisaje montañoso, el miedo histórico a los turcos y la tradición tanto de guerreros como de pastores». Así pues, Montenegro, a pesar de su rica identidad medieval, ha tenido dificultades para construir un Estado moderno. «Tenemos que cambiar —dice Batrićević—. No podemos confiar única y exclusivamente en Occidente».

En el momento de mi visita, Montenegro era el único país de la antigua Europa comunista que nunca había tenido una transición democrática. «Incluso los comunistas rusos y bielorrusos han estado alejados del poder durante al menos un ciclo electoral», destaca Gordon N. Bardos, del Instituto Harriman de la Columbia University.^[9]

Lleva días lloviendo. El cielo está oscuro. Me despierto en mi lujosa pero sombría y aislada habitación de hotel en Podgorica rebotante de preocupaciones personales. En casa, en la campiña al oeste de Massachusetts, lejos de la ciudad, un mensaje de correo electrónico puede oscurecer o alegrar mi estado de ánimo mucho más que si estuviera inmerso en la vida urbana, siempre con más gente, siempre en medio del flujo de sensaciones. Viajando solo en invierno a un lugar como Montenegro, el efecto de un único correo electrónico resulta mucho más extremo.

Naturalmente, este es uno de los problemas de viajar solo durante semanas seguidas con más de sesenta años y con la familia muy lejos, de acabar a menudo escribiendo al amanecer y de pasarme el día entero entrevistándome con gente, pero también de las largas horas sin nada en absoluto que hacer. Soy tan propenso a la soledad como cualquiera. Y la soledad fomenta la depresión y el pesimismo, conduce a preguntas sobre el

objetivo de lo que estás haciendo. Mi anhelo de soledad y mi determinación de viajar solo me están fallando. Funcionaron en Italia, al comienzo de mi viaje, pero no funcionan aquí. Porque aquí, a diferencia de Italia, hay mucha menos acumulación de arte y arquitectura con la que ocupar y distraer la mente.

Aquí, donde los depósitos de la civilización urbana son mucho más escasos —y el Estado mucho más débil—, la geopolítica se apodera de todo.

Y, así, me preocupa pensar que el libro que estoy escribiendo no encaja en ninguna categoría. No es estrategia militar, ni ciencia política, ni historia archivística, ni periodismo de formato largo convencional, ni literatura de viajes clásica, ni memorias ni crítica literaria. Al fin y al cabo, ¿qué tiene que ver la poesía de Ezra Pound con la actual postura de Occidente y Rusia en Montenegro? Ciertamente, como ya he manifestado, el estudio de la geopolítica podría beneficiarse de un regreso a un campo que constituye el territorio de la literatura de viajes a la antigua. «Pero ¿en serio? —me pregunto—. ¿No lo habré llevado demasiado lejos?». Mi única justificación es que un aficionado con formación desigual podría captar cosas que los especialistas pasan por alto y que, al vincular temas dispares, puedo arrojar nueva luz sobre algunos de ellos como parte de una educación liberal autodidacta.

En su diario de viaje sobre Alemania, *The Bells In Their Silence*, Michael Gorra, profesor del Smith College y crítico literario, explica que «promulgo un diálogo entre las horas que paso en una biblioteca y las que pasé sobre el terreno, y he prescindido de aquellos viajes que no me empujaron a ningún encuentro textual sostenido».^[10] Es decir, el libro de Gorra es una serie de incómodas y bellas digresiones, como cuando utiliza una visita a la ciudad de Münster para ir transportándose de un libro a otro, para finalmente llegar a *Las ciudades invisibles* de Italo Calvino (1972), en la que Marco Polo le describe a Kublai Kan el carácter metafísico de los lugares por los que ha viajado. Y, sin embargo, todo encaja. ¿Encajará también mi libro?, me pregunto muy en serio.

¿Y qué revelará sobre mí? Porque la sociedad acaba definiéndonos de un modo distinto a como nos definimos nosotros.

Haciendo por un momento un alegato especial, tal como les pasa a tantos otros, no soy lo que otros a veces dicen que soy. Y no me refiero solo a las cosas malas. Por ejemplo, no soy valiente. En las zonas de guerra siempre estaba aterrado y escribía en mis cuadernos mientras mi estómago se revolvía

sin cesar. Jamás podría haber sido fotógrafo de guerra, una profesión donde se necesita ser valiente de verdad.

Viajo para recuperar mi sentido de identidad, para estar a solas con mis contradicciones, para saber de forma tangible que en realidad no son contradicciones, al menos no para mí. Luché explícitamente con ellas en otro libro de viajes que un crítico tuvo la amabilidad y la perspicacia de diagnosticar en lugar de elogiar por completo.^[11] No soy en absoluto único, por supuesto. Todos estamos obsesionados con nuestra identidad y queremos ser comprendidos. Es la condición posmoderna. Y por ello nos exponemos en las redes sociales y luego nos quejamos porque nos han malinterpretado.

La posmodernidad gira en torno al individuo que quiere separarse de las masas, aun cuando sus pensamientos están a menudo preparados por otros que piensan por él, de manera que, de forma contradictoria, carece de la vida interna que exige y cree poseer.

Y con los Estados sucede lo mismo que con los individuos.

El Estado moderno, con sus colegios públicos, sus ejércitos de reclutamiento masivo y su lealtad patriótica unidimensional y sin complicaciones, se ha ido erosionando inexorablemente en nuestra era. La gente es cada vez más como los Bruni y los Bruti de Noel Malcolm: cosmopolita, es decir, compleja en cuanto a su identidad, cómodamente habituada a sus contradicciones.

La cuenca del Adriático es un monumento a esta complejidad. La metamorfosis de fronteras, identidades y lealtades lleva miles de años produciéndose aquí, con el desmoronamiento y la descentralización de comunidades políticas seguidos por su agregación en formatos nuevos y más grandes. Aquí, las identidades políticas y las tradiciones lingüísticas se han combinado y se han superpuesto. ¿Quién puede decir que las ciudades portuarias de Eslovenia, Croacia y Montenegro no volverán a ser algún día ciudades-Estado independientes? Tal vez parte de una nueva federación llamada —¿quién sabe?— «Yugoslavia», simplemente la tierra de los eslavos del sur, un término que a principios del siglo XX llevaba consigo elementos de esperanza e idealismo antes de las guerras del final de esa centuria? Es por esta semilla original de esperanza por la que sé que Montenegro no está necesariamente condenado al fracaso.

Al fin y al cabo, el Adriático está muy cerca. Igual que Europa central. Koper, Split, Dubrovnik y Kotor también forman parte de este mundo europeo: de un modo muy similar a una persona con múltiples pasaportes, algo muy común en los tiempos que corren. El truco reside en cómo, a pesar

de todas estas capas de identidad, conservar un sentido de pertenencia arraigado en última instancia a un lugar en concreto.

La mañana de mi partida de Podgorica, recibo de repente una llamada del ministro de Asuntos Exteriores montenegrino, Srdjan Darmanović. Puede pasar a verme unos minutos en mi hotel, a las ocho y media de la mañana. Llevo días dejándole mensajes sin recibir respuesta. Estas reuniones de última hora son habituales. Y esta me saca de mi depresión. Porque el tamaño reducido y el aislamiento de Montenegro hacen que sea relativamente sencillo reunirse con altos funcionarios. La verdad es que soy como un pez gordo en un estanque pequeño.

Darmanović es un académico salido de un laboratorio de ideas, no un político, y resulta revitalizante que carezca del carisma de Djukanović y Krivokapić. Aunque habla de temas similares. Mientras tomamos un café me dice que «no es fácil ser un país ortodoxo con un pasado autoritario, motivo por el cual es natural que Rusia tenga amigos aquí. Esta es en el fondo la razón por la cual el liderazgo estadounidense se hace necesario en los Balcanes y en Europa, al menos mientras yo viva. Pero no fue hasta después de Ucrania —continúa— que Estados Unidos se dio cuenta de lo que realmente sucede en esta parte del mundo». Y entonces hace una referencia al supuesto intento de golpe de Estado sustentado por los intereses rusos que tuvo lugar en Podgorica en 2016.

Aun así, no es pesimista.

—En lo que llevo de vida, Montenegro ha formado parte de diversos países —me explica—. Prácticamente todos los cambios estuvieron causados por algún cataclismo político. Pero ahora, por primera vez, estamos bien asentados. Nuestra adhesión a la OTAN nos sirvió para encontrar nuestro camino en Occidente, y ahora estamos luchando por ser miembros de la Unión Europea. Tenemos una dirección. Nos mantuvimos aparte del derramamiento de sangre de la década de 1990. Y por lo que a la región se refiere, es imposible ganar unas elecciones en los Balcanes en la actualidad sin defender la adhesión a la Unión Europea. Mientras que el populismo es nuevo en Occidente y Europa central, y tiene por lo tanto cierta dinámica, aquí está viejo y cansado y está vinculado a diversos nacionalismos balcánicos. Esa es la esperanza.

Paso de Montenegro a Albania y dejo oficialmente atrás la antigua Yugoslavia. Sin embargo, debido a la rivalidad étnica entre serbios y albaneses, provocada y complicada más si cabe por la región de Kosovo, mayoritariamente de etnia albanesa y ubicada dentro de la Serbia histórica, los problemas geopolíticos de la antigua Yugoslavia siguen acompañándome.

La última vez que estuve en Albania fue en 1990, durante el colapso del comunismo en Europa. Recuerdo carros tirados por bueyes y conducidos por soldados con la cabeza rapada que colapsaban carreteras llenas de baches; grupos de mujeres, con bata y pañuelo, cargadas con guadañas y palas al hombro que regresaban agotadas de los campos de cereales y tabaco; bloques de viviendas construidos con metal corrugado y ladrillos mal cementados, rodeados por alambradas y búnkeres de hormigón. «Cualquier objeto hecho por la mano del hombre —las ásperas pastillas de jabón, los grifos, los pomos de las puertas— manifestaba una cualidad primitiva, como si fueran objetos recién inventados», escribí en aquel momento. Recuerdo una multitud reunida alrededor de un puesto ambulante para mirar una muestra de máquinas de afeitar como las que utilizaba mi padre cuando yo era un niño, en la década de 1950.^[12]

El cambio desde entonces resulta desorientador. Inmediatamente después de cruzar el puesto fronterizo, me encuentro en una carretera nueva, con gasolineras nuevas, guardarraíles y señalización de seguridad. Entre extensiones de escombros, surgen edificios y zonas ajardinadas de reciente construcción. La policía patrulla con uniformes nuevos. Los pulcros campos de cultivo están bordeados por álamos jóvenes y se ve a lo lejos la torre de una iglesia católica. Puntiagudos picos nevados, tan asombrosamente escarpados y repentinos como los de la cordillera del Karakórum, en el norte de Pakistán, acechan envueltos en nubes en la distancia.

Después de una hora de conducción llego a Shkodër (Shkodra). Un caballo atado a un contenedor de basura se alimenta junto a un edificio posmoderno que es la sede de un banco italiano. Hay hileras de bicicletas viejas y oxidadas aparcadas al lado de motos nuevas. La gente llena las calles adecuadamente vestida para el invierno, aunque con el estilo de las fotografías en blanco y negro. Veo una preciosa mezquita otomana reconstruida, con minaretes cuya forma recuerda un cohete, desde donde al mediodía escucho la primera oración musulmana desde que comencé mi viaje. El cautivador cántico se filtra en la habitación de mi hotel, situándome en el extremo noroccidental de un imperio que en su día se extendió en dirección este hasta Mesopotamia.

El vestíbulo del hotel me recuerda unos grandes almacenes chabacanos y una discoteca, y está cargado de rojos chillones y dorados que evocan a Rusia. En el restaurante tienen un menú italiano. La lámpara de araña que cuelga del techo es barata y tan grande que podría aplastar un elefante. Mi habitación está decorada con brocados y madera lacada en un estilo a la vez griego y balcánico. Mientras que Podgorica era deprimente, Shkodër, en mi primer contacto, resulta chabacana. El lugar me recuerda un poco a Klondike. Y del mismo modo que el *slivovitz* sustituyó al *limoncello* cuando pasé de Italia a la antigua Yugoslavia, ahora que he pasado de la antigua Yugoslavia a Albania la *rakia* ha sustituido al *slivovitz*; a medida que me desplazo hacia el sur, cada bebida es más fuerte y más áspera que la anterior.

Después de comer, salgo del hotel y, puesto que solo llovizna, cojo el paraguas y me voy a dar un largo paseo por la ciudad. De pronto, me sorprende la normalidad de Shkodër. El centro es una red bellamente diseñada de calles peatonales con carteles de vanguardia que anuncian tiendas nuevas. Un quiosco gigante está hasta los topes de buenos libros. Los padres con sus hijos son similares a la gente de clase media de todo el mundo. Hombres y mujeres jóvenes llenan un puñado de cafeterías de lujo, sin ninguna diferencia en cuanto a aspecto y expresión con respecto a los jóvenes de otras partes. Y, después de comer, abandonan rápidamente las cafeterías para volver al trabajo. Como es habitual, las mujeres son más estilas que los hombres y parecen algo más evolucionadas e integradas que ellos en el mundo global cosmopolita. Todo el mundo tiene un teléfono móvil. El mundo de mi primera visita, hace tres décadas, parece arcaico, y eso que ni siquiera he llegado a Tirana, la capital. Naturalmente, existen la corrupción, los chanchullos, las bandas y la política sucia, de las que he oído hablar. La abundancia de coches de alta gama en esta ciudad de provincias da fe de ello. Pero el progreso en cualquier lugar puede ser desigual, sobre todo en una zona remota del Imperio otomano que vivió solo un siglo de gobierno veneciano en el siglo XV, con escasa tradición de sofisticación arraigada que poder aprovechar.

Edward Gibbon describió Albania como un país «al alcance de la vista de Italia» que, sin embargo, y debido a su paisaje alto y escarpado que frustraba cualquier idea de control central, era menos conocido y menos accesible que el interior de un continente apenas explotado. En la Antigüedad, la zona correspondiente a la actual Albania estaba habitada por tribus de ilirios, un pueblo indoeuropeo que llegó a extenderse por el norte hasta el Danubio,

mientras que en la parte sur de Albania estaban mezclados con colonizadores griegos. Con el tiempo, estos ilirios fueron conocidos por sus vecinos del sur como *albani* y su idioma como albanés, una lengua bastante distinta de los idiomas eslavos o del griego, aunque bellamente antigua cuando la escuchas. A finales del siglo III a. C., los ilirios estuvieron cerca de convertirse en la potencia dominante en el Adriático, lo que alarmó a los romanos, que desarrollaban un comercio importante con Grecia y los asentamientos griegos en Iliria. Y, así pues, en 229 a. C. la flota romana zarpó del sur de Italia para conquistar Iliria. Este sería el primero de una serie de golpes militares que extenderían el poder de Roma sobre la mayoría de los Balcanes.

Al principio, Roma creó tres provincias; desde el norte hacia el sur fueron Iliria, Macedonia y Epiro.^[11] Resulta interesante que esta distribución corresponda a grandes rasgos a las actuales entidades nacionales de Albania, Macedonia y el noroeste de Grecia. Pero el elemento clave a lo largo de esta historia es la sutileza de unas fronteras constantemente cambiantes, más que separaciones duras y fijas. A saber, a finales de la época bizantina (siglo XIII) llegaría a existir el despotado de Epiro, que iba desde lo que ahora es Albania central hasta el golfo de Corinto, en el sur de Grecia, extendiéndose, pues, sobre lo que hoy en día son cuatro países (Albania, Serbia, Macedonia y Grecia). Y, mientras que al principio hubo una superposición romana y bizantina en esta región, en la Antigüedad tardía e inicios de la Edad Media habría una superposición eslava, puesto que los eslavos procedentes del este forzaron a los habitantes nativos de la Iliria profunda a desplazarse a las tierras altas. La geografía hacía que a menudo coexistieran muchos principados en el seno de imperios grandes y débilmente gobernados.

En el siglo X, el Imperio búlgaro, en su expansión hacia el oeste, acabó llegando hasta el extremo sur del Adriático y permaneció en territorio albanés durante casi dos siglos. A continuación, los normandos, en su avance hacia el este, sitiaron la costa albanesa. Estas presiones desde el este y el oeste cristalizaron en el cisma de 1054, cuando la cristiandad se dividió en dos mitades, oriental y occidental, con el sur de Albania pasando a ser ortodoxo y el norte, católico. Posteriormente, el litoral, con centro en *Dyrrachium* (posteriormente Durazzo y ahora Dürres), cayó en manos venecianas.^[13] La remota Albania, apenas conocida en nuestra época, fue un sismógrafo de fuerzas geopolíticas procedentes tanto de Europa como del Oriente Próximo.

El Imperio otomano consolidó su poder sobre Albania en 1417, lo cual encerró el país dentro de los confines de Oriente Próximo hasta 1989, podría decirse, cuando el comunismo —una ideología occidental al servicio de un

despotismo de estilo oriental— acabó cayendo. Pero, aun así, la consolidación otomana fue a menudo relativa, y las guerras de baja intensidad entre la autoridad imperial y los poderosos clanes albaneses se convirtieron en una forma de vida en este paisaje imposiblemente escarpado. El más importante de estos señores de la guerra contrarios a los otomanos fue Gjergj Kastrioti, nacido hacia 1405 e hijo del líder de un destacado clan, conocido por todo el mundo como Jorge Skanderbeg. Entregado como rehén a la corte otomana en Edirne (Adrianópolis) y convertido al islam, adquirió el nombre de Iskander (Alejandro Magno en turco) y el rango de bey, o príncipe, de ahí Skanderbeg. Después de la derrota otomana en Nis (en el sudeste de Serbia) en 1443, abandonó a los otomanos, volvió a Albania, renegó del islam y abrazó la ortodoxia. Durante el cuarto de siglo que transcurrió hasta su muerte, Skanderbeg, ayudado por los venecianos, lideró a los albaneses en una sucesión de campañas contra las fuerzas otomanas, muy superiores en número. Venecia, como era habitual, hizo equilibrios entre resistirse a la expansión otomana y la rentabilidad comercial que le suponía el Imperio otomano, y, en consecuencia, no resultó ser un aliado estable para Skanderbeg en el centro de Albania. Por consiguiente, se vio obligado a confiar en sus propios hombres, un ejército irregular sin el respaldo de ninguna potencia extranjera que, de todos modos, consiguió contener el emergente imperio mundial de Mehmed el Conquistador. El escudo de armas de Skanderbeg, el águila negra bicéfala de la casa de los Kastriota, se convirtió primero en un símbolo de la resistencia contra los otomanos y posteriormente en la base de la bandera nacional de Albania. Podría decirse que la idea de un Estado albanés moderno e independiente empezó con él.^[14]

En el siglo XVIII, los territorios de etnia albanesa, divididos entre católicos en el norte, musulmanes en el centro y ortodoxos en el sur, todos ellos con clanes y tribus, eran (sobre todo a partir del declive del Imperio otomano), «con diferencia, una de las regiones más atrasadas de Europa», escribe la historiadora británica Miranda Vickers. (Y por territorios albaneses nos referimos no solo a la Albania actual, sino también a las regiones históricamente habitadas por albaneses de Kosovo y Ohrid). Irónicamente, como explica Vickers, la estrecha identificación de muchos albaneses musulmanes con los turcos musulmanes, que habían convertido a los albaneses al islam y cuyo imperio les brindaba protección contra los ortodoxos eslavos y griegos, inhibió el desarrollo de una conciencia nacional en el siglo XIX.^[15]

The Albanians: A Modern History, de Miranda Vickers, recoge con precisión la historia de un pueblo antiguo que ha sobrevivido milagrosamente en el interior de un Estado débil con fronteras cuestionables, codiciado tanto por vecinos hostiles como por grandes potencias debido a su ubicación geográfica. Mientras en 1912 Europa se precipitaba hacia dos guerras balcánicas, que irían seguidas por la Primera Guerra Mundial, Italia, Serbia, Montenegro y Grecia se empeñaron en violar el territorio albanés, incluso cuando el orden político de dicho solar se había desintegrado. La tragedia de Albania fue que era una nación histórica sin ser un Estado moderno institucionalizado, además de custodiar la entrada al Adriático, por lo que todo el mundo quería un pedacito de su territorio.

Fue la Primera Guerra Balcánica la que forzó la emergencia de una conciencia nacional entre los albaneses con el fin de poder defenderse de sus vecinos balcánicos, cuyas identidades nacionales ya estaban desarrolladas. Albania proclamó su independencia en 1913, básicamente porque el Imperio otomano se había debilitado hasta tal punto que no podía retener su control sobre ella. Pero las incursiones violentas por parte de Serbia y Grecia persistieron. Para ayudar a estabilizar la situación, Albania hizo lo que otros países balcánicos habían hecho: importar un rey alemán, Guillermo, príncipe de Wied. Pero su control nunca llegaría mucho más allá de Dürres, una ciudad situada en la zona central de la costa adriática del país. Abdicó en 1914 y el país cayó de nuevo en el caos y la desmembración, con Serbia como principal instigador extranjero. El acuerdo de paz firmado al finalizar la Primera Guerra Mundial otorgó las zonas de etnia albanesa de Kosovo, Macedonia y Epiro a Serbia y a Grecia. Albania acabó la década de guerra convertida en una nación devastada, donde los gobiernos posteriores irían cayendo uno tras otro mientras la corrupción y el analfabetismo socavaban la estabilidad. Pero logró sobrevivir.

En 1925, Ahmet Zogu, heredero del liderazgo de la tribu musulmana más grande del país, estableció lo que, en palabras de Vickers, «fue un régimen autoritario y conservador cuyo principal objetivo era el mantenimiento de la estabilidad y el orden».^[16] En 1928, se proclamó rey con el nombre de Zog. Pero la influencia de la nueva Italia fascista y expansionista iba en aumento, a la vez que Zog generaba sus propios problemas al reaccionar exageradamente a los movimientos de discrepancia interna. Una década más tarde, Italia invadió y ocupó Albania y la breve dinastía del rey Zog fue derrocada. Zog siguió alentando el nacimiento de una conciencia nacional, aunque esta continuó sin desarrollarse del todo.^[17]

Así, como en tiempos de los otomanos y otros ocupantes, los clanes y los subgrupos del interior albanés (toscos y guegos en el sentido más general) siguieron viviendo bajo sus propias leyes y la ocupación italiana de principios de la década de 1940 quedó restringida a la costa y las ciudades más importantes. Sin embargo, la ocupación fascista contribuyó al nacimiento del Partido Comunista de Albania. Igual que sucedió con la conciencia nacional, el comunismo llegó tarde a Albania en comparación con otras naciones balcánicas, y fue ayudado por Yugoslavia, la federación comparativamente poderosa y multiétnica vecina que, bajo el mando de Josip Broz Tito, subsumió, al menos temporalmente, las ambiciones de la población serbia de Kosovo, de mayoría albanesa (aunque no duraría mucho). Fueron, de hecho, los yugoslavos los que escogieron, en 1941, a Enver Hoxha, hijo de un terrateniente musulmán, para liderar a los comunistas albaneses. Cuando la ocupación nazi siguió a la italiana, la situación de los partisanos comunistas de Hoxha reprodujo la de la Yugoslavia de Tito: la lucha tanto contra los nacionalistas locales como contra los ocupantes extranjeros.

Tanto Tito como Enver Hoxha fueron únicos entre los líderes comunistas de la Europa central y oriental. Eran guerrilleros carismáticos por derecho propio que no necesitaron al ejército soviético para liberar a sus países de los nazis. Es decir, no tenían nada que ver con los grises y poco originales funcionarios que los rusos instalarían en la Europa comunista para crear un imperio policial. Así pues, tanto Tito como Hoxha ocupaban una posición fuerte internamente, lo que les permitió labrar su propio camino fuera del Pacto de Varsovia. (Los ayudó también no tener fronteras terrestres con la Unión Soviética).

Mientras que Tito, medio croata, medio esloveno, con raíces en Europa central optaría por una versión más liberal del comunismo, aunque sin dejar de ser claramente un autócrata, Hoxha, desde un país más atrasado y aislado, iría en la otra dirección, hacia una autarquía de estilo maoísta, como la China de las primeras décadas de comunismo. Naturalmente, las rivalidades desagradables y complejas entre los dos partidos comunistas y sus actitudes distintas con respecto a la región de Kosovo en disputa desempeñarían un papel en la evolución de ambos. Pero el modelo tremendamente represivo del comunismo de Albania no puede dissociarse del aislamiento histórico del país y de su falta de desarrollo; un aislamiento que las políticas de Hoxha solo intensificarían a medida que avanzaba la Guerra Fría. El objetivo definitivo de la política de Hoxha durante las décadas que estuvo en el poder fue la «mera supervivencia», según palabras de Vickers.^[18] Y, por lo tanto, cuando

la Guerra Fría tocó a su fin, Albania, que había denunciado sucesivamente la Yugoslavia de Tito, la Unión Soviética y la China maoísta, se encontró completamente sola. Fue como si la experiencia con el comunismo no hubiera hecho más que intensificar el elemento más trágico de la larga historia del país.

Pocos han captado esta realidad mejor que Ismail Kadaré. Nacido en 1936, es el novelista más célebre del país, mencionado periódicamente como candidato al Premio Nobel de Literatura. Sin ser claramente un disidente —algo imposible en la Albania de Hoxha—, Kadaré fue un crítico consistente del régimen en sentido filosófico. Recuerdo haber leído su novela *El concierto* en 1994 y escrito una crítica de la misma para *The New York Times* después de que fuera publicada en inglés, y quedarme fascinado por cómo las sucesivas rupturas de Albania con la Yugoslavia de Tito en 1948, con la Unión Soviética de Jrushchov en 1961 y con la China de Mao a principios de la década de 1970 fueron los únicos broches distintivos en una existencia monótona y monocroma para el albanés medio. Al inyectar elevadas dosis de tensión e intriga en la sociedad, cada una de estas crisis diplomáticas derivó en aventuras extramatrimoniales, divorcios y todo tipo de romances y cambios de fortuna; enriqueció las vidas, por decirlo de otra manera. Porque, al parecer, nada más consiguió hacerlo.^[19]

Debido a que las décadas de autarquía comunista perjudicaron aún más el ya débil sistema institucional, en la década de 1990 la corrupción masiva y los episodios de anarquía socavaron una democracia embrionaria que se vio azotada por las turbulencias sociales, mientras un gran número de personas abandonaban el campo para instalarse en las ciudades.^[2] Hacia finales de la segunda década del siglo XXI, empezó a surgir una imagen más matizada, con parte de la población con niveles de vida muchísimo más elevados y la transformación comercial y la revitalización de las ciudades. Albania ingresó en la OTAN en 2009 y estaba posiblemente en camino de su adhesión a la Unión Europea. Había evitado los conflictos étnicos y religiosos y mantenía relaciones pacíficas con sus vecinos balcánicos, lo cual no es un logro menor teniendo en cuenta su épico y sangriento pasado.

Sin embargo, el crimen organizado y la corrupción endémica se habían convertido en elementos destacados de la vida diaria. Albania, en el momento de escribir estas líneas, sigue siendo una democracia débil y profundamente dividida. Un líder de la oposición ha acusado al gobierno de promover «narcotraficantes, proxenetas e incluso asesinos como miembros del Parlamento». El Departamento de Estado de Estados Unidos y la Europol han

declarado Albania como el productor más importante de cannabis de Europa y el punto de entrada clave de la heroína en el continente.

En 2016, los albaneses «fueron, tan solo por detrás de los sirios, los segundos solicitantes de asilo en Alemania y Francia por número. Más del 42 por ciento de la población vive con menos de cinco dólares al día», informa Besart Kadia, director ejecutivo de la Fundación para la Libertad Económica, con sede en Tirana.^[20] Si bien la larga e histórica época de aislamiento extremo ha terminado, Albania sigue estando a un mundo de distancia de Italia, situada a menos de ochenta kilómetros al oeste cruzando por el punto más estrecho del Adriático.

Tanto Albania como Montenegro son, en términos de desarrollo, lugares donde Europa termina y también comienza. Desde el punto de vista geográfico, forman parte incuestionable del continente europeo, aunque sus topografías montañosas atemperen la influencia del Mediterráneo. Además, histórica y culturalmente son países que han sido profundamente moldeados por los largos siglos de dominio, a menudo débil, de los otomanos, cuya huella imperial se plantó principalmente en Oriente Próximo. En muchos aspectos son las fronteras de Europa, y Europa no puede ignorarlas. Si Europa reivindica los valores universales, no le queda otro remedio que encontrar la manera de incorporar espiritualmente estos dos remotos puestos avanzados de la Venecia imperial.

Mientras aprovecho una hora para tomarme un expreso en una cafetería de Shkodër, recuerdo que esta fue la ciudad desde la que Edith Durham, hija de un cirujano de Londres, inició sus viajes por las montañas del norte de Albania en 1908. Tenía muy claro que Albania seguía formando parte de «Oriente Próximo» y de «Turquía en Europa», como había sido desde finales del siglo XVI.^[t3] Su libro, *High Albania* [Las tierras altas de Albania] es un documento antropológico sobre la ausencia de gobierno y la resultante «tiranía» hobbesiana de feudos familiares basados en «el instinto tribal y la llamada de la sangre», según sus propias palabras. Habla extensamente sobre los trajes folclóricos, el estatus de la mujer, el significado de las lápidas de las tumbas, y los «semitonos» y los «tonos fraccionados» del canto albanés, todo ello acompañado por alegres dibujos, puesto que era una artista excelente además de escritora.^[21]

El libro de Durham es también un monumento a su carácter fuerte y sus prodigiosos talentos. Sus descripciones borran el paso de las décadas y los

siglos y te hacen sentir allí. Escribe pausadamente sobre una casa que parecía una cueva y que, por ello, era tanto «majestuosa como primitiva»:

Era una habitación inmensa, tan grande que, aunque estaba llena de cosas, las veintisiete personas que estaban en ella no eran más que un grupillo en un rincón. A lo lejos, junto a un gran hogar cubierto, las mujeres, siluetas negras perforadas por el resplandor del fuego, preparaban la comida del mediodía.

El resplandor rojo bailaba sobre las vigas ennegrecidas. [...] Baúles pintados toscamente [...] que contenían las pertenencias de la familia, estaban apilados y dispuestos por todos lados. Armas y herramientas agrícolas colgaban de las paredes y de las vigas mediante ganchos de madera. [...] Un revoltijo indescriptible de ropa vieja, sillas de montar, bridas y cartucheras estaba esparcido en caótica confusión.

La ropa de cama —sábanas gruesas de fieltro blanco tejido en casa, almohadas de algodón rojo y esterillas de junco trenzado— se apilaba encima de los baúles. [...] Del techo colgaban piezas de carne desecada.^[22]

El detalle minucioso no cesa en ningún momento, sobre todo cuando evoca chabolas destartaladas construidas en adobe que, sin embargo, después de horas de caminata, empapada de sudor y exhausta, «me calentaban y [...] me revivían». Ni siquiera yo mismo de joven, cuando estuve viajando por Túnez, Afganistán y Pakistán en las décadas de 1970 y 1980, tenía la mitad de la energía y el entusiasmo de los que Durham hace gala, por mucho que hubiera cumplido ya los cuarenta y cinco cuando emprendió su periplo. Podía perder sus escasos artículos de aseo por el camino sin que su ánimo se viera afectado por ello. Y comprendió a la perfección que la calidad del producto escrito depende de ser capaz de tolerar un poco de suciedad. Y, sin embargo, hacerlo puede ser a veces casi una lucha moral. Durham escribe sobre cuando divisó Podgorica desde lo alto de la frontera de Albania, con todas las comodidades que prometía:

¡Podgorica! Pensé en el Hotel Europa... parecía un pequeño cielo allí abajo.

Estaba empapada en sudor, mareada por el calor [...] y había dormido muy poco. ¿Por qué sufrir la tortura en la dolorosa naturaleza cuando Podgorica me recibiría gozosa? [...] Pero nunca sería capaz de dar la cara en Inglaterra y decir

que las montañas del norte de Albania me derrotaron en seis días.^[23]

De modo que continúa y acaba encontrando una oscura y polvorienta choza adjunta a una pequeña iglesia donde una comida humilde a base de *rakia* y huevos fritos la revive por completo. Yo ya me habría rendido.

En la década de 1990, el escritor inglés Robert Carver, siguiendo el ejemplo de Durham, inició sus intrépidos viajes por las tierras salvajes de Albania a raíz de un encuentro que mantuvo en Londres, en 1991, con Patrick Leigh Fermor, que le dijo que Albania era el lugar adonde iría si fuese aún joven. A pesar de que el periodo inmediatamente posterior a la caída del comunismo era técnicamente democrático, Carver describe la Albania de los momentos posteriores al fin de la Guerra Fría como un lugar que oscila entre la autocracia y la anarquía. En aquella época, Tirana, explica, era como un campamento militar, con policía, fuerzas especiales y unidades armadas del partido político gobernante patrullando con nerviosismo las calles con sus escopetas, sus rifles de asalto y sus bazucas. Escribe Carver: «¿Qué puede decirse de una cultura en la que [...] todo el mundo robaba y se sentía orgulloso de ello, donde las chicas eran secuestradas con quince años y vendidas como prostitutas, donde mentir era normal y el gobierno robaba más que nadie? ¿Donde la gente traficaba con armas, drogas y documentos de identidad falsos e iba a países más ricos con el objetivo deliberado de robar y saquear?». ^[24]

Pero eso era «entonces», me digo, e incluso «entonces» seguramente esa no era la totalidad de la historia.

La carretera desde Shkodër en dirección sur, hacia la capital, Tirana, es un panorama de nuevas construcciones intercaladas con óxido y abandono, el típico paisaje poscomunista. Hay montañas de piedras, neumáticos viejos y basura al lado de deslumbrantes restaurantes y discotecas literalmente en medio de la nada. El desarrollo vertiginoso produce una fealdad que lo invade todo, con el telón de fondo de los tristes macizos nevados. Más cerca de Tirana, después de hora y media de conducción, hay poblaciones turísticas con un marcado aire *kitsch* y huertos con los frutales desnudos. El sol asoma por primera vez en una semana y hace que parte del paisaje montañoso resulte tan bello como el de Suiza. Luego circulo por kilómetros de elegantes bloques

de oficinas de nueva construcción, palpitantes vallas publicitarias y un atasco impresionante en una carretera excelente. El mundo global ha llegado. Y sigue así durante kilómetros. Nada de estas construcciones estaba aquí en 1990, la última vez que visité el país. No reconozco absolutamente nada de aquella época. Finalmente, cuando me acerco al centro de Tirana, veo pequeños centros comerciales y cafeterías donde, igual que en el centro de Shkodër, la gente que entra y sale de ellos parece de lo más normal. La plaza Skanderbeg, donde en 1990 vi bandas de chicos que acosaban a los peatones y entré en una vieja barbería para un afeitado, está ahora atiborrada de autobuses nuevos y gente joven que circula por los carriles bici. Una mezquita cercana, las montañas nevadas y el aire que traiciona con su claridad la presencia del Adriático no muy lejos de aquí son lo único que me sugiere dónde estoy exactamente. Albania, es decir, me recuerda cualquier otro lugar donde haya estado. Se ha convertido en un escenario para un país normal, cuando en realidad no lo es.

—Todos los edificios nuevos que ve son dinero sucio —me comenta el primer amigo albanés con quien me entrevisto, un joven académico—. Aquí pueden encontrarse aún los desechos del estalinismo en el Adriático, que, después de que cayera el sistema comunista más opresivo de Europa central y oriental, ha engendrado una generación de pura criminalidad. Las instituciones siguen sin funcionar —continúa en tono realista—. Los partidos políticos, los políticos, están todos implicados. Cuanto más brutal era el sistema, peor y más arraigada está después la corrupción.

Más tarde llega Remzi Lani para tomar un café conmigo en mi hotel. Es el director del Albania Media Institute. Con sesenta años de edad, es atractivo y distinguido, un auténtico liberal clásico.

—En este país predominantemente musulmán, hay más albaneses que creen en la OTAN y la Unión Europea que en Dios. Saben que probablemente será la UE la que empiece con la limpieza. Es una desgracia —continúa—. Albania es el único país de los Balcanes que no tiene un plan B. El plan B de Serbia es Rusia, el de Bosnia es Turquía, y así sucesivamente. Pero, para Albania, el mejor destino es la Unión Europea, en parte porque somos mucho más corruptos que los otros. Nosotros no debatimos sobre Rusia, la OTAN, Estados Unidos. En lo referente a los grandes temas, todos los políticos se ponen de acuerdo. Son las pequeñas cosas las que devoran nuestra política.

—¿Podría ser esto una consecuencia del aislamiento que provocan las montañas, donde la tradición de los clanes es incluso más potente que en

Montenegro, y de la existencia de enemigos históricos en todas las fronteras? —pregunto.

Se muestra de acuerdo y me dice que Albania no tiene en realidad a Italia y a Grecia como vecinos, sino que sus vecinos son la parte más pobre y más corrupta de Italia, la Apulia, y la parte más pobre y más corrupta de Grecia, el Epiro. «Estamos prosperando en términos de libertades civiles y fracasando en términos de cultura política y Estado de derecho».

El fracaso de la clase política albanesa tras la caída del régimen estalinista es natural, le digo a Lani. La primera generación estaba condenada al fracaso, puesto que carecía de modelos que imitar y de lecciones aprendidas a las que recurrir después de cuatro décadas y media del sistema estalinista más brutal y asesino que pueda haber habido. (Sin la excepción de Corea del Norte, porque al menos Corea del Norte, me informa Lani, ha tenido más disciplina social que la que había en la Albania de Hoxha). Los esquemas piramidales que acabaron con los ahorros de la población en 1997 y provocaron violencia anárquica fueron la culminación de un desarrollo precipitado y sin planificación, carente de salvaguardas institucionales. El simple hecho de que el país se haya recuperado tan bien es una muestra de la resiliencia de los albaneses y del puro e interminable proceso de la historia, le digo a Lani y también a mí mismo.

Salgo a dar mi primer largo paseo por Tirana. Me fijo de inmediato en los rascacielos posmodernos acristalados que albergan un montón de bancos locales. «Todo son casas de la mafia, del cannabis y del dinero blanqueado; solo eso es capaz de construir tales monumentos», me informa otro amigo. Veo también monumentos antiguos a escasos pasos de mi hotel. Son los cuarteles generales del partido fascista en tiempos de la Segunda Guerra Mundial y del partido comunista en tiempos de la Guerra Fría, donde se exhibe un fragmento del Muro de Berlín, regalo del gobierno alemán. búnkeres desiertos y llenos de grafitis flanquean la casa del primer ministro de la era comunista, Mehmet Shehu, que se suicidó en 1981. (¿O fue asesinado por Hoxha?) Está también la gigantesca mezquita construida por orden del líder turco autoritario, Recep Tayyip Erdoğan, que quiere recrear una especie de nuevo Imperio otomano. La estructura piramidal que en su día albergó un museo dedicado a la vida de Enver Hoxha está actualmente cerrada, oxidada y desfigurada por los grafitis. En la misma manzana de la casa de Shehu y de los cuarteles generales del partido hay tiendas cursis y

caras que representan a los nuevos ídolos, la nueva ideología. Toda la historia moderna de Albania está concentrada aquí. Los cambios han sido monumentales, pero no profundos. Porque todo, en un sentido muy peculiar, ha seguido igual. El abuso de poder no es tan riguroso ni tan físico como lo fue antiguamente, con asesinatos y asesinados, pero la mejora ha sido más estilística que fundamental.

Albert Rakipi es el director del Instituto Albanés de Estudios Internacionales. Es otro intelectual de la sociedad civil, con gafas redondas, pelo canoso corto y una corbata con el nudo deshecho y americana informal.

—Llevamos treinta años con el mismo liderazgo —empieza hablando en un susurro—, la misma política cultural. Tenemos instituciones, por supuesto, y partidos políticos, pero nada funciona. En términos de mentalidad y de funcionamiento interno de la psique, han cambiado muy pocas cosas desde tiempos de Hoxha. Ahora, en vez de matarte, solo te meten en la cárcel, o te echan del trabajo o te sobornan a la fuerza con licencias. En la sociedad albanesa solo existe la lealtad a la familia, al clan, al pueblo. En la política albanesa, si no juras lealtad ciega, te expulsan del partido. El estalinismo y el comunismo han muerto. Pero las metáforas de comportamiento del comunismo siguen vivas.

»Estamos solo a una hora en avión de Roma —continúa hablando en voz muy baja—. Pero aquí la era del desplazamiento en avión es irrelevante, lo que sigue gobernando es la geografía.

Me habla entonces de que la anarquía tribal de la época otomana genera incoherencia política, que a su vez genera estalinismo y, finalmente, capitalismo criminal.

—Aunque sea solo de una forma mínima, prácticamente todo el mundo en Albania está implicado en algún que otro negocio ilegal, porque en realidad el Estado no ha existido nunca, solo las redes de clientelismo. En Europa, por ejemplo, Serbia se considera un Estado con instituciones débiles. Pero a nosotros Serbia nos parece un Estado fuerte.

De pasada, me habla de Ioannis Kapodistrias, el estadista griego de principios del siglo XIX que visualizaba Grecia convertida en un país similar a Francia, a pesar de sus cientos de años de dominio otomano. Kapodistrias no era un ingenuo, simplemente tenía una dirección hacia la que orientar Grecia. A principios del siglo XXI, Grecia sigue aún muy por detrás de Francia. Sin embargo, con todas sus turbulencias y debilidades políticas,

Grecia ha evolucionado dramáticamente en una dirección positiva. Y comprendo que así es como debe abordarse desde Albania.

Si la Albania posterior a la Guerra Fría tiene una figura histórica, es Sali Berisha, antiguo presidente y primer ministro que antes de la caída del comunismo fue un médico reconocido y luego un líder en la lucha contra la dictadura antes de acabar convirtiéndose también en dictador en los años en que se dedicó a la política. Quedamos para comer en un salón privado de un restaurante chic inaugurado por un destacado hombre de negocios en tiempos del rey Zog, cuya imponente fotografía retocada, en la que aparece acompañado por su perro, decora una pared. Con setenta y tres años de edad en el momento de nuestra entrevista, Berisha tiene el pelo blanco y un rostro bien perfilado, va vestido formalmente y está bendecido con el genio de la personalidad que define una inteligencia aguda combinada con una fuerza humana animal. Inicia una narración que cubre la parte más heroica de su vida política, aquella de la que probablemente tenga menos remordimientos. [t4] Su estilo es a la vez didáctico y autoritario. Parece como si estuviera dando un discurso ante una multitud.

—Los enemigos del comunismo eran las antiguas élites, sus familias y sus amigos. Los partidarios del comunismo eran los elementos criminales, los creyentes adoctrinados y la masiva mayoría silenciosa de conformistas. Requerí años de recorrido para pasar de ser un conformista a descubrir mi dignidad. Al fin y al cabo, tenía una familia que proteger. Ya era 1988. Como médico, sabía que los campesinos se estaban muriendo de hambre y enfermedades, de la pelagra, en particular. [Ramiz] Alia, que sucedió a Hoxha [como líder del Partido Comunista], no permitía ni siquiera que un campesino pudiera ser propietario de un cerdo. Por aquel entonces había oído hablar de [Andréi] Sájarov en Rusia y de los disidentes polacos.

A finales de la década de 1980, Berisha hizo un llamamiento público a favor del pluralismo y la economía de mercado, «aunque yo no tenía ni idea de economía de mercado. Lo único que sabía era que la gente se moría de hambre».

—Mire usted —continúa—, éramos el único país de la Europa del Este con cuatro niveles de dictadura. Uno, éramos comunistas. Dos, teníamos el culto a la personalidad de Enver Hoxha. Tres, sufríamos más miseria y más hambre incluso que la Rumania de [Nicolae] Ceausescu. Cuatro, estábamos en aislamiento total, psicológico y físico. Mucho peor que Rumania.

Describe a continuación las «bárbaras palizas» a estudiantes en la plaza Skanderbeg por parte del régimen en diciembre de 1990, un año después de que Ceausescu hubiera caído.

Después de la caída del régimen comunista, «para nosotros, la primera generación de políticos, fue como construir a partir de tierra quemada. En aquel momento, la renta per cápita en Albania era solo comparable a la de ciertos países africanos; en la actualidad se sitúa por encima de los once mil dólares.^[t5] El proceso de urbanización ha sido uno de los más dramáticos a nivel mundial, puesto que los comunistas dejaron a su paso un campo sin literalmente medios de vida. Y en cuanto al Estado de derecho —esboza una mueca—, eso llevará aún otra generación o dos». Es decir, nunca, pienso yo. Porque debido a fuerzas históricas, económicas y geográficas, Albania ha quedado atrapada y destinada durante este periodo de su historia a ser para Europa occidental lo que México y Centroamérica han sido para Estados Unidos: una fuente de contrabando y corrupción.

Pero Berisha recupera la compostura y añade, con un toque de queja:

—¿Acaso prestar dinero en cantidades que multiplican varias veces lo que los bancos tienen en depósitos no es una forma de corrupción, un esquema piramidal, como lo que los bancos europeos hicieron durante la gran recesión de la última década?

—Lo es —digo—. Pero eso ocurrió en una fase mucho más avanzada del capitalismo de que la existe hoy en día en Albania y a menudo tuvo consecuencias reales para los bancos.

Nuestra discusión pasa entonces a la geopolítica regional.

—El mayor problema de los Balcanes —me explica— es la albanofobia [el miedo a los albaneses por su tasa de natalidad relativamente elevada, su pobreza y su corrupción]. Encuentras albanofobia en Serbia, en Macedonia, en Grecia e incluso en Montenegro. La albanofobia es todo lo que queda del polvorín balcánico.

Es la esencia del miedo a los musulmanes en la región, quiere decir, y está por lo tanto relacionado con el miedo a los musulmanes bosnios que sienten los serbios. Por lo tanto, el problema de los Balcanes, en su formato actual, forma ahora parte de un problema global que tiene que ver con la relación entre los musulmanes y Occidente.

Después de reunirme con Berisha, me voy de excursión. En menos de una hora estoy en el puerto de Durrës. Recuerdo de mi visita en 1990 el anfiteatro

de la romana Dirraquio, que en su día fue la ciudad más grande de la costa oriental del Adriático. Señalaba el inicio de la Vía Ignatia, la gran calzada romana y bizantina que conectaba el Mediterráneo por tierra, cruzando la península Balcánica, con Constantinopla y más allá. En 1990, en el anfiteatro, había montañas de basura, una pared utilizada a modo de baños públicos y otras formas de desolación. Las tiendas cercanas eran de sastres y de zapateros. El ábside de una iglesia bizantina forma parte del antiguo complejo, con mosaicos que representan un ángel. Recuerdo que por aquel entonces admiré la calidad amorosa de aquel ladrillo antiguo, fino como una oblea, puesto que las calles de alrededor eran de una calidad constructiva inferior.

Pero ahora todo ha cambiado, y no siempre para mejor. El anfiteatro está al lado de una plaza ajardinada, con algunas palmeras y una explosión de nuevas construcciones. Hay un reluciente museo arqueológico con vitrinas y paneles informativos exquisitos. Subo a lo alto de una torre veneciana redonda. Directamente delante de mí tengo el Adriático y el puerto moderno de Dürres, con todas sus grúas. A mi derecha están las murallas del siglo vi de la ciudad bizantina. Y a mi izquierda veo los restos de otra muralla antigua que anuncia la Vía Ignatia. Queda medio escondida entre lo que parece ser la entrada del aparcamiento de una espantosa «torre de la mafia». De hecho, toda esta zona, que debería ser un parque arqueológico, está desfigurada por construcciones injustificadas y no reguladas. La Vía Ignatia es ahora la Vía Cannabis, como me contó una fuente de información albanesa, donde la droga procedente de Oriente Próximo viaja hasta los puertos del Mediterráneo.

Naturalmente, en la costa oriental del Adriático hay que tener en cuenta la presencia de la OTAN, que, junto con la creciente influencia turca en Albania, me llevan a pensar que el reto geopolítico de Europa es, en cierto sentido, una cuestión de defender tres mares: el Báltico, el Negro y el Adriático, con la amenaza rusa más que palpable en los dos primeros mares, y la amenaza de una subversión rusa, la influencia de la cada vez más autocrática Turquía y el crimen organizado presentes en el tercer mar. Porque el Adriático define las fronteras de Europa central tanto como el mar Báltico y el mar Negro. Al fin y al cabo, ¿qué fue lo que dijo Churchill en su famoso discurso de marzo de 1946 cuando describió la división de Europa?

Desde Stettin en el Báltico *hasta Trieste en el Adriático*, un telón de acero ha caído sobre el continente. Detrás de esa línea están todas las capitales de los antiguos Estados de Europa central y oriental. [La cursiva es mía]^[25].

De hecho, el Adriático es mucho más que un componente vital del Mediterráneo. Es también una falla entre civilizaciones y sistemas ideológicos, además de ser la clave de la identidad geográfica de Europa central. Pero no olvidemos que Centroeuropa, al menos su ideal, significa un espacio civil y moral con espíritu cosmopolita, el cual no solo está amenazado geopolítica, sino también culturalmente, por una combinación de populismo reaccionario, drogas, corrupción, tráfico ilegal de migrantes y desestabilización rusa, con frecuencia en el terreno cibernético. Estas distintas formas de agresión forman un conjunto y socavan el tejido social. La nueva guerra fría, adoptando el término en minúsculas, es simplemente más complicada que la antigua, y aquí, en el inicio de la Vía Ignatia, está uno de sus epicentros engañosamente silenciosos.

La ciudadela de Berat, tierra adentro, al sur de Durrës, es donde la gran llanura costera se encuentra de repente con las montañas. Gracias a las nuevas carreteras, llego allí en un abrir y cerrar de ojos. La ciudadela es un caos de diferentes estratos de piedra, que indican una ocupación continuada desde los inicios de la Antigüedad, con los ilirios, hasta finales de la Edad Media, con los otomanos. Aquí las iglesias bizantinas y los restos de las mezquitas otomanas están prácticamente tocándose ante un remolino dramático de colinas impresas con olivos y pinos, constituyendo la máxima concisión de la historia; una perspectiva en la que la geografía se miniaturiza, en la que casi todas las carreteras son antiguas rutas comerciales. Las culturas del Adriático —es decir, de Europa y del Oriente Próximo, del cristianismo y el islam— se unen en Berat, como en los mapas de las anticuadas clases de ciencias sociales de cuando yo era un niño.

En una de las iglesias hay un icono del siglo XVIII, una composición en ténpera sobre madera, pintada con el estilo bizantino más puro, de una belleza salvaje que habla a voces de fe. En el icono, la Virgen María y el Niño Jesús están encima de un monumento de cuya base mana el agua de la vida. Las manos de la Virgen están extendidas dando la bendición y a ambos lados se ven dos mezquitas. Es evidente que el autor de esta iconografía quiso rendir tributo a los gobernantes musulmanes. Pero el icono evidencia asimismo la tolerancia religiosa de la sociedad imperial otomana, en la que la Iglesia ortodoxa y sus comunidades estaban protegidas dentro de un sultanato islámico.

Ante este icono experimento una sensación de culminación de mi viaje, con mi firme convicción de que Europa debe aspirar a valores universales sin dejar de estar anclada en las creencias y las culturas locales. No es una idea original, ni mucho menos, pero sí una idea que he descubierto de manera palpable como una realidad recorriendo el Adriático desde Italia hasta llegar a Albania. Berat es un punto cardinal tan relevante como Rímini, un nexo de rutas y civilizaciones. No hay ni un inicio ni un fin para Europa en un mundo global. Lo único que hay es la lucha constante por la tolerancia y el Estado de derecho, algo más fácil de forjar en unos lugares que en otros, con Montenegro y Albania representando, quizás, los desafíos más extremos.

Y, en cuanto a mí, no he sido tanto un viajero como un introvertido que trata de ser extrovertido, que insiste en la soledad pero reconoce también las limitaciones que impone y, por lo tanto, que se obliga a conocer gente. Un viajero auténtico —una Durham, un Leigh Fermor, un Durrell o un Theroux— es un estallido de vida, rebotante de exuberancia, que no necesita quedar con antelación con nadie para tener encuentros llenos de significado. No les llego a la altura, pero, no obstante, me siento empujado a viajar. ¿De qué otro modo, si no, puedo llegar de verdad a mi casa?

Corfú

La experiencia arquetípica del
refugiado

El sur de Albania es una inmensidad bíblica de picos coronados con nieve primavera. Llego a la costa y me doy cuenta de que he pasado una línea de latitud imaginaria. El agua azul parece iluminada desde las profundidades y resulta casi cegadora. Estoy en la órbita de Grecia. El Adriático más frío ha quedado detrás de mí. Aquí empieza el mar Jónico.

En el transcurso de las últimas tres décadas, el puerto adormecido de la ciudad albanesa de Saranda que mi memoria de 1990 recuerda se ha transformado en un cáncer de cemento. Los feos rascacielos, algunos embaldosados como cuartos de baño, están prácticamente apilados unos encima de otros. Los materiales de construcción son de mala calidad. Las pocas zonas que quedan vacías son solares llenos de malas hierbas y basura. En ningún lugar del mundo desarrollado he visto tal ausencia de planificación gubernamental y de construcción sin control. La barbarie que estoy presenciando va mucho más allá de la estética. Es la versión del capitalismo de Klondike del diseño soviético temprano. A pesar del evidente progreso material, la lucha de los albaneses por construir un Estado civil y humano sigue adelante valientemente.

Los ferris no operan en temporada baja y por eso subo a bordo de un aerodeslizador para cruzar el Telón de Acero de antaño, de Albania a Grecia. El viaje dura treinta minutos. La distancia entre Saranda y el extremo nordeste de la isla de Corfú es tan pequeña y el mar está tan plano en este día de calma que casi podrías ir nadando, de tan corta que es la distancia. Desde una orilla puedes ver las casas de la otra. La geografía es arbitraria, pero sus efectos

sobre el destino humano son realmente desgarradores. Porque esta sigue siendo una frontera dura. Los Estados modernos, con sus mecanismos burocráticos de control, no hacen más que reforzar las divisiones geográficas.

En el lado occidental de esta costa, el Estado de derecho, por mucho que tenga áreas de debilidad, existe. En el lado oriental, el Estado de derecho es mucho más débil o está ausente por completo; un hecho que debe de dar esperanzas al Kremlin, aun cuando se trate de países miembros de la OTAN. Las elecciones importan menos que las instituciones, en este sentido. Así, el Adriático sigue siendo un barómetro sensible de las fuerzas políticas de Oriente y Occidente, y, si la costa oriental no se incorpora a Europa, el desorden de Eurasia se cernirá incómodamente cerca de Italia, que ya tiene sus propios problemas.

Europa no puede permitirse el lujo de lavarse las manos y no pensar en estos Estados problemáticos por los que he estado viajando. De hecho, el Adriático, en el corazón tanto del mundo Mediterráneo como del mundo de Europa central, constituye una geografía nerviosa que en el siglo XXI tendrá una historia geopolítica que contar cuya trama está aún por escribir. Y estos son mis pensamientos mientras el aerodeslizador pasa junto al rompeolas en dirección a la aduana griega.

Mientras que Saranda, en Albania, habla a gritos de anarquía urbana, la ciudad de Corfú asombra con sus macetas llenas de flores que desbordan entre las espalderas de hierro que decoran fachadas italianas y neoclásicas. Aquí, gracias tanto a la naturaleza como al gobierno imperial de los dux venecianos, existe una versión más lujosa y cosmopolita de Grecia. Las tejas de arcilla, las paredes con tonalidades rojizas y marrón sangre y la imponente fortaleza veneciana construida en piedra de color hueso carbonizado transmiten ese aspecto terroso de las ruinas arqueológicas y, por lo tanto, sugieren las bases de una civilización. Los parques resplandecen en abril con los matices lavanda de las flores de los almendros. Y las cafeterías son como las italianas, para que así tantos rusos ricos como británicos conviertan Corfú en su terreno de juego.

Antes del atardecer, al menos en un día entre semana, las cafeterías y los restaurantes están completamente abarrotados de gente: abuelos, padres y niños, todos juntos, los últimos correteando ruidosamente entre las mesas, los padres bebiendo ouzo y las madres ocupándose de sus bebés. Familia. Esta es la indestructibilidad de Grecia, a pesar de la depresión económica y el

populismo, y se aplica al Mediterráneo en general, donde las generaciones no están aisladas las unas de las otras por la tecnología y la soledad en la medida en que lo están en otras partes. No hay escenas familiares más conmovedoras que las griegas, donde el alcohol no es un tabú, sino algo con lo que los niños crecen y, por lo tanto, no abusan de él; ni tampoco hay el refinamiento de Italia o la dejadez del Occidente posmoderno. En la estabilidad consolidada de toda esta gente reunida al caer la tarde —donde los niños salen con sus padres a cenar a buenos restaurantes—, percibo algo eterno. Y luego, por supuesto, está el idioma, que, con sus erupciones fonéticas giratorias, está destinado al escenario tanto como su versión antigua.

Naturalmente, todo este romanticismo tiene también otra cara, como me cuenta un amigo griego que es especialista en delitos económicos mientras tomamos una copa. El énfasis en la familia (y su fortaleza) puede llevar también a la corrupción, puesto que los vínculos familiares se han situado históricamente siempre por delante de las normas legales y otros límites éticos. La tradición de la Grecia moderna de tener un Estado débil —en el que servicios como la planificación urbanística y la recogida de basuras son débiles, igual que la recaudación de impuestos— se debe en parte al panorama que tengo delante de mí en mi primera tarde en la ciudad de Corfú. Desde mediados del siglo XIX aquí ha habido un acuerdo implícito entre gobierno y pueblo: te daremos poco, pero también te pediremos poco. Y aunque esta situación no es tan grave como en Albania o Montenegro, Grecia sigue estando entre los Estados más corruptamente gobernados de Europa occidental, por mucho que últimamente esté cambiando en este sentido.

«El Estado débil fue una decisión estratégica», me explica mi amigo, y entonces menciona de pasada el asesinato de Ioannis Kapodistrias en 1831, el brillante y disciplinado diplomático griego con formación internacional que, por ello, no se hacía ilusiones sobre su patria. De haber sobrevivido, quizás —solo quizás— podría haber situado a Grecia en un camino distinto después de su independencia.^[t1] Era la segunda vez en mi viaje que oía mencionar el nombre de Kapodistrias como un agente de cambio histórico. Hay muchas razones por las que las cosas suceden como suceden. Y muchas de ellas no tienen nada que ver con la geografía.

Me siento para cenar. Corfú me resulta bastante familiar, aunque mi última visita aquí precedió a la que hice a Saranda. Pocas cosas han cambiado, sin embargo. Los cambios han sido sutiles. De hecho, cincuenta años después de mi primera visita a Grecia, los camareros de las tabernas siguen invitándome a las olorosas entrañas de sus cocinas para que elija mi

pescado y mi carne. Las costumbres se mantienen arraigadas. Ni siquiera pienso que una depresión económica —tan devastadora como la que experimentó Estados Unidos a principios de la década de 1930— pueda haber hecho tanto daño a Grecia como casi medio siglo de estalinismo a Albania. Grecia es algo a lo que puedes aferrarte. Nunca abandonó la Eurozona. Nunca cayó en la anarquía, como muchos predijeron que haría hace unos años.

Hasta el momento he estado viajando por paisajes que no he hecho míos, es decir, sin aportar a la tarea ninguna erudición o habilidad lingüística. Grecia, al menos, es un lugar donde he vivido y trabajado como periodista en un periodo anterior de mi vida y, por lo tanto, con el que tengo cierta familiaridad. Conocí a mi esposa en Grecia. Me casé aquí y fue en Grecia donde nació mi hijo. Volver a Grecia es como volver a casa. Es como abrir la puerta de entrada de mi casa con mis maletas después de un largo viaje. Y, debido a que los idiomas solo se aprenden con una cantidad inmensa de tiempo y esfuerzo, mejorar más mi griego, como alguien me dijo una vez, se convertirá en mi lucha contra la mortalidad.

La isla de Corfú es y no es Grecia. Se ha identificado tanto con el Adriático como con el litoral y los archipiélagos griegos. Corfú, en un sentido amplio, es un registro de la historia europea (y una reflexión sobre ella). La auténtica belleza de esta isla reside en cómo te hace pensar, porque te hace pensar del modo más profundo y analítico posible. Vándalos, godos, bizantinos, eslavos y piratas bárbaros, normandos, angevinos, catalanes, venecianos, otomanos, rusos, franceses, británicos, alemanes e italianos han conquistado, reconquistado o hecho incursiones en esta isla griega no por su belleza, sino por su localización estratégica. Es el Gibraltar del Adriático.

Y, antes de todo esto, hay una historia de la Antigüedad.

La Guerra del Peloponeso (431-404 a. C.), que abarcó toda Grecia, tuvo sus orígenes concretos (aunque no sus orígenes subyacentes) en los conflictos relativamente menores entre Corfú (Cócira) y Potidea, que provocaron tensiones entre Atenas y Esparta, las grandes ciudades-Estado e imperios de la época, hasta que llegaron al punto de ruptura. Fue la rivalidad de Corfú con Corinto por Epidamnos (la moderna Durrës, en Albania) lo que empujó a Corfú a buscar una alianza militar con Atenas. Este golpe contra los corintios empujó a su vez a Corinto a buscar un aliado en Esparta, lo que hizo que el sistema de alianzas entrecruzadas existente acabara descontrolándose. Corfú es una advertencia sobre cómo los conflictos pequeños pueden acabar

conduciendo, de forma impredecible, a grandes enfrentamientos, así como para todos aquellos que imaginan las guerras como un fenómeno breve, intenso y contenido, sin ser conscientes de los enormes demonios que pueden llegar a desatar.

Corfú fue además el lugar donde la marina ateniense se congregó para emprender la infausta expedición siciliana, que se inició en 415 a. C. y se describe en el séptimo libro de *Historia de la Guerra del Peloponeso*, de Tucídides. Atenas fue atraída hacia Sicilia por los aliados que tenía en la isla, que estaban amenazados por otras ciudades-Estado sicilianas leales a la rival de Atenas, Siracusa, que a su vez era aliada de Esparta, con quien Atenas estaba librando ya una guerra. La intervención ateniense comenzó con solo un puñado de barcos, pero, con el tiempo, a medida que Atenas se fue implicando más en la remota tierra firme siciliana, se incrementó hasta llegar a centenares de embarcaciones y miles de soldados. La expedición siciliana, que se prolongó tan solo unos pocos años, supuso la muerte de cuarenta mil soldados atenienses y la captura de otros seis mil, que fueron obligados a trabajos forzados en las canteras de Siracusa o vendidos como esclavos. Las guerras de Estados Unidos en Vietnam e Irak han sido comparadas con la expedición siciliana, cuya primera escena tuvo lugar aquí, en Corfú.

Cicerón, el astuto y elocuente político y extraordinario humanista del siglo I a. C., se reunió aquí por última vez, en el año 48 a. C., con Catón el Joven. Cicerón regresaba a Roma en busca de la misericordia de Julio César. Catón se dirigía a África. Tres años más tarde, Catón, que lideraría una revuelta contra César en defensa de los ideales democráticos de la República romana, se suicidó después de cruzar Libia y verse rodeado por las tropas de César en Útica, en el nordeste de Túnez. Catón cerró las puertas de Útica y evacuó a sus soldados por mar antes de atravesarse el cuerpo con una espada, muriendo, en palabras de Plutarco, como «el único hombre libre e invicto» de Roma.^[1] La política en el mundo antiguo —y también en algunos regímenes actuales— giraba literalmente en torno a la vida y la muerte. Se necesitaba un coraje y un carácter a los que pocos políticos occidentales de la actualidad podrían aspirar. ¿Cómo imaginarse hoy a un Catón el Joven?

No obstante, cuando pensamos en la historia de Corfú, pensamos principalmente en Venecia, que necesitaba controlar Corfú para dominar todo el Adriático. La mayoría de las paradas de mi viaje habrían sido imposibles —o más difíciles— para Venecia sin Corfú. Es Corfú la que custodia el mar en su angosta entrada sur, el estrecho de Otranto, y la que ayuda a dar al Adriático su «característica esencial», utilizando palabras de Braudel: la de

ser un lago casi oblongo. A finales del siglo XIV, Venecia instaló aquí la base de una de sus flotas de observación, «para proteger sus supuestos derechos sobre la totalidad del golfo», escribe el historiador y soldado británico del siglo XIX Henry Jervis-White-Jervis. Los venecianos conocían Corfú como «nuestra puerta» y tenían un vínculo emocional con la isla, el lugar donde Venecia, en el siglo XI, perdió a miles de hombres en batallas navales contra los normandos.^[2]

En 1571, «la flota cristiana —en palabras de Jervis-White-Jervis —, integrada por trescientas velas y transportando cincuenta mil hombres y cuatro mil quinientos caballos, bajo el mando del célebre Don Juan de Austria, arribó al puerto de Corfú». Pronto, «habiendo obtenido información de que la flota turca estaba junto al golfo de Lepanto [en el mar Jónico], la siguió hacia allí y la derrotó en una de las victorias más señaladas y que ha pasado a ocupar un lugar en los anales del mundo». La batalla de Lepanto, que tuvo lugar el 7 de octubre de 1571, supuso la muerte de casi ocho mil soldados, marineros y remeros cristianos, e incluso más heridos, y un número superior de bajas en el bando otomano. Si bien se piensa normalmente que este horroroso tributo de sangre no produjo grandes dividendos estratégicos ni diplomáticos (teniendo en cuenta la necesidad de Venecia y sus aliados de seguir tratando con los otomanos), Noel Malcolm destaca que, de no haber sido derrotados los otomanos en Lepanto, el sultán podría haber tomado tanto Creta como Corfú y, por lo tanto, al controlar Corfú, lanzar un ataque contra el sur de Italia a través del estrecho de Otranto.^[3]

Desde 1814 hasta 1864, como consecuencia de los tratados de paz posteriores a las guerras napoleónicas, Corfú y las demás islas jónicas quedaron bajo dominio británico, con la intención, según Jervis-White-Jervis, de que Corfú «disfrutara de la libertad municipal de que disfrutaron las ciudades griegas bajo el dominio de los romanos».^[4] La etapa de gobierno británico, que fue menos constitucional y democrático de lo que parece, duró medio siglo XIX, un periodo de tiempo muy largo para un grupo de islas que forman geográficamente parte de Grecia y están bastante cerca de tierra firme. Es una lección más de cómo la geografía no es en absoluto determinista y tiene muchas historias en conflicto que contar. Baste con pensar que, en nuestros días, los sectores norte y nordeste de Corfú poseen villas propiedad de británicos y una gran sensibilidad en cuanto a la conservación medioambiental, mientras que la parte sur, igualmente bella, ha cedido al envite del turismo de masas.

Debo mi descubrimiento del libro de Jervis-White-Jervis a la bibliografía de *Prospero's Cell: A Guide to the Landscape and Manners of the Island of Corfu* [La celda de Próspero: una guía del paisaje y las costumbres de la isla de Corfú], de Lawrence Durrell. Este primer libro de viajes de Durrell, escrito en forma de diario, algo inusual en su época, es en realidad una obra que lo que narra es la convivencia del autor con los habitantes de la isla: el efecto de un paisaje delicioso, de un idioma y de una cultura que dejan huella en una mente joven sensual y voraz. Aunque el diario es de finales de la década de 1930, pocos se mostraron interesados en un relato introspectivo, autocomplaciente y tremendamente romántico de la vida en una isla griega mientras se libraba una guerra mundial. Sin embargo, en cuanto terminó la contienda, el libro, publicado en 1945, «electrizó a un público británico agotado por la guerra y hambriento de color», escribe un biógrafo. De hecho, Durrell ignoró de manera consciente la Guerra Civil española, el auge de Hitler y otros horrores de la década. Argumentó que, mientras que la política era un tema «que ocupaba a las personas corrientes», el artista estaba impulsado por «su autoaislamiento y el alejamiento del instinto social». Por lo tanto, mientras que la política tenía que ver con comprender y conformar las actitudes del hombre común, el arte era justo lo contrario, tenía que ver con tratar con lo excepcional. El arte era soledad; la política, compromiso social. Podría decirse que, dado todo lo que estaba en juego en la década de 1930, una actitud así era irresponsable (aunque Durrell acabaría sirviendo como diplomático británico durante y después de la guerra). Sin embargo, viviendo en una casa encalada a orillas de una pequeña bahía secreta en la remota costa nordeste de Corfú, entre insectos y sin agua corriente, Durrell y su esposa, Nancy, se dedicaron «al arte, a la literatura y a la libertad», algunos de los valores por los que en muy poco tiempo se libraría una guerra.^[5]

Nadie, quizás ni siquiera Patrick Leigh Fermor (buen amigo de Durrell), ha capturado el efecto sobrenatural del paisaje griego sobre un visitante llegado allí por primera vez desde Occidente:

En algún sitio entre Calabria y Corfú comienza realmente el azul. Todo el camino a través de Italia se ve uno moviéndose por un paisaje severamente domesticado: cada valle dispuesto según el plano del arquitecto, brillantemente iluminado, humano. Pero, una vez que se sale de la llana y desolada tierra firme calabresa hacia el mar, se nota el cambio en el corazón de las cosas [...]. Se entra en Grecia como podría entrarse en un cristal oscuro; la forma de las cosas se hace

irregular, fracturada. Los espejismos de pronto se tragan islas y, por donde se mire, la cortina temblorosa de la atmósfera engaña.^[6]

Y continúa así. Para Durrell, el paisaje griego es nada menos que un ser vivo, el eterno «Ojo Enorme», como él lo llama, la manera que tiene Dios de mirar al mundo, «como una lente calzada en la muesca del horizonte». Y, por lo tanto, «nuestra vida en este promontorio se ha convertido en un alegato euclidiano impecable», aun cuando reconoce que es tan solo la «antesala veneciana de la Grecia egea», cuyo efecto resultará incluso más poderoso y matemático. Lo que sigue son páginas de introspección cristalina, animadas por una fuerza vital inigualable (precisamente lo que une a Durrell con Leigh Fermor), que nos hablan sobre santos locales, pesca nocturna con lámparas de carburo, contrabando albanés y un baño en un aljibe natural junto al mar, entre otras muchas cosas más. Hay disquisiciones informadas sobre el cultivo del olivo y el teatro de sombras, y una rica descripción de las cenas con un conde local que defiende convencido que Corfú es el escenario real de *La tempestad* de Shakespeare. Mientras disfruta de la fantasía subida de tono de Karaghiozis, Durrell es consciente de que los griegos sentados a su lado desconfían de su interés por las marionetas y piensan que, de forma indirecta y a pesar de su simpatía, los mira por encima del hombro. Sus reflexiones sobre el carácter nacional griego —el del «hombrecito empobrecido y pisoteado que se aprovecha del mundo mediante su astucia»— lo llevan finalmente a una observación de la política griega, que «no es la política estéril de la abstracción y los principios, sino la cálida y cruel política del corazón: el culto al héroe, la promoción de partidos y personalidades. Solo con esto vislumbramos el amargo dualismo de su [de los griegos] corazón, una anarquía interior que no le dejará descansar».^[7]

En los siete años que viví en Grecia durante la década de 1980 trabajando como periodista observé a partidos políticos que eran, más que partidos, grupos apasionados de camaradas de cafetería centrados en personalidades carismáticas, lo que me demostró la exactitud esencial de la opinión ciertamente generalista de Durrell. Pero Grecia, como muchos países, ha estado cambiando y la política va adquiriendo cada vez más un carácter global y tecnocrático.

«Pocos países en Europa han tenido una historia reciente tan desgarradora y repleta de conflictos», empieza diciendo Richard Clogg, académico del King's College, en su *Short History of Modern Greece* [Historia de Grecia].

[8] Escribiendo desde la ventaja de hacerlo en 1978, más de tres décadas antes de la Gran Depresión y el colapso de la economía griega —un hecho en sí mismo vinculado al largo legado de subdesarrollo institucional del país—, Clogg identificó la herencia de la ortodoxia y los siglos de gobierno otomano como el hecho distintivo de Grecia dentro de la Unión Europea, con las evidentes excepciones de Bulgaria y Rumania. De hecho, la decisión de admitir un país así en la OTAN y la UE demostró la ambición de ambas organizaciones tanto para tender un puente como para ignorar el abismo entre Oriente y Occidente. Porque, a pesar del evidente valor estratégico de Grecia y a pesar de la atracción emocional que los ciudadanos de Occidente sienten por la antigua Grecia, el ambicioso intento de absorber a este hijo pobre del despotismo bizantino y otomano —en su momento en una situación no mucho mejor que Montenegro y Albania hoy en día— en la estructura de la alianza de la posguerra habla a gritos del universalismo al que aspiraban las instituciones occidentales.

El mapa sombreado que Clogg presenta al principio de su libro muestra la concepción territorial notablemente artificial que constituye la Grecia moderna: se expande gradualmente hacia el norte, por la guerra y otras contingencias, durante el transcurso del siglo XIX y principios del XX a partir de una base en el Peloponeso, Ática, Eubea y las islas Egeas, hasta acabar incorporando partes del Epiro, Macedonia y Tracia hacia 1920. Grecia, de un modo semejante a Italia, es un conjunto grande, tosco y evidente de geografía, historia y cultura. Y, aun así, igual que Italia, y precisamente porque la geografía nos cuenta muchas historias contradictorias, las actuales fronteras de Grecia, aunque declaradas por todo el mundo indiscutibles, pueden, en la plenitud del tiempo, adquirir un significado más sutil.

Creemos conocer Grecia por su famosa asociación con la Atenas de Pericles, por ser el lugar de nacimiento espiritual de Occidente. Pero la memoria de la Grecia clásica siempre ha distorsionado la realidad moderna. Clogg identifica la primera semilla de la identidad griega moderna en Jorge Gemisto Pletón, junto a cuya tumba en el exterior de la iglesia de Rímini comencé este viaje. Porque mientras, a principios del siglo XV, los otomanos invadían el Imperio bizantino —con Mistrá, en el despotado de Morea, como uno de los últimos reductos del Imperio romano de Oriente que todavía resistían—, Pletón enfatizó el vínculo entre los griegos ortodoxos y sus antepasados helénicos, contribuyendo de este modo a forjar una identidad para los griegos que no estaba totalmente unida a la religión y que comprendía las glorias de la Antigüedad.

No obstante, durante los siglos posteriores, la única «ventana hacia Occidente» de Grecia fue el dominio veneciano en Corfú y otras islas jónicas próximas, aun cuando el gobierno turco musulmán ofendió la sensibilidad ortodoxa menos que el de los odiados católicos de Venecia.^[9] Sin embargo, en muchos aspectos, el gobierno otomano estaba desmoronándose y significaba poco más que una lucha por la supervivencia física en la que muchos griegos depositaron sus esperanzas de liberación en los ortodoxos rusos del norte.

Un levantamiento interno y la destrucción de la flota otomana por parte de las flotas británica, francesa y rusa en 1827 frente a las costas occidentales del Peloponeso supuso el nacimiento de una Grecia independiente. Aunque esto finalmente significó la subida al poder de un príncipe bávaro, Otón Federico de Wittelsbach, en parte porque las potencias occidentales temían que el nuevo Estado caótico (tras el asesinato del heroico diplomático Kapodistrias) pudiera caer bajo la influencia de Rusia. Y, casualmente, el nuevo Estado «fue invadido por grupos armados irregulares», escribe Clogg, surgidos de las divisiones internas inherentes a la lucha de diez años por la liberación. Para deslegitimar más si cabe este nuevo e inestable Estado, estaba el hecho de que abarcaba a menos de la mitad de los griegos que habían estado viviendo bajo el dominio otomano.^[10] Esto condujo al irredentismo, que perduró hasta mediados del siglo XX, bajo la bandera de la *Megali Idea* o «Gran Idea», que era nada más y nada menos que un sueño descabellado de una parte de los griegos de reconstituir el Imperio bizantino.^[11] La anarquía pasó a ser una de las características de la vida griega moderna y se sumó a las disputas territoriales constantes con el Imperio otomano y los nacionalistas eslavos del norte. En el transcurso de la lucha por liberar Creta, en el sur, y el miedo a perder Macedonia, en el norte, las emociones alcanzarían con frecuencia el punto de ebullición.

Después de la Primera Guerra Mundial y de la disolución del Imperio otomano, Grecia intentó anexionarse el extremo occidental de Asia Menor, con un millón y medio de ciudadanos de etnia griega concentrados alrededor de la gran ciudad cosmopolita de Esmirna. El ejército heleno desembarcó en la costa en 1919 y, engañándose a sí mismo por el apoyo de los Aliados, avanzó por tierra hacia el este hasta llegar a Ankara, en el interior de Anatolia. En 1922, el ejército turco contraatacó y empujó a las fuerzas griegas a retroceder hasta el mar, literalmente. Decenas de miles de civiles helenos de Esmirna acabaron asesinados y 1,2 millones —la práctica totalidad de la población griega en Turquía— se convirtieron en refugiados. Al menos cien

mil personas de etnia griega fueron obligadas a marchar hacia el interior de Anatolia y no volvió a saberse nada más de la mayoría de ellas. Dos mil quinientos años de civilización griega en Asia Menor terminaron, de este modo, abruptamente.

La Catástrofe de 1922, como se la llegó a conocer, desestabilizó la política griega durante décadas y ocasionó varios golpes de Estado, mientras los refugiados de Esmirna se reasentaban en una nación ya pobre de por sí cuya población era de solo 5,6 millones de habitantes antes de la Guerra Greco-turca. (Los campamentos improvisados de refugiados llegarían a convertirse en un rasgo casi permanente de Atenas). El intercambio de población, que incluyó también a cuatrocientos mil musulmanes obligados a trasladarse de Grecia a Turquía, fue «un triste hito cultural y geopolítico», según el historiador británico Bruce Clark, en el que burócratas internacionales, trabajando bajo las disposiciones del Tratado de Lausana que siguió a la Primera Guerra Mundial y la Guerra Greco-turca, proporcionaron un modelo legalista para la limpieza étnica en la Europa del siglo XX, puesto que, después de que el Imperio otomano se derrumbara como consecuencia de la Primera Guerra Mundial, un mundo multicultural y tradicional —que representaba el último vestigio de la Edad Moderna temprana— dio a luz a los Estados modernos monoétnicos.^[t2]

El primer gobierno verdaderamente estable de la historia griega moderna surgió solo catorce años después, en 1936; una dictadura militar encabezada por el general Ioannis Metaxás que, contra todo pronóstico, repelería la invasión de Mussolini desde Albania. Las fuerzas de Metaxás reconquistarían durante un tiempo la zona del sur de Albania de etnia griega, conocida como el Epiro Norte (alrededor de Saranda). La resistencia griega contra los italianos proporcionó a los Aliados su primer éxito real en la Segunda Guerra Mundial e inspiró a las fuerzas del bien cuando más lo necesitaban. Por desgracia, la ocupación de Grecia por parte de los nazis fue inevitable y su crueldad gratuita en todo el país dio lugar a una resistencia comunista.

El fin de la Segunda Guerra Mundial no trajo la paz, sino una guerra civil que se prolongó hasta 1949 entre los comunistas y las fuerzas gubernamentales derechistas, las cuales acabaron venciendo. El conflicto causó ochenta mil fallecidos y setecientos mil refugiados internos. Debido a la brutalidad de ambos bandos, en especial contra los civiles, la política griega seguiría polarizada durante décadas, entre partidos de extrema izquierda y extrema derecha, un contexto en el que ni el liberalismo moderno ni el conservadurismo moderno hallarían demasiado espacio para surgir. Y así fue

como Grecia, inducida por su geografía —tan cerca de Moscú como de Bruselas—, se convirtió en un campo de batalla ideológico de la Guerra Fría.

Los años de la Guerra Fría en Grecia estuvieron marcados tanto por gobiernos débiles como por profundas divisiones políticas internas, que se agravaron con la lucha por la independencia en Chipre, con sus consiguientes llamadas a la *Enosis* (o unión) de la isla con Grecia. (Esto, naturalmente, era un eco de la Gran Idea). En 1967, unos oficiales jóvenes protagonizaron un golpe de Estado y derrocaron al gobierno de Atenas. Ello dio lugar a siete años de una dictadura especialmente brutal en la que el «régimen de los coroneles» se pareció más a un gobierno del Tercer Mundo que a cualquier otro gobierno de Europa occidental. El régimen de los coroneles se disolvió en 1974, después de que su fracasada intervención política en Chipre acabara con la invasión turca y la posterior ocupación de la parte norte de la isla.

Fue solo con el restablecimiento de la democracia en julio de 1974, bajo el gobierno del político conservador Constantinos Karamanlis (que había regresado a Grecia después de permanecer exiliado en Francia), que la política griega empezó lentamente, y por primera vez en la historia, a estabilizarse y a adoptar un carácter moderno y occidental. Grecia, la cuna de Occidente, se reincorporaba así por fin a Occidente. El proceso se vio impulsado por la admisión del país a la Comunidad Económica Europea (posteriormente Unión Europea) en 1981.

Igual que la entrada en la OTAN, la adhesión a la UE y la posterior admisión de Grecia en la Eurozona representaron única y exclusivamente decisiones políticas por parte de la alianza occidental. De hecho, ni las instituciones burocráticas de Grecia ni su economía estaban a la altura de los estándares del núcleo de Europa y Occidente. Pero existía la sensación (jamás reconocida públicamente) de que dejar a Grecia fuera de las instituciones europeas, teniendo en cuenta su posición geográfica vulnerable y su larga historia de inestabilidad, supondría una amenaza mayor para Occidente que acoger el país en su seno. Al final resultó que la variante griega de la Gran Depresión, que puso al país de rodillas a principios de 2009 por culpa de la pobreza generalizada, un PIB en caída dramática y un desempleo masivo —lo que llevó a un gobierno de extrema izquierda inicialmente próximo a Moscú—, estuvo directamente relacionada con la desdichada falta de preparación helena para los rigores de la Eurozona. El legado bizantino y otomano de subdesarrollo, aun no siendo determinante y siempre posible de superar, tenía todavía su peso en Grecia en la segunda década del siglo XXI.

Sin duda, la Atenas inmediatamente posterior a la Gran Depresión presentaba, como comprobé hace unos años, un paisaje urbano decadente y con los grandes monumentos clásicos de la civilización occidental ensombrecidos con grafitis. Atenas, rodeada por mar y adustas montañas cubiertas de pinos bajo un sol melodramático, sigue siendo fascinante. Sin embargo, los grafitis, más opresivos en algunos barrios de Atenas que en cualquier otra capital occidental que yo conozca, hablan a gritos de una anarquía y una resistencia al Estado que muchos comentaristas griegos han observado. Muy pocos radicales de otros lugares se autodenominan abiertamente anarquistas como lo hacen en Grecia.

Un destacado periodista griego me explicó que, durante la mayor parte de la historia, y muy en especial en tiempos otomanos —aunque también en la Grecia de la Antigüedad—, el gobierno era «íntimo, personal, involucraba solo a personas que conocías». Porque, como siempre, el énfasis se ponía en la familia y los mejores amigos. Y, dado que el vasto Estado moderno, una fuerza impersonal abstracta, destruyó esa intimidad, los griegos lo refutaron. La ortodoxia, con su rechazo de las obligaciones formales en el mundo material más allá de las relacionadas con el clan y la familia a cambio de la promesa de una existencia en el otro mundo, tampoco ayudó; algo que, como un filósofo y amigo rumano me comentó en una ocasión, supone una carga para toda la ortodoxia en Rusia y los Balcanes. Para comprender la mentalidad de un anarquista griego posmoderno, me dijo mi amigo periodista en Atenas, «basta con leer a Bakunin y a Dostoievski». Pienso en *Los demonios*, de Dostoievski, donde uno de los radicales proclama:

En cuanto hay un poco de familia o amor, hay un deseo de propiedad. Extinguiremos [ese] deseo: nos pondremos a beber, a chismorrear, a delatar; veremos una depravación sin precedentes; sofocaremos a cualquier genio en su infancia. Todo se reducirá a un denominador común.^[12]

Todo reducido a un denominador común: ahí es donde el anarquismo se metamorfosea en comunismo y, finalmente, en estalinismo. Por lo tanto, no es casualidad que el anarquismo griego haya existido desde mediados del siglo XX codo con codo con el movimiento comunista más ortodoxo de toda la Europa occidental. La ortodoxia, el anarquismo y el comunismo han formado parte del rechazo al racionalismo occidental en la tierra donde Occidente fue inventado en su sentido más espiritual.

Y, sin embargo, hablar en Grecia de Oriente y Occidente como excluyentes es ignorar que el país es un compuesto inextricable de ambos. Oriente existe en la mágica oscuridad dorada de la Iglesia ortodoxa, tan lejana en espíritu del Occidente protestante y católico como del islam. No solo el Imperio bizantino fue esencialmente griego, también lo fue el Imperio otomano, gobernado a menudo a través de diplomáticos y gobernadores locales helenos. «Grecia —escribió el Philip Sherrard, un reconocido traductor de poesía griega moderna, haciéndose eco del padre Kallistos en *The Orthodox Church*— nunca tuvo Edad Media, tal y como la entendemos, ni Renacimiento, tal y como lo entendemos, ni Ilustración. Esa elevación de la razón por encima del resto de la vida no ha tenido lugar. Grecia no ha pasado por ese desenfreno de racionalismo del que es producto el mundo occidental moderno» y, con él, «la subsiguiente parálisis de la vida emocional del hombre».

Sin embargo, si nos acercamos desde la dirección geográfica y civilizadora opuesta, Grecia es también el lugar donde el oxígeno de Occidente empieza a dispersar la aplastante lógica totalitaria de Mesopotamia y Egipto. Este fue, al fin y al cabo, el logro definitivo de la Atenas de Pericles: insuflar humanismo y sentido del individuo en las tiranías del Oriente antiguo, donde los dioses no se parecían en nada al hombre, sino que eran medio animales.^[13]

Sin embargo, interpretar esta sombría y trágica historia moderna como si no estuviera relacionada con una historia antigua brillante y heroica es malinterpretar el mensaje que Grecia ofrece a nuestra época. Porque los clásicos griegos de la Antigüedad también tenían mucho que ver con sangre y tragedia, representados sobre un paisaje que, como escribió Durrell, constituía el Ojo eterno. Nada ni nadie enseña esta lección más poderosamente que Yorgos Seferis, el poeta griego del siglo XX galardonado con el Premio Nobel.

Seferis, nacido y criado en Esmirna, que, como un solitario estudiante de veintidós años experimentó desde la lejanía de París la Catástrofe de Asia Menor, utiliza la Antigüedad griega y el viaje desgarrador de Odiseo para intuir la profundidad de su relevancia para el sufrimiento atroz y la decepción absoluta que se vivió en su tiempo. En su poesía, el sufrimiento de Odiseo y sus hombres refleja el sufrimiento del millón de refugiados griegos que llegó procedente de Asia Menor en 1922. Conocer Grecia es conocer la carga

moderna que soporta, la de un pasado épico dentro de un presente resquebrajado, pequeño y tremendamente confinado; la imposibilidad de estar a la altura de su reputación significa vivir aplastado bajo un estereotipo. La poesía de Seferis es clave para conocer esta identidad trágicamente malentendida.

Seferis, según Sherrard, su traductor y su intérprete, vio cómo hombres, mujeres y niños «sufrían una forma de desesperación y tragedia que unos años más tarde se convertiría en la común en toda Europa: hogares destruidos, columnas de refugiados, marchas forzadas por carreteras interminables hacia destinos desconocidos y con frecuencia letales, separación de familias, centros de detención, barcas sobrecargadas con un cargamento humano desesperado que naufragaban en mar abierto».^[14] Fue el fin de un mundo y de una civilización, un precursor evidente de los horrores de la Segunda Guerra Mundial y de las crisis siria y libia de nuestros tiempos. En una carta a su madre escrita en diciembre de 1922, Seferis hablaba sobre la destrucción de Esmirna:

¿Puede la mente humana encontrar cabida para algo así en el siglo XX, el siglo de la humanidad? ¿Puede una ciudad de trescientas mil personas convertirse en un cementerio en tan solo cuatro días?^[15]

Y a su alrededor, mientras sus amigos y sus seres queridos se veían obligados a exiliarse de Esmirna, el joven Sefehs veía el legado material de la gran Grecia, con todos sus ecos históricos. Según las sobrias e inimitables palabras de Sherrard, «las estatuas rotas y los fuertes venecianos, las playas blancas de las islas del Egeo y Alejandro Magno, las escuálidas montañas y los argonautas, las iglesias bizantinas y los plátanos de sombra».^[16]

En la poesía de Seferis, Odiseo y los exiliados de Esmirna, los exiliados y los refugiados de cualquier tiempo y lugar —de Siria y de Libia en nuestros tiempos—, se vuelven uno:

¿Pero qué buscan nuestras almas viajando
sobre el puente de barcos destruidos,
amontonadas entre mujeres pálidas y niños que lloran
a los que no distraen ni los peces voladores,
ni las estrellas que los mástiles señalan con sus agujas
gastadas por los discos de los gramófonos
ligadas, sin quererlo, a inoperantes peregrinajes,
murmurando pensamientos rotos en lenguas extrañas?

¿Pero qué buscan nuestras almas viajando
sobre podridos leños del mar
de puerto en puerto?^[17]

Las palabras y las frases de otros poemas de Seferis son igualmente conmovedoras: «Dondequiera que viajo, Grecia me hiere [...]. Este camino no tiene fin ni consuelo [...]. Escasas son las noches de luna que me agradan [...]. Las casas que me han arrancado. Eran tiempos nefastos: guerra, destrucción, exilio».^[18]

No hay nada más mítico y arquetípico que la experiencia del refugiado, que abarca las esperanzas, los sueños, los terrores y los desplazamientos de la humanidad, todo ello contenido en la lucha diaria del individuo por mantenerse, él o ella y su familia, intactos a pesar del alejamiento de su forma de vida y de todas las privaciones. Mientras escribo estas líneas, decenas de miles de refugiados de la gran región de Oriente Próximo viven varados en condiciones miserables, repartidos por campamentos en las islas griegas, donde han llegado procedentes de Turquía en un intento de arribar a puerto dentro de las fronteras de la Unión Europea. Grecia ofrece el sacrificio que supone la carga de la historia y, sin embargo, como Sherrard nos cuenta, también una forma de comprenderla y gestionarla. Porque un hombre no es simplemente un eslabón en una «cadena infinita» que llega hasta el pasado, sino que además «posee dentro de sí mismo» el «microcosmos» de «todos los periodos históricos». A través tanto del mito como de los símbolos, Seferis describe esta vida interior y revela con ello modelos arquetípicos de experiencia que nos unen con el pasado y, por lo tanto, con la verdad universal.^[19]

Estamos de vuelta, por así decirlo, al modernismo literario de Joyce, Eliot y Pound, con su utilización de símbolos para describir la experiencia individual. Excepto que con Seferis, el simbolismo es menos abstracto, ya que Grecia, con todas sus asociaciones históricas clásicas, medievales y modernas, es su paisaje personal. Grecia, la Grecia real —no la visión unidimensional de postal de la Acrópolis, sino la trágica y suntuosa fusión del mundo de la Antigüedad, Bizancio y la Edad Moderna, junto con la destrucción de Esmirna, algo que no es específicamente ni oriental ni occidental—, proporciona la imagen final de Europa.

La falla entre Oriente y Occidente por la que he viajado durante todo este periplo es, de hecho, un atajo hacia una categoría de distinciones que cada vez es más complicado definir. Porque Europa comprende un misterio de creación nacido a partir de innumerables y complejas interacciones políticas, culturales y económicas entre cristianos, judíos y musulmanes.

Los grandes maremotos de cambios e influencias son innegables. Los bizantinos ortodoxos ayudaron a dar forma a Europa tanto con su religiosidad oriental como con la barrera que lucharon por mantener durante cientos de años contra los selyúcidas y los turcos otomanos. Los mongoles ayudaron a dar forma a Europa por el papel que desempeñaron en proteger a Rusia de la experiencia de la Ilustración. Los árabes ayudaron a dar forma a Europa al separar lingüística y culturalmente (en gran medida) el norte de África de ella. Los persas sasánidas ayudaron a dar forma a Europa enfrentándose a los bizantinos, conflicto que debilitó a ambos bandos y, en consecuencia, permitió la conquista árabe de la orilla sur del Mediterráneo. Tanto Oriente Próximo como muy especialmente África ayudarán a dar forma a Europa al generar millones de refugiados y migrantes en los próximos años y décadas.

Porque Europa, con todas sus dificultades, seguirá siendo el lugar más deseado y próximo para las víctimas de las turbulencias políticas y económicas de gran parte de Afro-Eurasia. Entre ahora y 2050, por ejemplo, la población africana se habrá duplicado hasta alcanzar los 2400 millones de habitantes, mientras que el número de autóctonos europeos se estanca y descende.^[20] Incluso sin guerras ni disturbios, e incluso con el crecimiento de las clases medias africanas y el consecuente declive de la tasa de nacimientos, no estamos más que en las primeras fases de un importante movimiento de población del sur hacia el norte. (Las nuevas clases medias africanas generarán, de hecho, más migrantes, no menos, puesto que la gente dispondrá de medios para abandonar sus hogares y elegir dónde vivir y los disturbios pidiendo un incremento de las expectativas se extenderán). Y, finalmente, China dará forma a Europa cuando el puerto griego del Pireo se convierta en un enclave occidental de la emergente Ruta de la Seda china, o iniciativa de la Franja y la Ruta de China, como se la conoce. Grecia está, en un sentido geopolítico muy concreto, muy atrás en la encrucijada de Oriente y Occidente.

Europa, por lo tanto, está solo en los comienzos de un cambio vertiginoso. Es el crisol donde se desarrollarán muchos de los retos de Afro-Eurasia. El laicismo y el universalismo de la Europa actual, subproductos de la necesidad de huir de la historia (y muy concretamente del *Götterdämmerung* de dos

guerras mundiales), no hacen más que aumentar la vulnerabilidad del continente ante las turbulencias de la civilización. Cabe recordar que la identidad de Europa occidental siempre ha sido más contingente de lo que comúnmente se piensa. Durante muchos siglos, Occidente fue un accidente geográfico conformado en parte por el choque de imperios en Oriente Próximo y el norte de África. A pesar de la miríada de contactos e interacciones que se han producido entre civilizaciones desde la Antigüedad tardía hasta la época moderna, la cristiandad se mantuvo lo suficientemente cohesionada —y durante el tiempo necesario— para combinarse con el feudalismo y forjar los rudimentos de Occidente tal y como lo conocemos.

Mirando hacia el futuro, la solución podría encontrarse, por contradictorio que parezca, en el pasado: en la modernidad temprana de un mundo imperial donde reinaba el cosmopolitismo. El concepto de imperio ha adquirido mala fama debido a los crímenes cometidos por los imperios europeos modernos en África y en otras partes. Pero el futuro podría beneficiarse de construcciones imperiales benignas como la Unión Europea, así como de ciudades-Estado dinámicas.

Igual que la tecnología reduce las distancias, las diferencias culturales y de civilización también se reducen. Por lo tanto, el nacionalismo populista que estamos viendo no es más que un *cri de coeur* —un epifenómeno— antes de que las historias y las culturas nacionales se carcoman aún más. En la era digital resulta más complicado que en la era del papel impreso y la máquina de escribir transmitir historias y tradiciones de una generación a otra. Porque ahora todo puede ser deconstruido, y las narrativas entran en competencia en vez de compartir puntos en común, incluso cuando la información inunda la sociedad y la capacidad de prestar atención durante un tiempo prolongado se vuelve inexistente. La memoria histórica se disuelve en cuanto un ciclo de noticias, intenso y absorbente, queda obsoleto por la llegada del siguiente. En un entorno como este, el mantenimiento de una identidad inequívocamente occidental —diferente de la identidad oriental, asiática o africana— se convierte en el vestigio de una época pasada.

El Adriático ha sido siempre una zona de transición de civilizaciones, razón por la cual resulta especialmente icónico en un mundo de identidades solapadas y en disolución. No obstante, debido a su riqueza cultural —ortodoxos, católicos y musulmanes; eslavos, italianos, albaneses y griegos; mediterráneos, centroeuropeos y balcánicos—, el Adriático, más que

transmitir incoherencia, demuestra una alternativa ilustrada a la degradación que supone perder toda la memoria y la tradición. Porque del mismo modo que un exceso de memoria puede acabar convirtiéndose en una cárcel de odio y rencor, una falta de memoria nos hace indistinguibles de las formas menores de vida, para las que la existencia no tiene concepto ni conciencia más allá del momento presente. La tradición, por particularista que sea, proporciona una defensa contra esto. Es mucho mejor sentirse confuso con respecto a la identidad por tener varias que carecer por completo de ella.

Decir que Eurasia, como entidad distinta a Europa, empieza en el Adriático es un lugar común en este sentido. Aunque el problema fundamental es el siguiente: ¿se puede imaginar una civilización universal que a la vez esté ricamente arraigada en la tradición?

Sí, se puede, siempre y cuando, repito, pensemos como piensa Pierre Manent, en términos de ciudades e imperios más que exclusivamente en términos de Estados.^[21] A lo largo de la historia, las ciudades y las ciudades-Estado han sido multiculturales, igual que los imperios, en su larga proyección histórica (en contraposición al sentido estrictamente colonial europeo), han sido cosmopolitas y multinacionales. Mientras que las ciudades y los imperios son creaciones políticas arraigadas en la Antigüedad, los Estados tienen menos solera y se asocian más con la modernidad. La posmodernidad no significa necesariamente la defunción de los Estados. Pero la realidad es que, en Eurasia y muy especialmente en Oriente Medio, el modelo de Estado se está debilitando. La caldera del Levante no es más que el ejemplo más evidente de ello. Incluso en Estados históricamente bien arraigados —el legado de imperios seculares— como son Turquía e Irán, la gobernanza se ha vuelto cada vez más tensa.

Dentro de Europa, el modelo de Estado se ve continuamente estresado por dificultades económicas estructurales y por un mecanismo supraestatal, la Unión Europea, que no funciona como debería. En consecuencia, la evolución política sigue tumultuosamente hacia delante. Como en el caso de todas las evoluciones, el suelo se mueve silenciosamente bajo nuestros pies y no nos damos ni cuenta de ello.

De hecho, «globalización significa que ahora todos somos levantinos», escribe el historiador británico Philip Mansel refiriéndose a las ciudades eclécticas del Levante en el amanecer del siglo XX: Alejandría, Esmirna y Beirut, donde, como escribe, «la gente cambiaba de identidad con la facilidad con la que cambiaba de idioma».^[22] (Podría haber incluido asimismo en esa categoría el puerto de Odesa, en el mar Negro, porque esa ciudad cosmopolita

«no tenía nada de nacional», escribe un académico).^[23] Naturalmente, el nacionalismo consumiría y destruiría estas ciudades. Y, como en tantas otras cosas más, Grecia vuelve a ser la que ofrece el ejemplo más conmovedor al respecto. En la ciudad portuaria de Salónica (en la actualidad la griega Tesalónica), una tolerancia imperial otomana relativamente relajada permitía la coexistencia de cristianos ortodoxos, musulmanes y judíos. No obstante, más tarde esta situación daría paso a esas divisiones nacionales y étnicas más duras que han sido características de la era industrial y posindustrial. «Los musulmanes se convirtieron en turcos, los cristianos en griegos» cuando los Estados monoétnicos del siglo XX empezaron a arraigar, explica el profesor de Columbia Mark Mazower.^[24] Y, sin embargo, como Philip Mansel sugiere, estamos regresando, al menos en cierto sentido, a las identidades fluidas y múltiples que prevalecieron en estas ciudades cosmopolitas del modernismo temprano. La diferencia está en que todas esas urbes florecieron en un mundo imperial en el cual, debido a que el sultán otomano era soberano en todas partes, había poco territorio en disputa entre las diversas comunidades religiosas y étnicas. Entretanto, debemos seguir viviendo un tiempo más en un mundo de Estados-nación en los que el territorio está celosamente custodiado. El cosmopolitismo al estilo levantino, además, es una característica menos de la evolución política que de las transacciones económicas facilitadas por la tecnología de las comunicaciones (es decir, todo aquello desde Internet hasta la aviación comercial).

Sí, una vez más, el suelo se mueve en silencio bajo nuestros pies a medida que las ciudades y las regiones-Estado crecen en importancia y se impone un neomedievalismo. En los siglos XVI y XVII, como explica el historiador británico Mark Greengrass (haciéndose eco de Denys Hay), el concepto de la cristiandad se vio sustituido gradualmente por el de «Europa». A pesar de que, en el transcurso de la Antigüedad tardía y la Edad Media, la cristiandad llegó a representar un concepto geográfico, siguió siendo en el fondo una identidad religiosa, mientras que «Europa» siempre estuvo relacionada en el fondo con la geografía. La subyugación de la cristiandad a «Europa» quedó completada cuando el cristianismo dejó de ser una identidad política y se convirtió solo en una religión de carácter privado que tenía que ver única y exclusivamente con el alma.^[25] Teniendo en cuenta que Europa sustituyó a la cristiandad, ¿nos encontramos ahora en un periodo de transición en el que algún nuevo concepto sustituirá el de Europa? Y si lo hace, ¿dónde se establecerá finalmente la identidad: a escala nacional, regional, de ciudad o local? ¿O acaso Europa regresará a una identidad religiosa, a una especie de

«neocristiandad», para levantar un muro psicológico para protegerse de los musulmanes de Oriente Medio? ¿O podría simplemente Europa disiparse como concepto a medida que se vaya disolviendo en el seno de Afro-Eurasia y las identidades dentro del continente se vuelvan, como he especulado, cada vez más locales? Greengrass analiza el origen de la destrucción del concepto de cristiandad en un periodo de 131 años. Por lo que es bastante probable que los cambios realmente importantes que se están produciendo ahora no se hagan aparentes dentro de las restricciones de cualquier ciclo de noticias.

El fallecido historiador británico Tony Judt ofrece una visión alternativa o, más bien, una visión centrada en el futuro inmediato más que a medio o largo plazo. Según él, el proceso de integración que culminó finalmente en la Unión Europea fue en parte un accidente nacido de la *realpolitik* de políticos que necesitaban un marco económico predecible para sus objetivos nacionales. Es decir, Francia necesitaba el carbón alemán, pero al mismo tiempo necesitaba contener el poder político germano; y Alemania necesitaba esconder sus intereses nacionales dentro de una comunidad más grande para recuperar la legitimidad después de Hitler. El contexto para esta *realpolitik* era una Segunda Guerra Mundial que acababa de terminar y que era «peculiar» en el sentido de que los países estaban a menudo divididos internamente y «prácticamente todos los participantes europeos habían perdido». En consecuencia, todo el mundo quería olvidar lo que había pasado y reinaban el derrotismo, el pacifismo y el ahistoricismo. Por otro lado, la Guerra Fría había forzado la unidad en la mitad occidental del continente. El derrotismo y la unidad fueron los que dieron origen a esta nueva «Europa». Sin embargo, debido a que la combinación de estos y otros factores (por ejemplo, el Plan Marshall) fue específica de ese momento concreto de la historia, nunca podrían repetirse de la misma manera, por lo que la Unión Europea no podía continuar indefinidamente con el mismo formato; siempre existen otros factores que acaban entrando en el juego.

Lo que resulta especialmente impresionante es que Judt publicara este análisis en 1996, cuando no había problemas en el horizonte y Europa era monótona y feliz. Luego pasa a exponer el «mito fundacional» de Europa: que debe seguir expandiéndose hacia el este para mejorar no solo Europa, sino el mundo, o, de lo contrario, el éxito actual solamente indicaría un acuerdo utilitario amoral. Naturalmente, como bien sabemos, la expansión de Europa hacia el este después del fin de la Guerra Fría se produjo bajo circunstancias históricas distintas, por lo que el resultado ha sido complejo y en absoluto podría calificarse de triunfo. En su ensayo de 1996, Judt concluye destacando

de nuevo, y con clarividencia, que, con la vida posmoderna vaciando las funciones comunitarias de la familia, la iglesia, la escuela, el ejército e incluso los partidos políticos y los sindicatos, lo único que queda ahora es la nación. Porque es la nación la que encarna una memoria común y una comunidad dentro de un «marco de escala apropiada» más grande que el de la ciudad, aunque más pequeño que el de una nebulosa paneuropea o identidad global. [26]

Más allá del presente y del futuro inmediato, abrazar este renacimiento nacionalista —que, debido a que la nación en sí se ha visto parcialmente abandonada por las élites, es también un renacimiento populista— significa que algo nuevo debe surgir junto a él. Y las probabilidades apuntan hacia múltiples formas de identidad.

Camino cuesta arriba desde el puerto hasta la parte nueva de Corfú, donde encuentro el teatro municipal, una estructura modernista rectangular brutalmente ensuciada con grafitis. De hecho, parece como si las losas de piedra estuvieran pegadas entre sí de cualquier manera. Antes de que construyeran este edificio, había aquí otro teatro municipal, un bello edificio neoclásico erigido en los comienzos del siglo XX y destruido por la Luftwaffe en 1943. Aquí fue donde el Parlamento serbio en el exilio, después de retirarse del territorio interior de los Balcanes bajo la presión de los austrohúngaros y de las fuerzas alemanas durante la Primera Guerra Mundial, se reunió en 1916 para proponer la creación del reino de Yugoslavia. El nuevo reino de Yugoslavia se visualizaba como un sistema parlamentario bajo la dinastía serbia de los Karadjordjević que representaría también a los grupos nacionales de croatas y eslovenos y utilizaría tanto el alfabeto latino como el cirílico. La visión se hizo realidad al año siguiente con una declaración, también firmada en Corfú, redactada por políticos serbios, croatas y eslovenos en el exilio. Este reino yugoslavo, que existió entre las dos guerras mundiales, fue violentamente desmantelado por la ocupación y la guerra civil étnica que se libró entre 1941 y 1945. La República Socialista de Yugoslavia, bajo el mando de Tito, lo sustituiría en 1945 y se prolongaría hasta la guerra civil de la década de 1990. La historia del siglo XX de Yugoslavia comenzó en este lugar.

Merece la pena examinar todo esto con más detalle, puesto que la cuestión yugoslava es tanto una variación como un resumen de la cuestión europea.

Me explicaré.

El desmantelamiento del Viejo Mundo tuvo su origen en el colapso del Imperio austrohúngaro de los Habsburgo, que se extendía por Europa central desde los Alpes hasta la zona de influencia del mar Negro y aportaba al continente su sistema organizativo. Fue el Imperio Habsburgo el que encarnó el gran compromiso de los grupos nacionales que yacía en el seno del plan de paz de Metternich posterior a las guerras napoleónicas. La Austro-Hungría de los Habsburgo, escribe el historiador italiano Leo Valiani, «declaró la guerra en 1914 para solucionar, mediante una victoria militar [...] el problema de los eslavos del sur [o yugoslavos]». Pero, como destaca Valiani, «ni siquiera la victoria de las Potencias Centrales podría haber solucionado ese problema. [...] Los eslavos del sur habían llegado para quedarse», y habrían seguido siendo un Estado rebelde dentro de la Europa Habsburgo. Además, incluso con una monarquía Habsburgo reformista y federalizada, «el carácter explosivo de los distintos nacionalismos antagónicos» de los Balcanes occidentales habría seguido existiendo. Es decir, la Primera Guerra Mundial, que fue el origen de los horrores del siglo XX, tuvo su causa principal en el problemático dilema de los eslavos del sur o yugoslavos.

Valiani no era un historiador de salón. Nació en 1909 en Fiume, más tarde llamada Rijeka, y falleció en 1999, después de la Guerra de Kosovo. Su obra maestra, *The End of Austria-Hungary*, muestra una comprensión intuitiva de los retos históricos y étnicos de los dos Estados yugoslavos en el siglo XX. Tal y como expone, el nacimiento de Yugoslavia, en medio de las tensiones entre serbios, croatas y eslovenos y las complejidades de la política de las grandes potencias cuando la Primera Guerra Mundial llegó a su término, no fue inevitable.^[27] De todos modos, Yugoslavia nació aquí en Corfú, una federación grande y difícilmente manejable que se prolongó, con la excepción de la Segunda Guerra Mundial, durante casi tres cuartas partes del siglo XX. Tito, a quien Claudio Magris considera en términos espirituales el último de los emperadores Habsburgo, la mantuvo unida mediante una combinación de benevolencia y represión, siguiendo un auténtico estilo imperial. La muerte de Tito en Liubliana, en 1980, condujo a una década de calcificación y declive institucional, un tiempo en el que las tensiones políticas y burocráticas entre las repúblicas fueron en aumento hasta que todo estalló con violencia. Por desgracia, desde que la Guerra de Kosovo terminó hace ya casi un cuarto de siglo, la antigua Yugoslavia, incluso sin sufrir violencia a gran escala, ha sido cualquier cosa menos estable. Tal vez la única manera de que los eslavos del sur puedan vivir realmente con paz y prosperidad sea bajo el paraguas de otro imperio necesario: el de la Unión Europea, que es, con diferencia, la más

benigna de todas las formaciones imperiales. Igual que muchas formaciones imperiales, la UE está imbuida de cosmopolitismo y universalismo, algo que acompaña la realidad de los distintos pueblos que viven bajo un régimen burocrático común. No estoy justificando el imperialismo *per se*, sino simplemente destacando sus ambigüedades.

El difunto historiador británico A. J. P. Taylor escribió que las «grandes potencias de Europa siempre» han vivido en un «estado de naturaleza» y, en general, «deben» sus únicos periodos de paz al «equilibrio de poder».^[28] La paz reinó en Europa durante la Guerra Fría y, con la excepción de Yugoslavia, durante las décadas posteriores. Eso se debió principalmente a la garantía de seguridad estadounidense sobre Europa, por un lado, y a la expansión y el fortalecimiento de la Unión Europea, por el otro. No obstante, si esta garantía de seguridad estadounidense se debilitara y si, además, ese imperio necesario de la Unión Europea se atrofiara, Europa bien podría verse obligada a volver a acuerdos de equilibrio de poder inestables e inciertos con tal de poder mantener la paz.

Mi respuesta a cualquiera que afirme que puede predecir con exactitud el futuro es que contemple el cuadro titulado *La Fortuna*, de Peter Paul Rubens, realizado en 1638 y que se expone en el Museo del Prado de Madrid. Representa el destino como una joven desnuda a cuyos pies descansa precariamente un balón de playa que va directo hacia las agitadas olas del mar. Su expresión, ligeramente juguetona y enigmática, sugiere que solo un loco la seguiría; solo un loco creería saber exactamente qué va a pasarle a continuación. Por supuesto, sabemos que podría caerse, pero cómo y de qué manera sigue siendo un misterio.

Ofrezco tan solo un esbozo general y escenarios alternativos para una Europa adentrada ya en el siglo XXI, pero no voy más allá. La clave está en ser siempre consciente del pasado, porque el presente en sí no ofrece contexto para nada. Es el presente considerado junto con el pasado lo que puede abrirnos una ventana, por pequeña y torcida que sea, hacia el futuro.

Hacia el final de mis viajes, mi bibliografía empieza a resultar difícil de manejar, es una mezcla de libros unidos solo por la casualidad y por mis encuentros, a veces deliberados, con el mundo académico y la literatura en el transcurso de un viaje. En Corfú, leo ahora el *Decamerón* de Boccaccio, que

en mi cabeza fluye de forma natural a partir de *Las mil y una noches*. Pese a que una obra es considerada occidental y la otra oriental, ambas emanan del mismo espíritu y, por lo tanto, crean una cultura común que va más allá de las divisiones arbitrarias. El *Decamerón*, igual que *Las mil y una noches*, es un festín de oralidad, la forma más pura de literatura, que desafía a la mojigatería, a la hipocresía, al estatus, a la avaricia, a cualquier cosa falsa o llena de pretensiones y, en consecuencia, celebra la expresión pura de la fuerza vital invencible. En el *Decamerón*, mientras la peste causa estragos en Florencia, diez jóvenes hombres y mujeres se refugian en una villa de las afueras de la ciudad, degustan «deliciosos dulces y vinos selectos», escuchan «la canción de un millar de pájaros» y se cuentan historias que en su exuberancia responden con un «no» rotundo al destino.

Es el libro menos deprimente que conozco, pues santifica aquello que nos hace humanos. Y lo que nos hace humanos es un materialismo terrenal. Como *Las mil y una noches*, el *Decamerón* abjura de lo abstracto y se centra en los elementos más concretos del drama humano: sexo, riqueza, belleza; cosas que, aun sin poseer el valor moral más elevado, son aquello de lo que los valores morales no pueden dejar de ocuparse. Y, sin embargo, se celebra la carne. Baste con recordar la historia de humor sobre un convento donde todas las monjas quieren acostarse con un hombre mudo. Las mejores historias tienen el poder del mito, que, al ser un mito, une a todas las culturas. Está la historia de una joven que muere de pena porque ya no puede venerar más la cabeza de su amante, que tenía conservada en el interior de una maceta donde tenía plantada albahaca. Las siete mujeres y los tres hombres que se han contado estas historias deben regresar a Florencia, donde les aguarda la incertidumbre. El *Decamerón* nos enseña a ser resilientes. Sí, existe un mecanismo, un «juicio oculto» que determina nuestras vidas, pero, precisamente porque no podemos conocerlo, no nos queda otro remedio que esforzarnos y luchar.^[29]

Sin duda, estamos condenados a concentrarnos en nuestros pecados, echando a perder con ello el disfrute de nuestra conciencia, y a estar atrapados sin paz mental. Pero en este mundo tenemos también responsabilidades con nuestros amigos y con los seres queridos que dependen de nosotros, que cuentan con que no nos distraigamos y estemos plenamente comprometidos con ellos. Es a ellos a quienes debemos nuestra voluntad de seguir adelante. Estar cansado de la vida es cobardía.

Y, por lo tanto, viajar es un reto que no acaba nunca. Es la comprensión definitiva de la vida, en la que una semana en la carretera puede convertirse

en una breve epopeya. No hay escape ni indulgencia; la ética y la estética funcionan como un engranaje. Dado que viajar promueve la apreciación de esta última, también concentra implacablemente la mente en la primera, porque la belleza real es tanto moral como material. Es mi segunda tarde aquí y ha llegado la hora de ir a explorar mejor la ciudad de Corfú, la síntesis de Italia y Grecia y, por lo tanto, el resumen del Adriático. Espero que siempre sea así. Algo muy grande se perdería si la ciudad de Corfú se convirtiera en un lugar simplemente global. Pero ahora debo disfrutar de este momento en el tiempo. Como Borges escribió: «La noche se acerca, y así hasta lo infinito».

[30]

Nota del autor

Este libro surgió de los diarios y los viajes que realicé entre 2016 y 2018. La publicación se retrasó debido a una biografía que escribí entretanto, que también apareció con retraso por el efecto del coronavirus en el sector editorial. De todos modos, confío en que las descripciones y los problemas aquí planteados y, asimismo, las conversaciones transmitidas a lo largo del texto, superen la prueba del paso del tiempo. El destino de Europa sigue siendo una cuestión vigente entre todos nosotros. Y la búsqueda de libros valiosos, y a menudo oscuros, que ayuden en un viaje —el otro tema principal de estas páginas— ha sido mi objetivo durante toda la vida. Por lo tanto, he actualizado el texto con moderación.

Quiero dar las gracias a los editores de *The New Criterion* por publicar ediciones actualizadas del libro sobre el poeta griego Yorgos Seferis y los poetas Ezra Pound y Joseph Brodsky.

En el transcurso de mis viajes por el Adriático, todo el mundo se mostró inmensamente amable conmigo. Estoy en deuda con Maurizio Molinari, redactor jefe de *La Repubblica*, y con su joven colega Beniamino Pagliaro, por haberme proporcionado un aluvión de contactos en Trieste, de entre los cuales fueron especialmente generosos Hedy Benvenuto, Monika Bulaj, Veit Heinichen y Paolo Rumiz. Y estoy igualmente en deuda con mi amiga Reva Goujon, que me abrió muchas puertas en Liubliana. Mi más cariñoso agradecimiento asimismo para Sanja y Petar Bojanić, que hicieron lo mismo para mí en Rijeka, además de acogerme en su casa. Sanja, con sus habilidades diplomáticas y organizativas en el semillero de la academia, es una persona asombrosa. En Zagreb, Nebojša Taraba, Ivana Ljubičić y Mladen Bašić me ayudaron generosamente brindándome su tiempo y sus contactos y preparándome una agenda que era un auténtico juego de ajedrez. Nebojša, siempre rebotante de simpatía y opiniones, me acogió bajo su ala después de que nos presentara hace ya unas décadas un amigo mutuo, Bruce Clark, de *The Economist*. Mladen, que está instalado en Belgrado, me facilitó también el camino y me ofreció su confianza y sus profundos conocimientos. De hecho, la amistad era uno de los temas de este viaje. Mis queridos y viejos amigos John y Martyna Fox me presentaron a sus amigos, los apreciados

periodistas Michael Dobbs y David Ensor, que son copropietarios de una casa en Korčula y me proporcionaron generosamente contactos y todo tipo de opiniones; otra deuda que será difícil de saldar. David me presentó también a Elez Biberaj, director de la división de Eurasia de Voice of America, de ascendencia albanesa. Fue Elez quien, junto con sus colegas Ilihan Agolli y Predrag Milić, me proporcionó con generosidad los nombres de las personas con quienes me entrevisté en Albania y Montenegro.

Las siguientes personas se merecen también mi más sentido agradecimiento por haberme sugerido libros que leer, lugares adonde ir, gente con la que hablar y muchas cosas más: Michael Auslin, Adriano Bosoni, Ivan Cerovac, Vanni D'Alessio, Charles Edel, John Felton, Vjeran Filipi, Jonathan Holslag, Bill Jones, Stavros Katsios, Spyros Katsoulas, Elias Maglinis, Damir Marusic, Alexis Papahelas, Natasha Sardzoska, Marius Stan, Vladimir Tismăneanu y Joel Weickgenant.

Anna Pitoniak dio forma a este manuscrito con una destreza exquisita. Tanto Anna como Kate Medina, de Random House, hicieron posible este libro con su apoyo inquebrantable. Después, Molly Turpin me acompañó con experiencia y de forma infatigable hasta la línea de meta. Steve Messina, de Random House, ha sido para muchos de mis libros un especialista fiable en lo referente a la corrección de estilo. Gail Hochman, Marianne Merola y Henry Thayer, de Brandt & Hochman Literary Agents, me han representado durante décadas sin que su entusiasmo haya tenido un momento de tregua. Estoy asimismo en deuda con el Center for a New American Security de Washington y con el Foreign Policy Research Institute de Filadelfia, por su apoyo y comprensión durante el tiempo que he dedicado a escribir este libro.

Mi esposa, Maria Cabral, me proporciona un marco único de amor y apoyo sin el cual no podría sobrevivir. Elizabeth M. Lockyer, que tramitó los permisos de derechos de autor y el mapa, gestiona mi vida profesional con una eficiencia sin parangón con la ayuda de Diane y Marc Rathbun.

Finalmente, quiero reconocer la enorme deuda que tengo con David Leeming, profesor emérito de inglés, y con el fallecido Charles Boer, traductor del griego antiguo al inglés de *Los himnos homéricos* y del latín al inglés de la *Metamorfosis* de Ovidio, obras ambas que, hace medio siglo en la Universidad de Connecticut, me iniciaron en un camino de aprendizaje y exploración que dura ya toda una vida.

Algunas páginas del libro, las que hablan de historias locales de Split y Dubrovnik, las he tomado prestadas de un libro de viajes que escribí anteriormente, *Mediterranean Winter* (2004) [*Invierno Mediterráneo: un recorrido por Túnez, Sicilia, Dalmacia y Grecia*], y están marcadas como notas al pie (con este marcador [t*]).

Bibliografía

- ACOCELLA, JOAN, «A Ghost Story», *New York Review of Books*, 14 de enero de 2016.
- AGUSTÍN, SAN, *The Confessions of St. Augustine*, traducido del latín con introducción y notas de John K. Ryan, Nueva York, Doubleday, 1960 [397-400]. [Hay trad. cast.: *Confesiones*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.]
- , *The City of God*, traducido por Marcus Dods, con introducción de Thomas Merton, Nueva York, Modern Library, 1950, 1993 [413]. [Hay trad. cast.: *La ciudad de Dios*, Madrid, Editorial Tecnos, 2020.]
- ANDERSON, BENEDICT, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1983.
- ARENDT, HANNAH, *The Origins of Totalitarianism*, Nueva York, Benediction Classics, 2009 [1951]. [Hay trad. cast.: *Los orígenes del totalitarismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.]
- BAKSH IAN, ARAM, JR., «Votaries of Power», *The National Interest*, enero/febrero 2018.
- BALLINGER, PAMELA, *History in Exile: Memory and Identity at the Borders of the Balkans*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2003.
- BANAC, IVO, *The National Question in Yugoslavia: Origins, History, Politics*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1984.
- BARDOS, GORDON N., «Montenegro's Corrupt Party of Socialists Is Killing the Country», *National Interest*, 28 de enero de 2020.
- BEATON, RODERICK, *George Seferis: Waiting for the Angel; a Biography*, New Haven, CT, Yale University Press, 2003.
- BELLOC, HILAIRE, *The Path to Rome*, San Francisco, Ignatius Press, 2003 [1902].
- BERENSON, BERNARD, *Italian Painters of the Renaissance*, vol. 1, *Venetian and North Italian Schools*, y vol. 2, *Florentine and Central Italian Schools*, Londres, Phaidon, 1968 [Prefacio 1952].

- , *Aesthetics and History*, Garden City, NY, Doubleday, 1954 [1948].
- BERGREEN, LAURENCE, *Marco Polo: From Venice to Xanadu*, Nueva York, Knopf, 2007. [Hay trad. cast.: *Marco Polo: de Venecia a Xanadú*, Barcelona, Editorial Ariel, 2009.]
- BLAM I RES, HARRY, *The Bloomsday Book: A Guide Through Joyce's «Ulysses»*, Londres, Methuen & Co., 1966.
- BOCCACCIO, GIOVANNI, *Decameron*, trad. J. G. Nichols, Nueva York, Knopf, 2008 (1350). [Hay trad. cast.: *Decamerón*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.]
- BOER, CHARLES, *The Homeric Hymns*, Chicago, Swallow Press, 1970.
- , *Charles Olson in Connecticut*, Rocky Mount, North Carolina Wesleyan College Press, 1975.
- BORGES, JORGE LUIS, *Collected Fictions*, trad. Andrew Hurley, Nueva York, Penguin Books, 1998 [1941 y 1949]. [*Ficciones*, Barcelona, Editorial Lumen, 2019.]
- BOSONI, ADRIANO, «Understanding Italian Defiance», *Stratfor*, 26 de enero de 2016.
- BOWRA, C. M., *Sophoclean Tragedy*, Oxford, Oxford University Press, 1944.
- BOWRA, C. M., *From Virgil to Milton*, Londres, Macmillan, 1967 [1945]. [Hay trad. cast.: *De Virgilio a Milton*, Pamplona, EUNSA Ediciones Universidad de Navarra, 2020.]
- BRADBURY, MALCOLM, *Introduction to A Farewell to Arms*, de Ernest Hemingway, Nueva York, Everyman Library, 1993.
- BRAUDEL, FERNAND, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1, traducido del francés por Sian Reynolds, Nueva York, Harper & Row, 1972 [1949]. [Hay trad. cast.: *El Mediterráneo*, Madrid, Espasa Libros, 1997.]
- , *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 2, traducido del francés por Sian Reynolds, Nueva York, Harper & Row, 1973 [1949]. [Hay trad. cast.: *El Mediterráneo*, Madrid, Espasa Libros, 1997.]
- BRODSKY, JOSEPH, *Watermark*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1992. [Hay trad. cast.: *Marca de agua*, Madrid, Siruela, 2013.]

- , *Collected Poems in English*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2000.
- BROWN, PETER, *The World of Late Antiquity: A. D. 150-750*, Londres, Thames and Hudson, 1971. [Hay trad. cast.: *El mundo de la Antigüedad tardía: de Marco Aurelio a Mahoma*, Barcelona, Taurus, 1991.]
- BURCKHARDT, JACOB, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Nueva York, Modern Library, 1995 [1860]. [Hay trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Ediciones Akai, 2017.]
- BURNS, THOMAS, *A History of the Ostrogoths*, Bloomington, Indiana University Press, 1984.
- BURTON, RICHARD F., *The Arabian Nights: Tales from A Thousand and One Nights*, traducido y con prefacio y notas de sir Richard F. Burton; introducción de A. S. Byatt, Nueva York, Modern Library, 2001. [Hay trad. cast.: *Las mil y una noches, según Burton*, Madrid, Símbela, 1991.]
- , «Terminal Essay» to *The Thousand Nights and a Night*, Nueva York, Heritage Press, 1934. [Hay trad. cast.: *Epílogo a las Mil y una Noches*, Barcelona, Laertes Editorial, 1989.]
- BURUMA, IAN, «In the Capital of Europe», *New York Review of Books*, 7 de abril de 2016.
- BUSH, RONALD L., *The Genesis of Ezra Pound's Cantos*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1989 [1977].
- BYRON, ROBERT, *The Byzantine Achievement: An Historical Perspective CE 330-1453*, Routledge, Londres, 1929.
- CALVINO, ITALO, *If on a Winter's Night a Traveler*, traducido del italiano por William Weaver, Nueva York, Knopf, 1993 [1979]. [Hay trad. cast.: *Si una noche de invierno un viajero*, Madrid, Símbela, 2013.]
- , *Mr. Palomar*, traducido del italiano por William Weaver, Nueva York, Harcourt, 1985 [1983]. [Hay trad. cast.: *Palomar*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2017.]
- CAMERON, EUAN (ed.), *Early Modern Europe: An Oxford History*, Oxford, Oxford University Press, 2001.
- CAMUS, ALBERT, *The Outsider*, traducido del francés por Joseph Laredo y con introducción de Peter Dunwoodie, Nueva York,

- Everyman's Library, 1998 [1942]. [Hay trad. cast.: *El extranjero*, Barcelona, Penguin Random House, 2021.]
- , *The Rebel: An Essay on Man in Revolt*, traducido del francés por Anthony Bower, Nueva York, Vintage, 1991 [1956]. [Hay trad. cast.: *El hombre rebelde*, Barcelona, Random House, 2022.]
- CANETTI, ELIAS, *Crowds and Power*, traducido del alemán por Carol Stewart, Nueva York, Penguin Books, 1973 [1960]. [Hay trad. cast.: *Masa y poder*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.]
- , *The Voices of Marrakesh*, traducido del alemán por J. A. Underwood, Londres, Marion Boyars, 1982 [1967]. [Hay trad. cast.: *Las voces de Marrakesh: impresiones después de un viaje*, Valencia, Editorial Pre-Textos, 2006.]
- CARPENTER, HUMPHREY, *A Serious Character: The Life of Ezra Pound*, Boston, Houghton Mifflin, 1988.
- CARVER, ROBERT, *The Accursed Mountains: Journeys in Albania*, Londres, Flamingo, 2009 [1998].
- CAVARNOS, CONSTANTINE, *Orthodox Iconography*, Belmont, MA, Institute for Byzantine and Modern Greek Studies, 1977.
- CHÉJOV, ANTON, «A Dreary Story», In *My Life and Other Stories*, traducido del ruso por Constance Garnett, Nueva York, Everyman's Library, 1992 [1889]. [Hay trad. cast.: *Una historia aburrida*, Barcelona, Alba Editorial, 2014.]
- CHURCHILL, WINSTON, *Never Give In! The Best of Winston Churchill's Speeches*, Nueva York, Hyperion, 2003. [Hay trad. cast.: *¡No nos rendiremos jamás!: los mejores discursos de Winston Churchill*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.]
- CLARK, BRUCE, *Twice a Stranger: The Mass Expulsions That Forged Modern Greece and Turkey*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009 [2006].
- CLARK, VICTORIA, *Why Angels Fall: A Journey Through Orthodox Europe from Byzantium to Kosovo*, Londres, Macmillan, 2000.
- CLOGG, RICHARD, *A Short History of Modern Greece*, Cambridge University Press, Nueva York, 1979. [Hay trad. cast.: *Historia de Grecia*, Madrid, Ediciones Akai, 2015.]
- COHEN, RACHEL, *Bernard Berenson: A Life in the Picture Trade*, New Haven, CT, Yale University Press, 2013.

- COLLINS, PAUL, *The Birth of the West: Rome, Germany, France, and the Creation of Europe in the Tenth Century*, Nueva York, PublicAffairs, 2013.
- CONQUEST, ROBERT, *The Abomination of Moab*, Londres, Maurice Temple Smith, 1979.
- CRIVELLI, RENZO S., *James Joyce: Triestine Itineraries*, Trieste, MGS Press, 1996.
- CROWLEY, ROGER, *City of Fortune: How Venice Ruled the Seas*, Nueva York, Random House, 2012 [2011]. [Hay trad. cast.: *Venecia: ciudad de fortuna. Auge y caída del imperio naval veneciano*, Barcelona, Ático de los Libros, 2019.]
- DANTE ALIGHIERI, *The Divine Comedy, vol. 1, Inferno*, traducción, introducción, notas y comentario de Mark Musa, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1971]. [Hay trad. cast.: *La Divina Comedia: Infierno*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.]
- , *The Divine Comedy, vol. 2, Purgatory*, traducción, introducción, notas y comentario de Mark Musa, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1981]. [Hay trad. cast.: *La Divina Comedia: Purgatorio*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.]
- , *The Divine Comedy, vol. 3, Paradise*, traducción, introducción, notas y comentario de Mark Musa, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1984]. [Hay trad. cast.: *La Divina Comedia: Paraíso*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.]
- DARWIN, JOHN, *After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2008.
- DAVIE, DONALD, *Ezra Pound: Poet as Sculptor*, Oxford, Oxford University Press, 1968 [1964].
- DAVIES, NORMAN, *Europe: A History*, Nueva York, Oxford University Press, 1996.
- DELIYANNIS, DEBORAH MAUSKOPF, *Ravenna in Late Antiquity*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010.
- DENHAM, H. M., *The Adriatic: A Sea-Guide to the Dalmatian Coast and Islands, Venice and Eastern Italy*, Londres, John Murray, 1967.
- DIRDA, MICHAEL, *Introduction to ABC of Reading*, por Ezra Pound, Nueva York, New Directions, 2010 [1934].
- DOBBS, MICHAEL, «Where Venice Once Ruled», *Smithsonian*, invierno 2015.

- DONATICH, JOHN, «Trieste Elegies», *The Atlantic*, junio 2002.
- DOSTOEVSKI, FIÓDOR, *Demons*, traducido del ruso por Richard Pevear y Larissa Volokhonsky, Nueva York, Vintage Classics, 1994 [1872]. [Hay trad. cast: *Los demonios*, Madrid, Alianza Editorial, 2021.]
- DREHER, ROD, *How Dante Can Save Your Life: The Life-Changing Wisdom of History's Greatest Poem*, Nueva York, Regan Arts, 2015.
- DUGGAN, CHRISTOPHER, *A Concise History of Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014. [Hay trad. cast.: *Historia de Italia*, Madrid, Ediciones Akai, 2016.]
- DURHAM, EDITH, *High Albania*, introducción de John Hodgson, Londres, Phoenix Press, 2000 [1909]. [Hay trad. cast.: *Las tierras altas de Albania*, Madrid, La Línea del Horizonte Ediciones, 2021.]
- DURRELL, LAWRENCE, *Bitter Lemons*, Londres, Faber and Faber, 1957. [Hay trad. cast.: *Limonos amargos*, Madrid, Edhasa, 1987.]
- , *Prospero's Cell: A Guide to the Landscape and Manners of the Island of Corfu*, Londres, Faber and Faber, 1945. [Hay trad. cast.: *La celda de Próspero: una guía del paisaje y las costumbres de la isla de Corfú*, Barcelona, Edhasa, 1988.]
- ELIOT, T. S., *Collected Poems, 1909-1962*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1991. [Hay trad. cast.: *Poesías reunidas, 1909-1962*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.]
- , *Dante*, Londres, Faber & Faber, 1929.
- ELLMANN, RICHARD, *James Joyce*, Nueva York, Oxford University Press, 1982 [1959]. [Hay trad. cast.: *James Joyce*, Madrid, Anagrama, 2002.]
- FINE, JOHN V. A., Jr., *When Ethnicity Did Not Matter in the Balkans: A Study of Identity in Pre-Nationalist Croatia, Dalmatia, and Slavonia in the Medieval and Early-Modern Periods*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006.
- FINLAY, VICTORIA, *Color: A Natural History of the Palette*, Nueva York, Ballantine, 2002. [Hay trad. cast.: *Colores*, Barcelona, Editorial Océano, 2005.]
- FISCHER, BERND J., *King Zog and the Struggle for Stability in Albania*, Tirana, Albanian Institute for International Studies, 2012 [1984].

- FLORY, WENDY, «Pound and Anti-Semitism», en *Cambridge Companion to Ezra Pound*, editado por Ira B. Nadel, Nueva York, Cambridge University Press, 1999.
- FOX, ROBERT, *The Inner Sea: The Mediterranean and Its People*, Nueva York, Knopf, 1993 [1991].
- FRANKOPAN, PETER, *The Silk Roads: A New History of the World*, Nueva York, Knopf, 2015. [Hay trad. cast.: *El corazón del mundo: una nueva historia universal*, Barcelona, Editorial Crítica, 2018.]
- FRAZER, JAMES GEORGE, *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*, Nueva York, Macmillan, 1922 [1890]. [Hay trad. cast.: *La rama dorada: magia y religión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2011.]
- GADDIS, JOHN LEWIS, *On Grand Strategy*, Nueva York, Penguin Press, 2018. [Hay trad. cast.: *Grandes estrategias*, Barcelona, Taurus, 2019.]
- GELLNER, ERNEST, *Nations and Nationalism*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1983. [Hay trad. cast.: *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.]
- GIBBON, EDWARD, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, vols. 4, 5 y 6, Nueva York, Everyman's Library, 1910 [1776-1788]. [Hay trad. cast.: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Barcelona, RBA, 2005.]
- GILMOUR, DAVID, *The Pursuit of Italy: A History of a Land, Its Regions, and Their Peoples*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2011.
- GOETHE, JOHANN WOLFGANG VON, *Italian Journey [1786-1788]*, traducido del alemán por W. H. Auden y Elizabeth Mayer, Nueva York, Penguin Books, 1962 y 1970 [1816]. [Hay trad. cast.: *Viaje a Italia*, Barcelona, Ediciones B, 2017.]
- GORRA, MICHAEL, *The Bells in Their Silence: Travels Through Germany*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2004.
- GRAVES, ROBERT, *The Greek Myths*, vol. 1, Nueva York, Penguin Books, 1955. [Hay trad. cast.: *Los mitos griegos*, Barcelona, Editorial Ariel, 2016.]
- GREENGRASS, MARK, *Christendom Destroyed: Europe 1517-1648*, Nueva York, Viking, 2014.
- GRESS, DAVID, *From Plato to NATO: The Idea of the West and Its Opponents*, Nueva York, The Free Press, 1998.

- GUNTHER, JOHN, *Behind the Iron Curtain*, Nueva York, Harper & Brothers, 1948.
- HALE, SHEILA, *Titian: His Life*, Londres, HarperPress, 2012.
- HAMILTON, EDITH, *Mythology*, Boston, Little, Brown and Company, 1942. [Hay trad. cast.: *Mitología: todos los relatos griegos, latinos y nórdicos*, Madrid, Turner Publicaciones, 2008.]
- HAMMER, LANGDON, *Hart Crane & Allen Tate: Janus-Faced Modernism*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1993.
- HAMMOND, NICHOLAS, «The Relations of Illyrian Albania with the Greeks and the Romans», en *Perspectives on Albania*, editado por Tom Winnifrith, Londres, Palgrave Macmillan, 1992.
- HARRIS, ROBIN, *Dubrovnik: A History*, Londres, Saqi Books, 2003.
- HAY, DENYS, *Europe: The Emergence of an Idea*, Nueva York, Harper & Row, 1966 [1957].
- HEGEL, GEORG WILHELM FRIEDRICH, *Philosophy of Right*, traducido por T. M. Knox, Oxford, Clarendon Press, 1942 y 1952 [1820]. [Hay trad. cast.:
—, *Fundamentos de la filosofía de derecho: o compendio de ciencia natural y ciencia política*, Madrid, Editorial Tecnos, 2017.]
- HERÓDOTO, *The History*, traducido por David Grene, Chicago, University of Chicago Press, 1987. [Hay trad. cast.: *Historia: Antología*, Madrid, Alianza Editorial, 2016.]
- HERRIN, JUDITH, *Ravenna: Capital of Empire, Crucible of Europe*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2020.
- HERZEN, ALEXANDER, *My Past and Thoughts*, traducido por Constance Garnett, Berkeley, University of California Press, 1973 [1968].
- HESÍODO, «Ode to Work», traducido por A. E. Stallings, *New Criterion*, abril 2015.
- HODGKIN, JOANNA, *Amateurs in Eden: The Story of a Bohemian Marriage; Nancy and Lawrence Durrell*, Londres, Virago Press, 2012.
- HOLLANDER, PAUL, *From Benito Mussolini to Hugo Chavez: Intellectuals and a Century of Political Hero Worship*, Cambridge, Cambridge University Press, 2016.
- HOLMES, GEORGE, *The Oxford History of Medieval Europe*, Nueva York, Oxford University Press, 1988.

- HORACIO, *Odes and Epodes*, editado y traducido por Niall Rudd, Cambridge, MA, Harvard University Press, Loeb Classical Library, 2004. [Hay trad. cast.: *Odas y epodos*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2020.]
- HUNTINGTON, SAMUEL P., *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996. [Hay trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2015.]
- HUNTINGTON, SAMUEL P., «If Not Civilizations, What?», *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre 1993.
- JACKSON, THOMAS GRAHAM, *Recollections: The Life and Travels of a Victorian Architect*, Londres, Unicorn Press, 2003 [1915].
- JAMES, HENRY, *The Aspern Papers and Other Tales*, editado y con introducción y notas de Michael Gorra, Nueva York, Penguin Books, 2014 [1888]. [Hay trad. cast.: *Los papeles de Aspern*, Barcelona, Alba Editorial, 2016.]
- , *The Wings of the Dove*, introducción de John Bayley, Nueva York, Penguin Books, 1986 [1902]. [Hay trad. cast.: *Las alas de la paloma*, Barcelona, Alba Editorial, 2016.]
- , *Henry James: Letters from the Palazzo Barbaro*, editado por Rosella Mamoli Zorzi, Londres, Pushkin Press, 1998. [Hay trad. cast.: *Cartas desde Venecia*, Madrid, Abada Editores, 2016.]
- JERVIS-WHITE-JERVIS, HENRY, *History of the Island of Corfu, and of the Republic of the Ionian Islands*, Londres, Colburn and Co., 2005 [1852].
- JOYCE, JAMES, *Dubliners*, Harmondsworth, Penguin Books, 1976 [1914]. [Hay trad. cast.: *Dublínenses*, Madrid, Punto de Lectura, 2021.]
- , *A Portrait of the Artist as a Young Man*, Nueva York, Viking, 1970 [1916]. [Hay trad. cast.: *Retrato del artista adolescente*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.]
- , *Ulysses*, Nueva York, Vintage, 1990 [1934]. [Hay trad. cast.: *Ulises*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2022.]
- JUDAH, TIM, *The Serbs: History, Myth and the Destruction of Yugoslavia*, New Haven, CT, Yale University Press, 2000 [1997].
- JUDT, TONY, *A Grand Illusion? An Essay on Europe*, Nueva York, New York University Press, 2011 [1996]. [Hay trad. cast.: *¿Una*

- gran ilusión?: un ensayo sobre Europa*, Barcelona, Taurus, 2013.]
- KADARÉ, ISMAIL, *The Concert*, Nueva York, William Morrow, 1994 [1988]. [Hay trad. cast.: *El concierto*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1992.]
- KADIA, BESART, «Can Albania Be Saved from Narco-Government?», Cap X. co, 5 de junio de 2017.
- KAGAN, ROBERT, *Of Paradise and Power: America and Europe in the New World Order*, Nueva York, Knopf, 2003.
- KAPLAN, ROBERT D., *Balkan Ghosts: A Journey Through History*, Nueva York, St. Martin's Press, 1993. [Hay trad. cast.: *Fantasma balcánicos: viaje a los orígenes del conflicto de Bosnia y Kosovo*, Barcelona, Ediciones B, 2005.]
- KAPLAN, ROBERT D., *Mediterranean Winter: The Pleasures of History and Landscape in Tunisia, Sicily, Dalmatia, and the Peloponnese*, Nueva York, Random House, 2004. [Hay trad. cast.: *Invierno Mediterráneo: un recorrido por Túnez, Sicilia, Dalmacia y Grecia*, Barcelona, Ediciones B, 2004.]
- , «A Globe-Trotting Celebration of Erudition», *Wall Street Journal*, 21 de febrero de 2015.
- KÁRMÁN, GÁBOR y LOVRO KUNČEVIĆ (eds.), *The European Tributary States of the Ottoman Empire in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Boston, Brill, 2013.
- KEATS, JOHN, *Keats: Poems*, selección de Peter Washington., Nueva York, Knopf, 1994. [Hay trad. cast.: *Poemas escogidos*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2019.]
- KENNER, HUGH, *The Poetry of Ezra Pound*, Lincoln, University of Nebraska Press, 1985. Publicado por primera vez en 1951 por Faber and Faber, Londres.
- KENT, NEIL, *Trieste: Adriatic Emporium and Gateway to the Heart of Europe*, Londres, Hurst, 2011.
- KHANNA, PARAG, *Connectography: Mapping the Future of Global Civilization*, Nueva York, Random House, 2016.
- KING, CHARLES, *Odessa: Genius and Death in a City of Dreams*, Nueva York, Norton, 2011.
- KNOX, PETER E. y J. C. MCKEOWN (eds.), *The Oxford Anthology of Roman Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 2013.
- KRASTEV, IVAN, *After Europe*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2017. [Hay trad. cast.: *Europa después de*

- Europa*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2019.]
- KUNDERA, MILAN, *The Unbearable Lightness of Being*, traducido del checo por Michael Henry Heim, Nueva York, Harper & Row, 1984. [Hay trad. cast.: *La insoportable levedad del ser*, Barcelona, Tusquets Editores, 2008.]
- LANE, FREDERIC C., *Venice: A Maritime Republic*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973.
- LEIGH FERMOR, PATRICK, *Mani: Travels in the Southern Peloponnese*, Londres, John Murray, 1958. [Hay trad. cast.: *Mani: viajes por el sur del Peloponeso*, Barcelona, Acantilado, 2012.]
- LEVICK, BARBARA, *Tiberius: The Politician*, Londres, Routledge, 1999 [1976].
- LEWIS, BERNARD, *What Went Wrong? The Clash Between Islam and Modernity in the Middle East*, Nueva York, Oxford University Press, 2002. [Hay trad. cast.: *¿Qué ha fallado? El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Madrid, Siglo XXI de España Editores, 2002.]
- LEWIS, DAVID LEVERING, *God's Crucible: Islam and the Making of Europe, 570-1215*, Nueva York, W. W. Norton, 2008.
- LOGORECI, ANTON, *The Albanians: Europe's Forgotten Survivors*, Londres, Victor Gollancz, 1977.
- LUTTWAK, EDWARD N., *The Grand Strategy of the Byzantine Empire*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009.
- MACLEAN, FITZROY, *Eastern Approaches*, Nueva York, Time-Life Books, 1964 [1949].
- MADIERI, MARISA, *Aqua Green: A Childhood in Istria*, traducido del italiano por Gareth Norbury, Múnich, Swiss Re, 2004 [1987]. [Hay trad. cast.: *Verde agua*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2012.]
- MAGRIS, CLAUDIO, *Blindly*, traducido del italiano por Anne Milano Appel, New Haven, CT, Yale University Press, 2008 [2006]. [Hay trad. cast.: *A ciegas*, Madrid, Editorial Anagrama, 2007.]
- , *Danube*, traducido del italiano por Patrick Creagh, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1989 [1986]. [Hay trad. cast.: *El Danubio*, Madrid, Anagrama, 2004.]

- , *Microcosms*, traducido del italiano por Iain Halliday, Londres, Harvill Press, 2000 [1997]. [Hay trad. cast.: *Microcosmos*, Madrid, Editorial Anagrama, 2014.]
- MALCOLM, NOEL, *Agents of Empire: Knights, Corsairs, Jesuits and Spies in the Sixteenth-Century Mediterranean World*, Nueva York, Oxford University Press, 2015. [Hay trad. cast.: *Agentes del Imperio: caballeros, corsarios, jesuitas y espías en el mundo mediterráneo del siglo XVI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.]
- MANENT, PIERRE, *Metamorphoses of the City: On the Western Dynamic*, traducido del francés por Cambridge, MA.
- MANN, THOMAS, *Death in Venice*, Nueva York, Knopf, 1963 [1912]. [Hay trad. cast.: *La muerte en Venecia*, Barcelona, Punto de Lectura, 2020.]
- MANSEL, PHILIP, *Levant: Splendour and Catastrophe on the Mediterranean*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010 y 2011.
- MAQUIAVELO, NICOLÁS, *History of Florence: And of the Affairs of Italy*, introducción de Hugo Albert Rennert, Seattle, CreateSpace Independent Publishing Platform, 2014 [1520-1525]. [Hay trad. cast.: *Historia de Florencia: la istorie Florentine*, Madrid, Tecnos, 2018.]
- , *The Prince*, Nueva York, Everyman's Library Classics, 1992 [1532]. [Hay trad. cast.: *El príncipe: De Principatibus*, Madrid, Tecnos, 2019.]
- MARTIN, BENJAMIN G., «“European Culture” Is an Invented Tradition», *Aeon*, marzo 2017.
- MARTIN, JOHN RUPERT, *Baroque*, Boulder, CO, Westview Press, 1977. [Hay trad. cast.: *Barroco*, Madrid, Xarait Libros, 1986.]
- MARUSIC, DAMIR, «Did Moscow Botch a Coup in Montenegro?», *American Interest*, 30 de octubre de 2016.
- MATVEJEVIĆ, PREDRAG, *Mediterranean: A Cultural Landscape*, traducido del croata por Michael Henry Heim, Berkeley, University of California Press, 1999 [1987].
- MAZOWER, MARK, *Salónica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Nueva York, Knopf, 2005.
- , *Governing the World: The History of an Idea, 1815 to the Present*, Nueva York, Penguin Press, 2012.

- MCCARTHY, MARY, *Venice Observed*, Nueva York, Penguin Books, 1972 [1956].
 [Hay trad. cast.: *Venecia Observada*, Barcelona, Ariel, 2008.]
- MCEVEDY, COLIN, *The New Penguin Atlas of Medieval History*, Londres, Penguin Books, 1961.
- MCNEILL, WILLIAM H., *The Rise of the West: A History of the Human Community*, Chicago, University of Chicago Press, 1963.
- MERRY, ROBERT, «Spengler's Ominous Prophecy», *National Interest*, enero/febrero 2013.
- MILTON, GILES, *Paradise Lost: Smyrna 1922; The Destruction of a Christian City in the Islamic World*, Nueva York, Basic Books, 2008.
- MILTON, JOHN, *Paradise Lost*, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1667]. [Hay trad. cast.: *El paraíso perdido*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.]
- MISSAC, PIERRE, *Walter Benjamin's Passages*, traducido por Shierry Weber Nicholzen, Cambridge, MA, MIT Press, 1995 [1987]. [Hay trad. cast.: *Walter Benjamin: de un siglo al otro*, Barcelona, Gedisa, 1988.]
- MOODY, A. DAVID, *Ezra Pound: Poet; A Portrait of the Man and His Work, vol. 1, The Young Genius, 1885-1920*, Nueva York, Oxford University Press, 2007.
- , *Ezra Pound: Poet; A Portrait of the Man and His Work, vol. 2, The Epic Years, 1921-1939*, Nueva York, Oxford University Press, 2014.
- MORRIS, IAN, *Why the West Rules-for Now: The Patterns of History, and What They Reveal About the Future*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2010. [Hay trad. cast.: *¿Porqué manda Occidente... por ahora?*, Barcelona, Ático de los Libros, 2018.]
- MORRIS, JAN, *The Venetian Empire: A Sea Voyage*, Nueva York, Penguin Books, 1990 [1980].
- , *The World of Venice*, con nuevo prólogo del autor, Nueva York, Harcourt, 1993 [1960 por James Morris], [Hay trad. cast.: *Venecia*, Barcelona, RBA, 2008.]
- , *Trieste and the Meaning of Nowhere*, Nueva York, Da Capo Press, 2001.
- MOYLE, FRANNY, *Turner: The Extraordinary Life & Momentous Times of J. M. W. Turner*, Nueva York, Penguin Press, 2016.

- MUSIL, ROBERT, *The Man Without Qualities*, vols. 1 y 2, traducido por Sophie Wilkins y Burton Pike, Nueva York, Vintage, 1995 y 1996 [1978]. [Hay trad. cast.: *El hombre sin atributos*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 2015.]
- NIGHTINGALE, STEVEN, *Granada: A Pomegranate in the Hand of Go*, Berkeley, CA, Counterpoint Press, 2015. [Hay trad. cast.: *Un jardín en Granada: la fruta prohibida de al Ándalus*, Córdoba, Editorial Almuzara, 2018.]
- NJEGOŠ, PETAR II PETROVIĆ, *The Mountain Wreath*, traducido y editado por Vasa D. Mihailovich, Irvine, CA, Charles Schlacks Jr., 1986.
- NORWICH, JOHN JULIUS, *A History of Venice*, Nueva York, Knopf, 1982 [1977 y 1981]. [Hay trad. cast.: *Historia de Venecia*, Barcelona, Ático de los Libros, 2021.]
- , *Byzantium: The Early Centuries*, Nueva York, Knopf, 1989. [Hay trad. cast.: *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000.]
- OAKLEY, FRANCIS, *Empty Bottles of Gentilism: Kingship and the Divine in Late Antiquity and the Early Middle Ages (to 1050). The Emergence of Western Political Thought in the Latin Middle Ages*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010.
- , *The Mortgage of the Past: Reshaping the Ancient Political Inheritance (1050-1300). The Emergence of Western Political Thought in the Latin Middle Ages*, New Haven, CT, Yale University Press, 2012.
- , *The Watershed of Modern Politics: Law, Virtue, Kingship, and Consent (1300-1650). The Emergence of Western Political Thought in the Latin Middle Ages*, New Haven, CT, Yale University Press, 2015.
- ORMSBY, ERIC, «Pound's Confucian Confusions», *New Criterion*, febrero 2016.
- ORTEGA Y GASSET, JOSÉ, *The Revolt of the Masses*, traducido del español por Anthony Kerrigan, prólogo de Saul Bellow, Notre Dame, IN, University of Notre Dame Press, 1985 [1932]. [La *rebelión de las masas y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.]
- , *Man and Crisis*, traducido del español por Mildred Adams, Nueva York, Norton, 1962 [1942 y 1958].

- OSTROGORSKY, GEORGE, *History of the Byzantine State*, traducido del alemán por Joan Hussey, Oxford, Basil Blackwell, 1956.
- PAHOR, BORIS, *Necropolis*, traducido del esloveno por Michael Biggins, Champaign, IL, Dalkey Archive Press, 2010 [1967]. [Hay trad. cast.: *Necrópolis*, Madrid, Editorial Anagrama, 2010.]
- PATER, WALTER, *Marius the Epicurean: His Sensations and Ideas*, Nueva York, Cosimo Classics, reimpresión 2005. Primera edición 1885 por Jonathan Cape, Loncres. [Hay trad. cast.: *Mario el Epicúreo*, Madrid, Valdemar, 2006.]
- PIRENNE, HENRI, *Mohammed & Charlemagne*, traducido del francés por Bernard Miall, Mineola, NY, Dover Publications, 2001 [1937 y 1954]. [Hay trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.]
- PLUTARCO, *Plutarch's Lives*, vol. 2, traducido por John Dryden, editado y revisado por Arthur Hugh Clough, Nueva York, Modern Library, 1992 [1683-86, 1864].
- POLO, MARCO, *The Travels of Marco Polo: The Complete Yule-Cordier Edition*, vols. 1 y 2, Nueva York, Dover Publications, 1993 [1903]. [Hay trad. cast.: *Libro de las Maravillas: los viajes de Marco Polo*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.]
- POUND, EZRA, «In a Station of the Metro», *Poetry*, abril 1913.
- , *The Cantos of Ezra Pound*, Nueva York, New Directions, 1993 [1934]. [Hay trad. cast.: *Cantos*, Madrid, Editorial Sexto Piso, 2018.]
- , *Selected Cantos of Ezra Pound*, Nueva York, New Directions, 1970.
- , *Guide to Kulchur*, New Directions, Nueva York, 1970.
- PRAGA, GIUSEPPE, *History of Dalmatia*, traducido del italiano por Edward Steinberg, Pisa, Giardini, 1993 [1954].
- PROCO PIO, *History of the Wars: Books V-VI.15, Books VI.16-VII.35, Books VI 1.36-VIII*, traducido por H. B. Dewing, Cambridge, MA, Harvard University Press, Loeb Classical Library, 1919, 1924 y 1928. [Hay trad. cast.: *Historia de las guerras*, Madrid, Cremos.]
- QUIGLEY, CARROLL, *The Evolution of Civilizations: An Introduction to Historical Analysis*, Indianápolis, Liberty Fund, 1979 [1961].

- RALEY, HAROLD C., *José Ortega y Gasset: Philosopher of European Unity*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1971. [Hay trad. cast.: *José Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*, Madrid, Revista de Occidente, 1977.]
- REILL, DOMINIQUE KIRCHNER, *Nationalists Who Feared the Nation: Adriatic Multi-Nationalism in Habsburg Dalmatia, Trieste, and Venice*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2012.
- RICE, EDWARD, *Captain Sir Richard Francis Burton: The Secret Agent Who Made the Pilgrimage to Mecca, Discovered the Kama Sutra, and Brought the Arabian Nights to the West*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1990. [Hay trad. cast.: *El capitán Richard Francis Burton*, Madrid, Siruela, 2009.]
- RILKE, RAINER MARIA, *The Notebooks of Malte Laurids Brigge*, traducido del alemán, edición e introducción de Michael Hulse, Nueva York, Penguin Books, 2009 [1910]. [Hay trad. cast.: *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, Barcelona, Alba Editorial, 2016.]
- , *Duino Elegies and The Sonnets to Orpheus*, editado y traducido del alemán por Stephen Mitchell, Nueva York, Vintage International, 1982 [1923]. [Hay trad. cast.: *Elegías de Duino: los sonetos de Orfeo*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2020.]
- ROBERTS, ANDREW, *Napoleon: A Life*, Nueva York, Viking, 2014. [Hay trad. cast.: *Napoleón: una vida*, Madrid, Ediciones Palabra, 2016.]
- RODOGNO, DAVIDE, *Fascism's European Empire: Italian Occupation During the Second World War*, traducido del italiano por Adrian Belton, Nueva York, Cambridge University Press, 2006 [2003].
- ROSAND, DAVID, *Myths of Venice: The Figuration of a State*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001.
- ROTH, JOSEPH, *Hotel Savoy*, traducido del alemán por John Hoare, Londres, Pan Books, 1988 [1924]. [Hay trad. cast.: *Hotel Savoy*, Barcelona, Acantilado, 2020.]
- , *The Radetzky March*, traducido del alemán por Eva Tucker a partir de una traducción previa de Geoffrey Dunlop, Nueva York, Penguin Books, 1984 [1932]. [Hay trad. cast.: *La marcha Radetzky*, Madrid, Alianza Editorial, 2020.]

- ROTHMAN, E. NATALIE, *Brokering Empire: Trans-Imperial Subjects Between Venice and Istanbul*, Ithaca NY, Cornell University Press, 2012.
- RUMIZ, PAOLO, *The Fault Line: Traveling the Other Europe from Finland to Ukraine*, traducido del italiano por Gregory Conti, Nueva York, Rizzoli Ex Libris, 2015 [2012].
- RUNCIMAN, STEVEN, *Mistra: Byzantine Capital of the Peloponnese*, Londres, Thames and Hudson, 1980.
- RUSKIN, JOHN, *The Stones of Venice*, editado y reducido por J. G. Links, Nueva York, Da Capo Press, 1960 [1853]. [Hay trad. cast.: *Las piedras de Venecia*, Barcelona, Editorial Iberia, 1961.]
- SAID, EDWARD W., *Orientalism*, Nueva York, Pantheon, 1978. [Hay trad. cast.: *Orientalismo*, Barcelona, Editorial Debate, 2016.]
- SAVIC, DOMEN, «Slovenia's Prime Minister Is a Far-Right Conspiracy Theorist and Twitter Addict Who Won't Admit Trump Lost», *Foreign Policy*, 11 de noviembre de 2020.
- SCOTT, EMMET, *Mohammed & Charlemagne Revisited: The History of a Controversy*, Londres, New English Review Press, 2012.
- SEELYE, CATHERINE (ed.), *Charles Olson and Ezra Pound*, Nueva York, Grossman, 1975.
- SEFERIS, YORGOS, *Collected Poems (1924-1955)*, traducción, edición e introducción de Edmund Keeley y Philip Sherrard, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1967. [Hay trad. cast.: *Seferis: poesía completa*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.]
- SEGALEN, VICTOR, *Essay on Exoticism: An Aesthetics of Diversity*, traducido y editado por Yael Rachel Schlick, prólogo de Harry Harootunian, Durham, NC, Duke University Press, 2002 [1918]. [Hay trad. cast.: *Ensayo sobre el exotismo: una estética de lo diverso*, Madrid, La Línea del Horizonte Ediciones, 2017.]
- SHAW, PRUE, *Reading Dante: From Here to Eternity*, Nueva York, Liveright, 2014.
- SHERRARD, PHILIP, *The Marble Threshing Floor: Studies in Modern Greek Poetry*, Umni, Denise Harvey, 1981 [1956].
- , *The Greek East and the Latin West: A Study in the Christian Tradition*, Limni, Denise Harvey, 1959.
- , *The Wound of Greece: Studies in Neo-Hellenism*, Nueva York, St. Martin's, 1979. Publicado por primera vez en 1978 por Rex

- Collings, Londres.
- SHORE, MARCI, *The Ukrainian Night: An Intimate History of Revolution*, New Haven, CT, Yale University Press, 2017.
- SIMIC, CHARLES, «Working for the Dictionary», *New York Review of Books*, 19 de octubre de 2000.
- SMITH, ANTHONY D., *National Identity*, Reno, NV, University of Nevada Press, 1993. Editado por primera vez en 1991 por Penguin, Londres. [Hay trad. cast: *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial, 1997.]
- SMITH, STEPHEN, *The Scramble for Europe: Young Africa on Its Way to the Old Continent*, Cambridge, Polity, 2019. [Hay trad. cast.: *La huida hacia Europa: la joven África en marcha hacia el Viejo Continente*, Barcelona, Arpa Editores, 2019.]
- SNYDER, TIMOTHY, *The Red Prince: The Secret Lives of a Habsburg Archduke*, Nueva York, Basic Books, 2008. [Hay trad. cast.: *El príncipe rojo: las vidas secretas de un archiduque de Habsburgo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.]
- , «Mapping Eastern Europe», presentación en el Foro Económico Mundial, Davos, Suiza, 25 de enero de 2018.
- SOLZHENITSYN, ALEKSANDR, *November 1916: The Red Wheel / Knot II*, traducido del ruso por H. T. Willetts, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1999 [1984].
- SOUTHERN, R. W., *The Making of the Middle Ages*, New Haven, CT, Yale University Press, 1953. [Hay trad. cast.: *La formación de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1984.]
- SPENCER, ELSA M., *Good-bye, Trieste*, autoedición, Xlibris, 2008.
- SPENGLER, OSWALD, *The Decline of the West*, traducido del alemán por Charles Francis Atkinson y reducido por Helmut Werner, Nueva York, Knopf, 1961 [1918 y 1922]. [Hay trad. cast.: *La decadencia de Occidente*, Barcelona, RBA Coleccionables, 2005.]
- STARK, FREYA, *The Southern Gates of Arabia: A Journey in the Hadhramaut*, Nueva York, Modern Library, 2001 [1936].
- STARR, S. FREDERICK y SVANTE E. CORNELL (eds.), *Putin's Grand Strategy: The Eurasian Union and Its Discontents*, Central Asia-Caucasus Institute & Silk Road Studies Program of the Johns Hopkins University-SAIS, 2014.

- STOKES, ADRIAN, *Stones of Rimini*, Nueva York, Schocken Books, 1969 [1934].
- SVEVO, ITALO, *Confessions of Zeno*, traducido del italiano por Beryl de Zoete, Nueva York, Knopf, 1930 [1923]. [Hay trad. cast.: *La conciencia de Zeno*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2011.]
- TANNER, MARCUS, *Croatia: A Nation Forged in War*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010 [1997].
- TANNER, TONY, *Venice Desired*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992.
- TAYLOR, A. J. P., *The Struggle for Mastery in Europe: 1848-1918*, Oxford, Oxford University Press, 1954.
- TERRELL, CARROLL F., *A Companion to the Cantos of Ezra Pound*, Berkeley, University of California Press, 1980.
- THEROUX, PAUL, *The Pillars of Hercules: A Grand Tour of the Mediterranean*, Nueva York, Ballantine Books, 1995. [Hay trad. cast.: *Las columnas de Hércules*, Madrid, Punto de Lectura, 2010.]
- THOMPSON, MARK, *The White War: Life and Death on the Italian Front, 1915-1919*, Nueva York, Basic Books, 2009 [2008].
- TIERNEY, BRIAN, *Religion, Law, and the Growth of Constitutional Thought, 1150-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982.
- TRACY, JAMES D., *Balkan Wars: Habsburg Croatia, Ottoman Bosnia, and Venetian Dalmatia, 1499-1617*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 2016.
- TUCÍDIDES, *The Peloponnesian War*, traducido por Thomas Hobbes, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1959 [1629]. [Hay trad. cast.: *La guerra del Peloponeso*, Barcelona, RBA Coleccionables, 2007.]
- UNAMUNO, MIGUEL DE, *Tragic Sense of Life*, traducido del español por J. E. Crawford Fritch, Nueva York, SophiaOmni, 2014 [1912]. [Del sentimiento trágico de la vida, Madrid, Alianza Editorial, 2018.]
- VALERY, PAUL, «The Crisis of the Mind», *Athenaeum*, abril y mayo 1919.
- VALIANI, LEO, *The End of Austria-Hungary*, Nueva York, Knopf, 1973 [1966].

- VICKERS, MIRANDA, *The Albanians: A Modern History*, Nueva York, I. B. Tauris, 2014 [1995].
- VOINOVITCH, conde Luis, *Dalmatia and the Yugoslav Movement*, con prefacio de sir Arthur Evans, Londres, George Allen & Unwin, 1920 [1917].
- WARE, TIMOTHY, *The Orthodox Church*, Middlesex, Penguin Books, 1975 [1963].
- WEICKGENANT, JOEL, «The New NATO Outpost in the Adriatic», *RealClearWorld*, 7 de septiembre de 2016.
- WEST, REBECCA, *Black Lamb and Grey Falcon*, Nueva York, Papermac, 1983 [1941]. [Hay trad. cast.: *Cordero negro, halcón gris: un viaje al interior de Yugoslavia*, Barcelona, Ediciones B, 2001.]
- WICKHAM, CHRIS, *Early Medieval Italy: Central Power and Local Society, 400-1000*, Londres, Macmillan, 1981.
- WILSON, EDMUND, *Axel's Castle: A Study of the Imaginative Literature of 1870-1930*, introducción de Hugh Kenner, Nueva York, Modern Library, 1996 [1931, 1991]. [Hay trad. cast.: *El Castillo de Axel*, Barcelona, Ediciones Versal, 1989.]
- WOLFF, LARRY, *Venice and the Slavs: The Discovery of Dalmatia in the Age of Enlightenment*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2001.
- WOOD, L. TODD, «Haven't We Had Enough in Montenegro?», *Washington Times*, 14 de diciembre de 2017.
- WOODHOUSE, C. M., *George Gemistos Plethon: The Last of the Hellenes*, Nueva York, Oxford University Press, 1986.
- WOODWARD, ANTHONY, *Ezra Pound and the Pisan Cantos*, Londres, Routledge, 1980.
- YEATS, WILLIAM BUTLER, «Sailing to Byzantium», 1926.
- ZAVALANI, TAJAR, *History of Albania*, editado por Robert Elsie y Bejtullah Destani, Londres, Centre for Albanian Studies, 2015 [1961-1963].
- ZIELONKA, JAN, *Is the Ell Doomed?*, Cambridge, Polity Press, 2014.
- ŽITKO, SALVATOR, *et al.*, *Koper: The Town and Its Heritage*, Koper, Libris, 2011.
- ZLATAR, ZDENKO, *Our Kingdom Come: The Counter-Reformation, the Republic of Dubrovnik, and the Liberation of the*

Balkan Slavs, Boulder, CO, East European Monographs, 1992.



ROBERT D. KAPLAN (Nueva York, 1952) es periodista, analista geopolítico, viajero y escritor. Redactor y colaborador habitual en prensa especializada y otros medios, ha trabajado como corresponsal en diversos países durante más de dos décadas, ha sido profesor de Seguridad Nacional en la Academia Naval de Annapolis y miembro del consejo asesor del Departamento de Defensa estadounidense. Gracias a sus ensayos sobre relaciones internacionales y el poder en Estados Unidos, la revista *Foreign Policy* lo ha incluido en la lista de los «Top 100 Global Thinkers» en dos ocasiones. Entre sus obras destacan *Fantasma balcánico*, *La anarquía que viene* y *El retorno de la antigüedad*, así como su fundamental *La venganza de la geografía*.

Notas

[1] Jorge Luis Borges, «La busca de Averroes», *El Aleph*, Barcelona, Editorial Lumen, 2019. <<

[1] Philip Sherrard, *The Greek East and the Latin West: A Study in the Christian Tradition*, Limni, Grecia, Denise Harvey, 1959, p. 119. Steven Runciman, *Mistra: Byzantine Capital of the Peloponnese*, Londres, Thames and Hudson, 1980, p. 111. <<

[2] Robert D. Kaplan, *Mediterranean Winter: The Pleasures of History and Landscape in Tunisia, Sicily, Dalmatia, and the Peloponnese*, Nueva York, Random House, 2004, pp. 210, 213, 217-19 y 232. [Hay trad. cast.: *Invierno Mediterráneo: un recorrido por Túnez, Sicilia, Dalmacia y Grecia*, Barcelona, Ediciones B, 2004.] <<

[3] Frederic C. Lane, *Venice: A Maritime Republic*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973, pp. 231-32. A. David Moody, *Ezra Pound: Poet; A Portrait of the Man and His Work*, vol. 2, *The Epic Years 1921-1939*, Nueva York, Oxford University Press, 2014, p. 42 (parte del cual parafraseo en mi texto). <<

[4] Hugh Kenner, *The Poetry of Ezra Pound*, Londres, Faber and Faber, 1951, p. 318 (edición de University of Nebraska Press 1985). Humphrey Carpenter, *A Serious Character: The Life of Ezra Pound*, Boston, Houghton Mifflin, 1988, pp. 418-20. Bernard Berenson, «The Venetian Painters of the Renaissance», 1894, en *Italian Painters of the Renaissance*, vol. 1, *Venetian and North Italian Schools*, y vol. 2, *Florentine and Central Italian Schools*, Londres, Phaidon (Prefacio, 1952), 1968. Moody, *Ezra Pound: Poet*, pp. 42 y 44. Donald Davie, *Ezra Pound: Poet as Sculptor*, Oxford, Oxford University Press, 1968 [1964], pp. 85 y 126. <<

[5] Carpenter, *A Serious Character*, pp. 418, 420, 225-26, 258-59 y 318. Charles Boer, *Charles Olson in Connecticut*, Rocky Mount, North Carolina Wesleyan College Press, 1975, p. 78. Davie, *Ezra Pound*, pp. 130-31. <<

[6] Ezra Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, Nueva York, New Directions, 1993 [1934, etc.], pp. 34-35. [Hay trad. cast.: *Cantos*, Madrid, Editorial Sexto Piso, 2018.] <<

[7] Ronald L. Bush, *The Genesis of Ezra Pound's Cantos*, Princeton, Princeton University Press, 1989 [1977], pp. 247-48. <<

[8] Kenner, *The Poetry of Ezra Pound*, p. 7. <<

[9] Carpenter, *A Serious Character*, p. 163. <<

[10] Carpenter, *A Serious Character*, p. 347. <<

[11] Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, p. 260. <<

[12] Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, pp. 229-30. <<

[13] Carroll F. Terrell, *A Companion to the Cantos of Ezra Pound*, Berkeley, University of California Press, 1980, p. 178. Carpenter, *A Serious Character*, pp. 89, 570 y 913. Kenner, *The Poetry of Ezra Pound*, p. 13. <<

[14] Carpenter, p. 14. Langdon Hammer, *Hart Crane & Allen Tate: Janus-Faced Modernism*, Princeton, Princeton University Press, 1993, p. 14. <<

[15] Edmund Wilson, *Axel's Castle: A Study of the Imaginative Literature of 1870-1930*, introducción de Hugh Kenner, Nueva York, Modern Library, 1996 [1931, 1991], pp. XX-xxii y 126. [Hay trad. cast.: *El Castillo de Axel*, Barcelona, Ediciones Versal, 1989.] <<

[16] Catherine Seelye (ed.), *Charles Olson and Ezra Pound*, Nueva York, Grossman, 1975. Carta de febrero de 1948. <<

[17] Wilson, *Axel's Castle*, pp. 25-28. <<

[18] Ezra Pound, *Selected Cantos of Ezra Pound*, Nueva York, New Directions, 1970, pp. 3-5. <<

[19] Robert Conquest, *The Abomination of Moab*, Londres, Maurice Temple Smith, 1979, p. 249. <<

[20] Bush, *The Genesis of Ezra Pound's Cantos*, p. 129. <<

[21] Conquest, *The Abomination of Moab*, p. 254. <<

[22] Pierre Missac, *Walter Benjamin's Passages*, trad. Shierry Weber Nicholsen, Cambridge MA, MIT Press, 1995 [1987], p. 61. [Hay trad. cast.: *Walter Benjamin: de un siglo al otro*, Barcelona, Gedisa, 1988.] <<

[23] Adrian Stokes, *Stones of Rimini*, Nueva York, Schocken Books, 1969 [1934], pp. 15, 48, 77, 89-90, 97, 105 y 149. <<

[²⁴] José Ortega y Gasset, *The Revolt of the Masses*, trad. Anthony Kerrigan, Notre Dame IN, University of Notre Dame Press, 1985 [1932], p. x. [*La rebelión de las masas y otros ensayos*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.] <<

[25] Denys Hay, *Europe: The Emergence of an Idea*, Nueva York, Harper & Row, 1966 [1957], pp. viii, 25-26, 29, 85, 87 y 110-11. <<

[26] Hay, *Europe*, pp. 100-102, 115-16, 122-23 y 125. <<

[27] Hay, *Europe*, p. 125. <<

[28] Henri Pirenne, *Mohammed & Charlemagne*, trad. Bernard Miall, Mineola, NY, Dover Publications, 2001 [1937 y 1954], pp. 17, 62-63, 143, 152-53, 183-84, 234 y 275. [Hay trad. cast.: *Mahoma y Carlomagno*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.] <<

[29] Stokes, *Stones of Rimini*, p. 172. <<

[t1] El libro de Stokes está repleto del espíritu de Pound tanto en cuanto a estilo como a temática. Donald Davie, *Ezra Pound: Poet as Sculptor*, Oxford, Oxford University Press, 1968 [1964], pp. 127-131 y 155-156. <<

[t2] Algunos cronistas opinan que lo único que salvó a Europa de los otomanos fue la amenaza de Persia contra el Imperio otomano. Bernard Lewis, *What Went Wrong? The Clash Between Islam and Modernity in the Middle East*, Nueva York, Oxford University Press, 2002, p. 9. [Hay trad. cast.: *¿Qué ha fallado?: El impacto de Occidente y la respuesta de Oriente Próximo*, Siglo XXI de España Editores, 2002.] <<

[t3] El Grand Hotel es el escenario de algunas escenas de *Amarcord*, la obra maestra de Fellini. <<

[1] Elias Canetti, *Crowds and Power*, trad. Carol Stewart, Nueva York, Penguin Books, 1973 [1960], pp. 199 y 202. [Hay trad. cast.: *Masa y poder*, Madrid, Alianza Editorial, 2012.] <<

[2] Albert Camus, *The Outsider*, trad. Joseph Laredo, Nueva York, Everyman's Library, 1998 [1942], p.73. [Hay trad. cast.: *El extranjero*, Barcelona, Penguin Random House, 2021]. <<

[3] Pirene, *Mohammed & Charlemagne*, p. 120. <<

[4] Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 4, Nueva York, Everyman's Library, 1910 [1776-1788], p.160. [Hay trad. cast.: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Barcelona, RBA, 2005.] <<

[5] Anton Chéjov, «A Dreary Story», en *My Life and Other Stories*, trad. Constance Garnett, Nueva York, Everyman's Library, 1992 [1889]. [Hay trad. cast.: *Una historia aburrida*, Barcelona, Alba Editorial, 2014.] <<

[6] Miguel de Unamuno, *Tragic Sense of Life*, trad. J. E. Crawford Fritch, Nueva York, SophiaOmni, 2014 [1912], pp. 163 y 216. *VDel sentimiento trágico de la vida*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.] <<

[7] T. S. Eliot, *Collected Poems, 1909-1962*, Nueva York, Harcourt Brace Jovanovich, 1991, p. 40 (traducido en un blog online por Seamus Geary, 21 de noviembre de 2009) [Hay trad. cast.: *Poesías reunidas, 1909-1962*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.] Wilson, *Axe Vs Castle*, p. 115. <<

[8] Jorge Luis Borges, «Story of the Warrior and the Captive Maiden», en *Collected Fictions*, trad. Andrew Hurley, Nueva York, Penguin Books, 1998 [1949], pp. 208-11. [«Historia del guerrero y de la cautiva», en *El Aleph*, Barcelona, Editorial Lumen, 2019.] <<

[9] John Julius Norwich, *Byzantium: The Early Centuries*, Nueva York, Knopf, 1989, p. 144. [Hay trad. cast.: *Breve historia de Bizancio*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2000.] <<

[10] Peter E. Knox y J. C. McKeown (eds.), *The Oxford Anthology of Roman Literature*, Nueva York, Oxford University Press, 2013, p. ix. <<

[¹¹] Peter Brown, *The World of Late Antiquity: AD 150-750*, Londres, Thames and Hudson, 1971, p. 24. [Hay trad. cast.: *El mundo de la Antigüedad tardía: de Marco Aurelio a Mahoma*, Barcelona, Taurus, 1991.] <<

[12] R. W. Southern, *The Making of the Middle Ages*, New Haven, CT, Yale University Press, 1953, pp. 12-13. [Hay trad. cast.: *La formación de la Edad Media*, Madrid, Alianza Editorial, 1984]. Robert D. Kaplan, «Augustine's World: What Late Antiquity Says About the 21st Century and the Syrian Crisis», *Foreign Policy*, diciembre de 2013. <<

[13] Colin McEvedy, *The New Penguin Atlas of Medieval History*, Londres, Penguin Books, 1961, p. 9. <<

[14] La imagen aparece en la portada de *Late Antiquity*, de Peter Brown. <<

[15] Procopio de Cesárea, *History of the Wars*, libro V, ix, 18-25. [Hay trad. cast.: *Historia de las guerras*, Madrid, Cremos.] <<

[16] Procopio, libro VI, xviii, 11-19. <<

[17] Procopio, libro VI, xxix, 32-37. <<

[18] Casiodoro, *Variae*, II, 27. Deborah Mauskopf Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, Nueva York, Cambridge University Press, 2010, p. 142. John Julius Norwich, *A History of Venice*, Nueva York, Knopf, 1982 [1977 y 1981], p. 7. [Hay trad. cast.: *Historia de Venecia*, Barcelona, Ático de los Libros, 2021.] <<

[19] Procopio, libro V, pp. i, 28-35. <<

[20] Norwich, *Byzantium*, p. 180. <<

[21] Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 4, pp. 128 y 139.

<<

[22] Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, p. 187. <<

[23] John Darwin, *After Tamerlane: The Rise and Fall of Global Empires, 1400-2000*, Nueva York, Bloomsbury Press, 2008, p. 29. <<

[24] George Holmes, *The Oxford History of Medieval Europe*, Nueva York, Oxford University Press, 1988, p. 44. <<

[25] Brown, *The World of Late Antiquity*, p. 103. <<

[26] Bernard Berenson, *Aesthetics and History*, Garden City, NY, Doubleday, 1954 [1948], pp. 68, 93, 201 y 263-264. Bernard Berenson, *Italian Painters of the Renaissance*, vol. 1, *Venetian and North Italian Schools*, y vol. 2, *Florentine and Central Italian Schools*, Londres, Phaidon (Prefacio 1952), 1968. <<

[27] Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, pp. 227, 230, 232. <<

[28] Milan Kundera, *The Unbearable Lightness of Being*, trad. Michael Henry Heim, Nueva York, Harper & Row, 1984, p. 101. [Hay trad. cast.: *La insoportable levedad del ser*, Barcelona, Tusquets Editores, 2008.] <<

[29] Deliyannis, *Ravenna in Late Antiquity*, p. 263. <<

[30] David Gilmour, *The Pursuit of Italy: A History of a Land, Its Regions, and Their Peoples*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2011, pp. 11 y 53.
<<

[31] Hugh Trevor-Roper, introducción a los volúmenes 4-6 de Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, Nueva York, Everyman's Library, 1994. <<

[32] Dante Alighieri, *The Divine Comedy, vol. 1, Inferno*, trad. Mark Musa, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1971], Canto I, 1-9. [Hay trad. cast.: *La Divina Comedia: Infierno*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.] <<

[33] Dante, *Inferno*, Canto XX, 3. <<

[34] Dante, *Inferno*, Canto XXXIX, 139. <<

[35] Jacob Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, Nueva York, Modern Library, 1995 [1860], p. 149. [Hay trad. cast.: *La cultura del Renacimiento en Italia*, Madrid, Ediciones Akai, 2017.] <<

[36] Walter Pater, *Marius the Epicurean: His Sensations and Ideas*, Londres, Jonathan Cape, 1885; Nueva York, Cosimo Classics, 2005, p. 294. [Hay trad. cast.: *Mario el Epicúreo*, Madrid, Valdemar, 2006.] <<

[³⁷] T. S. Eliot, *Dante*, Londres, Faber & Faber, 1929, p. 12. Richard Ellmann, *James Joyce*, Nueva York, Oxford University Press, 1982 [1959], p. 218. [Hay trad. cast.: *James Joyce*, Madrid, Anagrama, 2002.] <<

[38] Dante, *Inferno*, Canto VI, 100-101; Canto IX, 31; Canto XXIX, 1; y Canto XXXII, 36. <<

[39] Dante Alighieri, *The Divine Comedy, vol. 2, Purgatory*, trad. Mark Musa, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1981], Canto I, 1-6. [Hay trad. cast.: *La Divina Comedia: Purgatorio*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.] <<

[40] Dante, *Purgatory*, Canto III, 77-78 y Canto IV, 53-54. <<

[41] Dante, *Purgatory*, Canto V, 13-15. <<

[42] Dante, *Purgatory*, Canto XVI, 82-83 y Canto XXVI, 118-23. <<

[43] Dante Alighieri, *The Divine Comedy*, vol. 3, *Paradise*, trad. Mark Musa, Nueva York, Penguin Books, 2003 [1984], Canto I, 13-15. [Hay trad. cast.: *La Divina Comedia: Paraíso*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.] <<

[44] Dante, *Paradise*, Canto II, 7-9. <<

[45] Dante, *Paradise*, Canto X, 7-12 y Canto XXXIII, 91-96. <<

[t1] Todo esto son, por fuerza, generalizaciones. Por ejemplo, a pesar de la conquista árabe del norte de África, los lazos comerciales entre cristianos, musulmanes y judíos siguieron existiendo. <<

[t2] La frase y las fechas fueron acuñadas por Peter Brown. <<

[t3] El avance musulmán no eliminó por completo el cristianismo del norte de África; siguieron existiendo pequeños grupos, destacando entre ellos la comunidad copta en el valle del Nilo. <<

[⁴] Judith Herrin, profesora emérita del King's College de Londres, escribe que los mosaicos de San Vital y sus descripciones de la realeza «desempeñaron un papel moldeador en la imaginación del poder desde entonces». *Ravenna: Capital of Empire, Crucible of Europe*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2020, p. 167. <<

[1] Francis Oakley, *Empty Bottles of Gentilism: Kingship and the Divine in Late Antiquity and the Early Middle Ages (to 1050)*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010, pp. 34 y 39. <<

[2] Oakley, *Empty Bottles of Gentilism*, pp. 58-59 y 128. <<

[3] Oakley, *Empty Bottles of Gentilism*, pp. 172, 188 y 198. <<

[4] Francis Oakley, *The Mortgage of the Past: Reshaping the Ancient Political Inheritance (1050-1300)*, New Haven, CT, Yale University Press, 2012, pp. 26 y 89-90. Brian Tierney, *Religion, Law, and the Growth of Constitutional Thought, 1150-1650*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982, pp. 14-16. <<

[5] Francis Oakley, *The Watershed of Modern Politics: Law, Virtue, Kingship, and Consent (1300-1650)*, New Haven, CT, Yale University Press, 2015, pp. 4-5, 50 y 286. Albert Camus, *The Rebel: An Essay on Man in Revolt*, trad. Anthony Bower, Nueva York, Vintage, 1991 [1956], p. 120. [Hay trad. cast.: *El hombre rebelde*, Barcelona, Random House, 2022.] <<

[6] Thomas Mann, *Death in Venice*, Nueva York, Knopf, 1963 [1912], pp. 29 y 53-54. [Hay trad. cast.: *La muerte en Venecia*, Barcelona, Punto de Lectura, 2020.] <<

[7] Jan Morris, *The World of Venice*, Nueva York, Harcourt, 1993 [1960 por James Morris], pp. 22 y 50-51. [Hay trad. cast.: *Venecia*, Barcelona, RBA, 2008.] <<

[8] Jan Morris, *The Venetian Empire: A Sea Voyage*, Nueva York, Penguin Books, 1990 [1980], p. 2. <<

[9] Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, p. 51. <<

[10] Sheila Hale, *Titian: His Life*, Londres, HarperPress, 2012, p. 52. <<

[11] Rachel Cohen, *Bernard Berenson: A Life in the Picture Trade*, New Haven, CT, Yale University Press, 2013, p. 67. <<

[12] John Ruskin, *The Stones of Venice*, Nueva York, Da Capo Press, 1960 [1853], pp. 164 y 173. *Las piedras de Venecia*, Barcelona, Editorial Iberia, 1961.] <<

[13] Tony Tanner, *Venice Desired*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992, p. 80. <<

[¹⁴] Henry James, *The Wings of the Dove*, Nueva York, Penguin Books, 1986 [1902], pp. 404 y 416. [Hay trad. cast.: *Las alas de la paloma*, Alba Editorial, Barcelona, 2016.] Henry James, *Henry James: Letters from the Palazzo Barbaro*, ed. Rosella Mamoli Zorzi, Londres, Pushkin Press, 1998, p. 68. [Hay trad. cast.: *Cartas desde Venecia*, Madrid, Abada Editores, 2016.] <<

[15] Henry James, *The Aspern Papers and Other Tales*, ed. Michael Gorra, Nueva York, Penguin Books, 2014 [1888], pp. 76-77. [Hay trad. cast: *Los papeles de Aspern*, Alba Editorial, Barcelona, 2016.] <<

[16] Joseph Brodsky, *Watermark*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1992, pp. 5, 7-8, 13, 23, 27, 43 y 96. [Hay trad. cast.: *Marca de agua*, Madrid, Símbela, 2013.] <<

[17] Brodsky, *Watermark*, pp. 62 y 70. <<

[18] Mary McCarthy, *Venice Observed*, Nueva York, Penguin Books, 1972 [1956], pp. 177, 180-81 y 275. [Hay trad. cast.: *Venecia Observada*, Barcelona, Ariel, 2008.] <<

[19] Johann Wolfgang von Goethe, *Italian Journey [1786-1788]*, trad. W. H. Auden y Elizabeth Mayer, Nueva York, Penguin Books, 1962 y 1970 [1816], p. 77. [Hay trad. cast.: *Viaje a Italia*, Barcelona, Ediciones B, 2017.] <<

[20] McCarthy, *Venice Observed*, pp. 190-93. <<

[21] Roger Crowley, *City of Fortune: How Venice Ruled the Seas*, Nueva York, Random House, 2012 [2011], pp. xxvi-xxviii y 5. [Hay trad. cast.: *Venecia: ciudad de fortuna. Aude y caída del imperio naval veneciano*, Barcelona, Ático de los Libros, 2019.] <<

[22] McCarthy, *Venice Observed*, pp. 190-93 y 196. <<

[²³] McCarthy, *Venice Observed*, pp. 205-06, 216, 219, 246 y 249. John Julius Norwich, *A History of Venice*, Nueva York, Knopf, 1982 [1977 y 1981], p. 594. [Hay trad. cast.: *Historia de Venecia*, Barcelona, Ático de los Libros, 2019.] <<

[24] McCarthy, *Venice Observed*, pp. 193, 228 y 244. <<

[25] Norwich, *A History of Venice*, p. 280. <<

[26] Ruskin, *The Stones of Venice*, pp. 141-42 y 191. <<

[27] Crowley, *City of Fortune*, p. 377. <<

[28] Norwich, *A History of Venice*, pp. xxvi, 16 y 25. Frederic C. Lane, *Venice: A Maritime Republic*, Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1973, pp. 5 y 203. <<

[29] Norwich, *A History of Venice*, pp. 155 y 606. Lane, *Venice*, p. 92. <<

[30] Berenson, *The Venetian Painters of the Renaissance*. <<

[31] David Rosand, *Myths of Venice: The Figuration of a State*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 2001, pp. 3, 7, 26, 39-40 y 146-49. <<

[32] McCarthy, *Venice Observed*, p. 183. <<

[33] Norwich, *A History of Venice*, pp. 330 y 635-36. <<

[34] Norwich, *A History of Venice*, pp. 34, 66 y 282. Lane, *Venice*, p. 101. <<

[35] Lane, *Venice*, p. 251. <<

[36] Burckhardt, *The Civilization of the Renaissance in Italy*, p. 55. <<

[37] [37] Lane, *Venice*, pp. 21, 36, 246 y 248. <<

[38] Lane, *Venice*, pp. 225 y 427. <<

[39] James, *The Aspern Papers and Other Tales*, pp. 141-42. <<

[40] James George Frazer, *The Golden Bough: A Study in Magic and Religion*, Nueva York, Macmillan, 1922 [1890], p. 1. [Hay trad. cast.: *La rama dorada: magia y religión*, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2011.] <<

[41] Frazer, *The Golden Bough*, pp. 1-2, 6, 9, 344 y 815. <<

[42] Edith Hamilton, *Mythology*, Boston, Little, Brown and Company, 1942, pp. 11-12. [Hay trad. cast.: *Mitología: todos los relatos griegos, latinos y nórdicos*, Madrid, Turner Publicaciones, 2008.] <<

[43] Plutarco, *Plutarch's Lives*, vol. 2, trad. John Dryden, ed. y rev. Arthur Hugh Clough, Nueva York, Modern Library, 1992 [1683-86, 1864], p. 139. [Hay trad. cast.: *Vidas paralelas*, Madrid, Espasa.] <<

[⁴⁴] Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 2, trad. Sian Reynolds, Nueva York, Harper & Row, 1973 [1949], pp. 1243-44. [Hay trad. cast.: *El Mediterráneo*, Madrid, Espasa Libras, 1997.] <<

[45] Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, p. 78. <<

[46] Tanner, *Venice Desired*, pp. 306-08. <<

[47] Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, pp. 540-41. <<

[48] Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, pp. 540-41. <<

[49] Carpenter, *A Serious Character*, p. 680. <<

[50] Pound, *The Cantos of Ezra Pound*, pp. 540-41. <<

[51] Ruskin, *The Stones of Venice*, p. 101. <<

[52] Tanner, *Venice Desired*, p. 342. <<

[53] Wendy Flory, «Pound and Anti-Semitism», en *Cambridge Companion to Ezra Pound*, ed. Ira B. Nadel, Nueva York, Cambridge University Press, 1999, p. 296. <<

[54] Michael Dirda, *Introduction to ABC of Reading*, por Ezra Pound, Nueva York, New Directions, 2010 [1934], pp. 7-8. <<

[55] Ezra Pound, «In a Station of the Metro», *Poetry*, abril 1913. <<

[56] Joseph Brodsky, *Collected Poems in English*, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 2000, pp. 50, 67, 87 y 44. <<

[57] Joan Acocella, «A Ghost Story», *New York Review of Books*, 14 de enero de 2016. <<

[58] Charles Simic, «Working for the Dictionary», *New York Review of Books*, 19 de octubre de 2000. <<

[59] Brodsky, *Collected Poems in English*, pp. 282-83, 1981. <<

[60] James Smith Reid, *Encyclopaedia Britannica*, 11a ed., Nueva York, 1910-11. Barbara Levick, *Tiberius: The Politician*, Londres, Routledge, 1999 [1976], pp. 138-39, 142 y 144. Robert D. Kaplan, *Warrior Politics: Why Leadership Demands a Pagan Ethos*, Nueva York, Random House, 2002, pp. 150-52. <<

[61] Lawrence Durrell, *Bitter Lemons*, Londres, Faber and Faber, 1978 [1957], p. 15. [Hay trad. cast.: *Limonos amargos*, Madrid, Edhasa, 1987.] <<

[t1] Francis Oakley, *Empty Bottles of Gentilism: Kingship and the Divine in Late Antiquity and the Early Middle Ages (to 1050)*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010, p. 200. Francis Oakley, *The Mortgage of the Past: Reshaping the Ancient Political Inheritance (1050-1300)*, New Haven, CT, Yale University Press, 2012, pp. 45-46 y 140. Autores clásicos como Aristóteles fueron también traducidos en el mundo árabe y a través de pensadores judíos como Moisés Maimonides se abrieron paso hacia Europa. <<

[t2] Tonny Tanner, *Venice Desired*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 1992, p. 75. Fue durante este periodo, a principios y mediados del siglo XIX, cuando el pintor inglés J. M. W. Turner realizó tres viajes a Venecia. El resultado fue una serie de pinturas, algunas de las cuales están actualmente expuestas en la Tate Britain de Londres, que el crítico John Ruskin adoraba especialmente. Describen la luz de Venecia como si fuera la de una lámpara potente filtrada a través de un velo, refractada además por el agua. Esas obras excepcionales tienen el aura del impresionismo, que no tardará mucho en nacer, y dice una biografía de Turner, Franny Moyle (refiriéndose a los primeros cuadros de la serie), que albergan «una sensibilidad singularmente tranquila y fantasmal» en la que el artista captura «todo lo que no es tangible». En cuanto a las pinturas posteriores, que me impresionaron mucho cuando las vi en la Tate, dice Moyle que describen «no el material firme del mundo físico, sino el reflejo mucho más esquivo del mismo, capturado por las partículas de luz». Franny Moyle, *Turner: The Extraordinary Life & Momentous Times of J. M. W. Turner*, Nueva York, Penguin Press, 2016, pp. 310 y 395-396. <<

[1] Christopher Duggan, *A Concise History of Italy*, Cambridge, Cambridge University Press, 2014, pp. 9 y 11. [Hay trad. cast: *Historia de Italia*, Madrid, Ediciones Akai, 2016.] <<

[2] Adriano Bosoni, «Understanding Italian Defiance», *Stratfor*, 26 de enero de 2016. <<

[3] David Gilmour, *The Pursuit of Italy: A History of a Land, Its Regions, and Their Peoples*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2011, pp. 7-9 y 238.
<<

[4] Elsa M. Spencer, *Good-bye, Trieste*, autoedición, Xlibris, 2008, pp. 11 y 15. <<

[5] Fernand Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1, trad. Sian Reynolds, Nueva York, Harper & Row, 1972 [1949], pp. 17, 125 y 131-133. [Hay trad. cast.: *El Mediterráneo*, Madrid, Espasa Libros, 1997.] H. M. Denham, *The Adriatic: A Sea-Guide to the Dalmatian Coast and Islands, Venice and Eastern Italy*, Londres, John Murray, 1967, p. 28. Larry Wolff, *Venice and the Slavs: The Discovery of Dalmatia in the Age of Enlightenment*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2001, pp. 1-3. Edward Gibbon, *The Decline and Fall of the Roman Empire*, vol. 1, Nueva York, Modern Library, 1910 [1776], p. 21. [Hay trad. cast.: *Historia de la decadencia y caída del Imperio romano*, Barcelona, RBA, 2005.] Crowley, *City of Fortune*, pp. 3-4, 14 y 118. [Hay trad. cast.: *Venecia: ciudad de fortuna. Auge y caída del imperio naval veneciano*, Barcelona, Ático de los Libros, 2019.] Horacio, *Odes and Epodes*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2004, Oda 11.9, «Reconciliación», pp. 170-71. [Hay trad. cast.: *Odas y epodos*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2020.] Dominique Kirchner Reill, *Nationalists Who Feared the Nation: Adriatic Multi-Nationalism in Habsburg Dalmatia, Trieste, and Venice*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2012, pp. 20-22. <<

[6] Rainer Maria Rilke, *Duino Elegies and The Sonnets to Orpheus*, ed. y trad. Stephen Mitchell, Nueva York, Vintage International, 1982 [1923], p. xiii. [Hay trad. cast.: *Elegías de Duino: los sonetos de Orfeo*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2020.] Rainer Maria Rilke, *The Notebooks of Malte Laurids Brigge*, trad. y ed. Michael Hulse, Nueva York, Penguin Books, 2009 [1910], pp. xii, 11, 52 y 119-20. [Hay trad. cast.: *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, Barcelona, Alba Editorial, 2016.] <<

[7] Rilke, *Duino Elegies*, p. 5. <<

[8] Rilke, *Duino Elegies*, p. 37. <<

[9] Para una explicación sobre por qué apoyé la guerra de Irak, véase Robert D. Kaplan, *In Europe's Shadow: Two Cold Wars and a Thirty-Year Journey Through Romania and Beyond*, Nueva York, Random House, 2016, pp. 21-23. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Europa: Rumania y el futuro del continente*, Madrid, El Hombre del Tres, 2017.] <<

[10] Renzo S. Crivelli, *James Joyce: Triestine Itineraries*, Trieste, MGS Press, 1996, pp. 48, 126, 173, 216. *The Trieste of James Joyce*, folleto, Ayuntamiento de Trieste. <<

[11] Neil Kent, *Trieste: Adriatic Emporium and Gateway to the Heart of Europe*, Londres, Hurst, 2011, p. 1. <<

[12] John Gunther, *Behind the Iron Curtain*, Nueva York, Harper & Brothers, 1948, p. 18. <<

[13] Pamela Ballinger, *History in Exile: Memory and Identity at the Borders of the Balkans*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2003, pp. 86-87. <<

[14] Timothy Snyder, *The Red Prince: The Secret Lives of a Habsburg Archduke*, Nueva York, Basic Books, 2008, p. 31. [Hay trad. cast.: *El príncipe rojo: las vidas secretas de un archiduque de Habsburgo*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2015.] <<

[15] Jan Morris, *Trieste and the Meaning of Nowhere*, Nueva York, Da Capo Press, 2001, p. 39, 115, 121-23 y 132. <<

[16] Claudio Magris, *Danube*, trad. Patrick Creagh, Nueva York, Farrar, Straus & Giroux, 1989 [1986], pp. 29, 31-32, 36 y 41. [Hay trad. cast.: *El Danubio*, Madrid, Anagrama, 2004.] Robert D. Kaplan, «A Globe-Trotting Celebration of Erudition», *Wall Street Journal*, 21 de febrero de 2015. <<

[17] Magris, *Danube*, p. 70. <<

[18] Magris, *Danube*, pp. 67 y 97-98. <<

[19] Magris, *Danube*, p. 332. <<

[20] Magris, *Danube*, p. 386. <<

[21] Morris, *Trieste and the Meaning of Nowhere*, p. 99. <<

[22] Richard Ellmann, *James Joyce*, Nueva York, Oxford University Press, 1982 [1959], pp. 355 y 389. [Hay trad. cast.: *James Joyce*, Madrid, Anagrama, 2002.] <<

[23] Ellmann, *James Joyce*, p. 110. Wilson, *Axel's Castle*, p. 217. <<

[24] James Joyce, *Dubliners*, Harmondsworth, Penguin Books, 1976 [1914], p. 47. [Hay trad. cast.: *Dublinese*s, Punto de Lectura, Madrid, 2021.] <<

[25] Ellmann, *James Joyce*, p. 5. <<

[²⁶] James Joyce, *Ulysses*, Nueva York, Vintage, 1990 [1934], pp. 34 y 661.
[Hay trad. cast.: *Ulises*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2022.] <<

[27] Italo Svevo, *Confessions of Zeno*, trad. Beryl de Zoete, Nueva York, Knopf, 1930 [1923], p. 91. [Hay trad. cast.: *La conciencia de Zeno*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2011.] <<

[28] Claudio Magris, *Microcosms*, trad. Iain Halliday, Londres, Harvill Press, 2000 [1997], pp. 12, 155, 200 y 249. [Hay trad. cast.: *Microcosmos*, Madrid, Editorial Anagrama, 2014.] <<

[29] Robert Musil, *The Man Without Qualities*, vol. 2, trad. Sophie Wilkins y Burton Pike, Nueva York, Vintage, 1995 y 1996 [1978], pp. 913 y 918. [Hay trad. cast: *El hombre sin atributos*, Barcelona, Editorial Seix Barral, 2015.]
<<

[30] Ballinger, *History in Exile*, p. 18. <<

[31] Claudio Magris, *Blindly*, trad. Anne Milano Appel, New Haven, CT, Yale University Press, 2008 [2006], p.26. [Hay trad. cast.: *A ciegas*, Madrid, Editorial Anagrama, 2007.] <<

[32] Paolo Rumiz, *The Fault Line: Traveling the Other Europe from Finland to Ukraine*, trad. Gregory Conti, Nueva York, Rizzoli Ex Libris, 2015 [2012], p. 2. <<

[33] Norman Davies, *Europe: A History*, Nueva York, Oxford University Press, 1996, p. 25. <<

[³⁴] Ian Morris, *Why the West Rules—for Now: The Patterns of History, and What They Reveal About the Future*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 2010, p. 41. [Hay trad. cast.: *¿Porqué manda Occidente... por ahora?*, Barcelona, Ático de los Libros, 2018.] <<

[35] Harold C. Raley, *José Ortega y Gasset: Philosopher of European Unity*, Tuscaloosa, University of Alabama Press, 1971, p. 65. [Hay trad. cast.: *José Ortega y Gasset, filósofo de la unidad europea*, Madrid, Revista de Occidente, 1977.] <<

[36] Paul Collins, *The Birth of the West: Rome, Germany, France, and the Creation of Europe in the Tenth Century*, Nueva York, PublicAffairs, 2013, pp. 4, 414 y 424. <<

[37] David Gress, *From Plato to NATO: The Idea of the West and Its Opponents*, Nueva York, The Free Press, 1998, p. 1. <<

[38] Oswald Spengler, *The Decline of the West*, trad. Charles Francis Atkinson, Nueva York, Knopf, 1961 [1918 y 1922], pp. 73 y 326. [Hay trad. cast.: *La decadencia de Occidente*, Barcelona, RBA Coleccionadles, 2005.] Robert W. Merry, «Spengler's Ominous Prophecy», *The National Interest*, enero/febrero 2013. Alexander Herzen, *My Past and Thoughts*, trad. Constance Garnett, Berkeley, CA, University of California Press, 1973 [1968], p. 390. <<

[39] Edward Rice, *Captain Sir Richard Francis Burton: The Secret Agent Who Made the Pilgrimage to Mecca, Discovered the Kama Sutra, and Brought the Arabian Nights to the West*, Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1990, pp. 1-2, 542, 544, 567-68, 577 y 579. [Hay trad. cast.: *El capitán Richard Francis Burton*, Madrid, Siruela, 2009.] <<

[40] Richard F. Burton, «Terminal Essay» to *The Thousand Nights and a Night*, Nueva York, Heritage Press, 1934, pp. 3673, 3689-3690 y 3695. [Hay trad. cast.: *Epilogo a las Mil y una Noches*, Barcelona, Laertes Editorial, 1989.] <<

[41] Richard F. Burton, *The Arabian Nights: Tales from A Thousand and One Nights*, trad. Sir Richard F. Burton, Nueva York, Modern Library, 2001, pp. xiv y 16. [Hay trad. cast.: *Las mil y una noches, según Burton*, Madrid, Siruela, 1991.] <<

[42] Burton, «Terminal Essay», p. 3722. <<

[43] Berenson, *Aesthetics and History*, p. 128. <<

[44] Berenson, *Aesthetics and History*, pp. 133-34. <<

[45] Edward W. Said, *Orientalism*, Nueva York, Pantheon, 1978, pp. 7 y 301.
[Hay trad. cast.: *Orientalismo*, Barcelona, Editorial Debate, 2016.] <<

[46] Samuel P. Huntington, «If Not Civilizations, What?», *Foreign Affairs*, noviembre/diciembre 1993. <<

[47] Burton, «Terminal Essay», p. 3653. <<

[t1] Mark Thompson, *The White War: Life and Death on the Italian Front, 1915-1919*, Nueva York, Basic Books, 2009 [2008], pp. 26, 28, 32 y 381-382. El frente italiano y austro-húngaro en la Primera Guerra Mundial fue el lugar donde Ernest Hemingway, que trabajaba como conductor de ambulancia, resultó gravemente herido en 1918, una experiencia que daría forma a su visión del mundo y a su ficción. Véase la introducción de Malcom Bradbury a la novela escrita por Hemingway en 1929, *Adiós a las armas*, en la edición de Everyman's Library, Nueva York, 1993. <<

[t2] Pula, en la península de Istria, al sur, sería la base naval de Austria. <<

[t3] La ruptura entre Tito y Stalin produjo amargas divisiones en el seno de las familias de la minoría eslovena de Trieste. <<

[4] La supervivencia de los cristianos coptos en Egipto fue la excepción más evidente. El valle del Nilo, al fin y al cabo, era una arteria vertical de civilización que se dirigió hacia el sur, alejándose del Mediterráneo, y no hacia las ciudades y los pueblos de Libia y el Magreb, situados en horizontal respecto al mismo. <<

[1] Joseph Roth, *Hotel Savoy*, trad. John Hoare, Londres, Pan Books, 1988 [1924], pp. 157 y 183. [Hay trad. cast.: *Hotel Savoy*, Acantilado, Barcelona, 2020]. <<

[2] Roth, *Hotel Savoy*, p. 98. <<

[3] Ballinger, *History in Exile*, p. 1. <<

[⁴] John Rupert Martin, *Baroque*, Boulder, CO, Westview Press, 1977, p. 13.
[Hay trad. cast.: *Barroco*, Madrid, Xarait Libros, 1986.] <<

[5] Timothy Snyder, «Mapping Eastern Europe» (presentación en el Foro Económico Mundial, Davos, Suiza, 25 de enero de 2018). <<

[6] Boris Pahor, *Necropolis*, trad. Michael Biggins, Champaign, IL, Dalkey Archive Press, 2010 [1967], pp. 9-10, 22, 41, 104 y 147. [Hay trad. cast: *Necrópolis*, Madrid, Editorial Anagrama, 2010.] <<

[7] Pahor, *Necropolis*, pp. 83 y 109. <<

[8] Alexander Solzhenitsyn, *November 1916: The Red Wheel / Knot II*, trad. De H. T. Willetts, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux, 1999 [1984], p. 337. <<

[9] Euan Cameron (ed.), *Early Modern Europe: An Oxford History*, Oxford, Oxford University Press, 2001, pp. xvii y 374. <<

[10] Samuel P. Huntington, *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Nueva York, Simon & Schuster, 1996, p. 125. [Hay trad. cast.: *El choque de civilizaciones y la reconfiguración del orden mundial*, Barcelona, Ediciones Paidós Ibérica, 2015.] <<

[¹¹] Noel Malcolm, *Agents of Empire: Knights, Corsairs, Jesuits and Spies in the Sixteenth-Century Mediterranean World*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, p. xviii. [Hay trad. cast.: *Agentes del Imperio: caballeros, corsarios, jesuítas y espías en el mundo mediterráneo del siglo XVI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017.] <<

[12] Malcolm, *Agents of Empire*, p. 14. <<

[13] Malcolm, *Agents of Empire*, pp. 138, 192, 405 y 427. <<

[14] Malcolm, *Agents of Empire*, pp. 224 y 175. <<

[15] Malcolm, *Agents of Empire*, p. 34. <<

[16] Malcolm, *Agents of Empire*, p. 215. <<

[17] Pierre Manent, *Metamorphoses of the City: On the Western Dynamic*, trad. Marc LePain, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2013, pp. 5 y 18. <<

[18] Robert D. Kaplan, «The Fine Facades of a Yugoslav City: Ljubljana's Buildings Are a Textbook of Architectural Styles», *New York Times*, 1 de abril de 1990. <<

[19] James D. Tracy, *Balkan Wars: Habsburg Croatia, Ottoman Bosnia, and Venetian Dalmatia, 1499-1617*, Lanham, MD, Rowman & Littlefield, 2016, pp. 1-28. <<

[20] Marisa Madieri, *Aqua Green: A Childhood in Istria*, trad. Gareth Norbury, Múnich, Swiss Re, 2004 [1987], pp. 143 y 167. [Hay trad. cast: *Verde agua*, Barcelona, Editorial Minúscula, 2012.] <<

[21] Aram Bakshian Jr., «Votaries of Power», *The National Interest*, enero/febrero 2018. Paul Hollander, *From Benito Mussolini to Hugo Chavez: Intellectuals and a Century of Political Hero Worship*, Cambridge, MA, Cambridge University Press, 2016, pp. 76-81. <<

[22] Ballinger, *History in Exile*, p. 220. <<

[23] Ballinger, *History in Exile*, pp. 129 y 144. <<

[24] Reill, *Nationalists Who Feared the Nation*, pp. 1-3. <<

[25] Ivan Krastev, *After Europe*, Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 2017, p. 11. [Hay trad. cast.: *Europa después de Europa*, Valencia, Publicacions de la Universitat de Valencia, 2019.] <<

[26] Parag Khanna, «Connectivity and Strategy: A Response to Robert D. Kaplan», *CNAS Stories*, www.cnas.org, mayo 2017. <<

[27] Manent, *Metamorphoses of the City*, pp. 3, 13, 18-19 y 319-20. Ian Buruma, «In the Capital of Europe», *New York Review of Books*, 7 de abril de 2016. <<

[28] Mark Mazower, *Governing the World: The History of an Idea, 1815 to the Present*, Nueva York, Penguin Press, 2012, p. 49. <<

[29] Jan Zielonka, *Is the Ell Doomed?*, Cambridge, Polity Press, 2014, pp. xi-xii y 81-82. <<

[³⁰] John Milton, *Paradise Lost*, Libro XII, verso 646. [Hay trad. cast.: *El paraíso perdido*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.] <<

[³¹] C. M. Bowra, *From Virgil to Milton*, Londres, Macmillan, 1967 [1945], pp. 207 y 209-10. [Hay trad. cast.: *De Virgilio a Milton*, Pamplona, EUNSA Ediciones Universidad de Navarra, 2020.] <<

[32] Unamuno, *Tragic Sense of Life*, p. 37. <<

[33] Benedict Anderson, *Imagined Communities: Reflections on the Origin and Spread of Nationalism*, Nueva York, Verso, 1983, pp. 7, 10, 12 y 144. <<

[³⁴] Anthony D. Smith, *National Identity*, Londres, Penguin Books, 1991; Reno, NV, University of Nevada Press, 1993, pp. 160-61. [Hay trad. cast: *La identidad nacional*, Madrid, Trama Editorial, 1997.] <<

[t1] Escribí sobre las circunstancias que rodearon la publicación de *Fantasma balcánicos* en lo que pretendía ser una especie de secuela, *In Europe's Shadow: Two Cold Wars and a Thirty-Year Journey Through Romania and Beyond*, Nueva Jersey, Random House, 2016 [Hay trad. cast.: *A la sombra de Europa: Rumania y el futuro del continente*, Madrid, El Hombre del Tres, 2017]. <<

[t2] Noel Malcolm, *Agents of Empire: Knights, Corsairs, Jesuits and Spies in the Sixteenth-Century Mediterranean World*, Nueva York, Oxford University Press, 2015, pp. 34 y 39 *Agentes del Imperio: caballeros, corsarios, jesuítas y espías en el mundo mediterráneo del siglo XVI*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2017]. E. Natalie Rothman, *Brokering Empire: Trans-Imperial Subjects Between Venice and Istanbul*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 2012, pp. 30 y 251. Este mosaico ecléctico de identidades me plantea muchas reflexiones, como la convivencia (coexistencia) en la España medieval entre mozárabes (cristianos bajo el gobierno islámico), mudéjares (musulmanes bajo el gobierno cristiano), muladíes (no árabes convertidos al islam) y moriscos y conversos (musulmanes y judíos bautizados). La España medieval y la costa este del Adriático en la Edad Moderna temprana fueron, hasta cierto punto, culturas de negociación y compromiso tanto a nivel personal como político. <<

[t3] Como escribí entonces: «Aquí en Liubliana Haider se encontraría en su salsa», refiriéndome a Jörg Haider, el fallecido líder austríaco del Partido de la Libertad, de carácter populista y vagamente neonazi, natural de la provincia de Carintia, al otro lado de la frontera, y cuyo apoyo se vio limitado en última instancia por la prosperidad de la clase media austríaca. <<

[^{t4}] En los años posteriores a mi visita, subió al poder en Eslovenia un primer ministro ultraderechista, Janez Janša, admirador del anterior presidente norteamericano Donald Trump y del líder populista de derechas de la vecina Hungría, Viktor Orban. Janša jugó con la desinformación y, con la ayuda de Orban, construyó una red de propaganda que cosechó muchos seguidores. Fue un ejemplo de que estamos realmente al final del mundo moderno y entrando en un mundo posmoderno en el que el absurdo se combina con la globalización para producir resultados inimaginables. Fue una lección de humildad ver un país cuyos expertos me habían impresionado por su honradez y rectitud sumergirse por un tiempo en la deriva de la falta de lógica. Repito, una vez más, que lo único que puede hacer un viajero o un periodista es captar un momento en el tiempo. El futuro siempre seguirá siendo un misterio. Véase el artículo de Doman Savic, «Slovenia's Prime Minister Is a Far-Right Conspiracy Theorist and Twitter Addict Who Won't Admit Trump Lost» [El primer ministro de Eslovenia es un teórico de las ideas conspirativas y adicto a Twitter de ultraderecha que no será capaz de reconocer la derrota de Trump], *Foreign Policy*, 11 de noviembre de 2020. <<

[5] El nombre hace referenda al golfo de Kvarner, donde se encuentra la ciudad. <<

[t6] En un momento tan temprano como 1934, Mussolini hablaba de conquistar el norte de África. Davide Rodogno, *Fascism's European Empire: Italian Occupation During the Second World War*, trad. Adrian Belton, Nueva York, Cambridge University Press, 2006 [2003], p. 47. <<

[1] Ivo Banac, *The National Question in Yugoslavia: Origins, History, Politics*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1984, pp. 35-36. <<

[2] Robert D. Kaplan, *Balkan Ghosts: A Journey Through History*, Nueva York, St. Martin's Press, 1993. [Hay trad. cast.: *Fantasma balcánicos: viaje a los orígenes del conflicto de Bosnia y Kosovo*, Barcelona, Ediciones B, 2005.] <<

[3] Denham, *The Adriatic*, p. 29. <<

[4] José Ortega y Gasset, *Man and Crisis*, trad. Mildred Adams, Nueva York, Norton, 1962 [1942 y 1958], p. 120. <<

[5] Giuseppe Praga, *History of Dalmatia*, trad. Edward Steinberg, Pisa Giardini, 1993 [1954], pp. 20-21. Robert D. Kaplan, *Mediterranean Winter: The Pleasures of History and Landscape in Tunisia, Sicily, Dalmatia, and the Peloponnese*, Nueva York, Random House, 2004, p. 159. [Hay trad. cast.: *Invierno Mediterráneo: un recorrido por Túnez, Sicilia, Dalmacia y Grecia*, Barcelona, Ediciones B, 2004.] <<

[6] Peter Frankopan, *The Silk Roads: A New History of the World*, Nueva York, Knopf, 2015, p. 160. [Hay trad. cast.: *El corazón del mundo: una nueva historia universal*, Barcelona, Editorial Crítica, 2018.] <<

[7] Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1, p. 57. <<

[8] Wolff, *Venice and the Slavs*, pp. 17, 293, 324. <<

[9] Ernest Gellner, *Nations and Nationalism*, Ithaca, NY, Cornell University Press, 1983, pp. 39-62. [Hay trad. cast.: *Naciones y nacionalismos*, Madrid, Alianza Editorial, 2019.] Wolff, *Venice and the Slavs*, p. 331. <<

[10] John V. A. Fine Jr., *When Ethnicity Did Not Matter in the Balkans: A Study of Identity in Pre-Nationalist Croatia, Dalmatia, and Slavonia in the Medieval and Early-Modern Periods*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 2006, pp. 3, 7, 9 y 84-85. <<

[11] Banac, *The National Question in Yugoslavia*, p. 69. <<

[12] Conde Louis Voinovitch, *Dalmatia and the Yugoslav Movement*, Londres, George Allen & Unwin, 1920 [1917], p. 96. <<

[13] Voinovitch, *Dalmatia and the Yugoslav Movement*, pp. 101-04. <<

[14] Praga, *History of Dalmatia*, p. 217. <<

[¹⁵] Voinovitch, pp. 150, 238, 244-45 y 248-49. Rebecca West, *Black Lamb and Grey Falcon*, Nueva York, Papermac, 1982 [1941], pp. 105-09. [Hay trad. cast.: *Cordero negro, halcón gris: un viaje al interior de Yugoslavia*, Barcelona, Ediciones B, 2001.] Kaplan, *Balkan Ghosts*, pp. 9-10, 24-25 y 28.
<<

[16] Banac, *The National Question in Yugoslavia*, p. 64. <<

[17] Morris, *The Venetian Empire*, p. 162. <<

[18] West, *Black Lamb and Grey Falcon*, pp. 124-25. Malcolm, *Agents of Empire*, pp. 328 y 391. <<

[19] Georg Wilhelm Friedrich Hegel, *Philosophy of Right*, trad. T. M. Knox, Oxford, Clarendon Press, 1942 y 1952 [1820], p. 102. [Hay trad. cast.: *Fundamentos de la filosofía de derecho: o compendio de ciencia natural y ciencia política*, Madrid, Editorial Tecnos, 2017.] <<

[20] Freya Stark, *The Southern Gates of Arabia: A Journey in the Hadhramaut*, Nueva York, Modern Library, 2001 [1936], p. 144. Robert D. Kaplan, «Cultivating Loneliness», *Columbia Journalism Review*, enero/febrero 2006. <<

[²¹] Véanse el prólogo y el capítulo 1 de mi libro *In Europe's Shadow: Two Cold Wars and a Thirty-Year Journey Through Romania and Beyond*, Nueva York, Random House, 2016. [Hay trad. cast.: *A la sombra de Europa: Rumania y el futuro del continente*, Madrid, El Hombre del Tres, 2017.] <<

[22] Robert D. Kaplan, «Europe's Third World», *The Atlantic*, julio 1989. <<

[23] Predrag Matvejević, *Mediterranean: A Cultural Landscape*, trad. Michael Henry Heim, Berkeley, University of California Press, 1999 [1987], pp. 10, 66 y 207. <<

[24] Kaplan, *Mediterranean Winter*, pp. 154-55. <<

[25] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 155. <<

[26] Kaplan, *Mediterranean Winter*, pp. 155-56. <<

[27] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 156. <<

[28] West, *Black Lamb and Grey Falcon*, p. 146. Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 157. <<

[29] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 158. <<

[30] Kaplan, *Mediterranean Winter*, pp. 158-59. <<

[31] Michael Dobbs, «Where Venice Once Ruled», *Smithsonian*, invierno 2015. <<

[32] Laurence Bergreen, *Marco Polo: From Venice to Xanadu*, Nueva York, Knopf, 2007, pp. 27, 94 y 152. [Hay trad. cast.: *Marco Polo: de Venecia a Xanadú*, Barcelona, Editorial Ariel, 2009.] <<

[33] Frankopan, *The Silk Roads*, pp. 1-6. <<

[³⁴] Marco Polo, *The Travels of Marco Polo: The Complete Yule-Cordier Edition*, vol. 1, Nueva York, Dover Publications, 1993 [1903], recuadro después de p. 144. [Hay trad. cast.: *Libro de las Maravillas: los viajes de Marco Polo*, Madrid, Alianza Editorial, 2018.] <<

[35] Fitzroy Maclean, *Eastern Approaches*, Nueva York, Time-Life Books, 1964 [1949], pp. XV, 313, 365, 375, 379 y 399. <<

[36] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 172. West, p. 235. Gábor Kármán y Lovro Kunčević (eds.), *The European Tributary States of the Ottoman Empire in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*, Boston, Brill, 2013, pp. 111-12. Frankopan, *The Silk Roads*, p. 190. <<

[37] Morris, *The Venetian Empire*, p. 165. Zdenko Zlatar, *Our Kingdom Come: The Counter-Reformation, the Republic of Dubrovnik, and the Liberation of the Balkan Slavs*, Boulder, CO, East European Monographs, 1992, pp. 261-62, 334-35 y 341-43. <<

[38] Robin Harris, *Dubrovnik: A History*, Londres, Saqi Books, 2003, pp. 34, 49, 50, 60-63, 80-81, 97-98, 110 y 220. Zlatar, *Our Kingdom Come*, pp. 4-5 y 179. Kármán y Kunčević, pp. 92 y 368 (véase en esta colección el ensayo de Domagoj Madunić, «The Defensive System of the Ragusan Republic (c. 1580-1620)». <<

[39] Harris, *Dubrovnik*, p. 122. <<

[40] Harris, *Dubrovnik*, pp. 145 y 189. Kaplan, *Mediterranean Winter*, pp. 173-74. <<

[41] Kaplan, *Mediterranean Winter*, pp. 170-71. <<

[42] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 175. <<

[43] Kaplan, *Mediterranean Winter*, pp. 175-76. <<

[44] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 176. <<

[45] Kaplan, *Mediterranean Winter*, p. 177. <<

[1] Croacia es, de hecho, el último país cristiano católico occidental que encuentras, si te desplazas en dirección este, hasta llegar a Filipinas. <<

[t2] Fue el abad Alberto Fortis, viajero veneciano de finales del siglo XVIII, paduano de nacimiento, quien escribió por primera vez con detalle sobre los morlacos. Larry Wolff, *Venice and the Slavs: The Discovery of Dalmatia in the Age of Enlightenment*, Stanford, CA, Stanford University Press, 2001, pp. 2, 13, 128, 129, 134, 267 y 348. <<

[t3] El prefacio es de sir Arthur Evans, el gran arqueólogo que a principios del siglo XX dirigió la excavación del palacio de Knossos en Creta. <<

[⁴] Marcus Tanner, *Croatia: A Nation Forged in War*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010 [1997], pp. x-xi, 8, 36, 300-301 y 318-319. Tampoco hay nada artificial en la renovada identidad marítima de Croacia. Está Nin, por ejemplo, más al sur en la costa, cerca de Zadar, bañada por las aguas del Mediterráneo, que fue un centro de la resistencia eslava a Roma y capital eclesiástica del naciente Estado croata en el siglo X. <<

[t5] El nombre podría tener su origen en la palabra serbo-croata *uskočiti*, que significa «saltar». <<

[t6] Robert D. Kaplan, «Balkans' Fault Line: Yugoslavia Starts to Feel the Tremors», *Wall Street Journal/Europe*, 30 de noviembre de 1989. Aunque mi artículo deprimió a un presidente norteamericano con respecto a las posibilidades de una intervención militar —algo que siempre me causará profundos remordimientos—, apoyé la acción militar desde el principio. En el número de marzo de 1993 de *Reader's Digest*, el mismo mes en que *Fantasmas balcánicos* vio la luz, escribí: «A menos que seamos capaces de romper el ciclo de odio y venganza —defendiendo con energía la autodeterminación y los derechos de las minorías—, todo lo que se ha ganado con el fin de la Guerra Fría se acabará perdiendo. Toda ayuda, todo esfuerzo diplomático, toda la fuerza (si es que hay que utilizar la fuerza), deberán estar vinculados a la simple idea de que todo el pueblo de Yugoslavia merece estar libre de violencia». Poco después aparecí en televisión (CNN, C-SPAN) instando a la intervención. Sin ningún tipo de ambigüedad, abogué por la intervención militar en la sección de portada Outlook de *The Washington Post* más de un año antes de que interviniésemos («Into the Bloody New World: A Moral Pragmatism for America in an Age of Mini-Holocausts», 17 de abril de 1994). <<

[t7] Antel Pavelić fue durante la Segunda Guerra Mundial el líder del Estado croata fascista. <<

[t8] No debe confundirse el almirante Andrea Dandolo con el dux veneciano del mismo nombre. <<

[1] Robert D. Kaplan, *In Europe's Shadow: Two Cold Wars and a Thirty-Year Journey Through Romania and Beyond*, Nueva York, Random House, 2016, p. 37. Hay trad. cast.: *A la sombra de Europa: Rumania y el futuro del continente*, Madrid, El Hombre del Tres, 2017. <<

[2] Victoria Clark, *Why Angels Fall: A Journey Through Orthodox Europe from Byzantium to Kosovo*, Londres, Macmillan, 2000, p. 229. <<

[3] Timothy Ware, *The Orthodox Church*, Middlesex, Penguin Books, 1975 [1963], pp. 9, 15-16 y 98-100. <<

[4] Marci Shore, *The Ukrainian Night: An Intimate History of Revolution*, New Haven, CT, Yale University Press, 2017, pp. 157-158. <<

[5] Tim Judah, *The Serbs: History, Myth and the Destruction of Yugoslavia*, New Haven, CT, Yale University Press, 2000 [1997], pp. 17-18 y 65. <<

[6] Joel Weickgenant, «The New NATO Outpost in the Adriatic», *RealClearWorld*, 7 de septiembre de 2016. S. Frederick Starr y Svante E. Cornell (eds.), *Putin's Grand Strategy: The Eurasian Union and Its Discontents*, Washington, Johns Hopkins University-SAIS, 2014, p. 25. <<

[7] Damir Marusic, «Did Moscow Botch a Coup in Montenegro?», *American Interest*, 30 de octubre de 2016. <<

[8] L. Todd Wood, «Haven't We Had Enough in Montenegro?», *Washington Times*, 14 de diciembre de 2017. <<

[9] Gordon Bardos, «Montenegro's Corrupt Party of Socialists Is Killing the Country», *National Interest*, 28 de enero de 2020. <<

[10] Michael Gorra, *The Bells in Their Silence: Travels Through Germany*, Princeton, NJ, Princeton University Press, 2004, p. xvi. <<

[11] Véase la crítica de Timothy Snyder de *In Europe's Shadow: «A Journey Through Time and Autobiography in Search of Romania»*, *Washington Post*, 8 de abril de 2016. <<

[12] Kaplan, *Balkan Ghosts*, pp. xxv y 46. <<

[13] Anton Logoreci, *The Albanians: Europe's Forgotten Survivors*, Londres, Victor Gollancz, 1977, pp. 15 y 16. Miranda Vickers, *The Albanians: A Modern History*, Nueva York, 2014 [1995], pp. 1-3. Nicholas Hammond, «The Relations of Illyrian Albania with the Greeks and the Romans», en *Perspectives on Albania*, ed. Tom Winnifhth, Londres, Palgrave Macmillan, 1992, p. 39. Tajar Zavalani, *History of Albania*, ed. Robert Elsie y Bejtullah Destani, Londres, Centre for Albanian Studies, 2015 [1961-1963], pp. 11, 19-20, 30, 45-47 y 52-53. <<

[14] Vickers, *The Albanians*, pp. 7-8. Zlatar, *Our Kingdom Come*, pp. 410-11.
<<

[15] Vickers, *The Albanians*, pp. 12-14 y 29. <<

[16] Vickers, *The Albanians*, p. 112. <<

[17] Bernd J. Fischer, *King Zog and the Struggle for Stability in Albania*, Tirana, Albanian Institute for International Studies, 2012 [1984], pp. 237 y 305. <<

[18] Vickers, p. 200. <<

[19] Robert D. Kaplan, «The Thrill of Burning Bridges», *New York Times*, 6 de noviembre de 1994. <<

[20] Besart Kadia, «Can Albania Be Saved from Narco-Government?», CapX.co, 5 de junio de 2017. <<

[21] Edith Durham, *High Albania*, Londres, Phoenix Press, 2000 [1909], pp. 2, 11, 40-41, 48, 54, 62, 69, 93, 133 y 154. [Hay trad. cast.: *Las tierras altas de Albania*, Madrid, La Línea del Horizonte Ediciones, 2021.] <<

[22] Durham, *High Albania*, p. 60. <<

[23] Durham, *High Albania*, pp. 40 y 71. <<

[24] Robert Carver, *The Accursed Mountains: Journeys in Albania*, Londres, Flamingo, 2009 [1998], pp. 2, 148, 191 y 310. <<

[25] Winston Churchill, *Never Give In! The Best of Winston Churchill's Speeches*, Nueva York, Hyperion, 2003, p. 413. [Hay trad. cast.: *¡No nos rendiremos jamás!: Los mejores discursos de Winston Churchill*, Madrid, La Esfera de los Libros, 2005.] <<

[t1] Algunos de los emperadores romanos más destacados fueron de origen ilirio: Aureliano, Diocleciano y Constantino el Grande. <<

[t2] En *The Accursed Mountains*, de Robert Carver (Londres, Flamingo, 2009 [1998], p. 36), los campesinos albaneses «gritaban y daban puñetazos» sobre la mesa mientras le explicaban al autor que el poscomunismo había destruido sus vidas al acabar con los subsidios agrícolas a los pueblos, mientras que llegaban alimentos baratos procedentes de Grecia cosechados gracias a los subsidios de la Unión Europea. <<

[t3] De hecho, habla a menudo sobre el *medjliss* —«consejo» en árabe—, un encuentro tradicional que tiene lugar en Albania, igual que en Mesopotamia, en el otro extremo del Imperio otomano. <<

[⁴] En 2021, su familia fue sancionada por las autoridades de Estados Unidos por presunta corrupción. <<

[5] Albania ocupaba el puesto 124 de 229 países en el momento de nuestra conversación, según el CIA World Factbook. <<

[¹] Plutarco, *Plutarch's Lives*, vol. 2, trad. John Dryden, Nueva York, Modern Library, 1992 [1683-1686], p. 316. [Hay trad. cast.: *Vidas paralelas*, Madrid, Ediciones Cátedra, 2016.] <<

[2] Braudel, *The Mediterranean and the Mediterranean World in the Age of Philip II*, vol. 1, p. 125. Henry Jervis-White-Jervis, *History of the Island of Corfu, and of the Republic of the Ionian Islands*, Londres, Colburn and Co., 2005 [1852], p. 113. Crowley, *City of Fortune*, p. 234. <<

[3] Jervis-White-Jervis, *History of the Island of Corfu*, p. 124. Malcolm, *Agents of Empire*, pp. 169 y 172-73. <<

[4] Jervis-White-Jervis, *History of the Island of Corfu*, p. 230. <<

[5] Joanna Hodgkin, *Amateurs in Eden: The Story of a Bohemian Marriage; Nancy and Lawrence Durrell*, Londres, Virago Press, 2012, pp. 3, 154, 230 y 328. <<

[6] Lawrence Durrell, *Prospero's Cell: A Guide to the Landscape and Manners of the Island of Corfu*, Londres, Faber and Faber, 1945, p. 11. [Hay trad. cast.: *La celda de Próspero: una guía del paisaje y las costumbres de la isla de Corfú*, Barcelona, Edhasa, 1988.] <<

[7] Durrell, *Prospero's Cell*, pp. 12, 34, 72 y 131. <<

[8] Richard Clogg, *A Short History of Modern Greece*, Nueva York, Cambridge University Press, 1979, p. vii. [Hay trad. cast.: *Historia de Grecia*, Madrid, Ediciones Akai, 2015.] <<

[9] Clogg, *A Short History of Modern Greece*, pp. 11 y 16-17. <<

[10] Clogg, *A Short History of Modern Greece*, p. 70. <<

[11] Bruce Clark, *Twice a Stranger: The Mass Expulsions That Forged Modern Greece and Turkey*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009 [2006], p. 91. <<

[12] Fiódor Dostoievski, *Demons*, trad. Richard Pevear y Larissa Volokhonsky, Nueva York, Vintage Classics, 1994 [1872], p. 418. [Hay trad. cast.: *Los demonios*, Madrid, Alianza Editorial, 2021.] <<

[13] Philip Sherrard, *The Wound of Greece: Studies in Neo-Hellenism*, Londres, Rex Collings, 1978; Nueva York, St. Martin's, 1979, p. 61. Kaplan, *Balkan Ghosts*, p. 241. Hamilton, *Mythology*, p. 8. <<

[14] Philip Sherrard, *The Marble Threshing Floor: Studies in Modern Greek Poetry*, Limni, Grecia, Denise Harvey, 1981 [1956], p. 190. <<

[15] Roderick Beaton, *George Seferis: Waiting for the Angel; a Biography*, New Haven, CT, Yale University Press, 2003, p. 51. <<

[16] Sherrard, *The Marble Threshing Floor*, p. 191. <<

[¹⁷] Yorgos Seferis, *Collected Poems (1924-1955)*, trad. y ed. Edmund Keeley y Philip Sherrard, Princeton, NJ, Princeton University Press, 1967, p. 12 («Mythistorema»). [Hay trad. cast.: *Seferis: poesía completa*, Madrid, Alianza Editorial, 1986.] <<

[18] Seferis, *Collected Poems (1924-1955)*, pp. 58, 92, 158 y 165. <<

[19] Sherrard, *The Marble Threshing Floor*, pp. 198-99 y 241-242. <<

[20] Joseph J. Bish, «Population Growth in Africa: Grasping the Scale of the Challenge», *Guardian*, 11 de enero de 2016. «Eurostat Statistics Explained», www.europa.eu, marzo 2016. <<

[21] Manent, *Metamorphoses of the City*, pp. 5 y 18. <<

[22] Philip Mansel, *Levant: Splendour and Catastrophe on the Mediterranean*, New Haven, CT, Yale University Press, 2010 y 2011, pp. 2 y 356. <<

[23] Charles King, *Odessa: Genius and Death in a City of Dreams*, Nueva York, Norton, 2011, p. 108. <<

[24] Mark Mazower, *Salónica, City of Ghosts: Christians, Muslims and Jews, 1430-1950*, Nueva York, Knopf, 2005, p. 13. <<

[25] Mark Greengrass, *Christendom Destroyed: Europe 1517-1648*, Nueva York, Viking, 2014, pp. xxviii-xxix y 680. <<

[26] Tony Judt, *A Grand Illusion? An Essay on Europe*, Nueva York, New York University Press, 2011 [1996], pp. 10-11, 15, 17, 26-29, 41 y 119-120. [Hay trad. cast.: *¿Una gran ilusión?: un ensayo sobre Europa*, Barcelona, Taurus, 2013.] <<

[27] Leo Valiani, *The End of Austria-Hungary*, Nueva York, Knopf, 1973 [1966], pp. xii y 195-197. <<

[28] A. J. P. Taylor, *The Struggle for Mastery in Europe: 1848-1918*, Oxford, Oxford University Press, 1954, p. xix. <<

[29] Giovanni Boccaccio, *Decameron*, trad. J. G. Nichols, Nueva York, Knopf, 2008 [1350], pp. 69, 157-59, 268 y 447. [Hay trad. cast.: *Decameron*, Barcelona, Penguin Clásicos, 2021.] <<

[³⁰] Borges, «The Garden of Forking Paths», en *Collected Fictions*, p. 122. [*El jardín de los senderos que se bifurcan*, Madrid, Summa Editorial, 2007.] <<

[1] Como el apellido sugiere, la familia Kapodistrias era originaria de Koper, en la costa adriática de Eslovenia, y se instaló en Corfú en el siglo XIV. <<

[t2] Bruce Clark, *Twice a Stranger: The Mass Expulsions That Forged Modern Greece and Turkey*, Cambridge, MA, Harvard University Press, 2009 [2006], p. 19. Giles Milton, *Paradise Lost: Smyrna 1922; The Destruction of a Christian City in the Islamic World*, Nueva York, Basic Books, 2008, pp. 372-73. De hecho, el primer ejemplo de limpieza étnica en Europa en el siglo XX fueron las guerras balcánicas, que tuvieron lugar entre 1912 y 1913. Véase Mark Mazower, *Governing the World: The History of an Idea, 1815 to the Present*, Nueva York, Penguin Press, 2012, p. 156. <<

ROBERT D. KAPLAN ADRIÁTICO

CLAVES
GEOPOLÍTICAS
DEL PASADO
Y EL FUTURO
DE EUROPA



Lectulandia